### COMPENDIO

DE

# ISTORIA DE AMERICA Y DE CHILE

POR EL PRESBITERO

### ESTEBAN MUÑOZ DONOSO

OBRA ESCITA

lara la enseñanza del ramo en los seminarios y colegios católicos.

SEXTA EDICION

SANTIAGO DE CHILE IMPRENTA DE EMILIO PEREZI. Bandera, 87 á 97. Calle Estado 101

JOSÉ IVENS, BASUASO

MUSEO PEDAGOGICO DE CHILE	
Volúmenes	
Sala	
Estante	12
Tabla	3
N.º de orden	116.2
Donante Mariano González	
Ciudad Talca, A-X	

## PARTE PRIMERA

### Descubrimiento y Conquista

#### CAPITULO I

Nociones preliminares.—División de esta Historia.—Cristóbal Colón.—Su proyecto.—Dificultades que vence.—Aceptación del gobierno español, y preparativos para el primer viaje.

Nociones preliminares.—La América no fué conocida de los pueblos civilizados, sino en el año 1492, esto es á fines del siglo quince. Hasta entonces la historia del mundo sólo comprendía la Europa, el Asia y el África, si bien buena parte de las naciones de estos dos últimos continentes apenas habían sido exploradas, y eran objeto de mil narraciones fabulosas y de crasos errores. Las dificultades que entonces ofrecian los viajes así de tierra como de mar, eran causa de ese aislamiento de los pueblos; la navegación, sobre todo, aún estaba en su infancia: el navegante que se alejaba de las costas mostraba inaudita audacia. Mas ya en el siglo XV, especialmente en su segunda mitad, las cosas tomaban otro rumbo. Notables descubrimientos, entre ellos el importantísimo de la brújula, habían envalentonado á los navegantes, y una verdadera fiebre de viajes y deseos de visitar y descubrir tierras desconocidas cundía por todas partes, y en especial entre los portugueses, entonces los más atrevidos y emprendedores.

El mundo europeo acababa de salir de una época en que, por causas que no es del caso enumerar, las ciencias y las artes habían estado adormecidas; y un gran deseo de saber y de cultivarlas todas se despertaba en los corazones. Hubo, pues, muchas empresas atrevidas, mil proyectos raros, y descubrimientos que llevaron nueva luz á la ciencia y á las artes. Sin duda alguna eclipsó á todos el de Cris-

tóbal Colón, descubridor del Nuevo Mundo. División de esta Historia.—Antes de ver cómo se puso por obra empresa tan extraordinaria, veamos cuál es la materia de que trata la Historia de América y cómo la dividiremos para mayor claridad. Comprende esta Historia los hechos más notables acaecidos en el Nuevo Mundo, que ya diremos por qué se llamó América, desde su descubrimiento por Colón hasta nuestros días. Está de suyo dividida en cuatro partes designales en duración, pero que señalan condiciones muy diversas para los pueblos americanos. Abraza la primera el descubrimiento y conquista de cada uno de ellos y alguna reseña de su antigua historia, costumbres, gobierno y civilización; la denominaremos Descubrimiento y Conquista. La segunda comprende la vida de esas mismas naciones convertidas en colonias europeas; y por eso le damos el nombre de La Colonia. La tercera trata del modo cómo se hicieron independientes esas mismas colonias de sus respectivas metrópolis; y así es conocida con el de La Independencia; y, por último, la cuarta será dar alguna idea de la vida independiente de cada una de esas naciones, y como en casi todas ellas se adoptó el sistema republicano cual la mejor forma de gobierno, intitularemos á esta época La República. Daremos al principio de cada una de estas épocas 6 partes de la Historia de América el carácter general que más ó menos en todas las naciones americanas distingue á una época de otra.

Cristóbal Colón.—Este grande hombre nació, según generalmente se cree, en la ciudad de Génova (1). Nació Colón de una familia honrada aunque tan pobre, que su padre, Domingo Colón, era cardador de lana. Cursó el joven Cristóbal sus estudios en la Universidad de Pavía, y la marina fué la carrera de su predilección. Desde muy temprano recorrió los mares y costeó sobre todo el Mediterráneo. Habiéndose declarado la guerra entre Génova y Venecia, militó Colón bajo las banderas de su patria, enrolado en la escuadra genovesa. En un combate habido frente á la

<sup>(1)</sup> Mucho se ha disputado acerca de la patria de Colón. Ultimamente se ha descubierto una fe de bautismo, que parece ser la suya, en Calvi de Córcega, que entonces pertenecía á la República de Génova.

costa del Portugal, dos naves que peleaban furiosamente se incendiaron; Colón que iba en una de ellas se echó al mar y, asido de un remo, luchó contra las olas hasta ganar la costa que distaba dos leguas. El primer acto de su alma profundamente religiosa, fué besar la playa salvadora y

de rodillas dar á Dios las más rendidas gracias.

Por tan casuales circunstancias se vió obligado Colón á establecerse en Portugal, el país de Europa que más se dedicaba á las empresas marítimas y á donde acudían frecuentemente los más célebres navegantes. No faltaban allí muchos italianos que recibieron cariñosamente al joven náufrago. Bartolomé de Perestrello era quizás el que más fama había obtenido entre los de esa nacionalidad como diestro y experimentado marino; pero su mayor gloria es, sin duda, el haber protegido á Colón hasta casarlo con su propia hija doña Felipa Moñiz de Perestrello. Este enlace aumentó más en Colón su afición á la marina. Hizo varios viajes á la colonia de Puerto Santo, fundada por su suegro. y con la experiencia que adquiría y perfección en hacer cartas de navegación, tuvo con que costearse medianamente la vida y socorrer á sus padres y parientes. Religión, patria, familia, la ciencia y el trabajo, hé ahí los objetos del amor del hombre que Dios destinaba para el mayor de los

descubrimientos.

Su proyecto.—Para comprender el atrevido proyecto de Colón, es necesario conocer las ideas que en su época habia tocante á la forma de la tierra. Creiase entonces generalmente que ésta era plana y que no se podía ir á las ricas regiones de la India, sino atravesando buena parte del Asia: ó por mar costeando el Africa, empresa en que se ocupaban los portugueses y que no consiguieron realizar hasta después del descubrimiento del Nuevo Mundo. Colón sostenía que la tierra era redonda, opinión defendida de antiguo por algunos filósofos, y que, en consecuencia, navegando al oeste de Europa, se tendría un camino más corto para llegar al Asia, que el proyectado por los portugueses. Confirmaron á Colón en sus ideas algunas tradiciones conservadas en la familia de su mujer; pues, según ellas, el viento de occidente había traído maderos labrados y cañas enormes á Puerto Santo, y aun cadáveres de una raza de hombres hasta entonces desconocida: pruebas ciertas de que al occidente de las Azores había tierras habitadas. ¿Ni cómo suponer, se preguntaba el grande hombre, que Dios hubiera dejado á las aguas casi toda la extensión del globo y sólo destinara una pequeñísima parte para la tierra y ésa sin contrapeso alguno? De donde infería que el Asia era mucho más extensa de lo que entonces se creyera, y muy pronto se la había de encontrar navegando hacia el occidente. Colón se equivocaba aún al juzgar la extensión de la tierra mucho más reducida de lo que es en realidad.

DIFICULTADES QUE VENCE.—Pero ¿cómo ejecutar un provecto que exigía muchos gastos, no pocos marinos resueltos, cuando él sólo sentía el entusiasmo y la convicción y carecía de dinero y no contaba otros recursos que su ingenio y voluntad incontrastable? Cerca de nueve años de lucha contra toda clase de obstáculos costó á Colón llevar á cabo su empresa. Dirigióse primero, según se cree, al Senado de Génova: buen ciudadano, quería la gloria y la utilidad para su patria; mas no fué atendido. Propuso después su proyecto al glorioso rey de Portugal Don Juan II, quien no le oyó de mala voluntad; pero maquinaciones palaciegas frustraron las esperanzas de Colón. Se quiso aún tentar suerte y probar la verdad del proyecto, enviando secretamente una expedición que no tardó en publicar que todo era falsedad y locura. Probó de nuevo Colón, muy desengañado ya de los portugueses y justamente irritado por su perfidia, buscar la protección de Gé-nova; pero con igual resultado que antes. Acordóse en-tonces de España, cuyos reyes, Fernando é Isabel, se hacían célebres por sus hazañas contra los moros y por la protección que prestaban á las grandes empresas. Desembarcó, pues, en el puerto de Palos (Andalucía) y con su pequeño hijo Diego se presentó á las puertas del convento de la Rábida, cuyo prior, fray Juan Pérez de Marchena, los recibió con interés y simpatía. Era instruído el prior y entusiasta por toda idea grandiosa, y así no tardó Colón en atraerlo completamente á su causa con la elocuencia que da una convicción profunda, contrariada por la ignorancia y la envidia. Se resolvió que el pequeño Diego quedara en el convento á cargo del padre prior, quien daría á Colón una carta para el confesor de la reina, en la seguridad de que con la protección de ésta realizaría sus

Öcupados estaban los Reyes Católicos (así llama la historia á Fernando é Isabel) en hacer los preparativos para dar fin á la gloriosa guerra contra los moros de Granada. Era por entonces la ciudad de Córdoba donde tenían la corte y á ella se dirigió Colón. Dió al padre Talavera, confesor de la reina, la carta del prior Juan Pérez, pero aquél no hizo caso del extranjero y lo creyó un visionario. Mas no pasó mucho tiempo sin que consiguiese Colón ser presentado al Cardenal Arzobispo de Toledo, don Pedro

González de Mendoza, llamado el tercer rey de España por su grande influencia en la corte, el que á su turno lo presentó á los reyes. El resultado de esta audiencia fué que los sabios de Salamanca examinasen el proyecto, y oído su dictamen, resolvería la corte. Mucho tardó ese consejo en dar su informe, que bien pudiera excusarse, pues Colón conoció serle adverso, desde que en la primera entrevista estuvieron en su contra casi todos los doctores.

Lo que habría descorazonado á cualquiera otra alma de temple inferior á la de Colón, no hizo sino aumentar su constancia para llevar á cabo la empresa. Una nueva esperanza brilló á sus ojos en el llamamiento que por entonces recibió del rey don Juan II, y de nuevo también salió fallida sin más resultado que el del otro viaie inútil

al Portugal.

Torna á España donde le esperan nuevos desengaños. No tarda en saber que el consejo de Salamanca, después de más de dos años de deliberación, había declarado irrealizable el proyecto. Se ve con los reyes, á la sazón en Sevilla, y recibe de sus labios una absoluta negativa. Al salir del real alcázar, se sintió desmayar ante tamaños obstáculos y repetidas repulsas, cayó de rodillas ante una imagen de la Santa Virgen, y pidió fuerzas para sí y luz para sus enemigos.

Desesperanzado de conseguir la protección de España, resuelve Colón pasar á Francia y aún hasta había enviado ya á don Bartolomé, su hermano, á Inglaterra, para proponer á los reyes de esas naciones los proyectos tantas veces rechazados en España y Portugal. Sólo á instancias de frai Pérez se detuvo algunos días, mientras el buen prior apuraba sus últimos recursos. Logró éste persuadir á Isabel, por manera que se reanudaron las ya rotas relaciones.

ACEPTACION DEL GOBIERNO ESPAÑOL Y PREPARATIVOS PARA EL PRIMER VIAJE.—No tardaron en romperse otra vez, pues se creían exajeradas las pretensiones de Colón. Mas tanto trabajaron sus amigos, que al fin se resolvió poner por obra el proyecto. Como el rey opusiese la pobreza del erario, la grande Isabel ofreció sus reales joyas para que con ellas se costease una empresa que, al tener feliz resultado, había de llevar la luz del Evangelio á tantas naciones. Así el sentimiento religioso daba fuerza y constancia á Colón y á su protectora Isabel para llevar á cabo el descubrimiento del Nuevo Mundo.

Según las capitulaciones firmadas, Colón y sus descendientes serían almirantes y virreyes de las tierras que descubriesen, y además les pertenecería la décima parte de sus productos.

Hombre de cabeza y de manos probó ser don Cristóbal (que también como gran cosa se le hizo merced del don) en los preparativos para poner por obra su proyecto. Hubo necesidad de emplear la fuerza para hallar marineros, y la reina dió ordenes para ello. Martín Alonso Pinzón y su hermano Vicente Yáñez Pinzón, los marinos más renombrados de Palos, ayudaron con su dinero y con sus influencias para que cuanto antes saliese aquella empresa extraordinaria. La Santa María, la Pinta y la Niña fueron las tres carabelas (pequeñas naves) que habían de cruzar las primeras aquellos mares desconocidos. En la Santa María iba Colón, y las otras obedecían á los Pinzones: ciento veinte hombres formaban el total de la tripulación.

#### CAPITULO II

Primer viaje de Colón.—Su vuelta.—Segundo viaje.—Tercer viaje.—Muerte de Colón.

PRIMER VIAJE DE COLÓN.—Colón y sus compañeros se apercibieron para tan peligroso viaje con los auxilios de la religión: todos se confesaron y recibieron la sagrada Eucaristía, y se hicieron á la vela el 3 de Agosto de 1492. El pueblo de Palos y el prior Pérez siguieron con los ojos las naves que muchos creían no tornarían jamás. Ya desde el principio hubo algunas quiebras en el viaje que obli-garon al Almirante á tocar en una de las Canarias para hacerse de nuevas provisiones. Muy pronto se dejó sentir el descontento producido entre sus compañeros por el temor, pues se creyeron perdidos, cuando desapareció de sus ojos la última sombra de la costa. En vano Colón procuraba hacerles más llevadero el peligro con un falso diario de lo que se avanzaba, reservando para sí el verdadero: nunca habían perdido de vista la tierra, y no veían ahora sino cielo y agua y avanzaban más y más por mares desconocidos. Para colmo del temor, la brújula cambió súbitamente de dirección, sin que las ingeniosas explicaciones del Almirante lograsen descubrir satisfactoriamente un secreto que hasta ahora se oculta á la ciencia. El viento favorable que alegra al navegante, parecía siniestro á aquellos inex-pertos marinos; pues creían que les sería imposible volver atrás. Muchas esperanzas desvanecidas una y otra vez dieron por resultado un verdadero motín, en que se pretendía nada menos que arrojar al agua á Colón v volverse á EspaHnos Gortes-Monroy Camino

ña. El contuvo prudentemente á sus compañeros y los alentó como pudo. Dios permitió que no saliese burlado y con él sus grandes designios. El vuelo de las aves fué el rumbo

que al fin siguieron aquellos audaces navegantes.

Ya aparecían muchos signos de tierra en las especies de pájaros que veían de vez en cuando, en las yerbas, ramas y maderos que encontraban. El entusiasmo y la esperanza iluminaron los semblantes de todos el 11 de Octubre: las señales de vecinas tierras eran inequívocas. A las diez de la noche crevó Colón columbrar una fuzá lo lejos; tal vez sería de la chalupa de algún pescador. Poco después el grito de ¡tierra! salía de la Pinta, al mismo tiempo que el estrépito del cañón anunciaba á toda la escuadrilla el fin de los trabajos y el cumplimiento de tan grandes esperanzas. La aurora del 12 de Octubre de 1492 brilló como nunca risueña para Colón y sus compañeros, pues les dejaba ver una preciosa isla cubierta de verdura, cruzada de dulces arroyos y habitada por salvajes desnudos que se agrupaban en la costa para admirar á los blancos, que ellos se imaginaban haber caído del cielo. Entre el canto del Te Deum Colón y los suyos bajan á tierra, alzan un crucifijo, se arrodillan para dar gracias á Dios y toman posesión de la isla á nombre de los reves de España. Guanahani la llamaban los naturales, y Colón le dió el significativo nombre de San Salvador. Es una de las Lucayas, y poco á poco fueron descubriendo y explorando muchas otras islas de este archipiélago. En todas partes los mismos isleños se presentaban en estado salvaje y llenos de admiración y esquivez, que luego deponían por el agrado con que eran tratados y las bagatelas que les regalaban. A indicación de ellos siguió Colón su rumbo al sur, pues hacia allí señalaban los indios cuando se les preguntaba por el origen de los pequeños objetos de oro que llevaban consigo. No tardó el Almirante en descubrir una isla tan grande que la creyó tierra firme: era la hermosa Cuba; sus moradores parecían un tanto más civilizados. Siguiendo el incansable marino sus exploraciones, descubrió la isla de Haití, donde el naufragio de la Santa María y la separación de la Pinta le obligaron á detenerse.

Los naturales y en especial el cacique Guacanagari recibieron á los extranjeros con lisonjeras muestras de cariño y tal, que Colón, habiendo resuelto volverse á Europa, fundó allí un fortín para dejar en él sobre cuarenta españoles, que era, por otra parte, imposible llevar en el solo buque que le

quedaba.

Su vuelta.—Después de recomendar á sus nuevos amigos los huéspedes que les confiaba y á éstos el orden y la pru-

dencia, que por su mal no supieron guardar, se embarcó el Almirante, llevando consigo algunos isleños y las más raras producciones de las tierras descubiertas. Terrible espina era para Colón y los suyos la separación de la Pinta; pero felizmente la encontraron desorientada por completo en aquellos mares desconocidos. Excusó con ello Martín Alonso su traición, pues nada menos meditaba que arrebatar á Colón la gloria de su descubrimiento, llegando el primero á anunciarlo á Europa. Una espantosa tormenta, que puso á pique de naufragar las dos carabelas, las separó de nuevo, cuando ya habian navegado la mayor parte del camino. Antes de llegar á España se dirigió el piadoso Almirante á una de las Azores para cumplir un voto hecho á la Virgen por el feliz éxito de la empresa. Nuevas y horribles tempestades la pusieron aún en peligro, hasta que el 3 de Mayo de 1493 entraba Colón por las aguas del Tajo y era pronto recibido por don Juan II de Portugal, que muy tarde conocía el mérito del ilustre genovés. El 15 del mismo mes y año el puerto de Palos vió llegar á Colón y la mayor parte de sus compañeros, pues la *Pinta* le siguió muy de cerca, si bien Pinzón moría de rabia y de envidia al ver burlados sus ambiciosos proyectos.

Sin pérdida de tiempo se dirigió Colón á Barcelona, donde estaban los reyes, para darles cuenta de sus grandes descubrimientos. Magnífica fué la recepción que Fernando é Isabel hicieron á aquel hombre extraordinario. La ciudad se vistió de gala y sus habitantes salieron a recibirlo y procuraban á porfía admirar al que poco antes consideraban loco y ahora llenaba la Europa con su nombre. Los reyes le mandaron sentarse en su presencia, honor muy señalado en la corte, y el Almirante narró en un interesante discurso los descubrimientos y los peligros de su viaje. Se le confirmaron sus títulos y derechos, y un solemne Te Deum cantado por todos los circunstantes cerró la imponente ceremonia.

Por entonces se creía que las tierras descubiertas eran parte del Asia y así opinaba el mismo Colón, por lo que comenzó á llamárselas Indias, más tarde occidentales, cuando se vió que no formaban parte de la India oriental. De aquí vino el nombre de indios con que hasta ahora se conoce á los indígenas del Nuevo Mundo. Los reyes, temiendo encontrarse con los portugueses en sus mutuas expediciones á la India, pidieron al Papa Alejandro VI que reconociese la propiedad de sus descubrimientos y los asegurase contra cualquiera pretensión de alguna otra potencia. Aún era el Romano Pontífice el árbitro de las naciones europeas, á cuya autoridad acudían para evitar guerras con ocasión de

nuevas colonias y conquistas. Accedió el Papa á la petición, señalando una línea imaginaria cien leguas al oeste de las Azores, como el límite entre los descubrimientos de España y Portugal. Con ello el Pontífice no autorizaba para conquistar y despojar á los habitantes de aquellas comarcas, sino que reconocía la soberanía de esas dos naciones en donde legítimamente pudiesen ejercerla.

Segundo viaje de Ĉolón.—Los preparativos para el segundo viaje puede decirse que comenzaron con la llegada de Colón á Barcelona. Se creó entonces el Consejo de Indias, que debía entender en todos los asuntos civiles y eclesiásticos del Nuevo Mundo. No pocos embarazos puso á Colón el presidente del nuevo consejo, don Juan Rodríguez de Fonseca. En fin, el 25 de Septiembre de 1493 partía de Cádiz la segunda expedición compuesta de diecisiete naves con mil quinientos hombres de todas las clases de la sociedad. Había tenido Colón especial cuidado de hacerse de todos los elementos necesarios para fundar colonias, y de animales y producciones de Europa que convenía aclimatar en las nuevas regiones descubiertas. El benedictino frav Fernando Boil venía con el título de Vicario Apostólico para atender á las necesidades espirituales de españoles é indígenas. La primera tierra que avistó Colón en este segundo viaje fué la Domínica; isla que con la de Guadalupe y otras denominó islas del viento, todas ellas habitadas por bárbaros antropó-

fagos.

Dirigió presto su rumbo á la Española para saber de la suerte que había cabido á los españoles de Navidad. Sólo halló las ruinas del fortín y algunos esqueletos de aquellos infelices. La imprudencia, la codicia y los desordenes les habían atraído el odio de los indios de Cibao, cuyo poderoso cacique cayó sobre ellos, á pesar de la buena voluntad de Guacanagari. Reprimió el Almirante los deseos de venganza de los españoles, y fundó luego en aquella misma isla una ciudad que, en honor de su protectora Isabel, llamó Isabela. No de pocos enemigos se hizo con esta fundación, pues fué necesario que todos trabajasen, lo que irritó á los orgullosos hidalgos y á los perezosos que lo acompañaban. En las exploraciones que se hicieron en el interior de la isla se distinguía don Alonso de Ojeda, cumplido caballero destinado á desempeñar brillante papel entre los primeros conquis-tadores del Nuevo Mundo. El reconoció el interior de la isla y aprisionó, más con su astucia que con la fuerza, al feroz cacique destructor de Navidad, ayudó á Colón contra las sublevaciones de los indios y contra los motines de los españoles que ya asomaban la cabeza.

Deseoso el Almirante de adelantar más y más los descubrimientos, dejó á su hermano don Diego el gobierno de la Isabela y se embarcó para reconocer á Cuba, que el creía ser la China, y no tardó en sospechar que era una grande isla. Luego descubrió la de Jamaica, en cuyas costas había de

padecer tanto en su último viaje.

La falta de víveres y las enfermedades lo obligaron á volverse á la colonia, que harto necesitaba ya de su presencia, según eran los desordenes que había así de parte de los españoles como de los indios; aquéllos, unos descontentos y otros sublevados; éstos, se habían alzado por las vejaciones de que eran víctimas y se aprestaban para una sangrienta guerra.

No estaba el Almirante, á causa de sus enfermedades, capaz de dirigir personalmente la guerra; pero, por suerte, acababa de llegar su hermano don Bartolomé Colón, hábil para el gobierno y valiente y diestro para la guerra: era, pues, un auxilio providencial que sirvió mucho en tan

críticas circunstancias.

Si bien se calmaron, por el momento, las malas pasiones que trabajaban la colonia, los indios amenazaban envolverla en una general sublevación contra los extranje-

ros que de todos modos los tiranizaban.

A pesar de la repugnancia de Colón, fué necesario abrir campaña contra los salvajes, y doscientos infantes, veinte jinetes y algunos perros de presa bastaron para derrotar completamente á un ejército que, á juicio de los españoles, ascendía á cien mil indios. Don Bartolomé tuvo el mando de las fuerzas españolas en aquella primera batalla, que había de ser seguida de tantas sangrientas guerras entre indios y españoles. La caballería, las armas de fuego y los perros asustaron de tal manera á los indios, que huveron precipitadamente á los primeros encuentros; el jinete les parecía que formaba con el caballo una sola cosa, un monstruo irresistible; los efectos de la pólvora los creveron rayos de los dioses; y los perros, que se cebaban en sus cuerpos desnudos, fieras dotadas de razón. Se impuso tributo de oro y algodón á los isleños que, acostumbrados á la pereza, no pudieron pagarlo; abandonaron, por el contrario, el cultivo de los campos para sitiar por hambre á los españoles; pero el resultado fué que los infelices indios murieron á millares; y, expatriándose unos, otros víctimas del hambre ó de la crueldad de sus opresores, la isla perdió en poco tiempo sobre la tercera parte de sus habitantes.

Algunos enemigos de Colón, que se habían ido á España en ausencia del Almirante, trabajaban entretanto para desacreditarlo en concepto de los reyes. El resultado de sus intrigas fué que enviase la corte á don Juan de Aguada, comisario que debía averiguar la verdad de las acusaciones. Llegó este personaje á la colonia y probó muy pronto que no era digno de la confianza de los reyes, por la imprudencia con que procedió. Resolvió entonces el Almirante dirigirse á España para justificar su conducta y confundir á sus enemigos, y al efecto se embarcó y también el comisario, quedando la colonia á cargo del adelantado don Bartolomé Colón. En 1496 volvía don Cristóbal por segunda vez y se presentaba á la corte en Burgos, no como antes, para entusiasmarla con sus descubrimientos, sino para defenderse de la calumnia.

TERCER VIAJE DE COLÓN,—Bastó la presencia de Colón para deshacer los cargos que se le dirigían, y sólo se pensó en preparar una nueva expedición. Grandes dificultades hubo que vencer para llevarla á cabo: reinaba general desaliento, por no decir desengaño, en cuanto á la importancia de los descubrimientos; el oro traído no bastaba para saciar la codicia de los aventureros, y los trabajos de toda clase que, se decía, era necesario soportar, los acobardaban. La reina dió en vano puerta franca para que se embarcase el que quisiera; fué necesario admitir gente de la hez v también criminales, y aún así, sólo en 1498 pudo hacerse á la vela la tercera expedición. Mucho sufrió por las calmas y calores que reinan siempre en el Ecuador, cuya dirección siguió esta vez el Almirante; pero felizmente llegó al fin á una isla que denominó Trinidad. No tardó en verse expuesto á grandísimo peligro por la corriente de un gran río que se internaba en el mar; era el Orinoco, cuya desembocadura llamó á causa del riesgo: Boca del Dragón. Exploró la costa de Cumaná y no le cupo duda de que toda aquella tierra era un continente, pues que tal río no podía regar una isla. Recogieron allí los españoles perlas y oro que, en abundancia, les cambiaban los indios por fruslerías europeas. Como otras veces, la escasez de víveres y las enfermedades los obligaron á dirigirse á la colonia.

Harto se necesitaba en ella de su presencia, porque el alcalde mayor Francisco Roldán se había declarado en abierta insurrección contra el adelantado don Bartolomé, y con la seducción ó la astucia había engrosado el número de los rebeldes. Colón apaciguó los ánimos y logró hacer someterse al turbulento Roldán. La Isabela, por otra parte, estaba casi abandonada á causa de las enfermedades que su clima insalubre engendraba, y una nueva colonia había fundado don Bartolomé con el nombre de Santo Domingo. El Almirante se ocupó muy pronto en el gobierno de la isla, hizo los primeros repartimientos de la tierra entre los colonos y obligó á los indios á trabajar personalmente en cambio del antiguo tributo. No ganaron con ello los infelices indígenas á pesar de las buenas intenciones de Colón; fué este el plan que más tarde se adoptó en las demás colonias españolas, con fatales consecuencias para la población del Nuevo Mundo.

Sobre dos años habrían transcurrido desde la última salida de Colón, cuando las intrigas de sus enemigos desencadenaron contra él nuevas y más espantosas tempestades. En 1500 llegó de España á Santo Domingo don Francisco Bobadilla, comisario regio, revestido de plenos poderes para gobernar y ordenar la colonia y remitir á la Península á los que creyese causa de perturbación. Corrían parejas en el Bobadilla la torpeza y el orgullo, y así su arribo fué anunciado con la prisión de don Diego, hermano del Almirante, por cuya ausencia gobernaba en Santo Domingo. Colón se ocupaba en sosegar el interior de la isla revuelta por los mismos colonos, cuando supo tan extraño suceso. Aunque seguro de ser atropellado por el imprudente comisario, se dirigió inmediatamente á la ciudad. Ya había Bobadilla excarcelado á los criminales para humillar al Almirante, y apenas éste se presentó lo hizo cargar de cadenas. Grande, muy grande fué el estupor de los colonos al ver tratado con tanta indignidad al que era virrey y almirante y sobre todo al descubridor de un nuevo mundo. Casi no se encontró quien se atreviese á ponerle los grillos, y fué necesario acudir á un miserable cocinero. Necesitó Colón de toda su grandeza de alma para resignarse á tal afrenta, pues le sobraba con qué resistir al comisario; la historia nos lo presenta no menos sublime, soportando en silencio tanta vejación, que cuando, ocho años antes, caía de rodillas en esa tierra que había adivinado su genio y descubierto su constancia. Don Bartolomé sufrió la misma suerte. Los tres ilustres hermanos, á cargo de don Alonso de Villejo, fueron metidos en un buque y enviados á España por orden de Bobadilla. No quiso cargar Villejo con la responsabilidad de conducir encadenado á Cristóbal Colón y, apenas estuvieron en alta mar, se arrodilló á sus pies para quitarle los grillos. No lo consintió el Almirante, diciendo que la autoridad de los reyes se los había puesto y sólo ellos podían quitárselos; "yo los llevaré siempre conmigo, añadió, como prueba del premio de mis servicios". En efecto, siempre los tuvo á su lado hasta la muerte, como el símbolo de la ingratitud de los hombres, si bien

pudiéramos añadir, de la vanidad de la mayor gloria humana.

Después de un viaie feliz arribó á Cádiz el noble prisionero. Una generosa indignación se encendió en sus habitantes y no tardó en cundir por toda España, á la noticia de tamaña ingratitud: los reyes mandaron al punto que se diese libertad á Colón. Este se dirigió á Granada, donde por entonces estaba la corte, para justificar su conducta y pedir justicia. Al verlo caer de rodillas, sin poder articular palabra, embargado por el llanto y los sollozos, la generosa Isabel no pudo contener sus lágrimas, y hasta el frío Fernando se movió á compasión, considerando las vejaciones y sufrimientos de aquel hombre extraordinario. Los reyes lo consolaron con palabras paternales, lo restablecieron en sus dignidades y derechos, y ordenaron que fuese depuesto en el acto el imprudente Bobadilla. Por desgracia, sólo quedó en promesa la palabra real que aseguraba à Colón restablecerio á su antigua dignidad, no por culpa de Isabel sino de Fernando. Nombrose á don Nicolás de Obando, sucesor de Bobadilla, y se le confió una expedición de treinta y dos naves y sobre dos mil hombres para incrementar las colonias, debiendo restituir á Colón v sus hermanos los bienes de que injustamente habían sido desposeídos por el comisario, al que debía remitir á España. Cumplióse sólo en parte la real orden, porque la Providencia se encargó de hacer justicia al Almirante. Bobadilla, Roldán y otros de sus enemigos perecieron en un naufragio en los mares de la Española, cuando se dirigían á dar cuenta de su conducta.

Cuarto viaje.—Los preparativos para la expedición de Obando detuvieron á Colón como año y medio en España. Aún se le habría entretenido con vanas promesas, si los recientes descubrimientos de los portugueses, de que á su turno hablaremos, no hubiesen despertado nuevo entusiasmo en los españoles. En 1502 salía Colón de Cádiz con cuatro naves y dispuesto á llegar á la India por un camino más corto. El mal estado de la capitana le obligó á á dirigirse á la Española para mejorar la mala condición de sus naves; pero Obando le negó todo auxilio y aun desovó los consejos de Colón para que no permitiese salir algunos buques por los signos que había de tempestad: caro costó no oír los avisos del Almirante, pues naufragaron entonces y perecieron Bobadilla y los demás de que se ha hecho mención. Colón se dirigió al continente y recorrió las costas de Hondárias funcionado na estratio que él suponía había de haber para comunicarse con otros ma

res. Desembarcó en fin y fundó una colonia á orillas de un río que llamó Belén, mas la mala conducta de los españoles sublevó tan furiosamente á los indios que fué necesario abandonar la colonia, después de muchos destrozos y muertes por una y otra parte. Reembarcaronse el Almirante y los suyos y á duras penas pudieron sacar del río los buques, dos de los cuales pronto se inutilizaron. A pesar del mal estado de los restantes y de sus propias enfermedades, hizo algunas exploraciones en Darien y en Cuba. Cuando quiso dirigirse á la Española para reparar las naves y provisiones, ya era tarde, y, después de inde-cibles esfuerzos y trabajos, sólo alcanzó hasta la costa de Jamaica (1503). Colón y sus compañeros habrían perecido por las enfermedades, el hambre ó á mano de los indios, si Bartolomé Fieschi y Diego Méndez no hubiesen expuesto sus vidas, atravesando en una frágil canoa un largo trecho de mar, para salvarlos.

Grandes eran entretanto los sufrimientos de Colón: los indios se cansaron muy luego de los extranjeros y se negaron á llevarles alimentos. Fué menester que Colón se valiese de un eclipse de luna para intimidarlos, anunciándolo de antemano como señal de la ira de los dioses, y por ello no murieron los náufragos de hambre. Buena parte de éstos se rebelaron contra el Almirante, y, dispersos por la isla, se entregaron á toda clase de excesos, hasta hacer armas contra Colón y resueltos á matarle, si le hubiesen habido á las manos; por dicha suya tenía consigo al valiente don Bartolomé que, á la cabeza de un puñado de los buenos, salió contra los rebeldes y los venció completamente. Agréguese á esto que el infeliz Almirante estaba postrado por la

gota y casi moribundo.

Por demás culpable fué la conducta de Obando en las críticas circunstancias en que se hallaba Colón, pues á pesar de no ignorarlas no lo socorrió como debiera, y sólo envió un buque, más para espiar al infeliz Almirante que para salvarlo. Fué menester la indignación de los españoles de Santo Domingo para excitar la compasión de Obando y obligarle á mandar un buque en su auxilio, que junto con otro que á costa de grandes sacrificios había logrado equipar el generoso Méndez, bastaron para trasladar á los náufragos. Obando recibió á Colón con aparentes muestras de respeto, como fueron muy sinceras las de los colonos de Santo Domingo, que se compadecían de la suerte de tan grande hombre, y hasta la envidia se acalló en vistas de sus desgracias. No consiguió justicia el Almirante del gobernador de la Española; y así se embarcó para la Península (1504)

arruinadas su salud y hacienda, para sufrir nuevos desengaños.

MUERTE DE COLÓN.—A poco de su llegada á España murió la reina Isabel, su protectora, y esta pérdida vino á alejar más y más del ánimo de Colón toda esperanza de que se atendiesen sus justas reclamaciones. En balde pasó á Sevilla, donde estaba la corte, y de ahí á Valladolid, yendo tras de ella como en sus primeros tiempos: Fernando le entretenía con buenas palabras; pero sin cumplir las promesas ó mejor las obligaciones contraídas, caso de acertar Colón en sus provectos. En esta última ciudad había de encontrar

la muerte aquel hombre extraordinario.

Se preparó á ella con la piedad de que en toda su vida había dado evidentes muestras, esperando hallar en Dios la justicia y recompensa que le negaron los hombres: confortado con los auxilios de la religión, murió en Valladolid el 20 de Mayo de 1506, como á los 66 años de edad. Sus últimas palabras fueron las del Redentor: "En tus manos, Señor, encomiendo miespíritu." Su cadáver, por de pronto sepultado en esa ciudad, fué trasladado luego á Sevilla; más tarde á Santo Domingo y por fin á la Habana, donde actualmente reposa. Tan eminentes fueron las virtudes cristianas del grande hombre, que aun se trabaja por conseguir su canonización.

### CAPITULO III

El nombre de América.—La América conocida antes de Colón.—De cómo se pobló la América.—Idea histórica de los pueblos americanos, su civilización y costumbres.

EL NOMBRE DE AMÉRICA.—Se extraña, sin duda, al ver los padecimeentos, las virtudes y demás justos títulos de Colón para dar su nombre á las tierras por él descubiertas, oírlas llamar América, nombre que ninguna relación tiene con su descubridor. Américo Vespucio, florentino, que fué uno de los muchos aventureros que después de Colón hicieron descubrimientos y conquistas en el Nuevo Mundo, como ya se dirá, publicó el primero en Europa que las tierras descubiertas por aquél no eran parte del Asia, sino un nuevo continente. Poco después un alemán describió estas nuevas tierras y las llamó Tierras de Américo, de donde salió el nombre de América con que hoy se las denomina. Por manera que hasta en la fama Colón ha sido perseguido, sin que por esto su gloria se amengüe en lo más mínimo.

La América conocida antes de Colón.—A pesar de la novedad que causó en Europa el descubrimiento de Cristóbal Colón, la América había sido ya descubierta en su parte septentrional por los normandos que en el siglo IX lleegaron á visitar las costas de Groelandia, si bien no fueron exploradas hasta fines del siglo X. Hubo en ellas colonias como también en la que fué más tarde Nueva Inglaterra; pero estas colonias fueron de poca importancia y luego abandonadas y apenas llamaron la atención de los pueblos del norte, siendo completamente desconocidas del resto de la Europa. Así es que en nada amenguan esos antiguos descubrimientos la gloria de Colón al idear y llevar á cabo, sin tener de ellos noticia, el gran descubrimiento de América.

De cómo se pobló la América.—Hé aquí un punto acerca del cual mucho se disputa entre los sabios y que no es de nuestro propósito dilucidar por extenso. La América tiene la forma de una inmensa isla; por consiguiente, habiendo sido desconocida por tantos siglos del antiguo mundo, ocurre preguntar cómo y cuándo se pobló. La opinión más probable que hay sobre este punto parece ser la que sostiene que en tiempos remotos estuvo la América unida al Asia por el estrecho de Bering, que habría sido istmo, y se rompió más tarde, cuando ya habrían pasado al nuevo continente muchas familias de hombres y animales. Esto no impide que hayan también venido otras arrastradas por las corrientes del mar á establecerse en América. La semejanza de los indígenas americanos con los mongoles, da nueva fuerza á la opinión, que del Asia vinieron los primitivos habitantes del Nuevo Mundo.

Idea histórica de los pueblos americanos, su civilización y costumbres.—Aunque se conoce que los primitivos americanos tienen un origen común, se subdividen en diversas razas que sería largo enumerar. Lo que más llamó la atención de los conquistadores fué la infinita variedad de lenguas, pues variaban á veces hasta de una tribu á otra, tanto que pasan de cuatrocientas, sin contar los dialectos en que se subdividen. La inmensa mayoría de los indígenas americanos eran salvajes, y buena parte de costumbres feroces hasta el extremo de comerse á sus semejantes. Sólo dos pueblos habían alcanzado alguna civilización: Méjico y Perú. Más tarde trataremos de ellos en su historia respectiva; por ahora demos una mirada á las costumbres de las otras naciones americanas.

Religión.—Por espantoso que fuese el estado de barbarie en que vivían los americanos, las ideas de la divinidad, de premios y castigos en otra vida y, de consiguiente, la inmortalidad del alma, estaban arraigadas en todas las tribus. Prueba de ello era la costumbre universal de enterrar á los muertos con provisiones, vestidos, armas y aun riquezas para un largo viaje que debían hacer. En buena parte de América se adoraba al sol, como al Dios Supremo: tal sucedía en las regiones del Misissipi, en las de Bogotá (Nueva Granada), donde tenían templos y sacerdotes, pues, fuera de Méjico y Perú, eran los muiscas, habitantes de las regiones de Bogotá, los que habían alcanzado algún grado de civilización. El nombre de Gran Espíritu dado á Dios, era común á muchos pueblos, en especial á los pueblos de los Estados Unidos. El culto en general era muy sencillo y en algunas tribus apenas se manifestaba exteriormente, si bien no dejaban de tener creencias religiosas. En casi todas había ciertos hombres y á veces mujeres que ejercían la adivinación y curaban las enfermedades con ridículas ceremonias: la hechicería y otras supersticiones estaban generalizadas entre los indios, por manera que no moría alguno de importancia sin que se atribuyese á otro el daño, y de ahí surgían guerras y espantosas venganzas.

La familia.-La poligamia era general en las regiones donde fácilmente se tenía lo necesario para vivir, más no donde era menester mayor trabajo para la subsistencia; en otras partes el cacique ó el jefe que poseía más bienes de fortuna tomaba el número de mujeres que podía sostener, y lo contrario hacía el pobre. Las ceremonias para contraer matrimonio eran generalmente religiosas, pero el modo de contraerlo y la duración del contrato varia-

ban según los pueblos.

En unos el contrato matrimonial duraba de por vida, en otros se disolvía por el capricho del hombre; en unos se hacía el matrimonio por la voluntad de ambos contrayentes; en otros la mujer formaba parte del botín del vencedor, ó era vendida por sus padres. Excusado parece hablar de la tristísima condición de la mujer, que era casi una bestia de carga. A ella tocaban todos los trabajos domésticos, aun los más pesados; debía sembrar y cosechar, acompañar á su marido en los viajes y hasta á la guerra, llevando sobre si la carga de cuanto era menester: esclava, en fin, y no compañera del hombre.

La condición de los hijos no era tampoco menos triste: cuidábanlos sus padres mientras su tierna edad lo requería; pero, ya crecidos, los abandonaban á su buena ó mala fortuna: formaban muy pronto una familia aparte y de tal modo que frecuentemente 6 no veían más 6 no conocían á los autores de su existencia.

La guerra.—Hé aquí la vida del salvaje americano: la guerra era con la caza ó la pesca, la única ocupación del hombre, que llevaba, fuera de esas cosas, una vida del todo ociosa. La mujer cuidaría de alimentarlo. La guerra era triste necesidad para los infelices indios: sus costumbres, sus creencias religiosas ó mejor supersticiosas la autorizaban; la venganza era la virtud por excelencia y la gloria del indio. La injuria hecha a un miembro cualquiera de la tribu, la declaración del sacerdote culpando á un enemigo como causa del daño, etc., daban margen á eternas y encarnizadas guerras. Antes de acometerse se reunían los indios en una especie de pública asamblea para deliberar acerca de la táctica que debía adoptarse y en especial tocante al jefe que los conduciría á la batalla, pues, aunque bárbaros, conocían la necesidad de un general que dirigiera los movimientos y evoluciones de la campaña.

No era común dar batallas campales; por el contrario, la sorpresa al enemigo descuidado era máxima general entre los guerreros indios, salvo raras excepciones. No marchaban, pues, sus ejércitos reunidos y ordenados, sino que cada soldado iba por su cuenta á reunirse en el lugar

convenido para el combate.

Las armas eran: flechas, mazas, picas con punta de piedra afilada ó espigas de peces, pues no conocían el

hierro

El guerrero americano cuidaba de llevar sus armas y municiones, se deslizaba entre los bosques, el color de cuyas hojas imitaba en la pintura de su cuerpo para agazaparse, ó asechar al enemigo, haciendo largos viajes hasta

llegar al lugar de la sorpresa.

No se daba generalmente cuartel al vencido, salvo que estuviese muy asegurada la victoria, que entonces se hacían de prisioneros. La muerte que aguardaba á estos infelices era espantosa. Se les martirizaba con cuanta crueldad pudiera ocurrirse al vencedor y su familia: porque las mujeres, los niños y los ancianos participaban del triste placer de vengar en el vencido así á los muertos como la causa de la guerra. Atábasele á un palo por muchos días, se le abrian las carnes, se le cortaban los miembros, se le aplicaban piedras candentes ó tizones para atormentarlo. Si la víctima no exhalaba una queja ni un gemido dejaba fama de valiente, y por ello hacían esfuerzos indecibles los desgraciados á quienes cabía tan triste suerte. Mas, si se acobardaba, y se veía en el vencido alguna muestra de flaqueza, perdía en el acto la vida y su

memoria quedaba infamada. En algunas tribus, los prisioneros reputados por valientes solían ocupar la choza y plaza de los muertos, á condición de que la viuda quisiera recibirlos por maridos; en caso contrario, morian como queda dicho. En otras, eran devorados y hacían flautas de sus huesos, y adornaban con sus cráneos las casas de los vencedores.

Costumbres.—La principal ocupación del indio, fuera de la guerra, era la caza y la pesca. La práctica de la primera de tal modo llamaba su atención, que tenía á no poca gloria ser insigne cazador, y en algunas tribus no podía casarse el hombre si no era capaz de alimentar á la familia, con su destreza en la caza. Aunque muy dados también á la pesca, sobre todo las tribus que habitaban en la costa y á orillas de los lagos y grandes ríos, habían hecho poquísimos progresos en el arte de la navegación. Canoas de un solo tronco, cuya construcción les exigía hasta años de trabajos, constituían sus mejores buques.

En cuanto al vestido, no podía ser más pobre, pues en muchas tribus, especialmente donde el clima era ardiente, andaban los hombres casi desnudos. Los trajes indianos consistían va en pieles de animales ó tejidos de lana muy toscos. Pintábanse no sólo el rostro sino el cuerpo, que además embadurnaban con goma ó grasa de animales para preservarse de las picaduras de los insectos y mosquitos. Vistosas plumas, piedras de colores, conchas de perlas y pepas de oro cogidas en los torrentes constituían las joyas del salvaje. Ni faltaban fiestas en las que pudiesen hacer gala de sus adornos, que era general en América la costumbre de reunirse en ciertos días para celebrar sus fiestas; el baile, en que rara vez tomaba parte la mujer, y la embriaguez atraían á ellas á los indios. Sabían hacer licores espirituosos del maiz y de semillas de plantas y árboles.

#### CAPITULO IV

Nuevos viajes y descubrimientos en América.—Los Cabot.—Ojeda y Juan de la Cosa.—Alvarez Cabral y Américo Vespucio.—Niño y Pinzón.—Lepe y Bastidas.—Nicuesa y Enciso.

Nuevos viajes y descubrimientos en América.—Al mismo tiempo que Colón hacía sus últimos viajes y aun mientras gobernaba la Española, muchos otros aventureros

así españoles como italianos, procuraban adquirir honra y hacienda con viajes y descubrimientos en el Nuevo Mundo. Y no sólo en España se despertó este deseo de aventuras,

sino también en otras naciones europeas.

Los Cabot (1497).—La Inglaterra, que tan importante papel había de desempeñar más tarde en América, fué la primera en conceder al veneciano Juan Cabot y sus tres hijos permiso para tomar posesión á su nombre, de las tierras que descubriesen. Al efecto, aquel navegante descubrió el Labrador, la isla de Terranova y llegó hasta la Florida. Al año siguiente, su hijo Sebastián hizo una se-

gunda expedición, cuyo resultado se ignora.

OJEDA Y JUAN DE LA COSA.—En ese mismo año de 1498 la España concedió un permiso general para que cualquiera hiciese expediciones al Nuevo Mundo. El intrépido Alonso de Ojeda fué el primero en aprovecharse de él, y, acompañado de Juan de la Cosa y Américo Vespucio, organizó una expedición con la que descubrió el golfo y costa de Paria, y luego una región que llamó Venecia, por un caserío edificado sobre estacas en las aguas, y es la actual Venezuela. Después de algunos descubrimientos de menos importancia se vió obligado á volver á la Española, en donde tuvo disgustos con Colón, que entonces aún la gobernaba.

Fué Oieda uno de los más atrevidos y valientes aventureros de esa época, v así no se contentó con este segundo viaje á América, pues fué uno de los compañeros de Colón, sino que hizo dos viajes más, llenos de peligros y curiosas aventuras. En 1502 consiguió de los reyes autorización para colonizar las tierras que había descubierto. Se dirigió á ellas y aún intentó fundar un establecimiento; pero con tan mala fortuna, que por la escasez se vió obligado á abandonarlo, y, lo que es peor, fué apresado por sus propios compañeros sublevados contra él, que le condujeron como un criminal á la Española. Siete años más tarde, merced á los empeños de Juan de la Cosa, obtuvo el gobierno de Venezuela y parte de Nueva Granada con el nombre de Nueva Andalucía, al mismo tiempo que por el mismo decreto se concedía igual autorización á don Diego de Nicuesa sobre lo que hoy es Centro América. Gracias á la cooperación de la Cosa, pudo salir Ojeda de Santo Domingo con una nueva expedición. No fué más feliz en ella, á pesar de su extraordinario valor y audacia, que en las anteriores. Después de es-pantosas guerras con los indios, en que estuvieron á punto de perecer él y los suyos, necesitó el auxilio de Nicuesa, que casualmente se dirigia á su provincia, para vengarse horriblemente de los salvajes. Fundó la pequeña colonia de San Sebastián en el golfo de Darien. Mas, la colonia fué tan desgraciada como su fundador: apenas se consiguió salvarla de los repetidos ataques de los indios, siendo tal la pobreza y necesidad de sus defensores, que Ojeda salió personalmente á la Española en busca de nuevos auxilios, dejando á Francisco Pizarro, que ya se había distinguido por su valor, el gobierno de la colonia, con encargo de abandonarla si no era auxiliado á los cincuenta dias, lo que fué necesario ejecutar. Tuvo de nuevo que sufrir el bochorno de ser apresado por sus compañeros é ir después á morir en Santo Domingo de resultas de sus heridas. Así terminó su vida don Alonso de Ojeda, uno de los más caballerosos y audaces aventureros españoles de su época. Su gloria quedó manchada por las horribles crueldades y traiciones que cometió con los indios; si bien la suma pobreza en que murió y la humildad que manifestó en sus últimas disposiciones, disculpan un tanto la soberbia de su carácter.

ALVAREZ CABRAL Y AMÉRICO VESPUCIO—(1500).—Mientras la España y la Inglaterra hacían reconocer el mundo de Colón, el Portugal dirigía sus expediciones á la India, cuyo derrotero había abierto el célebre Vasco de Gama, el rey don Manuel encargó á Pedro Alvarez Cabral una segunda expedición con orden, por consejos de Gama, de apartarse de las costas de Africa. Esto fué lo que hizo á Cabral descubrir casualmente una nueva región, el actual imperio del Brasil.

que llamó Veracruz.

Como se encontraba entonces en Portugal Américo Vespucio, compañero de Ojeda, el rey lo puso á la cabeza de una nueva expedición para explorar las regiones descubiertas por Cabral. Este viaje de Vespucio dió por resultado el conocimiento de la costa del Brasil, de cuya extensión pudieron formarse idea los portugueses. Encargó el rey otra expedición al mismo Vespucio, que fundó en Bahía de Todos los Santos la primera colonia portuguesa en América.

Niño y Pinzón (1500).—Pedro Alonso Niño, compañero de Colón, hizo una de las más afortunadas expediciones con un solo buque y un puñado de aventureros. Reconoció, después de Ojeda, el golfo de Paria y la costa de Cumaná, evitó cuidadosamente trabar batalla con los indios y se cuidó más en negociar oro y perlas que en pretender fundar colonias, de cuyos elementos carecía. Tornó á España con mejor éxito que otros menos prudentes.

Casí por este mismo tiempo (1499) salía otra expedición á cargo de Vicente Yáñez Pinzón, al que ya conocemos en el

primer viaje del Almirante.

jos y se les ocultaban estos horrores. Bien que cuando los supo la buena Isabel, se decretó la libertad de los indios; á reclamación de Obando, de nuevo se permitió exigirles trabajos forzados, pues aquél engañó á la corte, so pretexto de que la colonia se arruinaba y aún, so capa de religión, decía que era imposible se convirtiesen los indios si no se les sujetaba á amos cristianos que los instruyeran: el mismo último pretexto sirvió para que permitiese el rey el atroz rapto de los lucavos.

Don Diego Colón (1509).—Cada día se apreciaba mejor en España el descubrimiento de Cristóbal Colón, pues las muchas exploraciones manifestaban que le había dado todo un nuevo mundo. Sin embargo, el astuto Fernando no quería hacer justicia á don Diego Colón, que pedía el virreinato de las colonias como que era hijo del Almirante y heredero de sus derechos. Fué necesario que siguiese contra el rey un largo pleito ante el Consejo de Indias, que dió la razón á don Diego. No le habrían faltado aún excusas al astuto monarca, si el casamiento de aquél con doña María de Toledo, sobrina del duque de Alba, famosísimo guerrero y señor de los más encumbrados de la corte, no hubiese puesto fin á la perplegidad de Fernando. Concedió, pues, á consideraciones cortesanas lo que negaba al incontestable derecho de don Diego Colón. Nombrósele sucesor de Obando, y salió de España en 1509 el hijo de Colón acompañado de sus tíos don Bartolomé, don Diego y de su hermano Fernando, hijo también y biógrafo del Almirante. Llegó el virey á la Española con una brillante comitiva de caballeros y fué recibido con los honores debidos á su rango y á su ilustre padre. Como encontró la colonia perfectamente bien organizada por Obando, no hizo más que imitar su gobierno. Respetó los repartimientos de los indios é hizo otros nuevos, y prestó auxilio á los conquistadores de Cuba y Puerto Rico. Colonización de Cuba y de Puerto Rico.—El capitán

Colonización de Cuba y de Puerto Rico.—El capitan Juan Ponce de León obtuvo de él autorización para conquistar la isla de Puerto Rico. Falto al principio de recursos, se mantuvo á la defensiva, pero una vez auxiliado por tropas que le llegaron de Santo Domingo, tomó la ofensiva con tanto arrojo y buen éxito, que los indios llegaron á creer que los españoles muertos resucitaban en auxilio de sus compañeros. Sometida toda la isla, se adoptó en ella el mismo

sistema de gobierno que en la Española.

Una de las conquistas más fáciles fué la de la isla de Cuba, lleva la á cabo por el capitán don Diego Velázquez, mandado con este fin por don Diego Colón (1511). Los indios no opusieron resistencia, gracias tal vez á la fama de in-

vencibles que ya precedía entre ellos á los españoles. Famosa es la historia del cacique Hatuey, que había huido de la Española á Puerto Rico y de Puerto Rico á Cuba. Este infeliz cacique aconsejaba donde quiera á los indígenas que arrojasen lejos de sf el oro, porque era la causa de las crueldades de aquellos extranjeros. Aunque resistió denodadamente, fué habido al fin por los españoles, que lo condenaron á ser quemado, sin más causa que haber defendido siempre su querida libertad. Atado al poste y ya sobre la hoguera, excitábalo un sacerdote para que abrazase la única religión que podría hacerle eternamente feliz; y como le diiese muchas cosas del cielo, que si así lo hacía le esperaba, preguntóle Hatuey: "¿Van también los cristianos al cielo?"
"Sí, pero sólo los buenos", respondió el sacerdote.—"Ninguno puede serlo, replicó el cacique, y quiero más bien irme al infierno por no ver á ningún hombre de esa raza maldita." Triste ejemplo de la impresión que las crueldades de los españoles hacían en los indios que confundían esa conducta con las sublimes verdades de la Religión.

Velázquez fundó á Santiago, la Habana, Puerto Príncipe y otras ciudades principales de Cuba, é introdujo en ella la caña de azúcar y adoptó el mismo sistema de gobierno que había en las demás colonias. En Cuba fué también donde los españoles hallaron el tabaco, que tanto se había de generalizar y tan pingües entradas daría á la isla. Por lo demás, no tardó Velázquez en conseguir de la corte que su provincia fuera independiente de la Española.

ESTADO DE LA COLONIA DEL DARIEN (1511).—Pasemos ya á la principal colonia establecida en el continente.

Vasco Núñez de Balboa había conseguido, por su carácter emprendedor y el ascendiente sobre sus compañeros, ser nombrado gobernador del Daríen por el cabildo, y Enciso partió á España á querellarse del atropello de sus derechos. Si bien no pueden perdonarse á Balboa los medios que empleó para subir, el prudente gobierno de la colania y el feliz éxito de sus trabajos algún tanto lo disculpan. Una vez á la cabeza de la colonia, hizo varias correrías al interior, recogiendo abundantes cantidades de oro. Como viese el hijo mayor de un cacique llamado Comagre, el grande aprecio que del precioso metal hacían los españoles y que trababan disputa por un poco más ó menos, les dijo: "No disputéis por semejante bagatela: tras de esa montaña se extiende un inmenso mar, cuyas aguas son navegadas por buques como los vuestros, pues existe en sus costas un poderoso imperio, donde abunda extraordinariamente el objeto de vuestra codicia". Esta fué la primera vez que oyeron los españoles noticias acerca del Perú, y que por el momento unos creyeron y otros como Balboa juzgaron fuese la India ó la China. Tanto había arraigado la idea de que la América era parte del Asia.

DESCUBRIMIENTO DEL MAR DEL SUR.-Con esto resolvió Balboa trepar la cordillera y ver si existía el nuevo mar de que hablaba el hijo de Comagre. Se le ofreció pronto la ocasión con algunos refuerzos que le habían llegado de la Española. Puso pues por obra sus proyectos, tanto por su deseo de aventuras, cuanto porque sólo un gran descubrimiento podría ponerlo á salvo de las acusaciones de Enciso, que había sido bien recibido en la corte; y de un momento á otro temía Balboa ser enjuiciado. Grandes obstáculos se oponían, sin embargo, á la realización de sus planes. Cierto que no era necesario andar un largo camino; pero la montaña elevada y sin senderos, cubierta de bosques seculares y profundos pantanos y barrancos sin salida, hacían ardua la empresa. El trecho que era menester atravesar lo poblaban indios feroces, que disputarían palmo á palmo el paso. Por otra parte, el clima ardiente de los trópicos al mismo tiempo que fatigaba á los soldados, engendraba mortales epidemias y enjambres de bichos venenosos. Nada de esto desalentó á Balboa que, con un pequeño destacamento de españoles, un millar de indios y algunos perros, emprendió la marcha. Atacáronle los salvajes, pero los venció en todos los encuentros v. después de diecinueve días de fatigoso camino, el 25 de Septiembre de 1513, Balboa, que se había adelantado á los suyos, cae de rodillas en la cima de la cordillera, da gracias á Dios ante la inmensidad de un océano hasta entonces ignorado. Los demás españoles no tardan en asociarse á su admiración y reconocimiento, y el himno sagrado del Te Deum se exhalaba más de los corazones que de los labios de todos. Una gran cruz fué colocada en el lugar mismo donde vió Balboa por primera vez el nuevo mar, al que llamó impropiamente del Sur. El descenso, aunque más fácil que la subida, no dejó de presentar dificultades, pues fué necesario dispersar á algunos indios enemigos. Balboa tomó posesión del mar, de sus costas é islas á nombre de España, haciendo algunas ligeras exploraciones en las que recogió riquísimas perlas.

Pedrarias Dávila (1514).—Mientras que el activo Balboa duplicaba con sus descubrimientos las posesiones de España, y hacía la felicidad de los colonos de Darien, las quejas de Enciso trabajaban su crédito y le preparaban su ruina. En efecto, el rey Fernando hizo aprestar la mayor armada que hasta entonces se había destinado á la América: 22 buques y dos mil hombres, y puso á su cabeza á don Pedro Arias Dávila, con orden de juzgar á Balboa y gobernar la colonia. Cuando menos se esperaba, llegó al Daríen la formidable expedición. Balboa y los suyos recibieron con todo respeto al nuevo gobernador, que no tardó en desengañarse de las calumnias que acerca de la tiranía de Vasco Núnez corrían en la corte. Al saber también ésta el gran descubrimiento de Balboa, olvidó fácilmente las acusaciones y lo nombró Adelantado del Mar del Sur y capitán general de las provincias que bañaba. Fué necesario que el doctor fray Juan de Quevedo, que con título de Obispo de Castilla de Oro acompañaba á Pedrarias, obligase al envidioso gobernador á obedecer al monarca para dar á Balboa sus merecidos títulos. Cabe al señor Quevedo la gloria de haber defendido siempre al ilustre descubridor, contra las malas intenciones de Pedrarias. El desacertado gobernador descontentó bien pronto á las indios y españoles con sus torpes manejos, y tanto se alzaron aquéllos que ni el mismo Balboa, que antes los sujetaba fácilmente, pudo reducirlos á la obediencia. Reconciliados por depronto y vuelto á España el Obispo. quedó el desgraciado Balboa á merced de su enemigo. Aprestábanse ya los buques que con indecible trabajo había logrado conducir Vasco Núñez al Mar del Sur para explorarlo, cuando estalló de nuevo contra él la envidia de Pedrarias. Mandóle que viníese á su presencia, y Francisco Pizarro lo apresó en el pueblo recién fundado de

Muerte de Balboa (1517).—Luego supo el prisionero que se le acusaba de querer sublevarse contra Pedrarias, por lo que muchos de sus amigos ya se hallaban encarcelados. Era inocente Balboa y así se lo protestó á Pedrarias diciéndole que si hubiese tenido tales intenciones no habría obedecido á su llamado, sino que se labría hecho á la vela con sus trescientos compañeros. Pero todo fué en vano.

Prosiguió el proceso, y preguntado Pedrarias por el alcalde si se atenuaría la pena en consideración á los servicios del reo, contestó: "Nó; si pecó, muera por ello". Cuando se notificó á Balboa la sentencia de muerte, apeló al rey y al Consejo de Indias; pero el gobernador no hizo caso de la apelación y mandó ejecutar la sentencia. Esta horrible injusticia se efectuó en la plaza de Ancla: al oír Balboa el grito del pregonero que lo acusaba de traidor al rey, protestó indignado de su fidelidad y sus servicios al monarca.

Todo en vano, sólo la religión fué su último consuelo. Lo decapitaron con cuatro de sus compañeros, y Pedrarias se dió el amargo placer de ver la ejecución, oculto detrás de una pared de cañas. La corte reprobó esta crueldad, pero no castigó al culpado.

#### CAPITULO VI

Triste condición de los indios.—La Iglesia los protege.—Las Casas y los Jerónimos.—Los esclavos africanos en América.—Las Casas, fundador de colonias.

Triste condicion de los indios.—¿Qué era entretanto de los indígenas del Nuevo Mundo? Ya algo se ha dicho de su tristísima condición al tratar del gobierno de Obando; más ó menos á la misma quedaban sujetos donde quiera que los españoles asentaban su poder. Miraban con tanto desprecio á los indios que los creyeron, por de pronto, seres diversos de la raza humana, no descendientes de Adán, incapaces de sacramentos, en una palabra, irracionales que no tenían los derechos del hombre. Así es que los sujetaban á dura esclavitud en las regiones que lograban dominar: modelando su conducta por la Española, los demás conquistadores se repartían entre sí á los pobres indios como si fueran rebaños de animales. Según el mérito de cada colono, se le encomendaba mayor ó menor número de indios para que cultivasen la tierra que le había caído en suerte ó explotasen las minas. De aquí vinieron las palabras repartimientos y encomiendas, pues en apariencia se encomendaban al colono tantos ó cuantos indios para que los instruyese en la Religión, si bien él poco se curaba de esto, y sí mucho de enriquecerse á costa de sus encomendados. Sobre todo en la Española llegó á tal exceso el maltrato y el abuso de los encomenderos y la mortalidad de los indios, que los sacerdotes creveron necesario tomar su defensa.

La Iglesia los protege.—En 1511 Antonio Montecinos de la Orden dominicana, y con él los demás sacerdotes de la misma, alzaron valerosamente su voz en defensa de los derechos de los indios, primero en la Española y después en las demás colonias. No sólo predicaban que maltratar á los indios era opuesto al Evangelio, sino que negaron los sacramentos ya á los que faltaban tan gravemente á la caridad, ya, según los casos, por solo el hecho de tener encomiendas. Grande fué la grita que los encomenderos alzaron contra los padres: Montecinos fué reprendido, pero sostuvo sus opiniones como un deber sagrado. Llegaron las quejas

al rev, que declaró estar comprendido el derecho de los encomenderos entre los que la Santa Sede había concedido á los reves sobre las regiones descubiertas por Colón. Muy mala inteligencia, sin duda, de la autorización pontificia. En vano el rey dió nuevos reglamentos para suavizar el vugo de muerte que pesaba sobre los indios; todas esas leyes y reglamentos eran burlados por los codiciosos colonos. Así que la resolución de la corte no acalló la voz de los sagrados defensores de los indígenas; por el contrario, se hicieron ofr nuevas y más enérgicas protestas. Con muy raras excepciones, se vió desde entonces que obispos, sacerdotes y misioneros defendieron en América á los indios contra las pretensiones tiránicas de los invasores. Cierto que la voz del clero se ahogó entre los gritos de la guerra y la codicia; pero no pocos crímenes se evitaron, algo se suavizó la suerte del indio, y algunos preciosos derechos se le concedieron. Los Romanos Pontífices clamaron muchas veces contra la conducta poco cristiana de los europeos en América, y Paulo III se apresuró á declarar en una bula la capacidad

de los indios para recibir los sacramentos.

Las Casas y los Jerónimos.—A consecuencia de la predicación de Montecinos y demás dominicanos, y de la defensa que aquél hizo en España de su conducta, el rey mandó á don Rodrigo de Albuquerque para poner en estricta ejecución los reglamentos que atenuarían, si no cortaban, los abusos. Por desgracia, el comisionado resultó ser peor que los encomenderos, venal y sin conciencia. Entonces fué (1515) cuando se alzó en favor de los indios el inmortal don Bartolomé de Las Casas, digno sacerdote por su celo y caridad apostólicos. Defendió en España misma y con tanta elocuencia la causa de los indios, que el frío Fernando resolvió tomar nuevas medidas, que la muerte vino á impedirle (1516). El cardenal regente, Jiménez de Cisneros, tan célebre en la historia de España, oyó benignamente á Las Casas, le nombró Protector de los indios y lo hizo acompañar de los tres padres jerónimos, que iban como misioneros á la Española, con plenos poderes para arreglar los repartimientos y poner coto á las vejaciones que contra los indios se cometían. Procedieron con toda imparcialidad y aliviaron mucho la suerte de los indios; dieron á unos libertad, é hicieron que se cumpliesen los reglamentos reales que los favorecían. Pero el celo del caritativo Las Casas aún no estaba satisfecho, y emprendió nuevo viaje á España para conseguir, si era posible, la completa libertad de los indígenas.

Los esclavos africanos en América.—Gobernaba á la

sazón el joven rey don Carlos de Austria, sucesor del difunto Fernando. Las Casas agitó ante la nueva corte el objeto de sus desvelos. Para obviar los inconvenientes que se seguirían en los trabajos por falta de brazos, propuso se comprasen negros africanos que la experiencia probaba ser más resistentes y hacer cundir mucho más las faenas. No era, sin duda, racional ni cristiano que el defensor de la libertad de los indios la consiguiese á trueque de la de los negros, pues unos y otros tenían igual derecho; pero prefería, en la imposibilidad de conseguirlo todo, que se hiciese un menor mal.

La nueva medida no surtió los efectos esperados á causa

de la codicia de los traficantes de negros.

Las Casas, fundador de colonias.—Formó entonces Las Casas el provecto de colonizar por bien á los indios, civilizándolos con la religión y el comercio, y no destruyéndolos, como se hacía, ni ahuventándolos con la fuerza bruta. Intentó probar su sistema en las provincias en donde ya se habían establecido los españoles, pero las vejaciones de éstos inutilizaban los esfuerzos de Las Casas. Creyó que serían más á propósito para cumplir sus planes, las regiones donde aún no se habían fundado colonias europeas, y así, después de muchos obstáculos, obtuvo permiso para fundar una á su modo en la costa de Cumaná (1520). Ya los indios de esa costa odiaban á los españoles, que desembarcaban para arrebatarlos y hacerlos servir en las islas, por cuanto escaseaban los brazos en ellas. Este mal antecedente había de ser, como lo fué, obstáculo insuperable para el feliz éxito de los planes de Las Casas. En balde vistió de blanco con una gran cruz roja al pecho á sus colonos; los indios los recibían tan mal que dieron muerte á varios misioneros dominicanos, cooperadores del apostólico varón. Nuevas crueldades cometidas por los españoles á pesar de su oposición, so pretexto de vengar á los religiosos, imposibilitaron los proyectos de Las Casas. Hastiado de tantas contradicciones, se encerró en un convento de dominicos y tomó el hábito de la Orden.

Pero aquel hombre extraordinario no podía reposar tranquilo mientras no trabajase por cumplir los generosos deseos de su corazón. Desde el fondo de su celda creía oír los gemidos de las víctimas y ver los tormentos que en tantas regiones de América padecían sus queridos indios. Abandonó, pues, más tarde su retiro y fué á probar suerte con otros misioneros en las costas de Honduras (1534). Tanto se habían enfurecido los salvajes de esa provincia, que desesperaron de someterla los españoles y le dieron el

significativo nombre de Tierra de la Guerra. Las Casas de tal modo supo insinuarse en el ánimo de los indígenas, ya con piadosos himnos, ya con elocuentes exhortaciones, que los suavizó hasta merecer cambiar el nombre de la provincia en el de Vera-Paz. Cuando ya los proyectos del infatigable defensor de los indios daban preciosos frutos, la guerra declarada por don Pedro de Alvarado vino á frustrar todas sus esperanzas. Más tarde obispo de Chiapas, pudo en distinta escala trabajar hasta la muerte por el bien de los indios el apostólico Las Casas.

#### CAPITULO VII

Nuevos descubrimientos.—Juan Ponce de León.—Juan Díaz de Solís— Francisco Hernández de Córdoba y Juan de Grijalva.—Don Fernando de Magallanes.—Primer viaje alrededor del mundo.

Nuevos descubrimientos.—Aunque ya se habían descubierto y comenzaban á colonizarse las principales islas y costas de la parte oriental de América, no disminuía el deseo de nuevas expediciones así en la corte de España como en el corazón de intrépidos aventureros. Al mismo tiempo que nos veremos obligados á detenernos en la historia de algunos de estos descubridores ó conquistadores, tendremos luego que retroceder para referir otras empresas, á cual más audaz, que se llevaban á cabo en opuestas direcciones.

Juan Ponce de León (1512).—El conquistador de Puerto Rico, engañado por los indios y deseoso de novedades, organizó una expedición para buscar, lo que parece increfible, un río que, según los indios, tenía la virtud de rejuvenecer al hombre. Ponce de León, ya viejo, salió á buscarlo con grande entusiasmo. Descubrió nuevas islas al lado de Puerto Rico, y no dejó en ellas lago ni río cuyas aguas no examinara por si alguno era la fuente de la vida. No fué del todo infructuoso su viaje, pues descubrió la importante provincia de Florida, nombre que le dió por la belleza de su suelo. Hizo más tarde una segunda expedición á ella, y por fin murió de resultas de una herida que recibió de los indios. Así, por buscar el agua de la vida encontró la muerte.

Juan Diaz de Solis.—El descubrimiento del Mar del Sur despertó, como era natural, vivo interés de conocer las regiones que bañaba; pero el viaje por el istmo de Panamá, además de los peligros, era sumamente costoso para con-

ducir los elementos indispensables á una regular escuadra. La corte quiso que se buscase un nuevo paso del Atlántico al Mar del Sur. Tal fué el objeto de la expedición encargada á Juan Díaz de Solís. Costeó la parte oriental de Sud-América y descubrió un inmenso río que, por su anchura al desembocar en el océano, llamaron Mar dulce, hoy Río de la Plata. Por él conocieron los españoles la extensión de los países que regaba. Mas, el desgraciado Solís no pudo dar cuenta de su descubrimiento, pues fué asesinado por los indios, y sus compañeros tornaron á España.

Francisco Hernández de Córdoba y Juan de Grijalva (1517-1518).—Los vientos contrarios habían arrastrado á otro navegante, don Francisco Hernández de Córdoba, con sus tres buques hacia la península de Yucatán, llave del más poderoso imperio de América. Allí, no sin sorpresa, vieron los españoles casas de piedras regularmente construídas é indios vestidos con telas que indicaban adelantos en la industria. Sin embargo, los habitantes de aquellas regiones no eran los tímidos indios de las islas, y bien lo probó Hernández al bajar en Pontonchán para hacer provisiones que costaron la vida á muchos de los suyos, y él mismo recibió tantas heridas, que de sus resultas fué á morir á Cuba. Las noticias que llevó de la existencia de un vasto imperio no pasaron inadvertidas para don Diego Velázquez, gobernador de la isla.

Equipó, en efecto, otra expedición á cuya cabeza puso á don Juan de Grijalva (1518). Escarmentado con la suerte de Córdoba, fué más precavido y se contentó con tomar lengua y adelantar las exploraciones, y, descubiertas las islas de Cozumel, San Juan de Ulúa y de los Sacrificios, así llamada por los esqueletos humanos que allí encontró, tornó á Cuba, convencido de la existencia de un gran imperio, que necesitaba también grandes fuerzas para conquistarlo. Velázquez, eeloso de Grijalva, aparentó quedar descontento, cuando sentía, por el contrario, mayor gozo y resolvía preparar una seria expedición para conquistar el

nuevo imperio.

Don Fernando de Magallanes (1519).—La trágica muerte de Solís no había desanimado á la corte en la resolución de hallar un paso más cómodo para el Mar del Sur y tal vez para las Indias. Por entonces ofreció sus servicios á España un célebre marino portugués llamado Fernando de Magallanes, que, desairado en el Portugal, se expatrió voluntariamente. El rey de Portugal reclamó contra la nueva expedición que se pensaba confiar á Magallanes, pues temía que perjudicase á sus intereses en las Indias; ni falta-

ron dificultades por parte de la ignorancia de la época: mas. el joven rev don Carlos de Austria no se detuvo en ellas para ilustrar su reinado, y dió á Magallanes cinco buques tripulados por más de 250 hombres. Siguió el ilustre portugués el mismo rumbo de Solís; pero, pasando más allá del Río de la Plata y haciéndose el viaje más y más largo. el descontento producido por el miedo y el cansancio excitó varias sublevaciones en la tripulación. Conjurólas Magallanes con mucha energía, castigando de muerte á los cabecillas. La pérdida de una de las naves no lo desanimó. v al fin de muy largo viaje descubrió un cabo que llamó de las Once mil Virgenes, tras del cual se abría el tan an-helado estrecho que hoy lleva su nombre, aunque le dió el de Todos los Santos (1.º de Noviembre de 1520). Al entrar en él nuevos temores se apoderaron de los tripulantes, y aunque se le separó la nave que mandaba Esteban Gómez, que con ella se sublevó tornando á España, Magallanes siguió impávido sus exploraciones con las tres restantes.

PRIMER VIAJE AL REDEDOR DEL MUNDO.-Más de un mes empleó Magallanes en atravesar el Estrecho y salir al nuevo Mar del Sur que denominó Pacífico. Expuestos estuvieron él y los suyos á morir de hambre y de miseria y no pocos sucumbieron en tan larga navegación, hasta que por fin llegaron á las islas de Oceanía. Descubrió y visitó las Marianas y las Filipinas. La muerte esperaba en estas últimas al intrépido navegante: atacado por una turba de bárbaros en la islita de Mactán, murió valientemente en la pelea. Después de sufrimientos inauditos, Sebastián de Elcano, piloto de la nave Victoria, siguió el mismo rumbo de los portugueses que navegaban por la costa occidental de África, y después de tres años llegó á San Lúcar con muy pocos de sus compañeros (1522). Así Eltano tuvo la gloria de haber sido el primero que dió vuelta al mundo, hazaña que le mereció grandes premios y honores de parte del rev don Carlos.

#### CAPITULO VIII

Don Diego Velázquez prepara una expedición para la conquista de Méjico.—Sale al mando de Hernán Cortés.—Cortés en el imperio mejicano.
—Alianzas y primeras hazañas de Cortés.—Avanza á la capital y obstáculos que vence.—Se establece en Méjico.

Don Diego Velázquez prepara una expedición para La conquista de Méjico.—Las noticias que acerca de Méjico

habían llevado á Cuba Hernández de Córdoba y Grijalva, hicieron al gobernador Velázquez preparar una expedición con que emprender tan importante conquista (1518). Aconsejado por sus amigos, nombró á un soldado que se había hecho célebre por su valor y talento, llamado Hernán Cortés, para que dirigiese la expedición y llevase á cabo la conquista: lo creía harto capaz de la empresa, é incapaz de aspirar á arrebatarle la gloria que tan cómo-

damente quería para sí. Sale al mando de Hernán Cortés.—La persona escogida por Velázquez era tal vez el único hombre capaz de dar feliz éxito á un provecto mucho más arduo de lo que entonces se imaginaban. Cortés adquirió en él la gloria de uno de los mayores capitanes que recuerda la historia. Nacido en Medellín de Extremadura (España), cortó muy pronto la carrera de las letras para abrazar la de las armas á que su natural le inclinaba. A ejemplo de tantos aventureros de su época, pasó al Nuevo Mundo, y aunque logró poseer luego tierras é indios, no se acomodaba la quietud del colono á su carácter guerrero y emprendedor. Así tomó parte en varias expediciones contra los indios sublevados. siguió á Velázquez y fué uno de los más valientes soldados en la conquista de Cuba. Ahora, pues, iba á salir del modesto papel de simple soldado para llegar á ser jefe de tan importante expedición. Merced á su actividad y relaciones, tomaron presto vuelo los preparativos para la empresa. que hasta entonces iban despacio. Cortés, lleno de entusiasmo y esperanza, vendió ó empeñó cuanto tenía, aún se adeudó á más no poder por equipar cuanto antes los once buques de que la expedición se componía. Tanta actividad despertó los celos de Velázquez, y mal aconsejado por los envidiosos de Cortés, intentó despojarlo del mando, á pesar de haberlo hecho gastar toda su hacienda en la empresa, y cuando ya todo estaba listo para la partida. Súpolo Cortés y se apresuró á embarcarse con soldados y oficiales, cuyos corazones había sabido ganarse. Como no hubiese alcanzado á reunir el número de soldados que creía indispensable, se acercó cautamente á otras costas de la isla para enganchar más gente. En vano Velázquez impartió órdenes de prisión contra Cortés, pues todas fueron bur-

El 18 de Febrero de 1519 se hacía á la vela de las costas de Cuba el futuro conquistador de Méjico. Su ejército se componía de 553 soldados, 45 de los cuales sólo tenían armas de fuego, 16 jinetes y 14 pequeñas piezas de armando de componía de co

tillería.

Cortés en el imperio mejicano.—En la pequeña isla de Cozumel, cuyos ídolos abominables destruyo, indignado ante los restos de los sacrificios humanos, recogió al elérigo Jerónimo de Aguilar, escapado milagrosamente de la ferocidad de los indios, entre los que había quedado cau-

tivo con otros compañeros.

Aguilar fué muy útil á Cortés como intérprete de la lengua indígena. En Tabasco, provincia del continente, dió Cortés sangrientas batallas á los indios, que lo recibieron en són de guerra. Hasta veinte mil indios salieron á campaña, pero vencidos y aterrados, se declararon súbditos de Carlos V v pagaron como tributo á Cortés, entre otras cosas, veinte mujeres que fueron bautizadas, y una de las cuales, doña Marina, fué de grande importancia en la expedición, por ser mejicana, lengua que no hablaba Aguilar.

En San Juan de Ulúa fué recibido pacificamente por los indios y obtuvo noticias exactas del imperio mejicano y de su emperador Motezuma. Allí desembarcó, so pretexto de una entrevista que debía tener con Teutile, gobernador de la provincia. Húbola, en efecto, con grande aparato de una y otra parte y en ella manifestó el español al mejicano, que el objeto de su viaje era una secreta misión que trafa de don Carlos de Austria, el mayor monarca del oriente, para Motezuma, al que sólo podía confiársela. Admiráronse los indios de tal pretensión, pues no era fácil ver al gran Motezuma, y se necesitaba su permiso para llegar a la magnifica ciudad, donde tenia su corte. Aceptó Cortés esperar la contestación del monarca mejicano. Entretanto hizo desplegar á la vista de los indios todo el aparato de una batalla á la europea, para dar mejor asunto á ciertos pintores indianos, que según la usanza del país retrataban á su modo cuanto vefan en los extranjeros para remitirlo á la corte.

Excusado es pintar la admiración y mal disimulado terror de los indios ante aquellos guerreros nunca vistos y que manejaban el rayo y el trueno, que tales parecían los cañones, y domaban monstruos terribles, como juzgaban

a los caballos.

No se había descuidado Cortés en atrincherar su campo para cualquier evento. Por de pronto, la abundancia de víveres reinaba en él, porque los indios, ya atraidos de la curiosidad, ya enviados por el gobernador de la provincia, colmaban á los españoles de regalos. Estos, por su parte, tomaban lenguas acerca del poder de Motezuma y extensión y riqueza de su imperio.

Los indios les pintaban sobre toda ponderación lo uno

y lo otro; era, según ellos, el monarca más rico y poderoso de la tierrra. Antes de llegar á su corte se había de atravesar una vasta región donde se alzaban populosas ciudades defendidas por numerosísimos guerreros. Tras de unas altas montañas y en medio de un inmenso lago, bordado también de ciudades, se elevaba la soberbia Tenochitlán (Méjico), llena de templos y palacios magníficos, digna, en fin, de ser la residencia de Motezuma. Con una sola palabra de éste todos los reyes debían salir á campaña á la cabeza de innumerables soldados. Estas eran sustancialmente las noticias que recibían Cortés y los suyos de boca de los indios. Estaban los españoles maravillados, y no les daban completo crédito, pues las creían exageraciones de los mejicanos.

No tardaron en convencerse de la verdad.

Una semana después de la entrevista, llegaron de Tenochitlán los embajadores, trayendo la respuesta y los regalos de Motezuma. Consistían éstos en finísimas telas de algodón, tejidos de brillantes plumas fabricados con arte admirable, joyas valiosas, cajas de oro llenas de perlas; sobre todo, llamaban la atención dos grandes planchas, de oro la una que representaba al sol, la otra de plata, era imagen de la luna. Ello probaba una civilización adelantada y mucha riqueza en quien tales presentes hacía. En cuanto á la respuesta de Motezuma, negaba redondamente el permiso de pasar á la capital.

Aparentó someterse Cortés, pero luego insistió en su resolución de verse con Motezuma y comunicarle el objeto de su embajada, lo que por segunda y tercera vez le fué negado; mas él insistía, con el pretexto de que sería una injuria á su rey despedir así á sus embajadores; y aunque se le propuso que dijese á los de Motezuma el objeto de la misteriosa embajada, respondió que era asunto que de-

bía comunicarse personalmente á Motezuma.

¿Cuál era la causa de los temores del emperador azteca? Las supersticiones de su religión, y las tradiciones nacionales. El dios Quezalcoalt, que en remotísimos tiempos había visitado á los mejicanos, les profetizó que con los años tornaría á reinar sobre ellos, y había desaparecido entre las olas en dirección al Oriente. Motezuma, consultando sus oráculos, creía que los españoles eran los descendientes de aquel dios y habrían de dominar el imperio; de aquí sus terrores y su negativa para dejarse ver de los extranjeros; de aquí también el cambio que notaban sus súbditos, al verlo tan tolerante, casi cobarde, cuando de suvo había sido siempre déspota y belicoso.

ALIANZA Y PRIMERAS HAZAÑAS DE CORTÉS.—También el miedo comenzaba á introducirse en el corazón de muchos españoles, al ver que los indios dejaban de traerles provisiones y que andaban taimados y rehacios después de la porfía de los extranjeros en pasar á la corte. Las hostilidades no tardarían en principiar, y parecía imprudencia que un puñado de hombres intentase conquistar tan poderoso imperio. Cortés quería sacrificarlos á una loca ambición de glorias y riquezas? Estos sentimientos fueron cundiendo hasta producir gran clamoreo, en que se pedía volverse á Cuba para tornar después con mayores fuerzas. Crítica era la posición de Cortés, pero su talento y valor supieron dominarla. Se aprestó aparentemente para embarcarse y dar gusto á los descontentos; mas, á la sordina se había ganado á muchos oficiales y soldados para que reprobasen fuertemente tal resolución. Así que al comunicarla al ejército se levantó inmensa grita contra los cobardes que volvían las espaldas á la fortuna y á la gloria, que tan risueñas se les presentaban. Esta medida cambió completamente los ánimos. Cortés se dirigió á Cempoalla, cuyo cacique soportaba de mala gana la tiranía de Motezuma. Gobernaba á los totonaques, y él con otros principales señores de ese pueblo hicieron alianza con el español, que los incitó á negar los duros tributos que de poco tiempo há pagaban á los mejicanos. La política de Cortés vislumbró en esos descontentos un medio de llevar la división á los enemigos y suplir así el corto número de los españoles. Comenzó por impedir los sacrificios humanos y derribar del templo mayor de los cempoalas los ídolos y suplantarlos por la imagen de la Virgen.

En el territorio de sus alíados creyó prudente fundar una colonia para resguardar la espalda, caso de tener que emprender una retirada, y para proveerse de nuevos auxilios. En un puerto fundó á Villa-Rica de la Vera Cruz.

Para acallar á los partidarios de Velázquez hizo renuncia, en manos del cabildo de la nueva colonia, del mando de las tropas. El cabildo, su hechura, le reeligió á nombre del rey, y así quedaba desligado de todo compromiso con Velázquez. Resolvióse suplicar á Carlos V que confirmara el nombramiento, y, para hacer más eficaz la súplica, se enviaron á España los ricos presentes de Motezuma y noticias del nuevo imperio que iban á conquistar para la corona.

Sin embargo, el miedo no se había extinguido en los corazones de muchos, y hubo un conato de sublevación. Cortés adoptó medidas enérgicas: hizo ahorcar á dos de los cabecillas. Para quitar toda esperanza de vuelta tomó una resolución verdaderamente sublime: destruyó sus naves y se quedó en medio de millones de enemigos, resuelto á conquistar el imperio ó á morir en la demanda. El ejército tuvo muy á mal tal proceder, y se creyó perdido. Cortés para aplacarlo manifestó que los buques le pertenecían, que ya estaban inservibles y necesitaba de los hombres ocupados en su equipo para aumentar sus reducidas tropas; y que, por último, quedaba una nave para que se embarcasen los cobardes y se fuesen á Cuba; que en cuanto á él no lo haría. Tan bien quisto era de sus soldados que ju-

raron seguirlo al fin del mundo.

Al mismo tiempo que aquietaba Cortés á los españoles, ponía en juego su política para hacerse de nuevos aliados, conservar á los que ya tenía é intimidar á Motezuma, sin declararle abiertamente la guerra. Como ciertos embajadores del emperador azteca quisieran castigar al cacique de Cempoalla por su amistad con los extranjeros, Cortés los hizo tomar presos, y, humillados, les dió libertad tan á tiempo que, según se cree, ya Motezuma preparaba sus ejércitos é iba á ponerse él mismo á la cabeza, para castigar á los osados invasores, plan que habría causado la ruina de éstos. Volvieron los embajadores á Méjico tan prendados de Cortés, que calmaron á Motezuma, quien volvió á su perplejidad. Con ello afianzó Cortés la amistad de los totonaques y dió esperanzas de avenimiento al emperador, que temía exponer la suerte del imperio á los azares de una guerra.

Aseguradas sus alianzas y puestos en paz los indios amigos, salió Cortés de Cempoalla á la cabeza de más de 400 soldados, 7 cañones y 15 jinetes: el resto de sus fuerzas quedó en Vera Cruz, así para defenderla contra los indios como contra cualquiera intentona de Velázquez. Acompañaban á los españoles de la expedición 2,090 cempoalas, muy útiles para los bagajes y la artillería. Juan de Escalante quedó al mando de la pequeña colonia.

Avanza á la capital y obstáculos que vence.—Después de atravesar Cortés diversos lugarejos y aun ciudades, á cuyos caciques y súbditos procuraba ganarse, resolvió por consejo de los indios amigos tomar el camino de Tlascala, república independiente y casi siempre en guerra con los mejicanos. A pesar de las intenciones pacíficas del general español, los tlascaltecas, mandados por el valiente Gicontencal, lo obligaron á hacer armas contra ellos. La heroica resistencia de los indios probó á Cortés la bien merecida fama que gozaban en aquella tierra, y sobre todo

la utilidad de hacerlos sus aliados. Propúsoles de nuevo su amistad, después de dos sangrientas batallas; pero la altiva respuesta del general tlascalteca desvaneció toda esperanza de paz. Volvieron pues los tlascaltecas con todas sus tropas, que, según algunos autores, eran de 50,000 indios, y ya los españoles los esperaban en orden de batalla. Ésta fué reñidísima; pero habiéndose introducido la discordia entre los indios, la victoria se declaró por los españoles. El senado de Tlascala se dividía en vista del valor de aquellos hombres extraordinarios; algunos les crejan dioses; consultaron á sus agoreros que les aconsejaron pelear de noche: porque los españoles eran hijos del sol, y mientras éste los alumbrase serían invencibles. Gicontencal asaltó. contra la costumbre de los indios, el cuartel de los españoles durante la noche; mas con igual resultado que en el día. Fué entonces cuando se decidieron á pedir la paz á Cortés, que harto la deseaba, pues ya sus tropas estaban rendidas y murmuraban; la aceptó con aparente indiferencia y con sentimiento de los mejicanos.

No tardó en entrar triunfante el ejército español en la ciudad de Tlascala, donde fué obsequiado á más no poder por los tlascaltecas, los que nunca desmintieron su fideli-

dad y fueron muy útiles á Cortés.

Motezuma, que hasta entonces se había negado á recibir á los extranjeros, mandó nueva embajada, permitiéndoles llegar á su corte. Sospechoso fué para los españoles y sus aliados este súbito cambio del monarca, y temieron alguna traición, como realmente sucedió. Acompañado Cortés de 6,000 tlascaltecas continuó su marcha á la capital; pero era necesario detenerse en Cholula, ciudad sagrada y famosa por sus innumerables templos en toda la comarca, pues allí les esperaba el hospedaje ofrecido por los embajadores. Tan cordiales fueron las manifestaciones de la recepción, que Cortés y los suyos llegaron á dudar de los temores de los tlascaltecas y de algunos indicios sospechosos que ya habían percibido. Pero los despertó de nuevo la prohibición hecha á los tlascaltecas de alojarse en la ciudad y el obligarlos á acuartelarse en los afueras de Cholula. Luego se enfriaron notablemente los primeros agasajos y tuvo Cortés pruebas inequívocas de la traición preparada por orden de Motezuma en aquella ciudad. Una noble india que había simpatizado con doña Marina, le comunicó todos los ocultos planes, para que no pereciese con los extranjeros. Esta lo dijo al general, que hizo tomar á la india y confesarle cuanto sabía. Veinte mil mejicanos escogidos iban entrando poco á poco á la ciudad, mientras

otros atacarían á una señal convenida: había armas v gente en distintas partes y hasta en las azoteas de las casas: varias calles habían sido socavadas y erizadas de agudas estacas, todo cubierto con una capa de tierra, para que se hundiesen é inutilizasen los caballos; las familias principales, mujeres, ancianos y niños huían á los campos. Era, pues, indudable la traición. Cortés con maña reunió á los principales caciques y señores, les comunicó la perfidia que se le armaba y cómo la iba á á castigar ejemplarmente. Salió, en efecto, con sus soldados llevándolo todo á sangre y fuego. Al primer arcabuzazo entraron los tlascaltecas, según estaba convenido, matando á cuantos encontraban. Apenas hicieron resistencia los aturdidos mejicanos, que se subieron á las torres de los templos v muchos se dejaron quemar vivos antes que rendirse. Se calcula en 6,000 el número de las víctimas de aquella, más que batalla, espantosa carnicería. Aunque disculpe á Cortés la necesidad de intimidar á los indios acostumbrados á la crueldad, y escarmentar al pérfido Motezuma, parece que habría podido conseguirlo sin tanta atrocidad.

Castigada la traición, soltó á los caciques, y la ciudad volvió á poblarse como antes. Disimuló Cortés y aparentó creer que ninguna parte había tenido Motezuma en ello, para no romper directamente con el emperador. Reconcilió al mismo tiempo á los tlascaltecas con los de Cholula, para

asegurar así sus futuros planes de conquista.

Siguió sin novedad hasta las montañas de Chalco, donde evitó felizmente una nueva traición. Desde la cima se veía la inmensa llanura que era el centro del imperio. Cortés fué magnificamente obsequiado en las ciudades de su tránsito hasta llegar á la capital. Los caciques salían á recibirlo. Los españoles maravillábanse de la belleza y magnificencia de las ciudades situadas á orillas del lago; pero su admiración subió de punto cuando divisaron en el centro de aquel panorama encantador la soberbia capital, que bien manifestaba ser señora de las demás por la magnificencia y número de sus templos y palacios: los jardines flotantes y los millares de embarcaciones henchidas de curíosos, las azoteas de los edificios coronadas de gente, la vista de las grandes calzadas que de la ribera conducían á la ciudad y por una de las cuales marchaban ellos mismos, los tenían sorprendidos y no poco temenosos de su audacia.

SE ESTABLECE EN MÉJICO.—Una hermosa mañana de Noviembre de 1519 eligió Cortés para entrar en aquella ciudad de oriental magnificencia. Al llegar á una larga y espaciosa calle en que concluía la calzada, divisaron los

españoles un grande acompañamiento de indios ricamente vestidos, pero descalzos, que en orden de procesión y si-lenciosos, llegaron al ejército, hicieron sus saludos y se retrajeron á las veredas formando fila; luego otro como de doscientas personas aún de más lujosa librea y en el mismo orden, y después de un soberbio grupo que formaban los más altos señores de la corte, brillaban las andas de oro bruñido sobre las que venía Motezuma en hombros de sus grandes y bajo un rico palio; precedíanle tres ministros con varas de oro que alzaban de vez en cuando, á cuyo signo los mejicanos se inclinaban hasta el suelo para reverenciar al monarca. Cortés se apea y se adelanta á saludarlo, y á su vez desciende Motezuma de su trono y da unos cuantos pasos apoyado en los reyes de Tezcuco v Tacuba, los más encumbrados del imperio, apovo casi indispensable, según eran las piedras y joyas que adornaban las imperiales vestiduras. Tapízase la tierra con una alfombra para mayor dignidad del monarca. Salúdale Cortés á la española, y él baja su mano al suelo y la besa; tal era el más respetuoso saludo de los mejicanos. A estas manifestaciones del orgulloso Motezuma, los indios llamaron teules (dioses) á los españoles. Echóle Cortés al cuello un collar de vistosas piedras, no sin querer impedirlo aquellos dos señores, por creer desacato tocar la sagrada persona del monarca, que hizo traer sus más ricas jovas para corresponder al presente del español.

Tornó Motezuma á su palacio con la misma ceremonia, y Cortés pasó á otro muy espacioso y fuerte. Cupieron allí con comodidad todos los españoles y auxiliares, y antes que á la curiosidad atendió el general á registrar la parte flaca del edificio y á fortificarlo, medida que muy pronto se probó ser prudente é indispensable.

#### CAPITULO IX

Descripción de Méjico.—Prisión de Motezuma.—Nuevas humillaciones de Motezuma.—Apurada situación de Cortés.—Pánfilo de Narvaez.—Sale Cortés de Méjico y vuelve con nuevos refuerzos.—Primeras batallas con los mejicanos.—Muerte de Motezuma.—Sangrientos combates en las calles y bajo el mando del emperador Quetlavaca.—Noche triste.

Descripción de Médico.—Apresuróse Motezuma á visitar à Cortés en su alojamiento para saber el objeto de la embajada é inquirir las intenciones de los extranjeros. Fué recibido con todo el aparato y manifestaciones de respeto

posibles. Díjole Cortés que el emperador Carlos de Austria, sabedor de su poder y vastos dominios, quería entablar relaciones amistosas de las que resultase común ventaja para ambos imperios; que deseaba hacerle participante de la verdadera religión, pues eran monstruosos los errores que deshonraban á la nación mejicana. Aceptó Motezuma la primera parte de la demanda; pero en punto á religión se mantuvo inflexible. Pagóle Cortés al siguiente día la visita, acompañado de sus más valientes capitanes, y de algunos soldados de confianza. Atravesaron por entre un inmenso gentío que los admiraba como á dioses, hasta llegar al grandioso palacio de Motezuma. La etiqueta de la corte, el número de la real servidumbre excedían á las más ostentosas de Europa. La visita fué larga y familiar. El celo de Cortés le llevó luego á moverle puntos de religión y de humanidad, y tanto le afeó los sacrificios humanos y la costumbre de comerse á sus semejantes, que pudo acabar con él se abstuviese de admitir en su mesa tan abominable manjar. Los sacrificios aún subsistieron, v la prudencia aconsejó á Cortés no insistir más acerca de una materia que disgustaba visiblemente á Motezuma.

Los primeros días de los españoles en Méjico fueron todo regocijo y admiración. Recorrieron la ciudad y sus maravillas, en medio de los no menos maravillados indios. Tendría la ciudad como 300,000 habitantes, numerosos templos y palacios. Dividíase en dos grandes cuarteles, uno morada de los nobles y el otro del pueblo. Las casas eran de piedras sólidamente construídas con dos pisos y cómodas azoteas. Tres calzadas la ponían en comunicación con la ribera y demás ciudades vecinas. Había calles de tierra firme, de agua y otras de sólidas aceras y agua al medio, por donde surcaban millares de canoas y lanchas; muchísimos puentes comúnicaban un lado con otro

en las calles de agua.

La gran plaza del mercado, llamada Tlatelolco, excitó la admiración de los españoles por su extensión y el orden, el número y variedad de sus mercaderías. Pero el monumento por excelencia de la ciudad era el magnifico templo de Huitzilipotzli, dios de la guerra. Su parte principal era una elevada pirámide que terminaba en una plazoleta sobre la que se alzaban dos torres, santuarios de los ídolos. Se dice que hasta 20,000 prisioneros se sacrificaban al año, la mayor parte en ese espantoso templo, donde pudieron ver los españoles los vestigios en la sangre seca y las canillas y calaveras que como adorno se conservaban. Cortés, estremecido ante aquellos horrores,

arregló en su cuartel una capila para el culto público del verdadero Dios. No entra en nuestro propósito describir los monumentos de Méjico, ni los palacios de Motezuma, ni sus jardines

Temieron los españoles, en vista de tanta población, verse encerrados en aquella ciudad y oprimidos por el número si les cortaban las calzadas, y se levantaron opuestos pareceres entre ellos, sobre si convendría salir con tiempo

v establecerse á orillas del lago.

Prisión de Motezuma.—Más cuerpo tomaron estos temores, cuando se supo que Cualpopoca, general mejicano, había atacado á Vera Cruz; y aunque rechazado por el bravo Escalante, había herido y muerto á algunos españoles. De donde se indujo que Motezuma abrigaba intenciones hostiles, pues, sin su orden, no se atreviera á tanto un súbdito suvo. Entonces fué cuando Cortés resolvió poner por obra el atrevido proyecto, que ya había meditado para evitar los peligros que le amenazaban; era éste. nada menos que aprisionar á Motezuma y asegurarlo á su lado. Tomó todas las precauciones que el caso requería, así en el cuartel donde dejó listos á los soldados para el combate, como en las calles intermedias hasta el palacio de Motezuma; esparció mañosamente á algunos para que estuviesen al habla de lo que podía suceder. El 15 de Noviembre de 1519, una semana después de su entrada en la capital, se dirigió, como de costumbre, á visitar al emperador. Acompañábanle cinco de los más valientes oficiales españoles. Quejóse Cortés sentidamente del trato doble que recibía en Méjico, pues se atacaba á los suyos y á él se le halagaba hipócritamente; agregó de cómo ellos estaban temerosos en tan gran ciudad; y que su rey debía recibir satisfacción por aquel insulto hecho á sus vasallos; entre otras razones, agregó que él y los demás no que-darían tranquilos hasta no ver al emperador entre ellos, seguro de que á su sombra serían respetados, y él daría en ello una prueba clara de su buena voluntad y ninguna participación en el crimen cometido. Indignóse altamente Motezuma á tal propuesta. "¿Cuándo, dijo, un monarca como yo, ha ido prisionero de unos cuantos extranjeros?" Trató Cortés de endulzar su petición, haciéndole ver que no era ir prisionero cambiar de palacio por unos cuantos días, pues el cuartel español había sido también real morada de sus mayores: allí se le guardarían todos los respetos debidos á su autoridad, y gobernaría con plena libertad á sus vasallos, hasta que se aquietase la tierra y castigase á Cualpopoca. Resistió el emperador, ofreció rehenes, dió orden de llamar á su general para castigarlo, protestó de su ignorancia é inocencia en el asunto. Ya la conferencia se prolongaba más de dos horas y la servidumbre y ministros andaban recelosos, cuando el capitán Juan Velásquez de León, encolerizado exclamó: "¿Qué hace, vuestra merced, con tantas palabras? O le llevamos preso ó le daremos de estocadas", y acompañó á la palabra con el ademán llevando mano á la espada. Preguntó Motezuma á doña Marina, qué decía aquel español tan airado: y la sagaz india endulzó las palabras del de León, indicando al monarca á cuánto se exponía en resistir á aquella gente. Dióse por vencido Motezuma: é, impartidas algunas órdenes, salió de palacio con su habitual magnificencia v escoltado además por los españoles. Era de ver la admiración y sobresalto de los mejicanos, que se habrían propasado á manifestaciones hostiles, si no los acallase y detuviese el mismo Mote-zuma, explicando como voluntario aquel cambio de morada. Alojóse á su voluntad en el cuartel, duplicáronse las guardias, y aunque gobernaba como antes á sus vasallos, se tomaron todas las precauciones para evitar algún motin de parte de los indios. Fué sin duda, grande arrojo de Cortés, que honra á su política y valor, hacer prisionero en medio de su corte á un emperador poderoso. cuyas guardias eran más numerosas que sus enemigos. No presenta la historia un hecho semejante, que sería increible, si no estuviera fuera de toda duda.

NUEVAS HUMILLACIONES DE MOTEZUMA.-No pasó mucho tiempo, y nuevas humillaciones cayeron sobre el desgraciado monarca. Cualpopoca obedeció las órdenes de su rey y se presentó á Cortés para ser juzgado por un consejo de guerra, que lo condenó á ser quemado vivo en las puertas mismas del cuartel. Antes de morir confesaron los culpables que no habían hecho más que obedecer á Motezuma. Cortés, temiendo que éste fuese á intentar algo para evitar el suplicio de Cualpopoca, resolvió intimidarlo con sufrimientos y peligros personales. En efecto, se dirigió con un soldado y algunos oficiales al aposento de Motezuma, y, haciéndole saber que le culpaban de participación en el crimen y por consiguiente, tal era la justi-cia entre ellos, que debía sufrir la pena, si bien no con el rigor de sus súbditos, le mandó remachar una barra de grillos. Volvióle bruscamente la espalda y ordenó que se excusase la entrada, por entonces, á los grandes. Mudo quedó Motezuma con tan inesperado desacato; la indignación, el temor, la vergüenza se agolpaban á su corazón, y se comunicaba á los nobles de su servicio, que llorando procuraban aliviarle, arrojándose á sus pies por cargar con el peso de las cadenas. Mientras esto sucedía en el aposento real, Cualpopoca y sus cómplices recibían horrible muerte ante un pueblo consternado de tanta osadía en unos pocos extranjeros.

Pasado el peligro, presentóse Cortés á Motezuma con afable semblante y, según dicen, arrodillándose á sus pies, le quitó con sus manos los grillos: así procuraba al mismo tiempo que intimidarlo, ganar su afecto. Abrazóle Motezuma tan agradecido que á pesar de su reserva se dejaba entrever que había temido se propasase á cosas mayores.

Aún no bastó esta humillación, pues algunos días después él mismo ofreció hacerse súbdito de don Carlos, para no dejar excusa á los españoles y lograr alejarlos de la corte. Reunió en la mayor sala del palacio á todos los grandes del imperio y les habló recordándoles las tradiciones de su nación, y de cómo era necesario reconocer la autoridad del descendiente de Quetzalcoalt y pagarles los tributos que hasta entonces se habían rendido al emperador mejicano. Las lágrimas ahogaron su voz, al llegar al punto en que se despojaba de la suprema autoridad, y lloraron con él los grandes del imperio. Hízose ante escribano la ceremonia, y Motezuma y los principales señores dieron como prueba del vasallaje tales y tantos regalos que fueron apreciados en más de dos millones de pesos.

En un solo punto se mantuvo inflexible el emperador, aunque muchas veces Cortés y el padre Olmedo, capellán de la expedición, trataron de persuadirlo: en el cambio de religión. Lo más que de él se pudo conseguir, fué el permiso para dedicar al culto cristiano uno de los dos ado-

ratorios del templo principal.

APURADA SITUACIÓN DE CORTÉS.—Después de aquel acto tan costoso al carácter de Motezuma, éste instó una vez y otra á Cortés para que saliese de Méjico, pues ya estaba despachada su misión. En todo aparentaba Cortés obedecerle; pero alegó la falta de buques para poder retirarse. Motezuma proporcionó todos los medios de construírlos. Mas ya se recataba de Cortés y hablaba sigilosamente con los grandes; hubo en éstos, asomos de sublevación para libertar ó deponer á su rey, que fueron cortados con la astucia del mismo Motezuma.

Mas, el tiempo se iba pasando, los sacerdotes urgían al emperador para que despidiese á los extranjeros; tal era la voluntad de los dioses; los nobles murmuraban. Llamó á Cortés un día Motezuma, y con semblante airado y palabras imperiosas le exigió se retirase inmediatamente del reino; porque, si permanecía en él, de tal modo exasperaba el ánimo de los mejicanos que podrían llegar á tales extremos que no estaría en su mano reprimirlos. Ya no era un pretexto la falta de naves, pues acababan de arribar á las costas del imperio dieciocho buques europeos; y sacando una especie de mapa en que estaban pintados con los hombres que conducían, le instó para que aprovechase la oportunidad sin perder tiempo. Examinó Cortés las pinturas y casi no sabía qué pensar y responder á Motezuma. Disculpóse lo mejor que pudo, y prometió aprovechar la ocasión que le indicaba, con lo que se desenojó el monarca. ¿Serían esas naves, de las que aún no tenía noticia, los refuerzos pedidos á España, ó alguna expedición enemiga que contrariase sus proyectos?

No tardó en salir de sus dudas. La expedición se componía de ochocientos españoles, á las órdenes de Pánfilo de Narváez, enviado por Velázquez para aprisionar á Cortés y continuar la conquista á nombre del gobernador de Cuba. Grande aprieto fué para el ilustre capitán esta novedad. Méjico casi al sublevarse para oprimirlo con sus inmensas fuerzas, y la guerra civil casi inevitable con un enemigo doble en el número y en el equipo, ¿cuál sería la suerte de la brillante conquista, una vez que conociesen los mejica-

nos el conflicto?

Pánfilo Narváez.—Pero ¿cómo había llegado á armarse tal tempestad sobre la cabeza de Cortés? Ya se recordará la irritación de don Diego Velázquez, cuando vió frustradas sus esperanzas de quitarle el mando de la expedición. En desahogo de su ira organizó aquellas fuerzas de ochocientos infantes, ochenta jinetes, doce cañones y mil indios auxiliares, y las puso á las órdenes de Pánfilo Narváez, que aunque merecía toda su confianza, era pre-

suntuoso, torpe y desgraciado capitán.

Dirigióse, pues, á Vera Cruz donde gobernaba Gonzalo de Sandoval, que se retiró con los suyos, para juntarse á Cortés. Este, por su parte, procuró tentar los medios pacíficos y evitar un escándalo que ponía en inminente peligro la conquista de Méjico y la vida de todos los españoles. Nombró al padre Olmedo, hombre sagaz y prudente, para que fuese de embajador á Narváez y procurse evitar el rompimiento, y si nó, se ganase con dádivas los ánimos de los principales oficiales. Tomó mil providencias para el caso de llegar á las manos con los soldados de Velázquez.

El embajador llenó perfectamente su misión, y si bien

el imprudente y orgulloso Narváez se negó á todo avenimiento que no fuese la guerra, supo el padre Olmedo ga-narse á muchos oficiales y soldados, dejándolos al retirarse, deseosos de la paz, inclinados á Cortés y descontentos de

Narváez.

SALE CORTÉS DE MÉJICO Y VUELVE CON NUEVOS REFUERzos.—Temiendo Cortés que no tuviesen buen éxito sus negociaciones con Narváez y considerando los inconvenientes de resolver en Méjico la contienda, tuvo que salir de esta ciudad con dirección á Cempoalla, cuartel por entonces del enemigo. Mas, como no conviniese dejar del todo la capital, quedó en ella Pedro de Alvarado á cargo de un pequeño cuerpo de tropas, y de vigilar disimuladamente á Motezuma, que, gracias á la habilidad de Cortés, consintió en permanecer en el cuartel y resguardar con su autoridad á aquellos pocos españoles. No iba resuelto Cortés á romper las hostilidades, sino á tentar medios pacíficos de arreglar tan peligroso asunto: pues con doscientos cincuenta españoles parecía locura atacará un cuerpo de ochocientos hombres mejor armados y bien atrincherados. Pero todas las medidas que tentó el ilustre conquistador salieron burladas, y le fué preciso acudir á la suerte de las armas.

Supo felizmente que el presuntuoso Narváez se descuidaba, confiado en una noche tempestuosa, que él y su ejército descansaban tranquilos en el templo mayor de Cempoalla. Separaba un río á uno y otro ejército. Resolvió Cortés sorprender en la noche al enemigo. En la del 26 de Mayo de 1520, atravesó el río á pesar de sus creces y atacó á Narváez, que apenas tuvo tiempo para aprestarse á la defensa. Sandoval, Ordazy sobre todo Cortés se portaron con tanto valor que en breve cae Narváez prisionero y herido en un ojo. Preso el general, la resistencia es débil y desconcertada. por manera que antes de amanecer todo el ejército enemigo estaba prisionero. Se dice que al ver desde los torreones los soldados de Narváez un sinnúmero de luces formadas por ciertas luciérnagas propias de las regiones tropicales, creyeron que eran mechas de los arcabuces del ejército enemigo, y los desalentó su aparente número. Cortés y los suyos se ganaron fácilmente á los de Narváez y los persuadieron á seguir de buen grado la conquista de Méjico: no hubo uno solo de los soldados dispuesto á regresar á Cuba. Así quedó Cortés á la cabeza de más de mil infantes y cien jinetes con que recomenzar sus proyectos de conquista.

 $\Lambda$  fe que harto necesitaba este refuerzo, según eran de alarmantes las noticias de la capital. Alvarado no se había portado con la prudencia que requería su posición: temeroso de que se sublevasen los mejicanos, y teniendo indicios de que en una gran fiesta religiosa se hacían los preparativos del complot, sin conocimiento de Motezuma, se presentó pérfidamente á la función é hizo una espantosa carnicería entre los nobles reunidos. Los indios, ignorantes de la causa de aquella atrocidad, se irritaron hasta el extremo de tomar las armas y sitiarlo en el cuartel, sin que bastase á contenerlos el respeto al emperador. Así es que Motezuma y Alvarado pedían á Cortés acelerase su marcha para aquietar la capital.

Vuelta de Cortés á Méjico.—No se ocultó á éste lo crítico de la situación, y á fines de Junio entraba en la desierta ciudad. Muy otro era el aspecto que entonces presentaban las calzadas, calles y plazas de la capital: el estado de guerra era evidente. Los mejicanos no se opusieron á que entrase, con la intención de encerrar á todos los españoles y destruirlos por junto, pues la sublevación no debía terminar sino con la muerte de los extranjeros ó la ruina del im-

perio mejicano.

Motezuma recibió á Cortés con sinceras muestras de alegría, y dicen algunos que el general español correspondió con visible desabrimiento, aunque otros niegan esta descortesía de parte de un capitán tan prudente, conducta que no habría sido política en aquellas circunstancias. Luego trató de inquirir la causa de la guerra, y reprendió fuertemente á Alvarado por su imprudencia.

Procuró encontrar ocasión de traerá los mejicanos á más pacíficos sentimientos; pero fué imposible hallar á uno solo con quien poder entenderse; las vecindades del cuartel eran

un desierto.

Á la mañana siguiente hizo salir á Diego de Ordaz con cuatrocientos españoles y un cuerpo de indios auxiliares, no tanto para atacar como para tomar lengua y entrar en arreglos. Avanzó Ordaz con toda la cautela que requerían las circunstancias, y, ya lejos del cuartel, divisó al ejército enemigo que con furiosos ademanes lo desafiaba al combate. No tardó mucho Ordaz en verse rodeado de mejicanos, atacado á vanguardia y á retaguardia, y recibir una lluvia incesante de flechas y piedras, desde las azoteas de las casas, donde se parapetaban los indios. Procuró retirarse, según las órdenes que llevaba, y, creyéndolo que huía, cargaron con tal impetu los mejicanos que sólo se detuvieron ante la artillería del cuartel, quedando herido Ordaz y buena parte de los suyos. Con esto se perdió toda esperanza de un avenimiento pacífico, y Cortés resolvió escarmentarlos para atraerlos á mejores sentimientos.

PRIMERAS BATALLAS CONTRA LOS MEJICANOS.—Pero estaban los mejicanos mucho más enfurecidos y resueltos de lo que se creía: no esperaron el ataque sino que vinieron nada menos que á tomarse el cuartel. Lo atacaron por todas partes á la vez, con tal impetu y en tanto número de guerreros que las flechas eran un verdadero inconveniente para las evoluciones de los españoles. La artillería hacía estragos espantosos en la compacta muchedumbre, pero donde caía un indio lo suplantaban ciento: llegaron hasta intentar echar abajo las puertas y picar las murallas, hasta ponerse debajo de los cañones y procurar arrancarlos. La noche los separó del combate, porque sus creencias les prohibían pelear de noche, mas se apostaron á la vista, dando continuamente gritos y amenazas. Aun intentaron incendiar el cuartel con flechas inflamadas al efecto, y fué necesario á los españoles trabajar de noche para impedirlo, cortar el

incendio y reforzar las partes débiles del edificio. Con el alba se renovó la sangrienta batalla. Cortés sacó

sus tropas fuera del cuartel, y, divididas en tres cuerpos, acometió por distintas calles arrollando con indecible denuedo á los innumerables enemigos. Mas, era tanta su resolución que, con desprecio de las balas, llegaban á pelear cuerpo á cuerpo con los españoles y á ponerlos á veces en grande aprieto. Como hiciesen mucho mallas piedras, vigas y demás proyectiles arrojados desde las azoteas, los espanoles prendieron fuego á algunas casas, que lo comunicaron á sus vecinas, aumentando el horror de la batalla. Cejaban poco á poco los indios, cortando los puentes para retardar la marcha de los españoles. Una vez unidos los tres cuerpos en una anchurosa plaza, los mejicanos no les pudieron resistir y se entregaron á la fuga. Dió Cortés la orden de retirada, que ya era el medio día, y volvióse al cuartel, crevendo escarmentado al enemigo. Hubo pocos muertos entre los españoles, pero sí muchos heridos; las pérdidas de los mejicanos fueron espantosas.

Dióse una tregua de tres días para curar á los heridos y enterrar á los muertos. En este tiempo procuró Cortés hacer la paz con los mejicanos, pero sin éxito feliz. No se había descuidado el general español durante este tiempo, y como hubiera visto el mal que recibia de las azoteas, hizo construir cuatro especies de grandes carros de dos pisos, y de tal manera que pudiesen servir de resguardo á los suyos y hacer mal desde ellos á los que peleaban desde los terrados

Habiendo tomado estas disposiciones, salió á batalla segunda vez, introduciendo con sus máquinas no poca novedad entre los indios. El furor de la pelea fué más ó menos el mismo que en la salida anterior; hubo sí necesidad de emplear la artillería para destruir las trincheras que los mejicanos habían construido en las calles. Reinaba orden en los ataques de los indios, y bien se dejaba ver que alguna oculta mano los dirigía. Los españoles ganaban el terreno defendido palmo á palmo por los indios, los carros fueron deshechos por las grandes piedras que les lanzaron, muchas casas abrasadas, mayor mortandad de mejicanos que en los anteriores combates; pero ya se acercaba la noche y todo se reducía á ganar trincheras, por lo que se retrajo Cortés á su cuartel. La pérdida de españoles y aliados no fué considerable, aunque el mismo Cortés salió herido.

Muerte de Motezuma.—Muy inquieto, entretanto, estaba Motezuma, porque la sublevación llevaba visos de un desconocimiento de su autoridad. En la última batalla él había observado personalmente, desde lo más alto del cuartel, y visto á muchos nobles y príncipes que podían aspirar al trono, dirigir los combates de los indios. Llamó á Cortés y le aconsejó que se retirase para poder someter á sus súbditos, y cuando se discutía lo que conviniera hacer, los mejicanos dieron un nuevo y terrible asalto.

Tanto duraba el ataque y en tal aprieto vió Motezuma á los españoles, que propuso á Cortés dejarse ver solemnemente para calmar á los mejicanos. Admitió el español, no sin temer algún desacato contra el mismo Motezuma, para lo cual colocó al lado del emperador guardias que lo escudasen en caso necesario. Revistióse el desgraciado monarca con todo el aparato de las ocasiones más solemnes; y apenas apareció uno de sus nobles en el terrado indicando á la muchedumbre la presencia del emperador, cuando cesó la batalla, y un profundo silencio y casi universal adoración recibió á Motezuma. Ultimo rayo de su autoridad. Hablóles, procurando pacificarlos; les dijo que no estaba prisionero, que les agradecía su fidelidad y el celo que por su libertad manifestaban. Si á libertarle venían, él estaba libre y voluntariamente al lado de sus amigos; si por arrojar á los extranjeros era aquel tumulto, los extranjeros muy pronto saldrían de la capital. Que depusiesen, pues, las armas y vinieran de paz á la presencia de su soberano. Concluyó Motezuma su discurso, al que se siguió un ruido sordo y gritos irrespetuosos y protestas porque se había llamado amigo de los extranjeros; quiso acallarlos para hablarles aun, mas no hubo tiempo porque una nube de flechas y piedras lanzadas contra él lo derribó sin sentido, á pesar de que corrieron á escudarlo las guardias. De los

nobles mejicanos salió aquel murmullo, y se dice que Guatimozín, sobrino del emperador, le arrojó la primera flecha. Cuando vieron caer á Motezuma huyeron espantados los

indios, como si temiesen el castigo de sus dioses.

Cortés hizo conducir al desgraciado monarca á su aposento y le prodigó las más delicadas atenciones. Vuelto en sí Motezuma y al darse cuenta de su situación, se dejó llevar de tal modo de la cólera y, desesperación que sólo quería morir cuanto antes: sus palabras eran de venganza, recomendando á Cortés que castigase á los regicidas. No eran de muerte las heridas; pero él se negó á curárselas, despedazó el vendaje y no quiso tomar alimento. Desesperando Cortés de la vida de Motezuma, procuró asegurarle otra mejor con el santo bautismo; habló, instó. rogó; hizo que el padre Olmedo, doña Marina y los oficiales más queridos del emperador procurasen persuadirlo, mas todo en vano: murió rabioso á los tres días del infeliz suceso. Sintió en el alma Cortés esta pérdida, porque amaba á Motezuma y era un gran recurso para su actual situación y futuros planes.

Dióse el cadáver á los mejicanos, que le hicieron á su modo los funerales, y pasaron á elegir sucesor en la persona de Quetlavaca, rey de Istapalapa, uno de los que más

atizaba á los sublevados.

Nuevos combates.—Descansaron los españoles durante la enfermedad de Motezuma y ceremonias que se siguieron á su muerte. No fué larga la tregua, porque dirigidos los indios por su nuevo emperador, tornaron al sitio con más valor que antes, como que ya no los detenía el respeto á Motezuma.

Los más valientes de la nobleza mejicana ocuparon las torres del gran templo que dominaba al cuartel español, y desde ellas vigilaban todos sus movimientos y arrojaban flechas y piedras sin cesar. Este inconveniente, unido al general asalto que por todas partes recibían los españoles, hacía imposible su permanencia en el cuartel. Resolvió entonces Cortés desalojar de las torres á los mejicanos. Sacó fuera á los españoles, y al mismo tiempo que atacaba á los mejicanos que los rodeaban, mandó á Juan de Escobar que, con un respetable cuerpo de tropas, se apoderase de la gran pirámide. Intentólo por tres veces; pero le arrojaban tantos proyectiles y sobre todo largos maderos medio encendidos, que desordenaban y obligaban á ceder á los españoles. Apeóse Cortés, se hizo atar una rodela al brazo herido, y, acompañado de sus más valientes oficiales, se adelantó por la escalera de cien gradas que llevaba á la cumbre.

Comunicó su arrojo á los que le seguían y consiguieron ganar, hiriendo y matando, la plataforma de la pirámide. Los nobles mejicanos y sacerdotes del templo la defendían heroicamente. Trabóse allí lucha por una y otra parte tan desesperada que los ejércitos de abajo se dieron tregua para contemplar aquel trance decisivo para los españoles. Algunos indios se precipitaban voluntariamente desde la inmensa altura por no morir á manos de sus enemigos. De repente dos jóvenes mejicanos se acercan á Cortés en actitud de rendidos, y, cogiéndolo cada cual de un brazo, lo arrastran al borde del abismo y se dejan caer para traerlo en pos de sí y salvar á la patria con su muerte. Valióle su fuerza al general, que logró á duras penas deshacerse de ellos, y quedó pasmado de tanto arrojo. Los quinientos nobles que defendían la altura se dejaron matar antes que rendirse. Puestas en salvo las provisiones allí acopiadas, se incendiaron las torres y fueron precipitados los ídolos entre el supersticioso terror de los mejicanos que, al verlos caer, esperaban algún castigo sobrenatural; cuarenta y cinco españoles perecieron en esta gloriosa jornada.

Nuevas y nuevas batallas, á cual más sangrienta, se sucedían, y los indios no daban esperanza de someterse, sino que cada día se ostentaban más arrojados, creyendo matar por hambre á los españoles. Cortaron las calzadas y construyeron trincheras en diversas direcciones. Conoció Cortés que era imposible sostenerse en la ciudad y resolvió salir, antes que el sitio se hiciese más estrecho y se aglomerasen mayores obstáculos para impedir la retirada.

Noche Triste (1.º de Julio de 1820).—Resolvió hacerla de noche porque, según se ha dicho, en ella no peleaban los indios. Construyo un puente volante y habría querido construír tres; pero urgía el tiempo y se creyó que bastara. Dividió el ejército en tres cuerpos: Sandoval á la vanguardia. Cortés en el centro con los prisioneros, bagajes y artillería, y Juan Velázquez de León á la retaguardia; aprovecharon una noche tempestuosa para salir sin ser sentidos. La calzada de Tacuba no estaba tan obstruida por ir en dirección opuesta á Tlascala y por su distancia del cuartel; á ella se dirigieron los españoles, con tanto silencio que, á pesar del ruido de la artillería y de los caballos, merced al estrépito de la lluvia, parece que no los notaron los indios. Tres cortaduras había en la calzada, y llegado el ejército á la primera, se echó el puente, y habiendo pasado la caballería, los cañones y dos partes del ejército, se oyó de repente el són pavoroso del tambor sagrado. Los sacerdotes, que á esas horas observaron la retirada, dieron la alarma con ese instrumento, que sólo se dejaba ofr cuando peligraba el imperio. Viéndose descubiertos, apuraron los españoles su marcha; pero en un instante el lago se cubrió de canoas henehidas de guerreros y en mayor número avanzaban por las calles para oprimir á los fugitivos. Quisieron éstos levantar el puente para pasar el segundo canal, mas fué imposible, y aún antes que pasase la retaguardia lo destruyeron los indios, cortando así al ejército español.

El desorden fué horroroso; los mejicanos se herían unos á otros y se atropellaban por llegar al enemigo, y éste descargaba contra sí mismo sus armas en medio de la oscuridad. Caían al agua españoles y tlascaltecas mezclados con los mejicanos de las canoas que se volcaban ó con los que voluntariamente se echaban á nado para llegar á la cal-

zada.

Cortés salió á la orilla y formó la vanguardia para favorecer á los que lograsen salvar; y él, acompañado de Sandoval y otros, se expuso varias veces al peligro de perecer por salvar el resto de sus tropas é introducir algún orden. ¡Vano intento! Los alaridos de los mejicanos, sus bosinas y tambores, el zumbido de las piedras, flechas y arcabuces, se confundian con los ayes de los heridos y prisioneros que invocaban á Dios en tan amargo trance. Los cuerpos de los muertos cegaron el segundo canal con los cañones, el tesoro v los bagajes. La retaguardia con el bizarro Velázquez de León sucumbe al choque de los mejicanos. Parte del centro. unos á nado, otros por la calzada consiguen llegar á la ribera. Cuando ya clareaba el día de esa noche funesta para los conquistadores, Cortés conoció lo terrible del descalabro: muertos quedaban ó prisioneros como la mitad de sus soldados, casi todos los auxiliares, cuarenta y seis caballos. perdida la artillería y las inmensas riquezas adquiridas en Méjico. Felizmente, escaparon Marina y Aguilar, de los que tanto necesitaba. Al ver las reliquias de su ejército, se sentó sobre una piedra, y, cubriéndose el rostro lloró como un niño el esforzado Cortés: tierno desahogo y justo tributo pagado á tantos compañeros muertos en esa noche con razón llamada triste.

No aprovecharon los indios su victoria, porque habiendo muerto los hijos de Motezuma, que iban entre los españoles, fué menester hacerles los funerales debidos á su dignidad; y el despojo de los muertos y el sacrificio de los prisioneros llamaron más su atención que cortar la retirada al ene-

migo.

#### CAPITULO X

Batalla de Otumba.—Cortés en Tlascala.—Sitio de Méjico.—Derrota de los españoles.—Toma de Méjico.—Conquista de todo el imperio.—Constitúyese en virreinato.—Fin de Cortés.

Batalla de Otumba.—Siguió el ejército español su peligrosa retirada con la posible rapidez, hostilizado y á veces

atacado por los indios.

El hambre y la sed se dejaron sentir con mucha fuerza, y la necesidad de darle algún descanso y curar los heridos, obligaron á Cortés á detenerse en alguno de los adoratorios del camino.

A los siete días de marcha, treparon los españoles cierta montaña á cuyos pies se extendía una llanura llamada Otumba, por estar cerca de la ciudad de este nombre, no lejos del territorio de Tlascala. ¡Cuál sería la sorpresa de los españoles al divisar desde la cima no un ejército sino un mar de mejicanos y aliados que allí los esperaban en orden de batalla, para cortarles el paso! A 200,000 hombres hacen subir aquel ejército, enorgullecido con su última victoria v seguro de vencer á 500 soldados, rendidos por el hambre, por el cansancio y el desaliento. Miró Cortés à sus soldados. como leyendo en los semblantes las disposiciones del alma, y vió que la rabia y la venganza se pintaban en ellos. "Ha llegado la ocasión, les dijo, de vencer ó morir; la causa de Dios es nuestra causa" y descendieron resueltos á vender caras sus vidas. Formaron el mayor frente posible para dañar más eficazmente al enemigo y ocultar su poco número. El primer choque fué irresistible y cejaron los indios; pero, encerrados los españoles en medio de la inmensa muchedumbre, se comenzó una lucha á muerte. No erraban golpe los cristianos, y hasta los mismos tlascaltecas sabían elegir los principales cabos enemigos para asestar el golpe. Embarazaba el número á los mejicanos, que se precipitaban furiosos á ocupar el lugar de los muertos. Mas, por sangriento que fuera el destrozo que hacían los españoles, el combate se prolongaba y habria tiempo para que todos muriesen de cansancio antes de poner en fuga á los indios. Cortés, que á todas partes acudía con la voz y las manos, observó luego lo desigual de la pelea, la fatiga de los suyos, el desorden que ya se introducía en las filas, y previó que una completa derrota sería el término forzoso de la jornada. Acordóse entonces de que entre los indios la muerte del general decidía de la victoria, y alzando la vista divisó en unas brillantes andas al generalísimo, que tenía en alto el

estandarte sagrado. Convocó á Gonzalo de Sandoval, Cristóbal de Olid, Pedro de Alvarado y otros, vá galope se dirigió por la parte más cercana al general del ejército enemigo. Llegar y derribarlo de un bote de lanza todo fué uno: cayó medio muerto el indio, y apeándose Juan de Salamanca, paje de Cortés, acabó de matarlo, cogió el estandarte que consistia en una reja de oro coronada de un rico penacho, y lo dió á Cortés. Desbandáronse los indios al ver el estandarte en poder de Cortés, y los campos y montes vecinos parecían estrechos para contener su número. 20,000 hombres se cree que murieron en esta batalla, la más célebre que se dió entre los indios y los conquistadores del Nuevo Mundo. Pingüe fué el botín, porque los mejicanos vinieron adornados de sus mejores joyas, seguros de la victoria. Las pérdidas por parte de los españoles fueron de poca importancia. Cortés salió herido en la cabeza tan reciamente que estuvo, poco después, en peligro de morir.

Cortés en Tlascala.—La fidelidad de los tlascaltecas quedó más afianzada con esta espléndida victoria. Cortés pisó luego con su ejército el territorio de la república aliada. y fué recibido con tan cordiales muestras de amistad, que no creyó necesario alejarse más de Méjico, y estableció en la ciudad de Tlascala el cuartel general para la reorganización de sus tropas. Tomó las medidas convenientes para hacerse de cañones y soldados, ya recibiendo á los que arribaban á las costas mejicanas, ya mandando buques para que enganchasen gente en las colonias españolas. Convencido de la imposibilidad de apoderarse de Méjico sin buques, ordenó la construcción de doce naves, que debían armarse en el mismo lago, conduciendo los elementos necesarios desde Tlascala. Y para que no se introdujese el desaliento ó la indisciplina entre los españoles, los ocupó en diversas espediciones á las provincias limítrofes, con lo que aseguró el camino de Vera Cruz á Tlascala; se hizo de nuevos aliados que apartó de sus enemigos, de grado ó por fuerza, y reconcentró en la capital y sus alrededores todas las fuerzas mejicanas. Fundó, por entonces, una nueva colonia que llamó Segura de la Frontera, en la provincia de Tepeaca, que poco há había sometido. En menos de seis meses, ya Cortés había reorganizado su ejército, y se creyó con fuerzas suficientes para recomenzar la conquista de Méjico. Los tlascaltecas lo auxiliaron con ocho mil guerreros, fuera de otros quince mil que acompañaban el convoy de los materiales para construir los buques.

Sitio de Mélico.—A fines de 1520, Cortés llegaba de nuevo á las orillas del lago. Principió por atraerse á los

caciques de las ciudades que rodeaban la capital, ó a conquistarlas por la fuerza, á fin de aislar á aquélla y facilitar el sitio. Tezcuco, que era la segunda ciudad del imperio, se le sometió, y su rey, que debía la corona á Cortés, no sólo se hizo su aliado y reconoció súbdito del rey de España, sino que se bautizó con el nombre de don Fernando, y fué de grande utilidad en la guerra. Dos cosas llamaron por de pronto la atención de Cortés: la construcción de las naves, para lo cual empleó además de los carpinteros españoles, muchos miles de indíos, y la conquista de las ciudades vecinas. Para esto tuvo que librar innumerables batallas ya personalmente, ó ya por medio de sus principales capitanes, sin poder someterlas del todo hasta que se hizo dueño del lago.

El 20 de Mayo de 1521 comenzó el sitio de la capital, con más de 900 infantes, 86 jinetes, 18 cañones y un ejército de indios aliados y tezcuanos como tlascaltecas y cempoa-

las que ascendían á 150,000 hombres.

En Méjico no se habían descuidado los valerosos aztecas: levantaron trincheras, abrieron fosos, y habían reunido gran número de guerreros, pues todos los caciques que no admitieron la alianza de Cortés, se internaron en la ciudad con sus respectivas tropas. El emperador Quetlavaca apenas pudo comenzar los preparativos de defensa, porque murió á los pocos días de su coronación, de una enfermedad desconocida antes en el imperio, que no era otra que la viruela, propagada desde la expedición de Narváez, y que hizo espantosos desastres, así entre los mejicanos como entre los demás indios de América. La pérdida de Quetlavaca fué una suerte para los españoles y desgracia no pequeña para los mejicanos, pues en el poco tiempo que gobernó se dió á conocer como hábil y valiente guerrero. Tuvo por sucesor á Guatímozín, sobrino de Motezuma, y aunque joven, sobresalía entre los suyos por su patriotismo é indomable valor.

Una vez concluídas las naves y echadas al agua con solemnes ceremonias, Cortés puso formal sitio á la ciudad. Dividió el ejército en tres cuerpos al mando de Gonzalo de Sandoval, Olid y Alvarado. Cada cual atacaría en opuestas direcciones, pero de modo que estuviesen al habla y pudieran mútuamente auxiliarse. El se reservó la flotilla y la dirección del sitio. Una de las primeras hazañas de los españoles fué hacerse dueños del lago. Opusiéronse innumerables canoas llenas de indios; pero fueron fácilmente desbaratadas; en vano usaron ellos algunos ardides para inutilizar los grandes buques, porque, todos descubiertos ó burlados, tuvieron los defensores que dejar á sus enemigos el dominio de las aguas. Sitióse la ciudad por hambre y se cortaron todos los acueductos: la sed hizo grande estrago, porque era salobre la parte del lago donde estaba Méjico. La guerra se hizo muy sangrienta de uno y otro bando; el español ó aliado que caía prisionero era sacrificado á los dioses, y el mejicano muerto y comido por los auxiliares, á pesar de las prohibiciones de Cortés. Tlascaltecas, tezcucanos y cempoalas se vengaban atrozmente de la tiranía de los aztecas, si bien se conocía la superioridad de éstos, que siempre los vencían, cuando no eran auxiliados por los españoles.

Derrota de los españoles.—En uno de los asaltos generales dados contra la ciudad, los mejicanos cedieron mañosamente para atraer al centro á sus enemigos y oprimirlos en la retirada. Conoció Cortés el lazo y dejó un destacamento con orden de mantenerse á la defensiva y guardar á toda costa la entrada para el caso de un descalabro. Dejóse llevar el oficial de su imprudente coraje y siguió poco después al ejército, descuidando la brecha. Era lo que precisamente deseaba Guatimozín, que dió orden para que ocupasen sus soldados aquel punto. Cargaron en seguida los mejicanos con todo el empuje y desesperación de que eran capaces; huyeron los aliados y españoles más que de paso y en desorden, creyendo asegurada la espalda; pero fueron recibidos por innumerables mejicanos, y, aunque á costa de muchas vidas, hicieron en los cansados fujitivos gran destrozo: 60 prisioneros españoles y muchos de los aliados fueron las víctimas. Cortés mismo estuvo á pique de caer prisionero. Huminóse la ciudad y celebró con gran pompa una de las fiestas abominables con que los mejicanos daban gracias á sus dioses por la victoria. Los alaridos de los infelices que iban al sacrificio partian los corazones de sus compañeros, que á lo lejos creían conocerlos.

El efecto moral del descalabro podía ser muy funesto para Cortés, y así creyó oportuno usar de prudencia, no peleando en el tiempo que los mejicanos señalaban como el término concedido por los dioses á la vida de los extranjeros y aliados. La superstición de los sacerdotes les había hecho creer que en ocho días serían completamente derrotados los enemigos, y esta noticia cuidaron de esparcirla los mejicanos, con no poco espanto de los auxiliares de Cortés. No habían perdido del todo sus antiguas creencias, y así desertaban de las tropas á millares, quedando casi solos los estabandes. Burlábanse los cristianos de aquel terror y de las necias profecías; pero los combates cesaron por entonces para dar tiempo al desengaño de los aliados. Medida que

produjo un admirable efecto, pues aumentó el desprecio en que ya cafan los ídolos, adhirió más fuertemente á los espa-

noles la voluntad de sus aliados.

Toma de Méjico.—El hambre y la peste hacían más estragos en la desgraciada ciudad que la guerra á muerte de los sitiadores. Cortés adelantó las operaciones del sitio, estableciendo su cuartel en uno de los arrabales de Méjico para activarlo más y más. Sentía tener que destruir poco á poco aquella capital, pues los mejicanos la defendían palmo á palmo y no se manifestaban dispuestos á aceptar la paz. Ofreciósela Cortés varias veces á Guatimozín, con tal que reconociese la soberanía de España, ya fuese por compasión de tanta matanza, ya por no destruir del todo la ciudad; pero siempre fué rechazada. Los mejicanos querían sepul-

tarse bajo las ruinas de su patria, y se sepultaron.

Los últimos combates de aquel sitio, comparable á los más célebres de la antigüedad, excedieron en heroísmo y también en crueldades á los anteriores. Habían formado los mejicanos grandes trincheras para atajar al ejército victorioso, durante dos días se peleó en ellas con indecible denuedo. En vano Cortés ordenaba que se perdonase á los prisioneros y rendidos, y á los ancianos, mujeres y niños; los tlascaltecas y demas auxiliares no daban cuartel. Sólo el que tenía la suerte de caer en manos de españoles conservaba la vida; 40 mil mejicanos perecieron el primer día del asalto general á las trincheras. De repente vinieron embajadores de Guatemozín á ofrecer la paz; sospechó Cortés fuese un ardid de los indios, y mandó que vigilasen especialmente los de las naves que cruzaban el lago. En efecto, el heroico emperador, agotado ya todo recurso, muertos 130,000 indios, se alejaba de Méjico en una gran canoa, seguida de otras varias, que llamaron la atención de García Olguín y les dió caza é intimó rendición. Cayéronse los remos de las manos á los compañeros de Guatimozín, cuando se lanzó el primer cañonazo contra las canoas donde huía la corte del último emperador azteca. Saltó García á la canoa de Guatimozín, y éste pidiendo sólo que se tratase bien á su esposa, se rindió con dignidad y fué conducido á la presencia de Cortés (Julio de 1521.)

Un último y desesperado combate daban los mejicanos para llamar la atención de los españoles y salvar al emperador; mas, cuando supieron que éste había caído pri-

sionero, cesó toda resistencia.

Al llegar el heroico Guatimozín á la presencia de Cortés, puso su mano sobre el puñal que éste llevaba al cinto, y exclamó: "He cumplido mi deber, toma tu puñal, español, y clávalo en mi pecho; termine ya una vida que no puede ser útil á mi patria." Palabras sublimes que manifiestan que su autor era digno de la corona. Cortés le consoló, tratándolo con los honores debidos á la dignidad y pren-

das de tan ilustre prisionero.

Mas, los soldados murmuraban á causa de las pocas riquezas que se habían hallado en la destruída ciudad, contra las esperanzas de la codicia. Decían que Guatimozín había ocultado sus tesoros y que era necesario hacerlo que descubriese el secreto. Cortés, para evitar la sedición que amenazaba, tuvo la flaqueza de someter á tormento al desgraciado emperador y á su primer ministro el rey de Tacuba. Créese que los tesoros fueron arrojados al lago. No desmintió Guatimozín sobre las parrillas el valor del guerrero americano: soportaba el dolor sin quejarse. Como flaquease la resisteucia de su ministro y pareciese que deseaba descubrir algo; le reprendió, diciéndole: "¿Yo, por ventura, estoy en un lecho de rosas?" Habría perecido Guatimozín, si no se hubiese afeado á Cortés su crueldad, por lo que el general mandó inmediatamente cesar el bárbaro tormento. Vivió algunos años Guatimozín al lado de Cortés, que no lo apartaba de sí por temor de nuevos disturbios, y así llegó á serle un huésped peligroso y molesto; hasta que en la expedición á Honduras lo hizo ahorcar con otros grandes, so pretexto de que tramaba un complot. Guatimozín había recibido el bautismo y se preparó cristianamente para morir, protestando hasta lo último su inocencia. Es su muerte una de las manchas que amenguan la gloria de Cortés.

En cuanto á la ciudad de Méjico, Cortés la hizo rectificar á la europea y con grande esplendor, auxiliado por los indios. Arrancóse lo que quedaba allí del gran templo y en su lugar se alzó la más soberbia iglesia cristiana de la América española, y sobre el solar del palacio de Motezu-

ma, el palacio de los virreyes de Méjico.

Conquista de todo el imperio mejicano: los caciques más poderosos, por apartados que estuviesen de la metrópoli, rindieron homenaje á los terribles extranjeros que habían destruído la gran ciudad, que pasaba como inexpugnable entre las belicosas naciones limítrofes. Cortés iba fundando al mismo tiempo diversas colonias en las provincias para asegurar á España la posesión de todas aquellas ricas comarcas.

Confió á Alvarado una expedición á Guatemala, que lo considera como su conquistador; otra á Cristóbal de Olid,

que se dirigió á Honduras y no tardó en sublevarse contra el mismo Cortés, que fué á someterlo, llegando después de la muerte de Olid, asesinado por algunos aventureros á

quienes había vencido y perdonado.

No todas fueron glorias para el ilustre conquistador de Méjico. El emperador Carlos V, cediendo á influencias de los enemigos de Cortés, mandó á Cristóbal de Tapia para que lo sometiese á juicio; pero aquél supo ganarse al comisionado. Dióle al fin la corte el gobierno del nuevo imperio que él había conquistado; pero como se temiese más tarde que se hiciera independiente, un nuevo comisionado vino á juzgarlo. Cortés se embarcó entonces para España con el fin de justificarse de los crímenes que se le imputaban; presentóse al emperador en Toledo, rodeado del lujo y de la gloria que por todas partes publicaba la fama de sus hechos. Recibióle Carlos V con los honores que se merecía tan grande hombre y le concedió el título de Marqués de Oajaca y una gran provincia del imperio mejicano.

Constituyese Méjico en virreinato.—Después de su viaje á España no gozó Cortés de la autoridad omnímoda que antes ejercía, pues la Real Audiencia se la limitó en buena parte y no le escaseó disgustos, si bien tuvo que acudir á su influencia para aquietar algunos síntomas de

insubordinación.

Cortés se dedicó á nuevos descubrimientos y conquistas que le costaron casi todo su caudal. Exploró la costa del Pacífico, buscó en vano comunicación entre los dos océanos y descubrió la más tarde rica provincia de California.

Mientras en esto se ocupaba el ilustre conquistador, el gobierno político del estado se dió á su primer virrey don Antonio de Mendoza, pues por decreto de la corte se cons-

tituyó á Méjico en virreinato el año de 1534.

Fin de Cortés.—Pasó algún tiempo Cortés en su marquesado de Oajaca, hasta que fué á querellarse á España de diversas cosas que sería largo enumerar. No fué oído, y corrió la suerte de otros ilustres conquistadores y descubridores del Nuevo Mundo. En vano tomó parte en distintas expediciones del belicoso Carlos V. Murió cerca de Sevilla, cuando se preparaba á tornar á Méjico (1547). Sus restos fueron trasladados á Méjico y de ahí á Sicilia.

#### CAPITULO XI

## Civilización mejicana.

Antigüedad de la civilización mejicana.—Religión.—Gobierno y estado social.—Industria, ciencias y artes.—Costumbres.

Antiguedad de la civilización medicana.—No habían sido los mejicanos los autores de la civilización que encontraron los españoles en el imperio. Antes de los mejicanos y en tiempos muy remotos, varias razas habían preparado y tal vez aventajado la civilización de los aztecas. Las más antiguas que recuerda la historia son los toltecas y los chichimecas, si bien las ruinas de Centro-América y Yucatán hacen creer que en tiempos remotísimos hubo naciones civilizadas en esas regiones. Al siglo VI se hace subir la llegada de los toltecas (arquitectos), raza que llevó al valle de Anahuac (el vasto valle de Méjico) la civilización material. Desaparece despnés, sin que se sepa á punto fijo la causa, y aparecen los chichimecas, menos civilizados que los anteriores.

Una nueva raza vino de NE., los tezcucanos y mejicanos, fundadores de Tezcuco los primeros y de Méjico los segundos. Tezcuco fué por largo tiempo capital de un reino poderoso y el foco de la civilización, aun antes de que se fundase á Méjico. El rey más célebre que gobernó á los tezcucanos fué Nezahualcoyotl, guerrero, legislador y poeta, que, según dicen, tuvo la idea de un solo Dios y desaprobo los sacrificios humanos. En cuanto al origen de Méjico, está envuelto en fábulas, pero es indudable que Tezcuco le precedió en poder y civilización. Los mejicanos anduvieron errantes por la orilla del lago, hasta que al fin se establecieron en humildes cabañas en una isla que ellos aumentaron y fué el solar de la gran metrópoli del tiempo de Cortés. Aliaronse con los tezcucanos y el pequeño reino de Tacuba, y con esta triple fuerza conquistaron rápidamente no sólo el valle de Méjico sino gran parte del imperio. El valor de los mejicanos los hizo sobreponerse á sus aliados de tal modo, que, al arribo de los españoles, el rey de Méjico ejercía el poder imperial sobre los demás, sin que sepa la historia el tiempo y modo en que pasó á los mejicanos la supremacía.

Religión.—La creencia religiosa de los mejicanos era una confusión de verdades y absurdos, virtudes y vicios abominables, tan extraña, que se llega á creer fuese corrupción

de ideas más puras recibidas de otra raza más civilizada, con las invenciones propias del carácter feroz de los aztecas. Creían en la existencia de un Dios soberano, al que estaban sometidos los demás dioses y diosas, en la inmortalidad del alma y en premios y castigos eternos, en la necesidad del sacrificio por los pecados; aun había ceremonias semejantes á nuestra confesión, y, lo que es más raro, tributaban culto á la cruz.

Los dioses más venerados y temidos eran Hutzilopochtli, dios de la guerra, y Quetzalcoatl, dios del aire, que, en épocas remotas, civilizó, según los aztecas, á sus antepasados y se embarcó hacia el oriente, prometiendo volver. Había, además, cerca de doscientos dioses y pequeños ídolos

equivalentes á los lares de los antiguos.

Los aztecas eran muy religiosos, como lo demuestra el sinnúmero de templos que adornaban sus ciudades, comparables sólo al número de sus sacerdotes muy reverenciados entre ellos. Estaban éstos gobernados por dos pontífices de igual dignidad, elegidos según sus méritos y consultados en todos los asuntos de importancia, aun meramente políticos. Como cinco mil sacerdotes cuidaban sólo del gran templo de Méjico. El sacerdote intervenía en los matrimonios, nacimento y entierro de los mejicanos. Las abluciones á los recién nacidos y los muertos parecían corrupción de las ceremonias cristianas.

Mas, todas las virtudes y pompa exterior del culto eran afeadas con los espantosos sacrificios humanos y banquetes en que se comían la carne de las víctimas. Una gran piedra colocada en la cumbre de la pirámide, forma de sus templos. y delante de los ídolos, servía para tender de espaldas á la víctima, y luego, sujetándola de la cabeza y de los pies algunos sacerdotes, otro de los de mayor jerarquía le abría el pecho y sacaba el corazón, con cuya sangre caliente rociaba á los ídolos. El cuerpo era después guisado y comido por el vencedor y los que éste hacía participantes. Mucho dudan los historiadores acerca del número anual de estos sacrificios, pero no parece improbable que llegasen á 20,000 los infelices que así morían en todo el imperio. No aparece en la historia del mundo nación que haya abusado más de los sacrificios humanos. Sólo esto bastaría para no sentir la ruina de un imperio que era una mancha para la humanidad.

Gobierno y estado social.—El gobierno de los mejicanos era monárquico y de tal modo establecido que unía las ventajas de la monarquía electiva y hereditaria. El emperador azteca era elegido por cuatro grandes señores nombrados

por su antecesor y asociados á los reyes de Tezcuco y Tacuba; pero la elcción recaía en los hijos, hermanos ó sobrinos del monarca difunto. El candidato debía ser guerrero y sacerdote.

No era del todo absoluto el poder del emperador, pues la autoridad judicial estaba en manos de tribunales especiales, de los que no se podía apelar; la autoridad legislativa pertenecía al Emperador. La justicia se ejercía con rigor, y se habían tomado muy sabias medidas para ase-

gurar la independencia de los jueces.

Para facilitar las comunicaciones de las provincias con la capital y hacer llegar sin demora las ordenes del gobierno, habían inventado un curioso sistema de correos. Á distancias proporcionadas levantaron las casas que ocupaban los correos, acostumbrados desde su niñez á la carrera y á sufrir el cansancio; cada morador de esas casas, una vez que recibía las ordenes reales ú objetos que debía transmitir, los llevaba con la mayor presteza á la de su vecino, donde los recibía el otro para hacer lo mismo y así sucesivamente. No se extrañe, pues, la facilidad con que Cortés se entendió con Motezuma, á pesar de la dis-

tancia de Vera Cruz á Méjico.

En cuanto á la familia, en el imperio azteca sólo se permitía la poligamia á los príncipes y nobles, pero no al pueblo. El matrimonio no era para los mejicanos un contrato indisoluble, pues se autorizaba el divorcio. La religión contribuía á la celebración de los matrimonios: el sacerdote anudaba el vestido del hombre con el de la mujer, signo de sus mutuas obligaciones. No era tan triste como en el resto de la América ni aun del Asia la condición de la mujer, que tomaba parte en las festividades públicas y privadas y se atraía las consideraciones del hombre y se la eunoblecía con la dignidad de sacerdotisa. Los padres amaban tiernamente á sus hijos y confiaban á los sacerdotes la educación, y las hijas á mujeres respetables que ejercían también el sacerdocio.

Había notable diferencia entre la condición de los nobles, del pueblo y de los esclavos. Los plebeyos generalmente arrendaban el campo á los nobles, y la esclavitud era mucho más suave que en el mundo antiguo, antes de Cristo. La milicia, el sacerdocio y el comercio eran las profesiones más honoríficas entre los aztecas. Del comerciante se valían con frecuencia sus príncipes para averiguar las fuerzas y proyectos de sus vecinos. El embajador era un personaje sagrado y siempre se le enviaba al enemigo antes de declararle la guerra; así también, cuando

querían los reyes aumentar sus conquistas, mandaban embajadores para conseguir que por bien se sometiera el pueblo amenazado y evitase los males de la guerra.

Industria, ciencias y artes.—Ninguna nación americana adelantó tanto en ese triple elemento de civilización como la mejicana, al menos de las que florecían en tiempo de la conquista española. Las principales industrias de los aztecas, no contando la agricultura que cultivaban admirablemente, consistían: en los tejidos de plumas y de algodón ó mezclados, que adornaban con bellísimos dibujos imitando aves y flores; la elaboración de los metales de oro, plata y cobre, de los que hacían toda clase de utensilios, así de uso doméstico cuanto de mero lujo, y tan admirable que los plateros europeos de aquella época se declararon impotentes para imitarlos y mucho menos las figuras de piedras preciosas.

Las ciencias adelantaron en un grado muy notable relativamente á los otros pueblos de América, si bien no alcanzaron el progreso á que habían llegado las artes y la agricultura. Es sensible que buena parte de los adelantos que en la ciencia hicieron los mejicanos se haya perdido para nosotros por la incuria é ignorancia de los conquistadores. La historia tuvo entre los tezcucanos y aztecas sabios cronistas; la aritmética se redujo al número veinte como base de sus cálculos; la astronomía parece que fué la ciencia más cultivada entre los mejicanos, á juzgar por la

exactitud admirable de su calendario.

En cuanto á las artes, sobrepasaron sin duda á los americanos: la arquitectura y escultura, la pintura, la poesía y la música estaban relativamente muy adelantadas. La pintura, sobre todo, llamó la atención de los europeos, que vieron en Méjico un sistema de escribir muy parecido á los geroglíficos de los egipcios. Aunque el dibujo de los pintores aztecas no era muy perfecto, el colorido era admirable, variando uno y otro según el fin que

se proponían en sus cuadros.

Costumbres.—El mejicano era belicoso por carácter, y á la guerra se dirigían su educación y costumbres. Muchas veces no tenía más fin una expedición militar que hacer prisioneros para los abominables sacrificios humanos. El prisionero difícilmente escapaba del terrible destino, salvo que un extraordinario valor y pericia lo hicieran vencer á pesar de estar atado de un pie, á siete enemigos. Los sacrificios humanos dieron á las costumbres aztecas un carácter feroz y á su genio una melancolía habitual y supersticiosa.

Eran rígidos en la educación de sus hijos é hijas, cuya base la constituía el miedo á los más dolorosos castigos. Una vez que el alumno salía de las aulas procuraban los padres dedicarle á su propio oficio para que ganase honradamente la vida. Los nobles, sin exceptuar los mismos príncipes, no se desdeñaban de trabajar personalmente en sus campos, y otro tanto sucedía con las mujeres.

No faltaban diversiones públicas á los mejicanos; en especial, lucían su destreza en una especie de volatines, en los que hacían pruebas muy difíciles y peligrosas. Era también común juntarse las familias con ocasión del nacimiento de un niño, de un matrimonio, etc. Los convites privados se terminaban con ostentosos regalos, después de algún opiparo banquete en que la embriaguez se prohibía extricta-

mente á los jovenes y se toleraba en los ancianos.

La ceremonia más curiosa en que tomaba parte toda la ciudad, tenía lugar al fin del siglo, esto es, cada cincuenta y dos años. Creían que la destrucción del mundo había de coincidir con el fin de un siglo, y así todo era lástima y temores cuando éste se acercaba. Destruíanse los muebles, cesaban los preparativos de alegres fiestas y todos se disponían para morir, extinguiendo hasta el fuego sagrado, que ardía á toda hora en la cumbre de sus templos piramidales. Sacrificaban entonces una víctima escogida y muy preparada de antemano, y pasando el día fatal, renacía el júbilo en todos los corazones, expresándolo con animadísimas fiestas.

### CAPITULO XII

# Nicaragua, Guatemala, Honduras y Costa-Rica.

Nicaragua (1523).—Por este mismo tiempo Gil González Dávila había traído de la Corte autorización para colonizar las regiones que pudiese, en la misma situación de la nueva provincia de Pedrarias. Dirigióse al norte y, después de grandes reveses descubrió la provincia de Nicaragua, no atreviéndose por de pronto á emprender su conquista por no llevar las fuerzas que la obra requería. Pero no tardó en presentarse el verdadero conquistador de Nicaragua, Francisco Hernández de Córdoba. Púsolo Pedrarias á la cabeza de una expedición para que arrebatase á Gil González su conquista. La empresa de Hernán-

dez de Córdoba tuvo éxito feliz; venció á los indígenas en todas las batallas y fundó diversas ciudades y entre ellas la de León, á orillas del lago Managua, honrada con el título de capital de la colonia. Llevó á cabo algunas exploraciones en el interior, y creyéndose bastante fuerte, intentó independizarse de Pedrarias y obedecer á Cortés; mas habiendo reprobado sus planes el ilustre conquistador y sabido por Pedrarias el intento del de Córdoba, se vino sobre él, lo aprisionó en su misma capital y lo condenó á

muerte por traidor (1526). Guatemala (1524).-El famoso Pedro de Alvarado, con una respetable división que le había confiado Hernán Cortés, pasó á Guatemala v. vencidos los indios, que atemorizados por las crueldades de Alvarado se sometieron, fundó á Santiago de los Caballeros, capital de la provincia. El caracter violento del gobernador lo indispuso luego con Pedrarias, y por evitar mayores males, se embarcó Alvarado para España con el objeto de alcanzar el gobierno de Guatemala. Confirióselo la Corte, pero ello no bastó para que gobernara tranquilamente su provincia. Siempre ambicionando más territorio, lo veremos más tarde invadir el Perú con mal éxito. Ácusado y sometido á juicio, hizo un nuevo viaje a España para justificarse, lo que también consiguió, viniendo á morir al subir un cerro, por la caída de un caballo cuvo choque no logró esquivar, en la guerra contra los indios de Guadalajara. El célebre Las Casas misionó en Guatemala y Honduras, mientras Alvarado se hallaba por segunda vez en la Corte; mas á su vuelta, éste destruyó todos los preciosos frutos que se esperaban del heroico Las Casas.

Sucedióle en el gobierno Alfonso de Maldonado, hombre pacífico y prudente, que ya lo había ejercido en su ausencia, y protegido á los misioneros para que convirtiesen á los indios, así en Guatemala como en Honduras y Costa-Rica (1542). En ese tiempo se estableció en Guatemala una Real Audieneia, cuya autoridad se extendía á las provincias limitrofes y más tarde á Nicaragua y Costa-Rica, que se separaron de Panamá, dependiendo todas del virrey de Méjico.

Honduras y Costa-Rica (1524).—Cristóbal de Olid, otro de los más distinguidos capitanes de Cortés, fué comisionado para reconocer el territorio de Honduras y buscar el famoso estrecho que uniría los dos océanos. Burlado en el objeto de su empresa, se hizo fundador de una colonia independiente del conquistador de Méjico. Cortés para someterle envió á Francisco de Las Casas, que cayó prisionero de Olid.

González Dávila, que al verse desposeido de Nicaragua por Córdoba, como se ha dicho, se retiró á Honduras, pretendió disputar á Olid el gobierno de esta provincia; pero con el mismo resultado que Las Casas. Los dos vencidos no tardaron en tramar una conspiración de que fué víctima Olid, asesinándolo una noche en que menos lo esperaba. Tomó Las Casas el gobierno de Honduras y fundó á Trujillo, su capital.

Don Jorge de Alvarado, hermano de don Pedro y su suplente en el gobierno de Guatemala, durante el primer viaje de éste á España, invadió Costa-Rica y fundó algunos

establecimientos (1527).

Mas los verdaderos conquistadores de esta provincia fueron los misioneros de Las Casas; que, con su palabra evangélica, apartaron á los indios de los sacrificios humanos, los convirtieron á la fe católica y voluntariamente se sometieron á los gobernadores que les mandó la metrópoli. Por de pronto dependieron del gobernador de Panamá, y más tarde del de Guatemala.

En cuanto á la religión y costumbres de estas provincias, eran más ó menos las de los aztecas, y tal vez en tiempos remotos fueron cuna de algún poderoso reino, á juzgar por las ruinas que á cada paso se encuentran.

# CAPITULO XIII

## El Perú.

Pizarro, Almagro y Luque.—Descubrimiento del Perú.—Intérnase Pizarro en el Perú.—Atahualpa y Huáscar.—Captura de Atahualpa.—El rescate del Inca.—Muerte de Atahualpa.

Pizarro, Almagro y Luque.—Expediciones mucho más importantes por sus resultados que las ya salidas de Panamá se preparaban en esta pequeña colonia en 1525. Ya desde los tiempos de Balboa se susurraba entre los colonos la existencia de un grande imperio que se extendía hacia el sur y donde el oro era abundantísimo. Nuevos datos, y en especial los recogidos por un comerciante Andagoya, venían á corroborar esta idea. Pero se decia también que el clima era mortífero, muy belicosos los moradores y que sería imposible someterlos; unos dudaban de la verdad de todas estas noticias, y otros creían locura acometer la empresa de conquistarlos, pues á ser

ciertas, no había en Panamá recursos suficientes. Pero tres de los colonos discrepaban de los demás y daban crédito á los rumores y deseaban hacer algo, pues la gloria de Cortés los entusiasmaba y daba ánimo para grandes aventuras. Eran éstos Francisco Pizarro, Diego de Almagro y Fernando de Luque, cura de Panamá.

El nombre de Pizarro no aparece aquí por primera vez, que ya le hemos visto figurar en las aventuras de Ojeda y en los trabajos y en la prisión de Balboa. Francisco Pizarro nació en Trujillo, fué hijo natural de Gonzalo Pizarro, soldado del Gran Capitán, no recibió educación, pues en su niñez fué porquerizo; no sabía ni siquiera firmarse. En América ya se dió á conocer como soldado valiente y emprendedor, si bien de carácter ruin y ambicioso.

Diego de Almagro, aunque de carácter más generoso y abierto, era oscuro é ignorante soldado, que no había tenido más educación que Pizarro, con el que le unía la más intima amistad. Los dos cultivaban la parte de terreno que les había tocado en Panamá, y, en edad más que madura, no parecía que pudiesen inmortalizar sus nombres sobre

los más célebres aventureros venidos á Ámérica.

Fernando de Luque era un virtuoso sacerdote que cumplía su ministerio en Panamá, y había juntado algún dinero, que deseaba aprovechar en alguna de tantas expediciones admirables que entonces se emprendían. Tenía, pues, la educación propia de su carácter sagrado, y grande entusiasmo por las empresas maravillosas de los españoles.

Descubrimiento del Peru.—Las conversaciones de estos tres amigos acerca del misterioso imperio, tuvieron por resultado la resolución de averiguar la verdad y luego comprometerse á la conquista; para lo primero juntaron como cien hombres, y Pizarro y Almagro salieron de Panamá, resueltos á averiguar si eran ó nó fundados los

rumores de la existencia del Perú (1525).

Durante catorce meses de espantosos sufrimientos, así de parte de los indios como del clima y la naturaleza de aquellas regiones, no se supo de ellos en Panamá. Mas, no tardaron en regresar trayendo la convicción profunda de la existencia del Perú y la resolución de acometer la conquista. Desgraciadamente ésta no parecía fácil á juzgar por la resistencia que habían hallado, de lo que era prueba el buen Almagro que había perdido un ojo en la aventura. Aunque ellos estaban más animados que nunca, los colonos se oponían á la empresa y aún el terrible Pedrarias la habría impedido, á no ser por los empeños de Luque, al que llamaron El Loco sus feligreses.

Aprestáronse, pues, para una nueva salida los dos aventureros, celebrando antes un contrato solemne, por el cual Pizarro y Almagro pondrían sus trabajos personales, y Luque el dinero necesario para la expedición; los frutos de ésta se repartirían por iguales partes entre los tres socios. Una misa celebrada por el mismo Luque y en la cual comulgarían los tres de una misma hostia, según costumbre de aquel tiempo, había de sellar el contrato y atraer las bendiciones de Dios sobre tan arriesgada empresa.

Con fuerzas superiores á la expedición anterior recorrieron las costas de aquellas regiones desconocidas, y después de peripecias y trabajos ocasionados por la resistencia de los naturales, descubrieron la ciudad de Tacámez, que manifestaba evidentemente una civilización superior á las demás regiones americanas, excepto Méjico. Se convencieron á la vez de que era imposible conquistar el nuevo imperio con las pocas fuerzas que llevaban, y así Pizarro mandó á Almagro á Panamá en busca de soldados y pertrechos.

Pero obstáculos de otro género pusieron á dura prueba la constancia de Pizarro y sus dos socios. Algunos cobardes y descontentos hicieron saber al nuevo gobernador de Panamá, don Pedro de los Ríos, la necesidad de su protección para salvar la vida de los españoles á quienes la ambición de Pizarro llevaba á una muerte cierta. Mandó aquél dos buques para que los recogiesen; pero Pizarro se mantuvo firme en la resolución de conquistar el Perú ó perecer en la demanda, y, desobedeciendo él las órdenes del gobernador, dejó libres á los suyos para tornar á Panamá ó proseguir la empresa comenzada. Sólo trece de sus camaradas lo acompañaron, estableciéndose en la isla de Gorgona, donde siete meses esperaron refuerzos de parte de Almagro y del piloto Bartolomé Ruiz, que hizo importante papel en estas increfbles aventuras.

Al fin llegó Ruiz, pero con nueva orden de conducir á Panamá á aquellos locos, que tales los creyeron en la colonia. No hizo caso el audaz Pizarro; y consiguió del piloto que adelantasen las exploraciones hacia el sur. Descubrieron el puerto de Túmbez y, recibidos hospitalariamente, pudieron admirar la civilización peruana, y después tornaron á Panamá, llevando muestras del gran descubrimiento (1527).

Internase Pizarro en el Peru.—Á pesar del entusiasmo que estas noticias, acompañadas del oro y plata, los llamas y habitantes del nuevo imperio, produjeron en Panamá, no dió esperanzas el gobernador Ríos de auxiliarles en la conquista. La colonia estaba muy poco po-

blada para suministrar gente y recursos á tamaña empresa. Luque aconsejó entonces que se acudiera á la misma Corte para que los suministrase; y aunque en su sagacidad no quería que fuese Pizarro, cuyo ambicioso carácter conocía, consintió al fin á propuestas de Almagro, que había de ser la víctima.

Embarcóse Pizarro para España con tan importantes noticias y atrevidos proyectos. Carlos V le oyó con gusto la narración de sus aventuras y vió con mayor placer las muestras de aquellas remotas regiones. El resultado de estas entrevistas fué que se concedió á Pizarro plena autorización para conquistar el Perú (Nueva Castilla) con el título de adelantado, gobernador, capitán general v facultades casi omnímodas, encargándole que tratase bien á los indios; á Luque se le ofreció el obispado de Túmbez y el título de protector de los indígenas, y al pobre Almagro, el de gobernador de las futuras fortalezas de Túmbez. Dícese que Pizarro pidió para su amigo el título de adelantado; pero la Corte no accedió porque no convenía dividir estos dos empleos. Pizarro, por su parte, quedaba obligado á reunir 250 hombres en el espacio de seis meses, parte en colonia y parte en la metrópoli. A pesar de que se valió de toda su influencia en Trujillo, su patria, no logró juntar los soldados que debía. Siguiéronle sus cuatro hermanos: Fernando, Gonzalo, Juan Pizarro y Martín de Alcántara. En grandes aprietos se vió el futuro conquistador por las demoras de la Corte en despacharle; pero auxiliado por Cortés, consiguió hacerse á la vela precipitadamente, antes que uha comisión del Consejo de Indias procediese en su contra por no haber cumplido la parte que le cabía en el contrato.

Ya se deja ver cuál sería la decepción de Almagro, cuando supo que Pizarro se había colmado de honores y para él sólo traía el título de gobernador de las fortalezas de Túmbez. Conoció, aunque tarde, cuán justos eran los recelos de Luque, y se irritó tanto que rompió las relaciones, y proyectó organizar por separado otra expedición al Perú. Mas, la prudencia de Luque reconcilió á los dos amigos, concediendo Pizarro el título de adelantado á Almagro. Sólo se pensó ya en apresurar los preparativos, y después de muchos esfuerzos se juntaron menos de doscientos hombres, unos cuantos caballos y tres buques. Aunque no se habían cumplido por parte de Pizarro las obligaciones contraídas con la Corte, se embarcó para Túmbez (1531), quedando Almagro en Panamá para conducir nuevos

auxilios.

No fué posible desembarcar en la bella ciudad, sino que, arrastrados por las corrientes del mar, echaron anclas en el puerto de San Mateo, y continuaron por tierra su marcha. Aunque no hubo hostilidad notable de parte de los indios, el clima v el terreno hicieron sufrir mucho á los expedicionarios. A pesar del rico botín recogido en alguno de los pueblos que sorprendían en su marcha, hubo disgustos y murmullos entre los soldados, que Pizarro logró prudentemente acallar. El primer combate serio que dieron los españoles fué contra los indios de Puná: la victoria no se hizo esperar, según era el espanto que entre los indios causaban los caballos y las armas de fuego. Sin embargo, se vieron defraudados los invasores de las esperanzas de apropiarse las riquezas de Túmbez, pues encontraron quemada la ciudad y sin los tesoros que ostentara en la otra expedición. Conoció Pizarro la necesidad de asegurar sus espaldas, caso de derrota en el interior, y fundó una colonia que llamó San Miguel de Piura (1532) á la desembocadura de un río de este nombre.

Poco antes había recibido entre los suyos á dos célebres capitanes: Sebastián Benalcázar y Hernando de Soto con un refuerzo de 130 hombres. Así es que pudo Pizarro dejar en la villa una regular guarnición y ponerse en marcha con 170 soldados inclusos 60 jinetes: despreciable ejército sin duda para internarse en el corazón de un imperio de muchos millones de hombres que obedecían ciegamente á la más pequeña insinuación del Inca, que tal era el título

del soberano.

Atahualpa y Huáscar.-Felizmente las críticas circunstancias por que acababa de pasar el imperio y las consecuencias consiguientes á una desastrosa guerra civil, suplieron al número de los invasores. Á la muerte de Huaina Capac, uno de los más célebres Incas del Perú, se dividió el imperio entre sus dos hijos predilectos, Huáscar y Atahualpa. Al primero tocó el Perú propiamente dicho y la opulenta ciudad del Cuzco, su capital; al segundo el reino de Quito, conquistado por Huaina Capac, que habiéndose casado con una hija de su rey tuvo á Atahualpa y le asignó por herencia el reino de su madre. Esta división fué muy fatal para los destinos del imperio. Atahualpa, ambicioso y cruel por carácter, procuró muy pronto apoderarse de las provincias que gobernaba Huascar, cuyo natural era bondadoso y pacífico. Después de cinco años de tranquilidad, comenzó una sangrienta guerra entre los dos hermanos, cuyo último resultado fué funesto para Huáscar, siendo derrotadas sus tropas en la batalla de Cañaris, cerca del Cuzco, y el príncipe hecho prisionero. Con ocasión de esta guerra había salido de Quito Atahualpa y asentado sus reales á corto trecho de Cajamarca en un lugar famoso por sus baños calientes. Se ocupaba en pacificar el imperio y decidir de la suerte de Huáscar cuando supo la llegada de los extranjeros. Su número no le alarmó y, siguiendo en todo una política contraria á la de Motezuma, les dejó expedito el camino para llegar á su presencia, pues tenía curiosidad de verlos y aprovecharse de sus armas y caballos, y dejando algunos para su servicio, matar á los demás.

Captura de Atahualpa.—No ofreció cosa notable la marcha de los españoles desde San Miguel de Piura hasta Cajamarca; en todas partes los recibían hospitalariamente, y á pesar de que atravesaron altas montañas en cuyos desfiladeros podrían haber sido fácilmente destrozados, encontraron expedito el camino. Envióles el Inca varias em bajadas invitándolos á Cajamarca y algunos regalos de poco valor. Las intenciones de Atahualpa eran un misterio para los españoles.

Llegaron, después de larga marcha, á la susodicha ciudad y ocuparon una gran plaza triangular, en cuyos costados había vastos edificios en los que se alojó cómodamente el ejército. Fortificóse Pizarro y se preparó como si el enemigo lo hubiera de sorprender de un momento á otro.

Para sondear las intenciones del Inca y calcular su poder, mandó una embajada compuesta de buena parte de la caballería á cargo de Hernando de Soto y Hernando Pizarro, con pretexto de anunciar al Inca su llegada, el objeto de su venida, é invitarle que pasara á Cajamarca para entenderse personalmente con él. Como á una legua de la ciudad estaban los reales del Inca, resguardados por numeroso ejército, que miraba admirado á los extranjeros. En una casa lujosamente aderezada hallaron al Inca los embajadores, sentado en medio de su corte y con grande aparato y tanta compostura, que ni siquiera levantó los ojos para ver á los jinetes. Dirigióle la palabra Hernando de Soto en el sentido ya dicho; pero un profundo silencio fué la única respuesta de Atahualpa. Uno de sus nobles contestó por él: "Bien está". Desorientados quedaron los españoles ante aquella frialdad: mas Hernando Pizarro suplicó al Inca se dignase hablar personalmente, pues sin ello el capitán de los españoles no quedaría satisfecho. Sonrióse Atahualpay, mirando desdenosamente, dijo: "Que por estar guardando un rigoroso avuno no hablaba; que al día siguiente pasaría á visitar al embajador á Cajamarca, y que ocupasen los edificios de la

plaza, guardándose de entrar en los demás." Este diálogo se entabló sin apearse de sus caballos los españoles, sin duda por temor de alguna sorpresa. Sirvióseles en copas de oro chicha de maiz y se les invitó á comer, lo que ellos agradecieron. Como observase Soto que llamaba la atención del Inca su brioso corcel, lo hizo evolucionar con tanta destreza, que algunos indios huyeron despavoridos. Pero el Inca y la mayor parte de los suyos no manifestaron la mayor extrañeza, y los cobardes pagaron, según se dice, con la vida aquella imprudente manifestación de temor.

Muy desconsolados partieron los españoles de la presencia del Inca: todo manifestaba su inmenso poder, y ellos eran muy pocos para resistirlo y ya no era posible volver atrás. Estos temores cundieron luego por todo el ejército; todos creían grande imprudencia haberse entregado en cierto modo á tan poderoso enemigo. Calmábalos Pizarro, haciéndolos confiar en Dios y animándolos para vender caras

sus vidas.

En un consejo militar se resolvió salir del aprieto armando al Inca una celada, por la cual quedase prisionero de los españoles y dado un gran paso en la conquista del

imperio.

Al día siguiente, sábado 16 de Noviembre de 1532, los españoles muy de mañana se preparaban para ejecutar una acción de la que pendía su ruina ó su triunfo, pero que al mismo tiempo los infamaría para siempre. Overon la santa misa é invocaron á Dios con el fervor que es de suponer en tanto peligro. Esforzábalos Pizarro á confiar en el auxilio del cielo, pues la propagación de la fe era, según él, el principal fin de la empresa. ¡Como si una religión de paz y de amor pudiese cohonestar la más sangrienta perfidial En el ángulo de la plaza que daba á los reales del Inca había un fortín donde colocaron dos cañones dirigidos al camino real y un atalaya que observase los movimientos del enemigo. El ejército, listo para la carnicería, se ocultó en los vastos edificios de los costados. Pizarro se reservó veinte soldados para acudir á donde creyese conveniente. A la descarga de un arcabuz, todo el ejército debía lanzarse contra el enemigo.

Aunque las mejores tropas del Inca estaban entonces á las órdenes de sus generales acabando de pacificar el Cuzco, no bajarían de treinta á cincuenta mil guerreros los que le acompañaban. Formaron calle á Atahualpa y á su numerosa comitiva, y el Inca, conducido en una riquísima litera y adornado con todo el lujo de las más solemnes ceremonias, se acercaba en hombros de sus nobles vasallos

al campo español. Venía pecedido por numerosa turba de servidores que limpiaban el camino y tendían alfombras, acompañado de su corte vestida de brillante gala, y seguido de dos literas en que con menos lujo venían dos de sus nobles. Mas con tanta ceremonia se movía el principe. que, á pesar de haber salido poco después de mediodía, estaba el sol en su ocaso y aún distaba largo trecho de la plaza. No faltó quien le dijese que los extranjeros parecían hacer sospechosos preparativos, é intentó alojarse y visitarlos en la mañana siguiente. Mandóle Pizarro un embajador rogándole que no hiciera tal cosa, que pernoctara en Cajamarca, que lo esperaba á cenar y que no lo haría sino á su lado. Mudó Atahualpa de resolución y prosiguió su marcha, haciendo saber á Pizarro que iría de paz y su gente sin armas, lo que no afligiría por cierto á los espanoles. Los últimos rayos del sol doraban los edificios de la ciudad, cuando entró cantando himnos en honor del Inca la vanguardia de su comitiva; luego le siguió la corte, hasta quedar la litera del Inca en el centro de la plaza. Entretanto, nadie aparecía á recibir al soberano; alzóse éste y preguntó en alta voz: "¿Dónde están los extranjeros?"-"Se ocultan de miedo", fué la contestación que de los suyos recibió Atahualpa. En estas circunstancias, salió el capellán de la expedición, fray Vicente Valverde, y acercándose al Inca, le dirigió un discurso cuyo tenor no era, sin duda, el que por el momento aconsejaba la prudencia. Hacer comprender á un principe ignorante los más altos misterios del cristianismo, la autoridad del Papa, el poder y derecho de conquista de don Carlos de Austria, y que debia el Inca renunciar su absoluta soberanía en manos de un monarca extranjero, eran cosas incomprensibles δ insultantes para el orgulloso Atahualpa. Agréguese á esto que el indio Filipillo las interpretaba muy en otro sentido del que les daba Valverde, y se comprenderá la impresión que hicieron en el Inca. Irritado Atahualpa, respondió que no comprendía la religión de los españoles, y si se quería hacerle cambiar de creencias sería inútil empeño; que bien podría ser muy grande el poder del monarca oriental; pero que él no obedecería á ningún hombre sobre la tierra, pues era el más poderoso de los reyes. Como preguntara al dominicano de dónde habia sacado esas doctrinas, le pasó Valverde su breviario; cogiólo el Inca, y como nada le hablase ni se pudiera dar cuenta de su contenido, lo arrojó con desprecio. Recogiólo Valverde y, según unos, gritó: "¿Qué esperais, cristianos? Salid que yo os absuelvo."
Otros historiadores niegan que haya incitado á la matanza: y si lo hizo, obedeció á un falso celo, haciéndose cómplice

de tan negra perfidia.

Agitó Pizarro una bandera blanca, sonó el arcabuz, y saliendo de su escondrijo los españoles cargaron impetuosamente contra los indefensos peruanos, que, al ruido de las trompetas, de las balas, al estrépito de la caballería y del canón, envueltos en una nube de humo, atropellados de todas partes, viendo correr ríos de sangre, no tuvieron ánimos sino para huir por donde pudieron. En su horrible desesperación botaron una muralla para abrirse trecho y huír, perseguidos por la caballería y por las balas de cañón que hacían entre ellos sangrientos destrozos. Los nobles formaban en vano con sus cuerpos un escudo que defendiera al Inca, porque Pizarro se dirigió para asegurar al príncipe sin lo cual sería inútil la matanza. El Inca vió morir á su lado á sus nobles más queridos y él mismo cayó prisionero de Pizarro: no hubo resistencia por parte de los indios, y sólo Pizarro salió herido por barajar con su brazo un golpe dirigido contra el Inca.

Apenas duró media hora la odiosa carnicería que mató más de dos mil indios, aunque no están acordes los historiadores. Atahualpa cenó con Pizarro aquella noche fatal que puso término al gobierno de los Incas. "Son usos de la guerra vencer y ser vencido" dijo el infeliz Atahualpa al capitán español, cuando éste le explicaba la causa de la matanza: que no fué otra, según él decía, que el orgullo y

amenaza del Inca al presentarse en Cajamarca.

EL RESCATE DEL INCA.— Asignóse al prisionero un departamento bien seguro y vigilado siempre por numerosa guardia, y la noche se pasó con más tranquilidad que la anterior.

Pizarro procuró sacar el mayor partido de tan importante prisionero: rodeóle del aparato de la corte, le permitió seguir gobernando á sus vasallos y se trasladó al cuartel español la magnífica vajilla de oro de que se servía el Inca

en sus reales.

Mas no tardó Atahualpa en conocer la pasión dominante de los extranjeros, la sed de oro que los devoraba. Creyó ver en el precioso metal la llave de su libertad. Ofreció, pues, un día á Pizarro cubrir de oro el pavimento de la pieza en donde estaban, si le devolvía su libertad. Como dudase el español, se acercó el Inca á la muralla y empinándose alzó cuanto pudo su mano y hasta el punto que tocó prometió hacer llegar el oro de su rescate; convino en llenar igualmente de plata las dos piezas contiguas. Trazóse una línea á la altura señalada por él (de 9 pies) y con las formalidades de

estilo se aceptó la oferta. Era el salón de 22 piés de largo y 17 de ancho. Atahualpa dió ordenes para que á la mayor brevedad se trajese á Cajamarca el metal convenido con los

extranjeros.

Mas, un nuevo motivo de temor aquejaba al desgraciado príncipe. Su hermano Huáscar, sabedor de cuanto sucedía, se dió maña para entablar relaciones con Pizarro, prometiéndole, si lo libertaba, duplicar la oferta de Atahualpa, pues él como Inca lejítimo conocía las riquezas del imperio y el lugar donde se ocultaban. Llegaron á oídos de Atahualpa estas noticias, y que Pizarro quería sacar de la prisión á Huáscar. No se ocultaron á Atahualpa las consecuencias de tal medida, y así mandó matar á su hermano; lo que se hizo ahogándolo, según se cree, en un río: "Los blancos vengarán mi muerte" fueron las últimas palabras que á Huáscar atribuyó la tradición de los peruanos.

Ya para acelerar el cumplimiento del rescate, y para adquirir noticias acerca de las riquezas y estado del imperio, mandó Pizarro á algunos españoles al Cuzco y á Parchacamac, donde había un templo famoso por sus oráculos. En todas partes fueron recibidos casi como divinidades, y se condujeron, sobre todo los enviados al Cuzco, con tanta imprudencia, que sólo por el respeto de los indios y el

amor al Inca no fueron despedazados.

Mientras el oro y la plata llegaban á Cajamarca, había arribado también Almagro con 150 hombres. Esto hizo que cuanto antes se dividiese el inmenso tesoro ya acumulado, sin esperar, que tanta era la codicia de los españoles, el exacto cumplimiento de la palabra del Inca. Dispensóse á éste lo que aún faltaba y se procedió á la repartición. La pretensión de los soldados de Almagro para que se les diese igual parte que á los demás, puso en peligro las relaciones amistosas de ambos socios; pero la disputa terminó contentándose los de Almagro con una pequeña cantidad., La suma del rescate ascendió á muchos millones de pesos, según el valor actual de la moneda. Algunos objetos curiosos se agregaron al quinto de la corona y excitaron en España la admiración de los europeos. Hernando Pizarro fué encargado de llevar á España el tesoro y dar cuenta de la conquista, honroso pretexto para alejarlo del Perú, pues fomentaba la discordia entre los jefes.

MUERTE DE ATAHUALPA.—El Inca había cumplido por su parte la condición aceptada para ponerlo en libertad; mas, Pizarro con la perfidia que lo caracterizaba estuvo muy lejos de pensar siquiera en cumplir su palabra. Y no se limitó á sólo esto, sino que trató de deshacerse de un prisionero

que si lograba escaparse le arrebataría su conquista.

Surgieron rumores entre los indios de que, por intrigas de Atahualpa, se preparaba una inmensa conspiración contra los españoles, y que ya los ejércitos peruanos se acercaban á Cajamarca. Los soldados pidieron la muerte del Inca, y muy especialmente Almagro y los suyos, que esperaban, desembarazándose de él, emprender nuevas expediciones que les resarcieran de lo poco que les había cabido en el rescate. Previó el infeliz monarca su muerte y cayó en una profunda melancolía, creyendo ver su triste destino en los fenómenos naturales. Sólo dos españoles se interesaban por él: Hernando de Soto y Hernando Pizarro, y no habrían consentido jamás en que se manchase su nombre con la muerte del Inca. El segundo se había dirigido á España, y el primero no tardó en ser enviado con una expedición á reconocer lo que había de cierto en los rumores que acerca de los ejércitos peruanos alarmaban á los españoles .\_

Francisco Pizarro se resistió al principio á formar causa al Inca, mas cedió después á las instancias de los suyos. Dudoso es si fué sincera su repugnancia y el dolor que por el crimen manifestó más tarde. Ello es que se formó un misterioso tribunal, y el Inca fué acusado, entre otras cosas, de estar casado con muchas mujeres, de haber asesinado á Huáscar, de ser usurpador del trono y de querer sublevar á los peruanos contra los españoles. Sólo la última acusación podía considerarse sériamente, porque las otras no podían achacarse á un príncipe semi-bárbaro, ó no incumbía á los españoles pedirle cuenta de ellas. El tal crimen era invención de los indios del partido de Huáscar y fomentado por Filipillo, que deseaba casarse con una de

las mujeres de Atahualpa.

La sentencia de muerte que el tribunal dió contra el Inca se encargó Pizarro de notificarla. ¡Terrible momento para un alma que no fuera la de Pizarro, aquel en que un aventurero, enriquecido por un príncipe desgraciado, le corresponde sentenciándolo á muerte! Atahualpa se llenó de profundo dolor: de rodillas á los piés de Pizarro y llorando le dijo: "i qué he hecho yo; qué han hecho mis hijos para merecer tal suerte? Y sobre todo, qué hemos hecho para merecerla de tus manos, cuando tú no has encontrado más que amistad y afecto en mi pueblo, cuando de mí no has recibido sino beneficios?" Rogóle después con las más tiernas súplicas que no le quitase la vida, ofreciéndole doble rescate. Pizarro no pudo ocultar sus lágrimas y, se dice,

que sintió mucho no encontrar medio de salvar al Inca. No faltaron tampoco algunos españoles de nobles sentimientos que reprobaran la sentencia  $\acute{e}$  hicieran algo por que se suavizase.

La sentencia condenaba al Inca á ser quemado vivo en la plaza en que poco antes se había presentado con tanto aparato. Cuando ya estaba cerca de la hoguera, el padre Valverde le instó para que mirase por la salvación de su alma y le ofreció suavizar la pena, si consentía en ser bautizado. Aceptó el Inca la oferta y recibió el bautismo con el nombre de Juan, siendo condenado á la pena del garrote. Ejecutóse ésta en medio de los sollozos de los indios, que veían morir con tanta infamia al último de sus reyes.

Al siguiente día se hizo el entierro según el rito católico en la iglesia de Cajamarca (1533). Fué interrumpida la ceremonia con los desesperados gemidos de las mujeres y servidores de Atahualpa, que entraron en tropel lamentando el modo de honrar la memoria de su señor. Querían suicidarse sobre su cuerpo y, á pesar de las protestas de los españoles, más de una mujer se quitó miserablemente la vida. Pizarro asistió de luto á la ceremonia y así se mantuvo por algunos días, dando públicas muestras de sentimiento por la muerte de Atahualpa. No sería esa la última vez que

con semejante farsa procuraría ocultar su perfidia.

Hernando de Soto volvió muy tarde para impedir la injusta muerte del Inca: cuando lo supo el noble caballero se ilenó de dolor é indignado altamente reprendió á Pizarro por su ligereza en creer las calumnias contra Atahualpa, pues en todas partes reinaba completa paz y él y los suyos habían sido recibidos hospitalariamente. Disculpóse Pizarro con Almagro y éste con Valverde y unos y otros se inculpaban el bárbaro crimen. La Providencia se encargó de castigar á los culpados, pues todos los que tomaron parte en la muerte de Atahualpa murieron también violentamente. Sea dicho en honor de Valverde que su conducta posterior con los indios fué digna de todo elogio.

### CAPITULO XIV

Marcha de los españoles al Cuzco.—El Inca Manco.—Benalcázar en Quito.—Don Pedro de Alvarado y Diego de Almagro.—Fundación de Lima.—La Nueva Toledo y la Nueva Castilla.

MARCHA DE LOS ESPAÑOLES AL CUZCO.—Con la muerte de Atahualpa se desorganizó todo el imperio; el respeto al Inca había tenido hasta entonces sumisos á los peruanos; pero ya muerto, se sublevaron contra los extranjeros, y los partidarios de Huáscar y Atahualpa alzaron bandera en Quito y en el Cuzco. Los unos proclamaron por Inca a Manco, legítimo hermano de Huúscar, y los otros intentaron segregarse del poder de los Incas. Pizarro, por su parte, hizo coronar á Tupac, hermano de Atahualpa; pero no fué reconocido como Inca por los peruanos y él mismo murió muy pronto sin alcanzar á ser un instrumento en mano de los invasores. Apresuróse Pizarro á apoderarse del Cuzco donde creía hallar inmensos tesoros, y partió de Cajamarca con todo el ejército y las precauciones que requerían las críticas circunstancias que él mismo había creado. No era fácil la marcha al Cuzco, pues había que atravesar la cordillera de los Andes. En la ciudad de Jauja, una de las más importantes del imperio, fundó Pizarro otra colonia española. Como se notaban señales hostiles en los puentes destruídos y grupos de guerreros que amenazaban, auque siempre á lo lejos, adelantóse Soto con 60 jinetes para dejar expedito el camino al ejército. Apenas se internó en las sierras lo atacaron innumerables peruanos con tanto valor que la noche separó á los combatientes, durmiendo los unos á la vista de los otros. El destacamento español habría sido destrozado si el prudente Soto no hubiese hecho saber oportunamente al general los peligros que le amenazaban. Temió Pizarro y mandó á Almagro con el resto de la caballería para que á marchas forzadas socorriese á Soto. Muy á tiempo llegó el refuerzo á los desalentados jinetes de aquél y lo recibieron con indecible gozo. Estupefactos quedaron los indios cuando, al rayar el alba, vieron duplicados á los españoles; y prefirieron huír á pelear contra hombres que se multiplicaban misteriosamente.

Pizarro apresuró su marcha no sin zozobra por la suerte de la vanguardia. Culpó de la sublevación al general peruano Chalcuchima que llevaba consigo, y aunque amenazó quemarlo, no logró sacar nada. En estas circunstancias murió súbltamente el joven Inca, de cuya muerte fué también acusado el infeliz general. Atravesó Pizarro las cuestas del combate y sin resistencia se juntó á sus compañeros; allí se formó causa á Chalcuchima, y fué quemado vivo, sin saberse si era culpable ó nó.

El Inca Manco.—Aunque Pizarro sintió la muerte de Tupac, conoció luego que había acaecido muy á tiempo para sus planes ulteriores. La sublevacióu de los peruanos era en buena parte porque con esa elección se atropellaban los derechos de Manco, hermano de Huáscar y legítimo sucesor en el trono. No tardó el mismo príncipe en presentarse á Pizarro con todo el brillo y aparato de los Incas, para hacerle saber sus derechos y exigirle que los reconociese. El general español lo recibió como se merecía, y holgóse de hallar ocasión tan favorable para salir del aprieto en que con la muerte de Tupac se encontraba. No sólo reconoció á Manco sus derechos al trono, sino que le dijo que venía expresamente á hacerlos respetar y sostenerlos. Aunque hubo después algunas escaramuzas entre los españoles y peruanos, aquéllos entraron solemne y pacíficamente en la capital (Septiembre de 1533).

Magnífica pareció á los ojos de los españoles la metrópoli peruana, si bien los indios habían ocultado lo más rico de sus tesoros. Era una ciudad como de 200 mil habitantes, incluyendo los arrabales; los edificios, aunque bajos, eran de piedra y adornados en su interior con magnificencia oriental. Dirigióse Pizarro á la plaza mayor y ocupó el vasto palacio de Huaina Capac. Entre los edificios llamaban principalmente la atención el templo del sol por sus muchos adornos de oro y la fortaleza del Cuzco, que al decir de los cronistas, igualaba á las mejores de España.

La coronación del nuevo Inca se hizo solemnemente y con las ceremonias de costumbre. Pero los indios no tardaron en conocer que todo aquello era vano aparato y que el Inca coronado por un extranjero, carecía de la autoridad suficiente para impedir los desmanes de los españoles. Cierto es que en general Manco desmintió tan justos temores, como ya se verá; mas no lo es menos que los excesos á que se entregaron aquéllos, y el convertir inmediatamente el gran templo del sol en iglesia cristiana, ocupar los palacios reales y de los grandes, hicieron conocer á los cuzqueños que estaban ya bajo la espada del conquistador.

Benalcázar en Quito.—La autoridad de Manco no fué reconocida en el norte del imperio, pues el reino de Quito, recién incorporado, simpatizó con el partido de Atahualpa. Un general llamado Rumiñahui, ambicioso de recoger el cetro de los Incas, mató á todos los príncipes de la familia real que hubo á las manos y se proclamó en Quito sucesor del desgraciado Atahualpa. No pudo hacerlo sin grandes trastornos i persecuciones, lo que causó una embajada de los indios á Benalcázar, gobernador de San Miguel de Piura, para pedirle su protección contra el usurpador. El español, que estaba violento por conquistar aquella muy principal parte del vasto imperio, accedió gustoso á la demanda, aunque sin autorización para semejante empresa.

Con doscientos infantes y ochenta jinetes marchó, camino de Quito, esperanzado de encontrar allí un nuevo Cuzco. Pero el general indio no se dejó arrebatar fácilmente su presa. Tendió diversos lazos á los españoles y se llegó á dar una gran batalla donde la victoria quedó indecisa. Mas un auxilio inesperado vino á favorecer á Benalcázar: el volcán Cotopaxi hizo por entonces una espantosa erupción, que los supersticiosos indios tomaron como un signo funesto y emblema de la ruina de Quito: se desanimaron y dejaron á los españoles dueños del campo. Esto no impidió, sin embargo, que en su despecho hiciese Rumiñahui abrasar la ciudad. Benalcázar no halló más que ruinas y muy pocos tesoros para saciar la codicia de los suyos. Dióle á la ciudad, que procuró reconstruir, el nombre de San Francisco de Quito, y se estableció en ella.

Don Pedro de Alvarado y Diego de Almagro.—Se recordará que en este tiempo gobernaba en Guatemala don Pedro de Alvarado. Como llegasen á sus oídos las noticias de las fabulosas riquezas del Perú, organizó una expedición relativamente numerosa para tentar suerte en aquel nuevo imperio. Desembarcó en las costas de Quito y, aunque al principio recogió algunos tesoros, tuvo después que soportar espantosas calamidades á causa del clima y de las epidemias. Pizarro al saber tan peligrosa novedad, mandó á Almagro para que, uniéndose á Benalcázar, alejase al ambicioso Alvarado. No llegó felizmente el caso de un rompimiento, porque desanimado don Pedro y temeroso de que lo traicionase buena parte de los suyos, convino en dejar lo que aún quedaba de su ejército por 100,000 pesos oro.

Fundación de Lima.—Casi por ese mismo tiempo Francisco Pizarro echó los simientos de una nueva ciudad, que destinaba á ser la capital del imperio. El Cuzco por su situación no era á propósito para la residencia del gobierno, y en un valle del río Rimac creyó Pizarro que convendría fundar la futura metrópoli. El 6 de Enero de 1535, día de la fiesta de los Reyes, abrió los cimientos de la opulenta Lima (corrupción de Rimac), nombre que sobrevivió al de

la ciudad de los Reyes que le dió el gobernador.

LA NUEVA TOLEDO Y LA NUEVA CASTILLA.—Un nuevo peligro de guerra se presentó muy pronto con ocasión de las noticias traídas por Hernando Pizarro, recién venido de España, á donde, se recordará, había sido enviado por Francisco. El emperador dividió en dos grandes porciones el imperio de los Incas: la del norte, que llamó Nueva Castilla, fué asignada á Pizarro con el titulo de marqués, y la del sur, Nueva Toledo, á Almagro. Uno y otro gober-

narían independientemente sus respectivas provincias. La distribución imperial no designó, por desgracia, á cuál de los socios pertenecería el Cuzco, y esto fué la manzana de la discordia entre ellos y ocasión de guerras saugrientas y aun de la muerte de Almagro y Pizarro. Aquél creyó por de pronto, que el Cuzco caía en la región de su gobierno y se apresuró á tomar posesión de la codiciada ciudad. Pero Juan y Gonzalo Pizarro que la gobernaban, sostuviero los derechos de su hermano, y el asunto se habría resuelto con las armas, si la llegada del marqués no lo hubiese impedido. Reconciliáronse los viejos amigos, dejóse para después la resolución del asunto y por de pronto se convino en que Almagro se dirigiese á Chile, cuyas riquezas ponderaban mañosamente los indios con los fines que ya se verán.

### CAPITULO XV

Viaje de Almagro.—Guerra civil entre los éspañoles del Perú.—Muerte de Almagro.—Gonzalo Pizarro y Pedro Valdivia.—Gobierno y muerte de Francisco Pizarro.

VIAJE DE ALMAGRO Á CHILE.—Aunque Diego de Almagro estaba ya anciano y achacoso, era tal su sed de aventuras, que no trepidó en emprender una lejana y dudosa expedición, derramando el oro á manos llenas para atraerse soldados y equiparlos convenientemente. Y á fe que eran necesarios toda su generosidad y prestigio para arrancar á los españoles de aquel país, en donde con tanta facilidad se hacían de grandes riquezas, y exponerse á los azares de una expedición tan aventurada. Sin embargo, logró reunir más de quinientos hombres. Los peruanos, que meditaban deshacerse de los odiosos extranjeros, ponderaban las riquezas de Chile; y para aumentar el entusiasmo de los españoles, los acompañó un ejército de 15,000 indios mandados por Paulo-Topa y el Villac-humu (sumo sacerdote) de la familia de los Incas. Proponíanse los peruanos dividir las fuerzas españolas para destruirlas separadamente.

Partió Almagro para Chile á mediados de 1535, marchando con toda comodidad, pues él y sus soldados se hacían conducir en hombros de los indios. Así atravesaron las regiones de la actual república de Bolivia. De los dos caminos que había para llegar á Chile, la cordillera y el desierto, prefirió el general el primero, sea por inexperiencia ó insinuación de los peruanos ó por llegar más pronto. Las

consecuencias manifestaron muy presto que la elección había sido funesta. En efecto, los padecimientos del ejército de Almagro en el tránsito de la cordillera de los Andes fueron sobre toda ponderación, y prueban elocuentemente el temple de alma de aquellos conquistadores. El frío y el hambre, la falta de caminos, que ocasionaba caídas de muerte, diezmaron al ejército; sobre todo los infelices indios, no acostumbrados á un clima tan rígido y medio desnudos, murieron á millares. Resistieron más los españoles, pero unos perdían las yemas de los dedos, otros los ojos y todos sufieron las enfermedades y el hambre que los hacía comerse los caballos. A no ser por las prudentes precauciones del general, todo el ejército habría quedado sepultado en las nieves de los Andes.

Bajaron, al fin, á los pintorescos valles de Chile y, aunque la fertilidad del suelo y belleza de la estación los hizo luego olvidar sus padecimientos, no tardaron en desengañarse de que Chile no encerraba, con mucho, el oro y plata del Perú. Habían sido, pues, cruelmente engañados. Mandó Almagro explorar el territorio; pero recibió noticias desconsoladoras, al mismo tiempo que le llegaban refuerzos á las ordenes de Rodrigo de Orgóñez y Juan de Rada que le traían también los despachos del emperador, en los que creyó ver, fuera de duda, que el Cuzco caía dentro de su jurisdicción. Alzóse, pues, en el ejército el deseo de tornar al Perú á gozar de las comodidades y riquezas del Cuzco. Almagro ordenó la retirada, camino del desierto de Atacama, que no podía ser tan fatal como el de la cordillera.

Sublevación general de los peruanos.—Como ya lo hemos indicado, los peruanos pusieron por obra su plan de insurrección, apenas Almagro se hubo dirigido á Chile. El Inca, después de algunos esfuerzos infructuosos para escaparse de su prisión del Cuzco, consigió engañar al nuevo gobernador Hernando Pizarro, con promesas de traerle un magnifico tesoro oculto fuera de la ciudad. Innumerables guerreros se apresuraron á ponerse bajo las ordenes del Inca Manco. Los españoles dispersos fueron en buena parte asesinados y las ciudades fundadas por los invasores puestas en estrecho cerco y destruídas las que no contaban con guarnición respetable. Como á 200,000 hacen subir el número de indios que sitiaron el Cuzco, defendido por Hernando, Juan y Gonzalo Pizarro con doscientos españoles y algunos auxiliares. Lima también fué cercada, si bien á lo lejos, lo bastante para que no pudiese Francisco Pizarro recibir noticias de sus compañeros ni enviarles socorros. Los indios, uniendo la astucia á las armas, hacían creer á los defensores del Cuzco que sólo ellos subsistían, muertos ya todos los demás españoles, y otro tanto hacían con los de Lima y aún con el mismo Almagro, cuando regresó de Chile. Esperaban que el desaliento rindiese á los que no podían vencer.

Fué sobre todo en el Cuzco donde por uno y otro bando se hicieron prodigios de valor. El Inca, montado á caballo y armado á la española dirigía el sitio con mucha audacia é inteligencia. Logró estrechar de tal manera á los españoles que los encerró en la plaza principal, se apoderó de la gran fortaleza, desde donde hacían los peruanos gran daño á sus enemigos. Pero la constancia, disciplina v valor de los españoles resistieron á todo. Muchas veces rechazados, cuando intentaban romper el cerco ó apoderarse de la fortaleza, no se desalentaban y los combates se sucedían á los asaltos. Al fin lograron apoderarse de ella, aunque les costó la vida de Juan Pizarro, uno de sus más valientes capitanes, y la defensa de los indios fué heroica. Tomada la fortaleza, ya respiraron los españoles, y los peruanos tuvieron que retirarse á los contornos de la ciudad arruinada por el incendio y las batallas. Mas, una circunstancia especialísima vino á libertar á los españoles de una muerte cierta. Como los indios capaces de llevar armas entraban todos en campaña, temió el Incaque, si no se aprovechaba el tiempo de las siembras, viniera sobre sus súbditos el hambre, y licenció la mayor parte de su ejército, lo que extinguió el entusiasmo, y los españoles se hicieron muy pronto invencibles.

Vuelta de Almagro.—En estas circunstancias volvió de Chile Diego de Almagro. Las primeras noticias del alzamiento general llegaron á sus oídos acompañadas de circunstancias muy alarmantes: Francisco Pizarro y los demás españoles habían sido muertos en los combates, y sólo unos cuantos se defendían apenas en el Cuzco. Estas falsedades propagadas por los indios tenían por objeto impedir que se uniese á sus demás compañeros y admitiera condiciones de paz ventajosas para el Inca. Este procuró atraérselo, y como no lo consiguiera lo atacó repentinamente; pero fué

rechazado por aquel ejército de veteranos.

Almagro se dirigió sin perder tiempo á tomar posesión del Cuzco. Con gran sorpresa suya, pues creía fuera de duda que estaba comprendido en el territorio de su gobierno, Hernando Pizarro se negó redondamente á entregar la ciudad sin orden expresa de su hermano el marqués. El prudente Almagro, que con una palabra habría podido humillar la arrogancia de su enemigo, consintió en que

resolviesen el asunto algunos peritos, con la condición de que por una y otra parte cesasen los aprestos bélicos. Así se lo prometió Hernando, pero faltó á su palabra, atrincherándose más y más y preparando la resistencia. Indignados los almagristas, aconsejaron á su jefe que se apoderase inmediatamente de la ciudad, lo que se hizo, y Hernando Pizarro y Gonzalo fueron hechos prisioneros y sometidos

á juicio (1537). GUERRA CIVIL ENTRE LOS ESPAÑOLES.—Francisco Pizarro nada sabía de lo sucedido, ni aun sospechaba que ya hubiese regresado Almagro de Chile; en tan estricta incomunicación aún mantenían los indios á los españoles. Temeroso de la suerte de los suyos en el Cuzco, organizó una expedición respetable y la puso á las órdenes de Alonso de Alvarado, para que fuese en socorro de los tres hermanos, que suponía muy estrechados por los indios en la antigua capital del imperio. Almagro mandó decir á Alvarado que no pretendiera avanzar hasta el Cuzco, porque él estaba allí establecido por tocarle la ciudad. Ni se durmieron los almagristas, pues fueron á encontrarle á las márjenes del río Abancay. Allí esperaba á Alvarado una completa derrota en que él y algunos de sus oficiales fueron hechos prisioneros. El resto de las tropas huyó en dirección á Lima (1537).

Sólo entonces y de boca de los fugitivos supo Francisco Pizarro la llegada de Almagro, la toma del Cuzco, la muerte de Juan y la prisión de sus dos hermanos, como también la de Alvarado y otros oficiales importantes. Se encontró de repente metido en espantosa guerra civil y en una de las más críticas circunstancias de su vida. Sin embargo, no se anonadó y, temiendo por la vida de Hernando, cuyo pésimo carácter lo hacía tan odioso á sus enemigos, procuró disimular hasta conseguir libertarlo, y esperar ocasión favorable para vengarse de Almagro. Pudo fácilmente disculparse de lo sucedido y entrar en proposiciones de paz con su anti-

guo camarada.

Los amigos de Almagro lo aconsejaban que condenase á muerte á los dos Pizarros y demás amigos del marqués, y luego marchase sobre Lima para no darle tiempo de preparar la resistencia; trataban de inspirar justa desconfianza en sus promesas y proposiciones, porque conocían la doblez de Francisco y la bondad y leal carácter de Almagro. Pero todo se estrelló contra su generosidad caballerosa, y esa conducta con sus irreconciliables enemigos honra más al desgraciado Almagro que todas sus hazañas. Aunque ella le fué funesta, sin embargo manifestó una alma grande y

muy superior á la de su adversario, que se deshonró para

siempre, puesto en iguales circumstancías.

Gonzalo Pizarro y Alvarado lograron escaparse. Hernando recibió de su generoso enemigo una libertad de que bien pronto abusó miserablemente. Hízole Almagro prometer que se embarcaría para España sin inmiscuirse en las disensiones que pudieran sobrevenir; prometióselo Hernando con juramento, juramento que olvidó apenas salió de la prisión. Francisco, una vez seguro de la libertad de su hermano, insistió en sus pretensiones al Cuzco, lo que fuécausa de hacer armas por una y otra parte.

Pizarro estaba ya apercibido para asegurar el buen éxito de sus pérfidas negociaciones: había aprestado 700 hombres, á cuya cabeza puso á su hermano Hernando. Almagro, por desgracia, se hallaba enfermo, lo que, junto á su edad avanzada, le impedía dirigir personalmente la guerra de que dependía su suerte y la de su hijo y partidarios. Encargó al valiente Rodrigo de Orgóñez que hiciera sus veces

en aquella ocasión.

Como á una legua del Cuzco se extiende una llanura llamada de las Salinas, célebre desde entonces por esta memorable jornada que decidió la suerte de Almagro. Allí fué el campo de batalla. Las tropas de Pizarro eran superiores en infantería, pero tenían menos caballería; en cambio estaban mejor equipadas: las de Almagro compuestas de veteranos avezados á duros trabajos y entusiasmados con las últimas victorias. Las colinas que rodean la llanura se coronaron de indios, deseosos de gozar de un espectáculo que sería la única venganza que podían tomar contra los invasores. También á una altura se había hecho conducir el anciano Almagro, para presenciar la batalla, en que tal vez

se jugaba su vida y la de su hijo.

Por una y otra parte se empeñó la pelea con arrojo y furor hasta entonces no vistos entre los españoles del Perú. Mas, después de dos horas de reñido combate, cedieron los almagristas á la superioridad numérica y á las armas de sus enemigos, y huyeron en dirección al Cuzco. Los vencedores los persiguieron con tal encarnizamiento que aquello parecía una guerra sin cuartel: acuchillaban á los rendidos, y el mismo Orgóñez fué bárbaramente asesinado después de entregarse al enemigo. Entre los soldados de Pizarro llamó la atención Pedro Valdivia, que tan importante papel hizo más tarde en la conquista de Chile. Almagro, como se deja presumir, cayó prisionero de sus enemigos que se apoderaron del Cuzco. Los peruanos entre tanto, favorecidos por las sombras de la noche, cayeron

como aves de rapiña para despojar á los doscientos muertos que quedaron en el campo de batalla (6 de Abril de

1538).

Muerte de Almagro.—Por una de esas disposiciones misteriosas de la Providencia, Almagro se vió pronto obligado á pedir la vida al mismo que poco antes él se la había perdonado. Porque Francisco Pizarro no tomó aparentemente cartas en asunto tan espinoso, y dejó al implacable Hernando la responsabilidad. Instruyóse contra Diego de Almagro un famoso proceso para ocultar la venganza con la apariencia de la ley. Sobraron los testigos contra el adelantado, pues en aquellos tiempos de odios y guerras intestinas el vencido contaba con enemigos innumerables.

Como Almagro estuviese casi moribundo por las enfermedades y las desgracias, Hernando Pizarro le hizo abrigar esperanzas no sólo de la vida sino de mandarlo al campamento de Francisco para que arreglasen amigablemente sus asuntos. Revivió con ello el crédulo anciano, y cuál sería su sorpresa cuando se le presentó Hernando á notificarle la sentencia de muerte y que se debía preparar sin perder tiempo? En vano suplicó, recordó su propia generosidad y apeló de la inicua sentencia; negósele la apelación y no le quedaron más consuelos que los de la fe. So pretexto de un complot de los de Chile (así llamaban á los almagristas) se aceleró la sentencia de muerte con la pena del garrote. Ejecutóse, en efecto, en la misma prisión, después que Almagro hubo recibido los últimos sacramentos y dispuesto de sus bienes. El cadáver fué sacado á la plaza pública para ser decapitado. Así terminó su vida el compañero de Pizarro, siendo su muerte una de las manchas que más deshonran á Francisco v á Hernando Piza-

Mas, no ha de olvidarse la influencia que ejerció Diego de Almagro en la muerte de Atahualpa. La Providencia, que suele castigar en la tierra los crímenes de los hombres, permitió que sufriese Almagro la misma pena, con el mismo pretexto, y se le negase también la apelación que había pedido el infeliz Inca.

Francisco Pizarro aparentó entonces como antes profundo dolor por la muerte de su colega, y aun quiso hacerse el que nada había sabido; pero la historia y los contempo-

ráneos lo culpan justamente.

Hernando partió luego para España á justificarse y defender la causa de Francisco en tan delicado asunto. Pero los enviados de Almagro se le anticiparon; la Corte les hizo justicia y sepultaron en una prisión al vengativo Hernando.

De eila salió veinte años más tarde y llegó á una extremada veiez, pues murió de cien años, cuando ya no quedaba

ninguno de sus antiguos compañeros.

GONZALO PIZARRO Y PEDRO VALDIVIA.—Después de estos tristes sucesos procuró Pizarro asegurar más y más su dominación en el Perú, para lo cual dió el gobierno de Quito á su hermano Gonzalo. Encargóle especialmente que explorase las regiones orientales de esta provincia, pues se decía que en sus bosques había árboles de maderas preciosas, entre ellos el de la canela, entonces tenido en grande estima por los españoles. El carácter aventurero de Gonzalo no tardó en emprender una de las más trabajosas expediciones que se hicieron en la conquista de América. Con un pequeño cuerpo de españoles y otro numeroso de indios auxiliares salió de Quito y se dirigió hacia el oriente (1540). No nos detendremos en describir los espantosos trabajos de todo género que soportaron los audaces aventureros. Después de mucho tiempo, y muertos de hambre y miseria llegaron á las márgenes de un gran río llamado Marañón. Allí esperaban hallar á Francisco de Orellana, que poco antes se había embarcado con los enfermos en uno de los afluentes, y comprometido á esperarlos; pero el deseo de inmortalizarse con algún gran descubrimiento hizo que Orellana siguiese la corriente del Marañón y abandonase á sus demás compañeros. Orellana llegó sin mayor novedad á la desembocadura del río, se dirigió después á España á ponderar su descubrimiento con fabulosas descripciones, unas de las cuales mereció al Marañón el nombre de Amazonas. Decía su descubridor que en las márgenes habitaban naciones belicosas de mujeres que en su modo de vivir y costumbres se asemejaban á las Amazonas de la fábula. Como en aquella época se vieron tantos extraños descubrimientos, Orellana fué creído y autorizado por el rey para colonizar las regiones descubiertas. Organizó al efecto una expedición cuyo fin no se supo, siendo seguro que Orellana y sus desgraciados compañeros perecieron desastrosamente.

Con la traición de Orellana no quedó á Gonzalo más recurso que volverse cuanto antes á Quito. Pero la vuelta, más fatal que la ida por lo trabajados que ya estaban los españoles é indios, costó la vida á su mayor parte, llegando unos cuantos á la ciudad tan inconocibles que parecian espectros. Más de dos años habían empleado en la funesta

expedición

Entre los militares que sobresalían bajo el mando de Francisco Pizarro al tiempo de su lucha con Almagro, hemos nombrado á Pedro Valdivia. Casi al mismo tiempo que Gonzalo organizaba la expedición susodicha, Valdivia era también autorizado para conquistar el reino de Chile. Mas, como esto será objeto de capítulos especiales, sólo lo indicamos para relacionar debidamente los hechos.

Gobierno y muerte de Francisco Pizarro.—Al partir para España, Hernando Pizarro había encargado á Francisco que se guardase muy mucho de los almagristas. Mas, el marqués despreciaba á la gente de Chile, y olvidando las prudentes precauciones que aquél le había aconsejado, sólo se ocupaba en hacer organizar las dos expediciones de que hemos hecho mención, y en fundar ciudades. Entonces se echaron los cimientos de Guamanga, Charcas y Arequipa. Al mismo tiempo hacía explotar las ricas minas del Perú, facilitaba el comercio y trataba de aquietar á los indios, que, encabezados por el Inca Manco, hacían aún esfuerzos impotentes para romper el yugo extranjero. Buena parte del ejército se ocupó en dar caza al fugitivo príncipe, aunque por entonces sin resultado.

Mientras tanto los almagristas, que se veían despreciados y sumidos en la mayor pobreza, se complotaban para vengar la muerte de su jefe y surgir, siquiera fuese por medio del crimen. Vivían en Lima los corifeos del partido y querían con la muerte de Pizarro elevar al gobierno al joven Diego, hijo de Almagro. Juan de Rada era el más audaz de todos ellos y fué el jefe de la-conspiración. Aunque Pizarro tuvo denuncios de los planes que se fraguaban contra su vida, no dió crédito: que en tanto

desprecio tenía á la gente de Chile.

Convinieron los conjurados en poner por obra su plan al tiempo en que Pizarro fuese á misa, el domingo 26 de Junio de 1541. So pretexto de enfermedad, no salió el gobernador de su palacio, situado en la plaza principal de Lima, lo que no amedrentó á los almagristas que, después de mediodía, se dirigieron á casa de Pizarro gritando: "¡Viva el rey, muera el tirano!" Las avenidas fueron ocupadas por los almagristas, y la puerta del palacio custodiada también por los mismos, para anticipar la noticia del asesinato á los que pudieran acudir en defensa del gobernador. Capitaneados por Rada, penetraron audazmente en el palacio, sin dar tiempo para la resistencia ni para la fuga, y tanto, que no alcanzó Pizarro á ponerse su coraza. Ayudado por uno que otro amigo y por su hermano Martín de Alcantara, se defendía heróicamente el gobernador; pero el número de los contrarios, perfectamente armados, hacía la lucha muy desigual. Ya varios de los defensores de Pizarro, y entre ellos Alcántara, habían muerto; otros huído como

pudieron. Rada tomó entonces á uno de los suyos y lo arrojó sobre Pizarro, que lo recibió en la punta de su espada, y aprovechando aquél el natural esfuerzo que hizo el gobernador para sacar el arma del cuerpo de su enemigo, lo hirió mortalmente en la garganta, con lo que cayó en tierra el desgraciado marqués. Hizo una cruz con su sangre, la besó pronunciando el nombre de Jesús, y fué ultimado por los enemigos. Así murió este célebre conquistador, muerte que movería á compadecerlo, si las sombras de Atahualpa y Almagro no se presentasen clamando venganza.

Mientras un sirviente del gobernador recogía su cadáver y lo sepultaba para evitar que lo arrastrasen los almagristas, éstos aprovecharon inmediatamente la ocasión de proclamar al joven Diego y pasearlo por las calles de Lima, escoltado por sus espadas ensangrentadas, y á los gritos de "¡Murió el tirano! ¡viva Almagro!"

### CAPITULO XVI.

El joven Almagro y Vaca de Castro; segunda guerra civil.—Gobierno de Vaca de Castro y muerte del Inca Manco.—Gobierno de Blasco Nuñez Vela, primer virrey del Perú.—Gonzalo Pizarro; tercera guerra civil.—Don Pedro de La—Gasca.—Batalla de Jaquijaguana; muerte de Gonzalo Pizarro.—Gobierno de La—Gasca; su vuelta á España.

EL JOVEN ALMAGRO Y VACA DE CASTRO; SEGUNDA GUERRA CIVIL.—Aunque el hijo de Almagro había sido elevado al poder por sus partidarios, y aunque se había retirado al Cuzo, centro de su partido, no alcanzó á consolidar su autoridad, cuando se presentó un nuevo y terrible enemigo. Este era el lejítimo gobernador don Cristóbal Vaca de Castro.

Apenas supo la Corte el triste fin de Almagro, si bien el emperador dejó siempre á Francisco Pizarro como gobernador del Perú, quiso prevenir los desórdenes ulteriores nombrando á Vaca de Castro miembro de la Audiencia de Valladolid, comisionado imperial para arreglar los asuntos de la colonia y asumir su gobierno en caso de muerte de Francisco Pizarro. Había, pues, llegado la ocasión prevista por el monarça, y Vaca de Castro hizo público su nombramiento de gobernador que hasta entonces había prudentemente ocultado. Llegó á Popayán á causa de un naufragio que le impidió dirigirse directamente á Lima. Benalcázar, que á la sazón gobernaba

en aquella provincia, lo reconoció como gobernador del Perú y se puso á sus órdenes. Quito, que obedecía á Gonzalo Pizarro, no tardó en sometérsele, y Pizarro y los suvos le rindieron obediencia. Con ello tuvo Vaca de Castro fuerzas respetables con que imponer á los almagristas. La prudencia, rectitud y afabilidad del nuevo gobernador le atraían muchos partidarios á medida que avanzaba hacia el sur. Aunque no era militar, tomó la dirección del ejército para evitar celos entre los capitanes de su mando. Así es que, sin necesidad de verter una gota de sangre, entró en Lima (1542), donde acabó de orga-

nizar sus tropas. Almagro, por su parte, hacía todos los esfuerzos posibles y desplegaba admirable actividad para oponerle seria resistencia. Mas, ni estaba suficientemente autorizado entre los suyos, y carecía de la experiencia de los años y de los consejos de su maestro Rada, fallecido poco antes de su arribo al Cuzco. Intentó Almagro arreglar pacificamente las cosas, pero fueron infructuosas las negociaciones y no quedó más recurso que confiarlo todo á la suerte de las armas. Cierto que sólo contaba con 500 hombres, mientras que su enemigo tenía 700; pero aquéllos eran decididos y estaban perfectamente armados, siendo en su mayor parte veteranos, al par que los de Vaca de Castro carecían de tan buenas armas y disciplina. Uno y otro ejército se avistaron en las llanuras de Chupas cerca de Guamanga, y la batalla fué terrible. Un ataque dirigido personalmente por Vaca de Castro decidió la victoria en su favor (1542). Picóse la retirada á los fugitivos, muchos de los cuales caveron prisioneros, incluso el mismo Almagro. Aunque Vaca de Castro no era sanguinario, creyó indispensable castigar severamente á los más comprometidos en la revolución. Cuarenta fueron condenados á muerte, otros al destierro. El joven Almagro, sin que le valiese su edad y los servicios de su padre, fué decapitado en la plaza del Cuzco; sólo pidió que se le sepultase al lado de aquél.

GOBIERNO DE VACA DE CASTRO: MUERTE DEL INCA MANCO.—A pesar de los odios políticos que dividían á los españoles residentes en el Perú, Vaca de Castro ejerció su breve gobierno con tino y prudencia. Ni oprimió injustamente á los almagristas, ni inquietó á Gonzalo Pizarro, centro del partido conquistador. No estuvo en sus manos aliviar la dura suerte de los indios, ni habría sido prudente intentar por entonces su completa libertad, pues además que habría paralizado casi todos los trabajos de los colonos, ocasionando nuevas guerras civiles, habría también

contribuído á engrosar la sublevación de los peruanos. En su tiempo se estableció en el Perú la Real Audiencia (1542.)

El Inca Manco, sin que le diesen caza los numerosos cuerpos de tropas enviados al efecto, se mantenía en las montañas, procurando á toda costa sacudir el yugo de los extranjeros. Á consecuencia de la batalla de Chupas, muchos españoles del partido de Almagro se desbandaron y cayeron en manos de los indios que dieron muerte á la mayor parte. Pero un grupo de esos mismos españoles se encontró con el Inca, y, sin conocerlo, le quitaron la vida. Así murió el he-

roico Manco, último Inca del Perú.

GOBIERNO DE BLASCO NUÑEZ VELA, PRIMER VIRREY DEL Peru.—El infatigable Las Casas había conseguido llamar la atención de Carlos V á la triste condición de los indios. Dió, pues, el monarca justas leyes para mejorar la suerte de sus nuevos súbditos. Pero como conociese que serían ocasionadas á mil disgustos y trastornos, y que los gobernadores no serían muy celosos de su cumplimiento, nombró empleados especiales para hecerlas ejecutar. Para el Perú recavó el nombramiento en don Blasco Núñez Vela, hombre incompetente por su falta de prudencia y por su carácter terco é irascible para ejercer el cargo de virrey de que fué investido. Recién llegado á Panamá (1544) ya comenzó á disgustar á los colonos, poniendo en ejecución las nuevas le-yes que, en vista de las circunstancias, requerían mucho tino y prudencia. Si bien los españoles del Perú recibieron al virrey con el respeto y honores debidos á su alta dignidad, él correspondía á las recepciones y obsequios confis-cando bienes ó haciendo ejecutar las leyes con inmediato perjuicio de los mismos que lo agasajaban. No tardó en preceder al virrev la fama de sus estorsiones y enajenarle la voluntad de todos. En Lima se indispuso con la Real Audiencia, que no tardó en despreciar sus órdenes y dar libertad á los que el virrey condenaba á prisión. Vaca de Castro fué de este número y el factor Costabal asesinado por el mismo Blasco Núñez, lo que le hizo más y más odioso.

Gonzalo Pizarro; tercera guerra civil.—El descontento universal se convirtió muy pronto en una furiosa rebelión contra la autoridad del virrey. Había un hombre de inmenso prestigio y riquezas en el Perú y de bastante ánimo y valor para encabezarla: tal era Gonzalo Pizarro, hasta entonces pacífico morador y hacendado de Charcas. La conducta que la Corte había observado con él lo tenía irritado; pero hasta entonces, merced á la prudencia de Vaca de Castro, no había intentado sublevarse. Las instancias de los amigos y partidarios del conquistador, que se veían arrui-

nados con la ejecución de las nuevas leyes, lo impulsaron á aceptar el peligroso cargo de jefe de la insurrección.

Trasladóse al Cuzco, donde fué recibido con grandes aclamaciones. Hízose nombrar capitán general del Perú, reunió ejército, se apoderó de la artillería y del tesoro y marchó á Lima con 1,200 hombres en contra del virrey. Este, no crevéndose seguro en la capital, ordenó que la Real Audiencia, el ejército y los vecinos abandonaran la ciudad y se dirigiesen á Trujillo para organizar la defensa. Pero los miembros del supremo tribunal le desobedecieron, sublevaron al pueblo v declararon depuesto á Blasco Núñez, aprisionándolo en su propio palacio para remitirlo á España.

Pizarro, por su parte, había hecho demasiado para volver sobre sus pasos, y no le detuvieron las novedades ocurridas en Lima, ni las ordenes de la Audiencia para que no se ejecutasen las leyes que ocasionaban la revuelta. El veterano Francisco de Carvajal, segundo de Pizarro, avanzó á marchas forzadas; con sus crueles venganzas intimidó á la Audiencia y la hizo reconocer y proclamar al nuevo gobernador. Entretanto Vaca de Castro se escapó de su prisión y se embarcó para España; Blasco Núñez, que había sido enviado á la península por la Audiencia, logró que sus mismos conductores acatasen de nuevo su autoridad y desembarcó en Túmbez para comenzar otra vez la sumisión de los sublevados. Diego Centeno, militar distinguido, levantó en Charcas el estandarte del virrey, de manera que Pizarro, cuando creía asegurado para sí el gobierno de la colonia, se encontró con enemigos al norte y al sur de Lima. Mas, no se desanimó por ello. Dirigióse contra el virrey que era el más peligroso; pero Blasco Núñez no se creía con la fuerza suficiente para resistirlo y se retiró á Popayán. Estable-cióse Pizarro en Quito, desde donde despachó al terrible Carvajal contra Centeno, que no pudo resistir al impetuoso veterano que no tardó en pacificar la provincia de Charcas.

Mientras tanto el virrey, que se creía harto poderoso con el auxilio de Benalcázar, descendió á presentar batalla á Pizarro. Éste lo deseaba ardientemente, hastiado ya de tanta demora. La batalla se dió, en efecto, en la llanura de Añaquito (1546); la victoria se decidió en favor de Pizarro, muriendo el virrey en la acción y siendo colocada la cabeza de Blasco Núñez en la plaza de Quito. La insurrección quedó con esto triunfante y Gonzalo Pi-

zarro se adueñó de todo el Perú.

Don Pedro de La-Gasca.—Cuando se supo en España la sublevación de Pizarro y el triunfo de los rebeldes, la Corte se halló en situación muy embarazosa. No era fácil contrarrestar el inmenso prestigio de los Pizarros en un país testigo de sus hazañas; había, por otra parte, mucha necesidad de ejércitos en Europa para conservar el rango de España en el viejo mundo, fuera de que la dis-tancia del Perú hacía casi imposible enviar tropas suficientes contra un enemigo que podía disponer de numerosos veteranos.

Sólo una diestra política podía salvar la autoridad real tan comprometida en esa colonia y conservar el Perú para la corona de Castilla. El instrumento de que echó mano la Corte para tan ardua empresa fué el anciano sacerdote don Pedro de La-Gasca. Era un licenciado cuya prudencia, sabiduría y talento políticos, no menos que el desinterés, energía y las virtudes propias de su estado le habían ya merecido la plena confianza de su rey. Como se le propusiese esta nueva oportunidad de servir á su patria, La-Gasca aceptó con la condición de que se le diese autoridad absoluta para perdonar á los mayores culpados, si lo creía conveniente; poder para sacar tropas y dinero de todas las colonias hispano-americanas, y que fuesen abolidas las leyes que habían causado tanto descontento. Por lo demás, se ofrecía á servir sin sueldo alguno. Aceptó la Corte las propuestas del licenciado, y se vió con sorpresa á aquel pacífico sacerdote, sin más que su breviario, dirigirse al Perú á reconquistarlo para España.

No era, á primera vista, enemigo temible para los nuevos señores del Perú. Pizarro ejercía el poder de un monarca, y su consejero y amigo, el viejo Carbajal, le aconsejaba con frecuencia que se declarase rey del Perú, pues de otra manera ninguno de los que habían hecho armas contra el virrey estaría seguro, después de esta rebelión imperdonable. Pizarro no se atrevió á tanto.

La-Gasca comenzó por atraerse á todos los colonos y autoridades puestas por Pizarro en uno y otro lado del Istmo. Hinojosa, que mandaba la escuadra del Pacífico, no tardó en ponerla á las ordenes del comisario real, cuando recibió instrucciones de asesinarlo y conoció que La-Gasca estaba autorizado para perdonar aun á los más culpables. Viendo que por bien nada alcanzaría de Pizarro, el presidente pidió tropas y pertrechos á Nicara-gua, y con ello pudo echar las bases de un ejército con que someter por la fuerza á los rebeldes. Al mismo tiempo hacía recorrer á los suyos las costas del Perú, divulgando por todas partes la amnistía á los culpados que quisieran

someterse, y la suspensión de las odiosas leyes que tanto

habían disgustado á los colonos.

La prudencia y tino de La-Gasca contrapuestos á las odiosidades que se atraía Pizarro por la crueldad de Carbajal, ganaron para aquél la voluntad de muchos, que sólo esperaban ocasión favorable para pasársele. Así preparados los acontecimientos, desembarcó el presidente en Túmbez (1547), y avanzó hacia el sur, aumentando su ejército con las fuerzas mismas de su enemigo. Los pueblos que encontraba en su marcha lo recibían en triunfo y le daban toda clase de auxilios.

Batalla de Jaquijaguana.—Centeno se volvió á levantar en el sur y se apoderó del Cuzco. Pizarro resolvió atacar primero á Centeno y habérselas después con La-Gasca. Emprendió, pues, su marcha hacia el Cuzco, y merced á la actividad de Carbajal, obtuvo en Guarinas una completa victoria, y recogió rico botín. Mas, tampoco fué posible dar caza á Centeno, que á duras penas consi-

guió escapar.

Desgraciadamente para Pizarro, no supo aprovechar la victoria, cayendo cuanto antes sobre La-Gasca, cuyos soldados estaban sumergidos en gran desaliento. Perdió en el Cuzco un tiempo precioso, aparentando despreciar á sus enemigos. La-Gasca trató por su parte de animar á sus soldados, y ofreció la paz á Pizarro, aunque infructuosamente.

Burlado en sus nobles intentos, determinó resolver por las armas la contienda y prosiguió su marcha hacia el sur. Dos refuerzos poderosos vinieron á dar esperanzas de buen éxito á la peligrosa empresa del Presidente: Sebastián de Benalcázar y Pedro Valdivia, ambos bien conocidos de los españoles del Perú, aun del Nuevo Mundo; ambos sacrificaban sus simpatías al cumplimiento del deber.

En el valle de Jaquijaguana encontró al enemigo en número de novecientos hombres, mandados por Pizarro y Carbajal. La-Gasca tenía á sus ordenes sobre dos mil soldados y á Valdivia y Benalcázar, militares de experiencia y reconocido valor. Inútilmente procuró La-Gasca alentar á sus soldados, porque apenas estuvieron á la vista los dos ejércitos comenzó la más completa deserción en el campo de Pizarro: batallones enteros se pasaban al ejército de La-Gasca. El viejo Carbajal, que todo lo había previsto, y que había adivinado por la disposición del ejército enemigo la mano de Valdivia, se burlaba tranquilamente de la pérdida inevitable de Pizarro. Este viéndose traicionado, preguntó en alta voz: "¿Qué podemos hacer?"—

"Morir como romanos", se le respondió, á lo que él repuso: "¡Vale más morir como cristiano", y adelantándose se rindió á discreción. Carbajal fué alcanzado en su

fuga (9 de Abril de 1548).

Al día siguiente, Pizarro sufrió en la plaza del Cuzco la pena de su rebelión, siendo públicamente decapitado. Carbaial á causa de sus crimenes fué condenado á la horca, pena infamante. Uno y otro recibieron la muerte con valor; pero Pizarro se preparó con los más fervorosos sentimientos del cristiano, mientras que el viejo Carbajal murió impenitente. La prudencia de La-Gasca le hizo per-

donar á muchos y grandes culpados.

Gobierno de La-Gasca.—Se requería un hombre de los talentos y virtudes de don Pedro de La-Gasca para poner en orden los asuntos del Perú, que desde la conquista había atravesado una serie desastrosa de revoluciones. Mas. el Presidente con su bondadoso carácter, su amor á la justicia, su desprendimiento á toda prueba, calmó los ánimos por tanto tiempo agitados, hizo respetar las leyes, y unió los partidos que hasta entonces desgarraban al Perú. Las famosas disposiciones de la corona acerca de los repartimientos de índios, fueron suspendidas por la suprema autoridad de La-Gasca, que sólo creyó prudente, por entonces, mejorar la suerte de los indígenas; pero sin darles completa libertad, lo que habría sido la ruina de la colonia.

Á los dos años tornó á España el ilustre Presidente, después de haber dado feliz éxito á una de las empresas más difíciles de la historia del Nuevo Mundo. Volvió tan pobre como había salido de España á pesar de haber manejado los tesoros de un Perú. La Corte, agradecida á sus servicios, lo elevó á la dignidad episcopal, primero á la sede de Palencia y después á la de Sigüenza. Es, sin duda, una

de las más nobles y puras glorias de España.

Después de la partida de La-Gasca, gobernó la Real Audiencia hasta el arribo del virrey, don Antonio de Mendoza, que tan célebre se había hecho en Méjico, y acabó de coronar su gloria con su prudente gobierno del Perú. Con esto se da por terminada la historia de la conquista del imperio de los Incas.

### CAPITULO XVII

Origen de la civilización peruana.—Religión.—Gobierno y estado social.—Industrias, ciencias y artes.—Costumbres.

ORIGEN DE LA CIVILIZACIÓN PERUANA.—Como en todos los pueblos de América, el origen de los peruanos se pierde en la oscuridad de los tiempos. Nada se sabe acerca de los primeros habitantes del Perú. Parece, sin embargo, que aún antes que los Incas gobernasen el Perú, no se componía éste de tribus tan salvajes como las del resto de Sud-América. Alguna civilización disfrutaban los peruanos, si bien no habían formado un reino poderoso, pues estaban gober-

nados por curacas ó caciques independientes.

La tradición pernana atribuye á Manco Capac y Mama Oello, su esposa, el origen del imperio de los Incas. Según ella, estos dos célebres personajes aparecieron de repente á orillas del lago Titicaca, se dijeron hijos del sol y enviados del cielo para la felicidad de los hombres. El sol, de consiguiente, era un Dios y sus hijos no podían menos de ser los reyes absolutos y supremos pontífices de los que abrazasen su doctrina. Ellos, por otra parte, aparecen enseñando nuevas doctrinas religiosas, artes é industrias desconocidas y echan las bases de un imperio poderoso. Manco educa á los hombres, y su esposa á las mujeres. El Cuzco, la gran capital de los Incas, fué fundada por él, tres ó cuatro siglos antes de la venida de los españoles.

Religión.—Las creencias religiosas de los peruanos eran más elevadas que las de los aztecas, y el culto no se revestía de ese carácter feroz que tuvo entre los habitantes

del Anahuac.

Los peruanos tuvieron ideas de la unidad de Dios y su infinito poder. Parchacamac, cuyo culto fué muy anterior al del sol, parece simbolizar la tradición primitiva de los pueblos acerca de la divinidad. El inmenso templo de Parchacamac era el centro de las peregrinaciones de los indios, aun antes que apareciesen los Incas. Los hijos del sol hicieron á éste el Dios principal del Perú, y le dedicaron el templo mayor del Cuzco, cuya riqueza lo hacía competir con los más famosos de la antigüedad. Adoraron también á la luna, las estrellas, y en especial al planeta Venus; hasta el trueno, el relámpago, el rayo y el arco iris recibieron culto de los peruanos. A mil supersticiones, como en todos los pueblos semi-civilizados y salvajes, daban crédito los súbditos del Inca.

Algunos quieren ver semejanza con el cristianismo en

varias prácticas de la religión de los peruanos.

El servicio del culto se hacía con pompa, sobre todo en el gran templo del sol, maravilla del Cuzco, donde cuatro mil sacerdotes de la familia real estaban consagrados al culto. Los nobles y aun los plebeyos podían también ser sacerdotes, aunque de una jerarquía inferior. Los sacrificios ofrecidos al dios consistían en metales preciosos, aromas, flores y animales, muy rara vez víctimas

Pero lo que más llamó la atención en el culto de los peruanos fueron los monasterios de las virgenes del sol; pues manifiestan que la virginidad era una virtud preciosa aun para aquellos hombres semi-bárbaros. Hay notable analogía entre las vestales romanas y las virgenes del sol; unas y otras guardaban virginidad, si bien las peruanas con menos extrictez porque podían ser mujeres del Inca; unas y otras cuidaban del fuego sagrado y unas y otras eran terriblemente castigadas si quebrantaban sus votos: jóvenes de la familia real, de los nobles y de las que sobresalían por su rara hermosura poblaban esos

monasterios, á donde sólo el Inca podía penetrar. Gobierno y estado social.—El gobierno era monarquía absoluta hereditaria. En realidad el Inca era dueño de la persona y bienes de sus vasallos; era un personaje divino, hijo del sol, y así, su autoridad la más absoluta que se pueda imaginar, pues hasta los pensamientos de sus súbditos le pertenecían. Con el nombre de Inca se conocía no sólo al rey, sino á todos los miembros de la familia real de Manco Capac. Para que siempre gobernasen sus legítimos descendientes, sólo el hijo mayor del Inca y de su hermana era el sucesor en el trono, lo que autorizó los repugnantes matrimonios de los hermanos, que á ta-

les monstruosidades conduce la superstición.

En tres clases podemos considerar dividida la sociedad peruana: los Incas, los nobles y el pueblo. No había propiamente esclavos. La primera clase, que venía á ser verdadera casta privilegiada, obtenía todos los honores y puestos públicos, desde el cetro hasta el gobierno de las más remotas provincias. Sin embargo, el Inca gobernaba paternalmente á sus súbditos. Los miembros de la familia real se mantenían á costa del estado. Unos rodeaban la persona del Inca, ocupando todos los altos destinos de la corte; otros gobernaban las provincias y otros en fin mandaban los ejércitos: así casi eran imposibles las revoluciones. Los nobles, ó sean los curacas y sus parientes, esto es, los caciques y señores de las tribus que voluntaria ó forzosamente se habían sometido al imperio, componían la nobleza que podemos llamar de segundo orden, pues nunca era elevada

á los altos destinos.

Por último el pueblo cuya obligación principal consistía en trabajar siempre para el sol, para el Inca y para sí propio. Si caía en pobreza ó se imposibilitaba algún plebeyo, no se le permitía pedir limosna, sino que el Estado venía en su socorro. Si el pobre no podía salir de su condición para llegar á la de los nobles, tampoco descendía á la esclavitud ni á la mendicidad, y su estado era relativamente feliz.

Industria, ciencias y artes.—Los peruanos hicieron grandes progresos en la agricultura, á pesar de no conocer el arado. Los españoles admiraban la belleza de los campos cultivados por los indios y regados artificialmente, con tan buena disposición como en los países de Europa. Ni hay que extrañar estos progresos en un pueblo cuya principal obligación y deber sagrado era el trabajo y en especial la agricultura. El plebeyo, fuese niño ó anciano, si no estaba imposibilitado, debía cultivar la tierra del Inca y las propias; la experiencia les enseñó pronto la utilidad de abonarlas, y tanto apreciaron el guano de las aves, que tenía pena de la vida el que matase alguno de los pája-

ros sagrados.

La pesca y la caza, en las que se hicieron muy peritos, les suministraban otros medios de subsistencia. El llama, que domesticaron y abundaba extraordinariamente en el Perú, no sólo les servía de bestia de carga, sino que de su precioso vellón hacían admirables telas. Parece que como alimento usaban muy poco de este animal. Supieron explotar las minas, en especial el oro y la plata, que eran metales consagrados exclusivamente al sol y al Inca. No conocieron el uso del hierro; pero en parte lo suplían mezclando otros metales. El hecho es que los jarrones, y estatuas de oro y plata manifestaban gran paciencia y trabajo. Fueron también diestrísimos alfareros. Los tejidos de lana admiraron á los mismos fabricantes europeos, así por la firmeza como por el brillo, colorido y finura.

En cuanto á las ciencias, la civilización peruana queda muy atrás de los mejicanos: nada hay que merezca especial mención. No poco influyó en este atraso el sistema de los quipos, manojos de hilos de diversos colores, y anudados de mil manera, que constituian su sistema de escritura. Los nudos y los colores eran signos convencionales con los que se podía leer y contar. Pero á la primera vista se conoce

cuán difícil, por no decir imposible, sería tal sistema para el desarrollo de las ciencias. En literatura y sobre todo en

poesía sobresalieron algo más.

Tampoco en las bellas artes son comparables con los mejicanos. La arquitectura, sin embargo, había progresado mucho en el Perú, como lo prueban los edificios cuyas ruinas aún se admiran; sobre todo, los magníficos caminos públicos que se han comparado por su extensión y solidez á las vías romanas.

Costumbres.—Comenzando por las de la corte, el lujo de los Incas era verdaderamente asiático; pero antes de ceñirse la corona, especie de orla encarnada de hilos de oro y finísima lana, era sometido el príncipe á duras pruebas y sufrimientos. Los Incas y los nobles se distinguian del pueblo por las orejas, tan grandes que los españoles los llamaban orejones.

La causa era que desde niños colgaban de ellas pesados adornos de oro ú otro metal según la calidad del individuo. El Inca no podía usar la misma ropa del día anterior ni servirse de la misma vajilla, todo lo cual se remudaba diariamente para quemarlo después, porque se lo creía sa-

grado, y ningún mortal podría usarlo.

Cualquier súbdito que recibiese audiencia del monarca debía presentarse toscamente vestido y con algún peso á la espalda en señal de sumisión á la divina autoridad del Inca: los más nobles magnates no excusaban esta humillación.

De vez en cuando visitaban los Incas parte de su imperio. Excede á toda ponderación la pompa con que era conducida su persona en hombros de sus vasallos que se disputaban el honor de cargar las andas. Barrían el camino, y todos los pueblos del tránsito salían para acompañar y festejar al Inca, de tal modo que su viaje era una especie de solemne

procesión.

No menos curioso era el sistema de conquista adoptado por los reyes del Perú. Generalmente preferían las embajadas pacíficas para agregar nuevos pueblos al imperio: en ellas se ponderaba la felicidad de los súbditos del Inca, los beneficios de la civilización peruana, y el inmenso poder del monarca que los defendería de los enemigos. Esta política dió muy buenos resultados. Cuando era menester emplear las armas, procuraban que las guerras fuesen cortas y evitar la muerte de los niños, ancianos y mujeres, y causar el menor daño posible en las propiedades. Si la resistencia era muy tenaz se abandonaba la empresa, compadeciendo á la tribu ó pueblos que se resistian; como si se obstinasen neciamente en ser desgraciados. Los dioses de los pueblos

conquistados no se destruían sino que iban á adornar el templo del sol, con cuyo pretexto se aseguraba la obedien-

cia de los conquistados.

En cuanto á los súbditos, los actos más solemnes de la vida pendían de la voluntad del Inca. Los matrimonios se celebraban en ciertas épocas del año en todo el imperio. La ley fijaba la edad del hombre y de la mujer, y muy jovenes se les obligaba á casarse. La comunidad fabricaba la casa de los esposos y el gobierno les señalaba un retazo de tierra para que tuviesen en que trabajar y con que vivir.

Los sepulcros de los peruanos, en especial de los nobles, han llamado la atención por el lujo de los adornos y la destreza con que están embalsamados los cadáveres. Los españoles pudieron admirar los de todos los Incas y sus coyas (reinas) ricamente vestidos y sentados en actitud de meditar, conservados cuidadosamente en el templo del

sol.

### CAPITULO XVIII

## Conquista de Nueva Granada y Venezuela.

Fundación de Santa Marta.—Fernández de Lugo.—Fundación de Cartagena.—Jiménez de Quezada: su expedición y fundación de Santa Fe de Bogotá.—Capitauía general de Nueva Granada.—Venezuela, los Welser.—Spira y Ferdeman.—El Dorado.—Colonización de Venezuela y fundación de Caracas.

Fundación de Santa Marta—El ya conocido Rodrigo de Bastidas fundó en 1525 en las costas de Nueva Granada el pueblo de Santa Marta. Muerto poco después Bastidas por sus mismos compañeros, nombró la corte á García de Lerma para sucederle. En el gobierno de Lerma se adelantaron las exploraciones para reconocer el país, pero no se hizo cosa digna de especial mención, sino es la explo-

ración de Magdalena.

Fernández de Lugo.—Carlos V accedió á una solicitud del gobernador de las Canarias, don Pedro Fernández de Lugo, nombrándolo de Santa Marta. Partió con numerosas tropas y pertrechos que llegaron muy oportunamente á la esquilmada colonia. Fernández de Lugo adelantó con grandes penalidades la exploración del Magdalena. De las varias expediciones que organizó para la conquista del territorio, la más notable fué la que puso á las ordenes de Gonzalo Jiménez de Quezada. En cuanto á Lugo, no tardó en morir en Santa Marta antes de ver el resultado de la expedición.

Fundación de Cartagena.—Antes de tratar de ella, con-

signemos la fundación de Cartagena, ciudad que en tiempo de la dominación española fué muy importante. Pedro de Heredia echó sus cimientos y la hizo capital de una provincia independiente, que, más tarde incorporada á Nueva Granada, fué sede de un obispado cuyo primer pastor, fray Tomás Toro, se distinguió por su celo á favor de los indios.

JIMÉNEZ DE QUEZADA, SU EXPEDICIÓN Y FUNDACIÓN DE Santa Fe de Bogotá.—Pero al que se ha de considerar como el verdadero conquistador de Nueva Granada es Gonzalo Jiménez de Quezada, subalterno de Lugo. En 1536, á la cabeza de 700 hombres, costeó las márgenes del Magdalena, al mismo tiempo que algunos buques cortaban sus aguas. Indecibles trabajos y contratiempos tuvo que vencer Quezada en esta expedición, y á todos supeditó su valor y constancia. Después de luchar un año contra el clima, las enfermedades, los insectos venenosos y hasta las fieras, lo que redujo su ejército á 200 hombres, halló huellas de un pueblo menos salvaje que el de las costas. Había llegado á la nación de los muiscas, que después de Méjico y Perú fueron los más civilizados del Nuevo Mundo. El cultivo de los campos, los templos y pequeñas ciudades manifestaban á los compañeros de Quezada que los trabajos de la expedición no habían sido infructuosos.

Sin embargo, los indios de la que más tarde fué Nueva Granada no se dejaron conquistar sin hacer intrépida resistencia á los extranjeros. Quezada, que se había hecho nombrar por los suyos gobernador independiente del de Santa Marta, se mostró no menos valeroso contra los obstáculos de la naturaleza que contra las armas de los muiscas. Otro año empleó en la conquista, y con su valor y prudencia, y sobre todo con la presencia de caballos, intimidó á los indios, que consideraron á los españoles como hijos del sol. Venció á los reyezuelos que con diferentes títulos gobernaban la tierra, é hizo un inmenso botín de oro y demás metales preciosos. Quezada usó de la crueldad para conseguir riquezas. Cuando ya se creyó seguro, fundó (1538) en el pueblo de Bogotá la ciudad de Santa Fe, y dió á la provincia el nombre de Nueva Granada, que con el de su capital conserva hasta ahora.

Capitania general de Nueva Granada,—Para asegurarse más en la posesión de sus conquistas, Jiménez de Quezada fué á España á pedir el título de gobernador propietario del nuevo reino. Mas la Corte desatendió sus servicios y nombró para ese destino al hijo del ya finado

gobernador de Santa Marta, Alonso de Lugo.

Después de algunas otras expediciones de menos importancia que acabaron de explorar el territorio, la nueva capitanía general quedó fundada, y la Corte nombró una Real Audiencia que residió en Santa Fe de Bogotá (1548). Los virreves del Perú tuvieron, sin embargo, influencia sobre la

nueva provincia. Venezuela, los Welser.—Las costas de Venezuela, conocidas desde los tiempos de Colón, fueron objeto de varias expediciones más ó menos infructuosas, aunque funestas para los indígenas, que eran cogidos como esclavos. No mucho después de haber fundado Juan de Ampués (1527) á Coro y cuando procuraba colonizar la provincia por medios pacíficos, la Corte concedió á una compañía de comerciantes de Hamburgo, los Welser, el derecho de conquistar y colonizar á Venezuela. Ambrosio Alfinger, representante de la compañía, se dirigió á la colonia. Los alemanes eran más codiciosos de oro que los españoles, y Alfinger fomentó el comercio infame de vender á los indios. En sus expediciones al interior fué vigorosamente atacado por los naturales; pero los derrotó y llegó hasta las regiones de Bogotá. El nombre de Alfinger se hizo odioso por las horribles crueldades é injusticias que cometió contra los indios. Estos ardían por vengarse de aquel monstruo, y lo consiguieron; pues sorprendido en una batalla, recibió tales y tantas heridas, que pronto le causaron la muerte.

Spira y Federman.—Jorje Spira, nombrado por los Welser para suceder á Alfínger, no hizo más que repetir sus penosas expediciones sin resultado notable, muriendo en Coro después de cinco años de estériles fatigas. Alguna más importancia tuvo la expedición de Federman, subalterno de Spira, que aprovechándose de la ausencia de éste y contra su voluntad, se internó en otra dirección en lo interior de Venezuela. Al cabo de tres años de guerras con los naturales y venciendo cualesquiera obstáculos, arribó á la nación de los muiscas en las planicies de Bogotá, donde se encontró con Quezada y Benalcázar, que por distintos caminos habían llegado antes. Quezada, que había hecho un rico botín, compró á Federman sus tropas, y éste se em-

barcó para la península.

EL DORADO.—Á la muerte de Spira, el obispo de Coro tomó el gobierno de la colonia y Felipe de Urre el de las tropas. Por ese tiempo, cansados los indios de la opresión á que los habían sometido los extranjeros, trataron de alejarlos, haciéndoles creer una fábula que llegó á ser famosa en el siglo XVI. Tal era la existencia de una provincia riquísima y tan abundante en oro que su rey se

cubría diariamente con el polvo del precioso metal. Creyeron los españoles que ninguna región de las hasta entonces descubiertas podría compararse con las que llamaron el Dorado. Mas, era imposible saber á punto fijo en dónde se extendía esa región del oro, y se dieron á buscarla en todas direcciones y al través de toda clase de peligros. Felipe de Urre fué el primero en formar una expedición para encontrar el Dorado. Cuatro años perdió Urre y los suyos tras de una provincia que sólo existía en su imaginación, hasta que el infeliz alemán fué asesinado por sus propios compañeros.

Colonización de Venezuela y fundación de Caracas.—
La concesión hecha á los Welser había sido bajo ciertas condiciones que no se cumplieron por parte de la compañía; la general despoblación en que iba quedando la provincia y las quejas de los colonos hicieron que la Corte retirase la concesión. Nombróse, pues, á don Juan Pérez de Tolosa gobernador de Venezuela. El comenzó la verdadera colonización, fundando ciudades y repartiendo á los indios entre los conquistadores, según la costumbre de las demás colonias. A pesar de que Tolosa gobernó muy poco tiempo, sus sucesores siguieron sus huellas, de modo que poco á poco quedó por los españoles todo el territorio y se fundaron las principales ciudades de Venezuela.

Pero contra lo que ordinariamente sucedió en la conquista de las demás provincias americanas, la capital fué de las últimas que en Venezuela fundaron los españoles. Los cimientos de Caracas los echó en 1567 Diego de Losada, por orden del gobernador don Pedro Ponce de León, en el mismo lugar en que un criollo, Francisco Fajardo, había

fundado el pueblo de San Francisco.

Así se completó la conquista de Venezuela, cuyos gobernadores dependían de la Audiencia de Santo Domingo.

### CAPITULO XIX

## Conquista del Brasil.

Martín Alfonso de Souza.—Tomás de Souza.—Los franceses en el Brasil. Men de Saa: fundación de Río Janeiro.

Martin Alfonso de Souza.—Muy poca atención prestó la corte del Portugal á las tierras descubiertas en 1500 por Alvarez Cabral. Sólo hubo algunas expediciones para llevar á Europa el palo que llamaban brasil, y arribaron algunos

misioneros que convirtieron á miles de indios. Pero en 1530 el rey don Juan III, temeroso de que los españoles le arrebatasen aquella vasta región, mandó á Martín Alfonso de Souza, militar muy distinguido, para que con 400 hombres y cinco buques colonizase el Brasil. Souza exploró de nuevo toda la costa y dispuso que algunos de sus subalternos reconociesen el Amazonas y el Plata. Tuvo que luchar contra las tempestades y aún ver naufragar la capitana. Hizo explorar parte del interior, aunque con poco éxito; por último, fundó la villa de San Vicente y varias otras, no sin haber sostenido sangrientos combates contra los naturales.

El rey de Portugal adoptó como sistema de gobierno para su extensa colonia el de dividirla en doce capitanías independientes entre sí. Con esta ocasión partió para la metrópoli Martín Alfonso de Souza para prestar más impor-

tantes servicios en las colonias del Asia.

Como el sistema tuviese gravísimos inconvenientes y debilitase sobremanera las fuerzas de los portugueses así contra la sublevación de los indios, como, lo que ya se temía, contra una invasión extranjera, el mismo rey don

Juan III nombró un gobernador general (1549).

Tomás de Souza.—El nombramiento del nuevo gobernador recayó en Tomás de Souza, no menos ilustre que Martín Alfonso. Partió de Lisboa con numerosos refuerzos de hombres y pertrechos, siendo muy de notar que con él vinieron los seis primeros jesuítas, orden que tan importante papel hizo en el Brasil. Souza comenzó por fundar la ciudad de San Salvador ó Bahía, metrópoli largo tiempo del Brasil (1549). Poco después fué la sede de un obispado que tuvo la primacía sobre todos los que se fundaron más tarde.

El gobierno de Tomás de Souza, aunque prudente, fué turbado por sangrientas guerras contra los indios. Y á no ser por la influencia de los jesuítas, que eran justamente queridos de los salvajes, la colonia habría sufrido inmensos males. Luego prosperó rápidamente y se pobló con nuevos inmigrantes.

Habiendo renunciado Souza el gobierno del Brasil, se le

nombró por sucesor á Duarte Da Costa.

Los franceses en el Brasil.—Nicolás Durand de Villegaignon, gentil-hombre francés, á la cabeza de algunos sectarios de Calvino, fundó en 1555 un fuerte frente á Rio Janeiro, para que fuese el centro de un pequeño estado adonde pudieran refugiarse sus correligionarios, entonces Perseguidos en Europa. En efecto, no tardó en aumentarse la población con nuevos inmigrantes auxiliados por el rey de Francia. Pero la discordia se introdujo entre ellos y, después de serios disgustos que hicieron abjurar á Villegaignon, éste tornó á su patria, dejando pocas fuerzas á los colonos.

Men de Saa, fundación de Rio Janeiro.—Temerosa la corte de Portugal de que fuesen á arrebatarle su colonia, nombró á Men de Saa con encargo especial de echar del Brasil á los franceses. El nuevo gobernador consiguió arrojarlos de sus posesiones; pero se establecieron en el continente, donde no fué posible por de pronto vencerlos y dominaron por algún tiempo, hasta que, reforzados los portugueses, los hicieron retirarse á viva fuerza. Intentaron más tarde otras expediciones, mas ninguna con feliz éxito.

Los portugueses para evitar nuevas invasiones extranjeras, fundaron en la bahía de Río Janeiro una ciudad que llamaron San Sebastián (1567). Por de pronto la nueva ciudad fué capital de una capitanía independiente de las dos en que el rey dividió al Brasil. Esta división duró poco tiempo, y el gobernador general residió en Bahía, hasta que

mucho más tarde la capital se trasladó al Janeiro.

### CAPITULO XX

# Las provincias Argentinas y el Paraguay.

Don Pedro de Mendoza funda á Buenos Aires.—Alvar Núñez Cabeza de Vaca y Domingo Martínez de Irala.—Juan Ortiz de Zárate.—Juan Garay, reconstrucción de Buenos Aires.

Don Pedro de Mendoza funda á Buenos Aires.—Diego García y Sebastián Cabot exploraron las márgenes del Plata y del Paraná, y Cabot llegó aún á fundar la primera colonia española en las fértiles regiones descubiertas por Solís. Mas esa colonia llamada Sancti Spíritus, á las márgenes del Paraná, fué pronto destruida completamente por los indios. Cabot recogió algunas muestras de plata en las orillas del río hasta entonces conocido con el nombre de Mar dulce, y de ahí el nombre de río de la Plata y el de Provincias Argentinas.

Pero el que fundó verdaderas colonias y que puede llamarse el primer conquistador de esas provincias, fué don Pedro de Mendoza. La Corte concedió á este caballero el gobierno de una región que se extendiese doscientas leguas al sur del territorio de los portugueses. Mendoza, por su parte, costearía los gastos de la expedición. El principal objeto era buscar un camino más corto para llegar al Perú.

Embarcóse don Pedro de Mendoza con más de mil hombres y arribó sin novedad á la desembocadura del Plata. Desembarcó y en la margen meridional echó los cimientos de Santa María de Buenos Aires (1535). Dióle el nombre de la Virgen, cuya era la fiesta de ese día (2 de Febrero) y de Buenos Aires por haber sido la espontánea exclamación de uno de los soldados: "¡Qué buenos aires se respiran en esta tierra!" Pero los indios no vieron con buenos ojos la fundación de la ciudad y á los extranjeros que invadían su territorio, y así atacaron á la naciente población, con tanto furor, que hicieron sufrir á los españoles espantosamente, en especial por el hambre.

Mendoza trató de adueñarse de la provincia fundando nucvas poblaciones y explorando la tierra. Por mandato suyo Juan de Ayolas echó los cimientos de la Asunción (1536), después de recorrer los ríos Paraná y Paraguay. Ayolas pereció en una audaz expedición al interior del Pa-

raguay.

No fué más feliz don Pedro de Mendoza, porque, hastiado de las penalidades de la colonia, se embarcó para España á dar cuenta de su misión y disfrutar en paz de sus bienes,

pero murió en la navegación.

ALVAR NUÑEZ CABEZA DE VACA Y DOMINGO MARTINEZ DE IRALA.—Domingo Martínez de Irala, que se había distinguido á las ordenes de Mendoza, fué nombrado gobernador interino por los colonos. No duró largo tiempo su gobierno, pues llegó de España el propietario, Alonso Cabrera. Este despobló á Buenos Aires y trasladó la capital á la Asunción, que hasta entonces era sólo una fortaleza y él la convirtió en ciudad. Tampoco fué duradero el mando de Cabrera, porque la Corte nombró á Alvar Núñez Cabeza de Vaca para que con nuevos esfuerzos diese alguna vida á la colonia, cuyos peligros eran ya conocidos en España. Su viaje fué muy feliz. Una vez en la Asunción, nombró su segundo á Irala, y le mandó buscar la deseada comunicación con el Perú. El mismo Alvar hizo después otra expedición en la que reconoció el alto Paraguay.

Compadecido de los malos tratamientos que de los españoles recibían los naturales, procuró favorecer á éstos, y, aunque se atrajo sus simpatías, perdió en buena parte la de sus ambiciosos compañeros. De aquí resultó un motinen el que fué hecho prisionero el gobernador y remitido á España, donde, aunque absuelto, no le restituyeron el mando.

Irala, elegido otra vez en lugar del propietario, resistió á los indios sublevados é hizo una nueva expedición para comunicarse con el Perú. No fueron infructuosos sus trabajos, porque logró descubrir un camino que condujese á aquel imperio en tiempo que La-Gasca calmaba las guerras intestinas. El presidente lo nombró gobernador para subsanar la elección hecha por los sublevados, y la Corte la confirmó poco después. Le trajo el nombramiento de gobernador propietario el primer obispo del Paraguay, que coadyuvó á Irala con sus consejos en el gobierno de la colonia. Fundáronse nuevas ciudades, se dieron encomiendas de indios á los españoles con la obligación de instruirlos en el catolicismo y de tratarlos suavemente, de modo que echó Irala el fundamento de las reducciones, que tan famosas se hicieron más tarde en tiempo de los jesuítas.

Juan Ortiz de Zárate.—A la muerte de Irala le sucedieron interina y sucesivamente dos yernos suyos, en cuyo gobierno no hubo cosa de especial mención. La audiencia de Lima nombró gobernador á Juan Ortiz de Zárate. Este dejó un sustituto y se embarcó para España en busca de nuevos colonos y refuerzos y para asegurarse en el gobierno. En su ausencia la colonia tuvo que sufrir discordias intestinas, á causa del poco tino del revoltoso Cáceres, suplente de Zárate, disturbios que terminaron con la prisión

de aquél

Zárate fué muy desgraciado en su viaje de vuelta á la colonia y no lo fué menos en su gobierno. En el poco tiempo que administró la provincia se atrajo los odios de sus gobernados, perdió su propio caudal en gastos inútiles y no hizo cosa de provecho. Le sucedió Juan de Garay (1576).

Juan de Garay, reconstrucción de Buenos Aires.—Más feliz que su predecesor, se ocupó en fundar nuevas villas, en mejorar la condición de las reducciones y encomiendas, con lo cual impulsó grandemente el progreso de la colonia. Pero tal vez lo que ilustró más su nombre fué el haber echado de nuevo los cimientos de la futura capital de las vastas regiones que hoy forman la República Argentina. Salió de la Asunción y con un reducido destacamento de tropas fundó cerca de donde lo había hecho Mendoza, la ciudad de Buenos Aires (1580). Para conservarla tuvo que trabar rudas guerras contra los indios que no lograron destruirla. Pero Garay pereció á manos de los salvajes en una expedición que hizo cuatro años más tarde. Así quedó finalmente constituída la Capitanía general de Buenos Aires, separada del Paraguay en 1620.

### CAPITULO XXI

# Historia especial de Chile.

### CONQUISTA.

Viaje de Valdivia á Chile y fundación de Santiago.—Guerra con los indios.—Monroy y Pastene.—Viaje de Valdivia al Perú.—Fundación de nuevas ciudades.—Muerte de Valdivia.

VIAJE DE VALDIVIA Á CHILE.—Dijimos ya cómo Francisco Pizarro había nombrado gobernador de Chile á Pedro de Valdivia. Por ese mismo tiempo llegaba al Perú don Pedro Sánchez de La Hoz, autorizado por el rey para conquistar y gobernar una parte de Chile. Ni era él el único agraciado por la Corte, pues otro caballero, don Alonso de Camargo, no tardó en llegar, poco después de la partida de Valdivia, con autorización para conquistar las regiones del norte del estrecho de Magallanes. Equipó una escuadrilla á su costa, pero con tan mala suerte que tuvo que renunciar á sus proyectos.

Quedó la conquista de Chile reducida á dos pretendientes, que Pizarro procuró poner de acuerdo para el buen éxito de la expedición. En efecto, Valdivia y La Hoz celebraron un contrato para contribuir cada cual con ciertos auxilios para la expedición. Llegado el día señalado, La Hoz no pudo cumplir por su parte y quedó Valdivia reconocido como único jefe de la empresa, renunciando La Hoz sus derechos, si bien recibió el valor de 40 caballos que

había juntado y se incorporó en la expedición.

Valdivia, á pesar de su prestigio y relaciones, sólo pudo á duras penas reunir ciento cincuenta soldados, y adeudándose logró armarlos regularmente: tan desacreditado

estaba Chile desde la expedición de Almagro.

A principios de 1540 partió el conquistador, siguiendo el camino del desierto de Atacama y tomando prudentes precauciones para evitar desgracias á su reducida tropa. Tan resuelto venía Valdivia á establecerse en Chile que traía consigo todos los elementos para fundar una pequeña colonia.

Los indios del norte de Chile no le hicieron resistencia, si bien miraban con malos ojos á los invasores. Así es que después de un viaje que duró cerca de un año llegó Valdivia a las orillas de un río llamado Mapocho que regaba una espaciosa y fértil llanura, bastante internada, á su juicio,

en la provincia de su gobierno. Aquí resolvió fundar la capital de la futura colonia, y en efecto el 12 de Febrero de 1541 echó los cimientos de una villa que llamó Santiago, en honor del patrón de las Españas; y á la provincia,

Nueva Extremadura.

Guerras con los indios.—Cuando vieron los indios mapochinos que los extranjeros tenían la resolución de quedarse entre ellos y adueñarse del territorio, se sublevaron á las órdenes del cacique Michimalonco. Para desalentar á los españoles y procurar que tornasen al Perú, les hicieron saber que Francisco Pizarro había sido asesinado en Lima y no había por consiguiente esperanza de socorro. Valdivia, previendo los disturbios que pudieran ocurrir en el Perú, se había hecho nombrar poco antes gobernador por el cabildo de Santiago, y, aunque no dió crédito á las noticias de los indios, creyó indispensable hacer fabricar un buque para comunicarse fácilmente con los españoles de aquel país. Con efecto, se dirigió personalmente á un portezuelo no lejos de la desembocadura del Aconcagua y puso manos á la obra.

Pero cuando estaba ocupado en ella supo que se tramaba en Santiago un complot contra su vida 'y gobierno. Varios almagristas que había entre los colonos, de concierto con sus camaradas del Perú, estaban convenidos en matar á Valdivia, partidario de Pizarro, y tornar al Perú, y con tanta más razón cuanto que la vida miserable de la nueva colonia no favorecía sus ambiciosas esperanzas.

Valdivia, exponiéndose á mil peligros, sin perder un instante, se vino á Santiago para castigar á los culpables. Martín de Solier, jefe del complot, y cuatro de los conjurados recibieron la pena capital, con lo que se concluyó la conjuración, y fué el gobernador muy temido y respetado.

Mientras tanto, los indios destruyeron el bergantín y sitiaron a los españoles en la naciente ciudad. Valdivia los atacó con tanto valor y buen éxito que logró alejarlos, aunque no someterlos. Ni faltaba astucia á los salvajes, que lograron dividir las escasas fuerzas de los españoles, haciendo que el gobernador saliese con 90 jinetes á atacar á los promaucaes en las orillas del Cachapoal. Quedó á cargo de la ciudad Alonso Monroy con 50 hombres. No tardó en verse en grande aprieto, pues Michimalonco cargó sobre él con todas sus fuerzas. La ciudad fué incendiada y habrían perecido sus defensores, á pesar de su denuedo, si Valdivia, sabedor del peligro, no hubiese volado á socorrerlos. Se hizo notar por su valor una española llamada Inés Suárez que con su propia mano cortó la cabeza á va-

rios caciques prisioneros y las arrojó á los enemigos para

intimidarlos.

La situación de los españoles se hizo cada día más y más desesperada, porque se vieron sitiados por el hambre y sin esperanza alguna de auxilio. Entonces como nunca fué de admirar la serenidad, prudencia y constancia del heroico Valdivia. Mas, como la muerte era segura si no recibían socorros del Perú, resolvió enviar á Monroy con cinco soldados en su demanda.

Monroy y Pastene.—Era el capitán Monroy todo un valiente caballero y bien lo probó aceptando la empresa peligrosísima de internarse con sus compañeros entre la muchedumbre de indios sublevados, por donde tenía que pasar para llegar al Perú. No es del caso referir las péripecias de este viaje, que costó la vida á los compañeros de Monroy y en el que éste escapó milagrosamente. Ello es que arribó al Perú é hizo toda clase de esfuerzos para conseguir auxilios á Valdivia y los suyos, pues Vaca de Castro no pudo enviárselos y sí sólo autorizólo para que juntara lo que buenamente pudiese.

Pero, entretanto, los colonos de Santiago, víctimas de la miseria, vivían en la mayor incertidumbre, pues hacía año y medio que saliera Monroy y aún nada se sabía. ¿Habría sido muerto por los indios? ¿no habría conseguido nada en el Perú? Cualquiera de las dos cosas, ambas muy

probables, era la ruina de los colonos.

Fondeó por fin en Valparaíso un buque cargado de provisiones de guerra y de boca (1543): era el auxilio que enviaba Monroy, quien no tardó también en llegar por

tierra con un refuerzo de jinetes.

Poco después arribó otra embarcación al mando de un italiano, Juan Bautista Pastene, que se distinguió por su fidelidad á Valdivia y los útiles servicios que prestó á la naciente colonia. El gobernador desplegó grande actividad con los refuerzos que acababa de recibir. Reedificó á Santiago, hizo construir la villa de la Serena (1544) en Coquimbo, para que facilitase las comunicaciones por tierra con el Perú, mandó á Pastene que explorase las costas de Chile hasta el estrecho de Magallanes y tomase posesión de las tierras que descubriese, para lo cual lo acompañaba Jerónimo de Alderete, al mismo tiempo que Francisco de Villagra y Francisco de Aguirre debían recorrer el país hasta la ribera austral del Maule y someterlo á su gobierno. Todos estos proyectos dieron feliz resultado, y por él conoció Valdivia que aún necesitaba mayores recursos para cimentar sólidamente la conquista de Chile.

Hizo embarcarse, pues, á Monroy Pastene y Antonio de Ulloa, no sólo para que procurasen en el Perú nuevos recursos sino para que el último se dirigiese á España y diese cuenta del estado é importancia de la colonia, consiguiendo de la Corte el título de gobernador para Valdivia

y favores para sus compañeros.

Desgraciadamente murió Monroy al tocar las playas peruanas. Ulloa traicionó á Valdivia y trató de hacerse de recursos para arrebatarle la conquista de Chile, y sólo el fiel Pastene, después de heroicos esfuerzos, consiguió equipar un buque y tornar á la colonia con éstas y peores noticias (1547). Era el caso que Gonzalo Pizarro había hecho armas contra el virrey Blasco Núñez, lo había derrotado y muerto, y se aprestaba para resistir al presidente La-Gasca, que á nombre del rey venía a ordenar los asuntos del Perú.

Viaje de Valdivia estas novedades. Revolucionado el Perú, no le sería fácil esperar los auxilios que forzosamente necesitaba. ¿Por qué partido decidirse? ¿en contra de Pizarro? Pero si á su familia debía el gobierno y, según todas las probabilidades, el poder de Pizarro parecía indestructible. ¿A favor de Pizarro? Pero era declararse en rebeldía contra el monarca, y la fidelidad al rey era su virtud distintiva y todo debía temerlo de los colonos, si daba un paso tan avanzado. Para proceder con acierto-resolvió trasladarse personalmente al teatro de los acontecimientos y obrar según los dictados de la prudencia y de la justicia; resólvió, pues, dirigirse al Perú.

Las circunstancias excepcionales en que se vió Valdivia, lo hicieron valerse de medios poco limpios para poder llevar á cabo su viaje con el caudal necesario para hacerse de nuevos recursos y acreditar la provincia de Chile entre los españoles del Perú. Usó de la astucia y se llevó consigo los tesoros de sus compañeros, resuelto á restituirlos bien pronto. Grande fué el alboroto que hubo en Santiago, cuando se supo la súbita partida del gobernador, y que debía suplantarle interinamente don Francisco de Villagra. Pero el peligro común calmó á los irritados y los hizo por de pronto

esperar en paz la vuelta de Valdivia.

La fidelidad del conquistador de Chile salió victoriosa de la dura prueba á que fué sometida. Viendo á Pizarro en rebelión abierta contra el rey, se puso á las órdenes de La-Gasca y fué, como ya lo dijimos en su lugar, auxilio valiosísimo en la batalla de Jaquijaguana.

Pacificado el Perú, Valdivia recibió de La-Gasca la con-

firmación de su gobierno de Chile y procuró enganchar gente y hacerse de los recursos que necesitaba la colonia. Tuvo que sufrir en el Perú, y aun lograron sus enemigos excitar la desconfianza en La-Gasca; pero a todo contrarrestó la prudencia y energía de Valdivia, que se vió obligado á enganchar gente entre los mismos presidarios para conseguir su futura conquista.

¿Cuál era en tanto la suerte de la colonia? Habíase tramado en Santiago un segundo complot, cuyo jefe fué La Hoz, que pagó con la vida sus ambiciosos proyectos; habíanse sublevado los indios y destruido la villa de la Serena.

NUEVAS GUERRAS Y FUNDACIONES.—En 1549 estaba de vuelta Pedro Valdivia en Santiago, y con los refuerzos que traía del Perú se aprestó a ensanchar sus conquistas, fundando nuevas ciudades. Mandó inmediatamente á Aguirre para que reconstruyese la Serena, y no contento con la región de aquende los Andes, comisionó á Villagra para que atravesando la cordillera, dilatase su gobierno en las provincias de la opuesta región. Era tanto el deseo de someter el sur de Chile, que á pesar de estar Valdivia enfermo salió con doscientos hombres á conquistar esa parte del territorio. No es posible narrar aquí los combates que tuvo que dar contra los naturales, en especial contra los araucanos. pueblo belicosísimo que habitaba al otro lado del Bío-Bío. Muy luego notaron los españoles la índole guerrera de los indios del sur y cuánto aventajaban en valor á los del norte. En el valle de Andalién se dió una sangrienta batalla contra los araucanos, que aunque pelearon desesperada-mente, cedieron á la táctica y superiores armas de los españoles.

Valdivia echó los cimientos de una tercera ciudad, que llamó Concepción, en la bahía de Talcahuano (1550). Los araucanos cayeron furiosos sobre la nueva ciudad, á los nueve días de su fundación; pero fueron rechazados con grandes pérdidas de muertos y prisioneros. La crueldad con que Valdivia trató á estos últimos adormeció por de pronto el valor de los indios, que parecieron someterse como los demás. Pasó entonces el gobernador el Bio-Bío y recorrió la provincia de Arauco, fundando las ciudades de la Imperial á orillas del Cautín, Valdivia, Villarrica y Angol ó los Confines, sin contar varios fuertes que esparció aquí y allá para comunicar fácilmente las ciudades amenazadas por el enemigo. El poco conocimiento que tenía el gobernador de la índole belicosa del araucano, puede sólo disculpar la imprudencia de dividir así sus escasas fuerzas en medio de

numerosos enemigos.

Crevendo Valdivia asegurada su conquista, envió á España á Jerónimo de Alderete con una relación de los trabajos hechos para sojuzgar el reino de Chile, relación escrita por el mismo Valdivia. Como se deja suponer, pedía la confirmación real del título de gobernador que le había dado La-Gasca.

MUERTE DE VALDIVIA.-Pero el nuevo yugo era insoportable para los valientes araucanos. Un antiguo cacique la mado Colocolo reunió á los principales de la nación para para nombrar un toqui, jefe supremo que dirigiese la guerra á muerte contra los extranjeros. Recayó el nombramiento en Caupolicán, que se distinguía entre los más valientes por su sagacidad, patriotismo y fuerzas hercúleas. Es probable que entonces se presentó un indio joven llamado Lautaro, caballerizo de Valdivia, y muy conocido de los españoles con el nombre de Alonso ó Felipe; este joven gue rrero, en cuyo corazón el trato con los vencedores no había apagado el amor a la patria, se huyó del lado de Valdivia y fué á alentar el valor de los araucanos. Les hizo ver que los extranjeros no eran inmortales, que se fijasen en su reducido número, y que no temiesen á los caballos, porque él sabía cuán fácil era inutilizarlos. Aconsejó á sus compatriotas que procurasen pelear de tal modo que cansaran al enemigo, para lo cual bastaría colocar parte de las tropas en lugares inaccesibles, y que fueran saliendo en reducidos grupos al combate y suplantándose sucesivamente; luego que los españoles estuviesen fatigados, cargar todos, y la victoria era segura. En cuanto á los caballos, que procurasen darles fuertes golpes en la cabeza, y, derribados, sería fácil cosa concluir con los jinetes. Entusiasmados los araucanos se sublevaron como un solo hombre.

El fuerte de Tucapel fué el primer objeto de la venganza de los indios. Caupolicán consiguió fácilmente destruirlo esperó sobre sus ruinas al gobernador español, y dispuso las tropas según las instrucciones de Lautaro. Unas vegus en las que no podían penetrar los caballos sirvieron para

resguardar el grueso del ejército.

Valdivia supo en Concepción el alzamiento de los indios y, sin darle importancia, seguro de la victoria, fué con solo cincuenta jinetes á socorrer el fuerte, que creía sitiado por los araucanos. En valde un indio que le servía le avisó de gran peligro y le ponderó el valor terrible de los araucanos y los visos de guerra á muerte que tenía la sublevación.

Valdivia dispuso su reducida tropa conforme lo dictaba su experiencia, y la lanzó en pequeños grupos contra enemigo; pero la intra enemigo; pero ene enemigo; pero la inmensa inferioridad numérica hizo inferioridad numérica

til este recurso: los araucanos se sucedían-con orden y no daban tregua á los fatigados españoles. Estos fueron cavendo unos en pos de otros, y la derrota se hizo inevitable. Valdivia consiguió huir con su capellán, pero fué hecho prisionero y conducido á la presencia del toqui vencedor. No hay certeza tocante al modo como mataron los indios al infeliz gobernador: parece probable que, mostrándose Caupolicán dispuesto á perdonarlo, un anciano guerrero, Leocatón, descargó sobre la cabeza de Valdivia un terrible golpe de maza que acabó con su vida (1553).

## CAPITULO XXII

Testamento de Valdivia.—Nuevos triunfos de los araucanos.—Disensiones de los españoles.— Muerte de Lautaro.—Don García Hurtado de Mendoza.—Hazañas militares de don García en la guerrra de Arauco.—Prisión y muerte de Caupolicán.—Expedición de don García á Chiloé.— Últimas hazañas de don García.

Testamento de Valdivia.—La muerte de Valdivia llenó de espanto á todos los colonos de Chile, y hasta en el Perú, cuando se supo, no querían creer que pudiese un capitán tan ilustre haber sido muerto por unos salvajes sin nombre. En Concepción fué grande la zozobra y el temor. Abrióse el testamento de Valdivia, del que había un ejemplar en Santiago y otro en Concepción. El testamento disponía que sucediese al gobernador, en primer lugar, Jerónimo de Alderete, que estaba en España y que murió en su viaje de vuelta, por haberse incendiado el buque, desgracia que no pudo sobrellevar; en segundo lugar, Francisco de Aguirre también ausente, y por último, Francisco de Villagrán. Este se hizo cargo del ejército y del gobierno mientras se resolvía el asunto, y comenzó por despoblar las ciudades de Angol y Villarrica para oponer resistencia Nurse.

Nuevos triunfos de los araucanos.—Los indios se habían envalentonado tanto con su victoria que no sólo pretendían echar de Arauco á los españoles sino de todo el país. Las ciudades del sur estaban amenazadas por innumerables enemigos. Villagrán se internó imprudentemente en el territorio araucano á la cabeza de 180 hombres. En la cuesta de Marihueñu, que está al lado de la costa y ron los españoles, fué sorprendido por Lautaro. Merced á los ardides del joven guerrero, la batalla fué una completa

derrota para los invasores: muchos perecieron allí, y el mismo Villagrán estuvo en inminente peligro. La nueva victoria de los indios hizo necesario evacuar á Concepción, cuyos habitantes se dirigieron a Santiago, donde era grande el temor que inspiraban los triunfos de los araucanos. Por orden del gobierno del Perú se reconstruyó otra vez a Concepción; pero atacada por Lautaro, fué de nuevo destruída. Las demás ciudades del sur quedaron estrechamente sitiadas.

DISENSIONES ENTRE LOS ESPAÑOLES.—Casi al mismo tiempo que Villagrán sufría en Marihueñu una completa derrota, llegaba á la Serena Francisco de Aguirre, que al saber la muerte de Valdivia reclamó para sí el título de gobernador. Circunstancia fué esta que hizo á Villagrán apurar su viaje á Santiago, más celoso de ser gobernador que de vencer á los araucanos. El cabildo de Santiago hubo menester de toda su prudencia para evitar que Aguirre y Villagrán y sus respectivos partidarios viniesen á las manos. Quedose aquél en la Serena y este en Santiago, mientras la audiencia de Lima resolvía la cuestión. Esta anuló el testamento de Valdivia y suprimió el cargo de gobernador. debiendo los corregidores de las respectivas ciudades gobernar sus distritos hasta nueva orden; y mandó que se reedificase inmediatamente á Concepción. Una y otra cosa manifestaban poquisimo tino de parte de los oidores, pues era el gobierno menos apropósito en aquellas circunstancias, que requerían un poder fuerte y enérgico; y en cuanto á lo segundo, ya vimos su resultado. Cuando se supo en Lima que la situación de Chile empeoraba, se dió contraorden y se confió á Villagrán el gobierno con el título de corregidor.

Muerte de Lautaro.—Los araucanos, ensoberbecidos con sus victorias, no pensaban sino en arrojar de Chile á los extranjeros. Caupolicán y Lautaro convinieron en separarse: aquél destruiría la Imperial y Valdivia y éste debía marchar á la capital para expulsarlos del centro de su

poder.

Escogió un reducido número de los más valientes guerreros con la esperanza de aumentarlo con la flor de las tribus por donde tenía que atravesar en su marcha á Santiago. El nombre de Lautaro era por sí solo bastante para alarmar a los españoles, así es que cuando se supo en la capital el proyecto de los araucanos, se aprestó inmediatamente la defensa, pues la confianza era peligrosa con tal enemigo.

Villagrán mandó que saliese al encuentro de Lautaro

un respetable destacamento de españoles, para impedir un respecte a la ciudad. En Peteroa vinieron a las manos, y a pesar del valor de una y otra parte, la victo-

ria quedó indecisa.

Villagrán no tardó en salir personalmente contra los araucanos, pues Lautaro no cejaba en su empeño de destruir á Santiago, y por senderos no conocidos de los españoles seguía avanzando hacia el norte. Había acampado allende el Mataquito (algunas leguas al poniente de Curicó), cuando por los mismos indios supo Villagrán su paradero v se dirigió contra el terrible enemigo. En efecto, sorprendió á los araucanos é hizo en ellos una horrible carnicería. de la que fué víctima también el denodado Lautaro.

DON GARCIA HURTADO DE MENDOZA.-No gozó por mucho tiempo Villagrán de una victoria que parecía asegurarle el gobierno de Chile. Era el caso que el virrey del Perú, don Andrés Hurtado de Mendoza, deseando terminar la desastrosa guerra de Arauco, nombró á su hijo don García, ioven de 22 años, gobernador interino de Chile, y le dió las fuerzas que creyó suficientes para que se señalase en

una empresa que ya empezaba á ser gloriosa.

Desde las primeras medidas que tomó don García, recién llegado á la provincia de su gobierno, manifestó la energía de su carácter y gran tino político. Poco después de bajar á tierra en Coquimbo, obligó á Aguirre y á Villagrán á que se embarcasen para el Perú, evitando así las peligrosas disensiones que dividían á los colonos (1557).

Sin detenerse en vanos aparatos, y sin pasar siquiera á la capital, se embarcó don García Hurtado para Arauco, y

dispuso que por tierra le siguiese la caballería.

El joven general arribó sin novedad á la Quiriquina, en donde se detuvo algún tiempo para organizar la campaña, y recibió las falaces embajadas de los araucanos. Don Garcia trató á los indios con bondad y procuró atraerlos

á la paz; pero sin manifestar temor.

HAZAÑAS MILITARES DE DON GARCIA HURTADO EN LA GUERRA DE ARAUCO.—Impaciente don García por humillar cuanto antes á los araucanos, no esperó el resto de las tropas y bajó á tierra firme. Sobre las ruinas de Concepción hizo levantar un fuerte, y cuando el y su ejercito se ocupaban en concluirlo, cayeron sobre ellos los terribles araucanos con Caupolicán á su cabeza. El combate fué rehidísimo y don García peleó con valor heroico; una espantosa matanza de indios decidió la victoria á favor de los españoles, quienes no pudieron picar la retirada del enemigo por no haber llegado la caballería. Poco después se

juntó ésta al grueso del ejército. Este se compuso, con los refuerzos de Santiago, de 600 infantes y cien jinetes: el cuerpo más respetable de cuantos hasta entonces habían

peleado contra los araucanos.

Creyóse que habrían escarmentado los indios con la derrota sufrida en su ataque al fuerte de Penco; don García pasó el Bio-Bío á la cabeza de su ejército, tanto para someter á los araucanos, como para auxiliar á la Imperial y Valdivia. No tardaron los araucanos en acometer furiosamente á los invasores en un lugar llamado las Lagunillas. Después de reñidísima batalla, la victoria se decidió por los españoles. Ni cejaron por ello los indios, que de nuevo acometieron en Millarapue, pero con igual resultado. Estas dos sangrientas derrotas y el terrible tratamiento que don García dió á los prisioneros hicieron amainar el valor de los indios y pudo el joven gobernador entrar triunfante en la Imperial, que harto necesitaba de su auxilio.

Concepción fué reedificada por orden de don García, que en honor de su familia, uno de cuyos títulos era el de marqués de Cañete, hizo fundar la ciudad de este nombre.

No se detuvo mucho tiempo en la Imperial el activo joven, pues viendo que los araucanos, después de un nuevo escarmiento que habían recibido en una sorpresa frustrada por su parte, parecían anonadados, partió para el sur.

Prisión y muerte de Caupolicán.—La recién fundada ciudad de Cañete tenía por gobernador á Alonso Reinoso, cuya crueldad y alevosía lo han deshonrado en la historia de Chile. El célebre Caupolicán, que había escapado de las sangrientas derrotas sufridas por los araucanos, buscaba incansable una ocasión de hacer algo que manifestase á los opresores de su patria que el valor araucano no se había aún estinguido. Creyó empresa digna del toqui arrasar á Cañete. Para esto entró en negociaciones con un pérfido indio que guardaba las puertas de la ciudad; le comunicó sus planes y se informó de las horas en que estarían descuidados los españoles. Pero el traidor comunicó á Reinoso cuanto había oído á Caupolicán, así es que le fué fácil al español engañar y atraer al desgraciado toqui. Presentóse en efecto Caupolicán con sus guerreros el día y hora convenidos; mas, una vez dentro de la plaza, cerráronse las puertas, y los españoles, aprestados á la batalla, caveron sobre los araucanos haciendo espantosa carnicería. Á duras penas logró escapar Caupolicán y algunos de los suyos.

Ocultóse el toqui, pero la traición lo puso en manos de

su enemigo. Reinoso lo condenó á morir inhumanamente: que se le sentase en la punta de una larga estaca de modo que le atravesase las entrañas y, cual si aún no bastara, hizo lanzar una nube de saetas sobre la ilustre víctima. Felizmente el toqui fué bautizado y murió con la resignación cristiana y con el desprecio al dolor que era de costumbre en el guerrero americano.

Expedición de don Garcia á Chiloé.—No parece que don García haya tenido parte alguna en la cruel muerte de Caupolicán, pues entonces hacía su penosa expedición á

Chiloé.

Ya antes había mandado por mar á dos de sus naves para explorar la costa hasta el estrecho, y él se propuso reconocer la tierra hasta Chiloé. Mucho tuvieron que sufrir los españoles en este viaje á causa de los obstáculos naturales de aquella región salvaje; mas no por parte de los indios á quienes la fama de los extranjeros había por entonces sometido. En 1558 llegó á vistar don García las primeras islas del archipiélago, y después de una ligera exploración y de tomar posesión de ellas se volvió á la Imperial, no sin haber fundado antes la ciudad de Osorno.

En esta expedición figuró el célebre poeta español don Alonso de Ercilla que en su Araucana cantó las hazañas

de indios y españoles.

ULTIMAS HAZAÑAS DE DON GARCIA.—Pero el valor indomable de los araucanos se alzó de nuevo en defensa de la patria; y ya que la experiencia les había enseñado que eran impotentes en batallas campales, hicieron en los cerros de Quiapo, que están al lado de la costa, un fuerte á imitacion de los españoles, y, reunidos en él los más bravos guerreros, hacían el mal posible á sus enemigos. Don Garcia supo á su vuelta que los indios pretendían aún sacudir el yugo, y se puso á atacarlos en aquel último atrincheramiento. Como puede esperarse, la táctica europea triunfó otra vez del heroísmo bárbaro de los indigenas, que fueron vencidos, no sin una resistencia feroz, y el fuerte arrasado completamente.

Con esto pareció aquietarse la tierra, y don García mandó parte de sus tropas allende los Andes para apoderarse de esas provincias y fundar la ciudad de Mendoza, esta última en honor del joven conquistador. Así quedó bajo el gobierno de Chile por mucho tiempo la provincia de Cuyo. Fundó además don García la ciudad de los Infantes.

Pasó después á Santiago y trabajó personalmente en los cimientos de la catedral; y ya se ocupaba en arreglar los asuntos de la colonia, cuando supo el nombramiento de Villagrán para gobernador propietario de Chile. Se volvió, pues, al Perú, dejando el gobierno interino á Rodrigo

de Quiroga (1561).

Tal fué don García Hurtado de Mendoza, uno de los gobernadores más ilustres de la época colonial. En breve tiempo tuvo la gloria de someter á un pueblo contra el que se estrellaron después todos los esfuerzos de sus sucesores. Fué don García un joven muy religioso, de costumbres ejemplares, desinteresado hasta el extremo de volverse en suma pobreza, habiendo gastado por el bien de la colonia hasta su rica vajilla de plata; hábil militar, y valiente á toda prueba. Se le acusó de cruel y arrebatado; pero alguna excusa merece por los tiempos y la índole de sus enemigos y la edad en que se le confió el gobierno. Más tarde fué ascendido á virrey del Perú.

### CAPITULO XXIII

## Colonias francesas.

La Florida.-El Canadá.-Los jesuítas en el Canadá.-La Luisiana.

La Florida.—Esta hermosa península fué teatro de los sufrimientos de dos capitanes que habían figurado el uno en Méjico y el otro en el Perú: Narváez y Soto. Uno y otro obtuvieron sucesivamente, con diez años de diferencia (1528-1538), el gobierno de Florida, y uno y otro hallaron allí su tumba después de infructuosas penalidades.

Trascurrieron varios años sin que los españoles fundasen alguna colonia en-la Florida; sólo algunos misioneros expusieron generosamente su vida por convertir á los

salvaies.

En 1562, el francés Juan Rivault, después de recorrer las costas vecinas, fundó una fortaleza que llamó Fuerte Carlos. Los colonos eran calvinistas que, á consecuencia de las guerras religiosas que entonces había en la metrópoli, buscaron un refugio en esa parte de América. Los hábitos de insubordinación contraídos por los herejes impidieron el progreso de la colonia, y los odios de sectarios los indispusieron con los españoles de las colonias vecinas y se encendió la guerra. Los españoles, mandados por Menéndez de Avila, atacaron á los franceses que, vencidos, fueron tratados con gran crueldad.

Por encargo de Felipe II, Menéndez tomó posesión de la Florida y trató de colonizarla, para lo cual fundó la ciudad de San Agustín. Una súbita aparición de los franceses, que vengaron con igual crueldad la muerte dada á sus compatriotas, no impidió que se fundasen nuevas ciu-

dades y fuese la península una colonia española.

EL ČANADÁ.—Algunos años más tarde los franceses no fueron tan desgraciados en sus intentos de fundar colonias en el Nuevo Mundo. Después de reconocer el San Lorenzo y explorar las regiones de sus orillas, el rey de Francia autorizó á principios del siglo XVII (1604) al caballero de Monts para colonizar el Canadá. Este echó los cimientos de Por-Royal, y su compañero Champlain, que antes había explorado el país, fundó á Quebec.

Los índios atacaron con tanta constancia y valor á los extranjeros que los primeros años tuvieron las colonias una vida miserable. Pero la llegada de los jesuítas y su apostólica misión entre los indios, convirtiendo á unos y suavizando el carácter de los otros, introdujeron las luces de la civilización y se fundaron nuevas ciudades. Mon real llegó á ser de las más importantes del Canadá.

Entre estos ilustres misioneros son dignos de especial mención los padres Allouez y Marquett. El segundo descu-

brió y exploró el Mestchacebé hasta el Misissipi.

La Luisiana.—El descubrimiento de este gran río abrió nuevos campos a los aventureros. La Sale se embarcó en 1679 en sus aguas y lo recorrió hasta la desembocadura. Como el célebre rey de Francia Luis XIV lo había autorizado para hacer la expedición, dió en su honor el nombre de Luisiana á la región descubierta. Fundó La Sale algunos fuertes de poca importancia. Pero pasó aún algún tiempo sin que esas vastas provincias fuesen colonizadas por los franceses. En 1722 se fundó á Nueva Orleans, capital de la Luisiana. El progreso de las colonias francesas no se desarrolló rápidamente á causa del mal sistema de gobierno adoptado por la Corte.

## CAPITULO XXIV

# Colonias Inglesas.

La Virginia y la Nueva Inglaterra.—Juan Smith: progresos de la Virginia.—Sublevación de los indios, disolución de la Companía de Londres.—La Nueva Inglaterra y los puritanos.—Influencia de la revolución inglesa en las colonias.—Nuevas colonias.

La Virginia y la Nueva Inglaterra,—Sir Walter Raleigh fué autorizado por la reina Isabel de Inglaterra para descubrir y colonizar las tierras visitadas por Cabot, que por mucho tiempo no llamaron la atención de los ingleses (1581). Una expedición que hubo antes de Raleigh tuvo mal resultado. Aunque éste hizo cuatro expediciones á la región por él descubierta, y que en honor de Isabel llamó Virginia, no consiguió tampoco fundar colonias estables, á causa de la hostilidad de los indios. Puede decirse que el principal fruto de sus trabajos fué la introducción del taba-

co y de la papa en la Inglaterra.

Sólo en tiempo de Jaime I, sucesor de Isabel, se reanimaron las expediciones á la Virginia. Una compañía de comerciantes alcanzó de este rey que les concediese colonizar las provincias descubiertas por Raleigh. Jaime conoció la importancia que debía tener aquella vasta región y accedió á la petición; pero con algunas limitaciones. Dividió la Virginia en dos partes: Virginia del Norte, Nueva Inglaterra y Virginia del Sur. Concedió la primera á una compañía de Plymouth y á otros cuerpos, y la segunda á la compañía de Londres. Nombró dos consejos para gobernar las colonias, uno residente en la metrópoli y otro subordinado al anterior y que residiera en la colonia. Autorizó el libre comercio con cualquiera potencia, y favoreció con otras prudentes leyes el progreso de las colonias.

Fué la Virginia la primera que procuraron colonizar los ingleses, y una expedición que partió en 1606 fundo á Ja-

mestown.

Juan Smith: Progresos de la Virginia.—Muy poco podía esperarse de la nueva colonia, á juzgar por sus humildes principios, por las disensiones que estallaron entre sus fundadores y el poco caso que hicieron entonces de la agricultura. Pero había entre ellos un hombre de grande actividad y talento, Juan Smith. Aunque no hicieron al principio caso de él, no tardaron en desengañarse y ponerlo á la cabeza del gobierno. El venció á los indios que se habían sublevado y libró á Jamestown de ser arrui-

nada ó abandonada por la escasez de víveres. Por orden de la compañía emprendió una expedición imprudente y cayó en poder de los salvajes. Habría sido muerto á no intervenir en su favor una joven india llamada Pocahontas. Á ella debió la vida y la libertad, y la colonia nuevos víveres de que extremadamente necesitaba. Ella aún dió parte de un complot que contra la colonia tramaban los indios. Los ingleses amaron y agradecieron á Pocahontas sus servicios, y uno de los principales colonos la tomó por esposa.

Smith hizo los mayores esfuerzos para que los colonos cultivaran los campos, exploró de nuevo el país y sufrió grandes penalidades para evitar la ruina de la colonia.

Entretanto, el rey había ensanchado los poderes de la compañía, cediéndole los derechos que él se había reservado.

entre otros, el de nombrar gobernador.

Esta medida contribuyó eficacísimamente al progreso de Virginia. Después de varios incidentes y expediciones desgraciadas y aún el abandono del Jamestown, lord Delaware fué nombrado por la compañía presidente vitalicio de la colonia.

Este organizó una expedición respetable y dió nueva vida al amortiguado entusiasmo de los colonos. Favoreció la agricultura, y el cultivo del tabaco fué luego una fuente de riqueza. Los sucesores de Delaware dieron mayor impulso al rápido progreso de Virginia. La esclavitud de los negros de África también comenzó entonces á introducirse en la colonia.

El gobernador sir Jorge Yardeley convocó una asamblea elegida por los colonos, y se echaron las bases del sistema de gobierno representativo. La compañía aprobó esta innovación. Hubo un poder ejecutivo en el gobernador, una cámara alta en el consejo nombrado por la compañía. Las leyes, sin embargo, para ser obligatorias requerían la apro-

bación de la compañía.

Sublevación de los indios; disolución de la compañía de Londres.—El 29 de Marzo de 1622 vino á interrumpir la próspera marcha de la colonia. Los indios que hacía largo tiempo deseaban deshacerse de sus huéspedes, tramaron un terrible complot para asesinarlos sin perdonar á uno solo que cayese en sus manos. Con efecto, aprovechándose del descuido y dispersión de los ingleses, los salvajes los atacaron de súbito, llevándolo todo á sangre y fuego. De las ciudades sólo Jamestown logró escapar y sirvió de refugio á los fugitivos. Defendiéronse los colonos con la fuerza de la desesperación y vencieron á su enemigo,

Hízose la paz y, cuando á su turno estuvieron los indios descuidados, cayeron sobre ellos los ingleses y los pasaron á cuchillo en tanto número que los imposibilitaron para otra sublevación de serias consecuencias.

Al año siguiente el rey Jacobo resolvió disolver la compañía de Londres por la oposición que ésta hacía á su política y reasumir el gobierno y dirección de las colonias, lo

que en efecto sucedió.

La Nueva Inglaterra y los puritanos.—La Virginia del norte ó Nueva Inglaterra no correspondió en sus principios á los adelantos con que muy pronto había de aventajar á la Virginia del Sur. Las primeras expediciones fueron infructuosas, y sólo en el año 1620 se fundó á Nueva Plymouth. En el mismo el rey Jacobo, en vista del poco éxito que la compañía de Plymouth obtenía para colonizar la nueva Inglaterra, dió á otra igual privilegio:

pero sin mejor resultado.

Por esa época las discusiones religiosas que agitaban la Inglaterra desde los tiempos del tirano Enrique VIII, se recrudecieron con gran fuerza. Los puritanos que componían una de las muchas sectas religiosas, fueron crudamente perseguidos y obligados á emigrar. Entonces muchos fijaron sus ojos en América para buscar una segunda patria en donde poder practicar libremente sus creencias. El rey les facilitó sus proyectos y fué así como los puritanos fundaron á Nueva Plymouth. El clima causó á muchos la muerte, pero nuevos emigrantes aumentaron notablemente la población de la Nueva Inglaterra, atraídos por la libertad en que se les dejaba para vivir y gobernarse como quisieran, con tal que se reconocieran siempre súbditos del rey. El incremento de la colonia permitió fundar otras ciudades, que, como Boston, en Massachussets, habían de ser muy importantes.

Înfluencia de la Revolución Inglesa en las-colonias.—Así como la persecución religiosa contribuyó con mucho á la población y prosperidad de las dos Virginias, la revolución que por esa época hubo en Inglaterra ejerció una influencia aún más poderosa en el desarrollo de las colonias. De tal modo estaba perturbada la madre patria que los ingleses emigraban á millares á América. Así es que en poco tiempo la Virginia contó 20,000 colonos y la Nueva Inglaterra más de 4,000 familias emigradas. El rey Carlos I prohibió la emigración, temiendo que se despoblase la Inglaterra. El malvado Cromwell y otros corifeos de la revolución se hallaron detenidos cuando ya se iban á dirigir para la América. Aquél, que llegó á ser el jefe de la revolución, per-

siguió á la antigua nobleza que vino á su turno á aumentar la población anglo-americana.

La autoridad de Cromwell no fué reconocida al principio en Virginia, pero se hizo respetar y obedecer por fuerza y

prohibió el comercio de las colonias.

La emigración inglesa dió un carácter muy diverso á las dos regiones en que se dividía la colonia. En Virginia dominó el amor al rey y á su gobierno, y la inmensa mayoría de los colonos pertenecía á la clase obrera; mientras que en la Nueva Inglaterra dominó el amor á las antiguas libertades inglesas, y se aplaudió la sabiduría del usurpador que protestaba hacerlas revivir. La parte más ilustrada y rica de los emigrantes pobló la Nueva Inglaterra, lo que explica fácilmente la rapidez con que se sobrepuso á la Virginia. Aquí se aumenta espantosamente la esclavitud y allí se la mira con horror.

Nuevas colonias.—Así antes como después de la revolución inglesa, las colonias se multiplicaron sobre todo en la Nueva Inglaterra. Unos en pos de otros aparecen los estados de Maryland, fundados por los católicos perseguidos. La Providencia, Rhode-Island, Connecticut, New-Hamps-

hire, Mayne y Warwick.

La Holanda deseó también tener colonias en América y organizó una expedición para que se posesionase de la gran bahía de Hudson, así llamada por haberla explorado un inglés de este apellido, entonces al servicio de Holanda. El territorio que comenzaron á colonizar los holandeses se encuentra entre la Virginia y la Nueva Inglaterra, y es hoy la parte más poblada de Estados Unidos. Los holandeses fundaron varios fuertes, siendo el más notable y que progresó admirablemente el de la Nueva Amsterdán. Pero el duque de York, una vez restablecida la paz en Inglaterra, fué enviado por el rey Carlos II, su hermano, para quitar por la fuerza á los holandeses las colonias que habían fundado en un territorio que los ingleses creían pertenecerles. La expedición era poderosa y, como no dió tiempo á la resistencia, arrebató á la Holanda sus colonias.

Nueva Amsterdán tomó el nombre de Nueva York, y su territorio el de Albany. La parte del sur se llamó Nueva Jersey y forma otro estado de la Gran Confederación.

Como antes habían venido los puritanos, vinieron después (1682) los cuáqueros, secta de creencias y ritos extravagantes, cuyo jefe Guillermo Penn, con la debida autorización de Carlos II, pasó á América á colonizar con sus cuáqueros el territorio del oeste de Delaware. Él fundó

la ciudad de Filadelfia, y fué el colonizador de los estados de Pensilvania y Delaware. Penn trató con dulzura

á los salvajes y procuró civilizarlos. Ya antes se había formado la colonia de la Carolina, por protestantes franceses que sostuvieron terribles guerras contra los españoles, y sobre todo, contra los indios, que pusieron la colonia en gran peligro con una súbita matanza de los franceses. Después de muchos cambios entró la Carolina á formar parte de las colonias inglesas v se dividió en el siglo XVIII en Carolina del Norte y del Sur.

El último estado de la Confederación, tanto por su fundación cuanto por sus lentos progresos, fué el de Georgía, así llamado por haberse constituído en tiempos del rey Jorge II (1732). Presenta la singularidad de haber sido el único que procuraron formar los naturales semicivilizados y convertidos al cristianismo, si bien los ingleses destruyeron su obra y les arrebataron sus pueblos para formar una colonia como las demás.

# PARTE SEGUNDA

# La Colonia

#### CAPITULO I

Idea general de esta época.—Gobierno de las colonias.—Otros tribunales.—Estado de la Iglesia.—Las misiones, los jesuítas.

Idea general de esta época.—La conquista es una época de guerras más ó menos sangrientas; la colonia es, por el contrario, una época de paz, casi podemos decir un largo reposo después de la victoria. De aquí nace naturalmente que aquélla es de suyo interesante y ésta monótona y poco llama la atención. Los conquistadores europeos, así españoles como ingleses, portugueses y franceses, procuran consolidar su poder, dar leyes para la acertada administración de sus respectivas provincias, y saear de ellas el mayor provecho posible. No tanto se trabaja por engrandecerlas cuanto por usufructuarlas. De aquí el atraso de las colonias y la ruina de la raza conquistada, que no puede resistir al laboreo de las minas y demás penosos trabajos á que la sujetan. Sólo la Religión viene á favorecer al indio y á proteger sus derechos, y procurar refundir indistintamente al europeo y al americano.

De lo dicho se infiere que no es posible detenerse igualmente en la época de la colonia como en la de la conquista, porque no hay importancia ni variedad en los hechos. Así nos limitaremos á dar ideas generales acerca del sistema de gobierno y condición social de los colonos, deteniéndonos un tanto en uno que otro hecho digno de especial mención. Exceptuaremos, sin embargo, á Chile, tanto porque incluimos aquí la historia especial de nuestro país, cuanto porque fué el único en donde la conquista no pudo completarse, y opusieron los indios una resistencia tal que costó á España más hombres y dinero que

la conquista de toda la Ámérica.

Gobierno de las colonias.—Hemos hablado ya de la fundación del Consejo de Indias, tribunal supremo residente en la península y al que competía la alta dirección de las colonias hispano-americanas. Componíase de personajes que habían desempeñado honorablemente algún alto empleo en las colonias. El proponía al rey las personas que habían de nombrarse para los destinos civiles y eclesiásticos de importancia. A el iban en apelación los juicios que habían sentenciado las reales audiencias, siempre que se tratase de más de 6,000 pesos y lo pidieran las partes, el proponía las leyes y tenía á su disposición los documentos relativos á las colonias.

Los virreyes eran en América los más altos representantes del rey; ejercían el poder ejecutivo y constituían la suprema autoridad civil y militar; y aun en cuanto a la Iglesia se atribuían el patronato exajerado que pretendía poseer el rey de España: eran los vice-patronos. Diversas leyes se dictaron para procurar que no abusasen de su autoridad: se les prohibía adquirir propiedades, casarse, comerciar, etc., prohibiciones que fueron muchas veces burladas; pues, muchos se enriquecieron en América, á pesar de los enormes gastos que les exigía el tren de su dignidad. La persona del virrey estaba rodeada del lujo y aparato de un monarca.

Había también capitanes generales que gozaban casi de la misma autoridad que los virreyes, sobre todo los que sólo dependían de España. Otro tanto sucedía con los presidentes y gobernadores que poseían facultades más 6 menos extensas, según estaban sometidos directa ó indi-

rectamente al virrey ó alguna real audiencia.

Estos altos empleados, que por lo general ejercían sus destinos por poco tiempo, eran sometidos al fin de su gobierno á un juicio de residencia, ó sea un juicio acerca de la rectitud de su gobierno. El rey nombraba un comisionado para que oyese las quejas que hubiera contra ellos. El Consejo de Indias sentenciaba en última instancia. Sin embar-

go, los empeños y las relaciones con los grandes de la corte hacían evadir fácilmente todas estas disposiciones.

En cuanto á las colonias de otras naciones europeas, al

tratar de ellas hablaremos de su respectivo gobierno.

Otros tribunal residente en Sevilla, llamado Casa de Contratación, cuyo oficio era entender en el comercio de las Indias y juzgar los pleitos originados entre los grandes comerciantes.

La Real Audiencia era la autoridad judicial de las colonias. Más aún, gozaba de algunas atribuciones con las que impedía la tiranía de los virreyes y capitanes generales, que presidían el tribunal, pero sin voto en él. Los miembros de la Audiencia ú oidores eran en mayor ó menor número, según las provincias sujetas á su jurisdicción. Para asegurar la recta administración de justicia, los oidores no podían adquirir propiedades, casarse, ni servir de padrinos, etc., sin especial permiso.

Cuando el virrey ó el capitán general moría sin dar tiempo á que llegase el sucesor, el oidor más antiguo go-

bernaba interinamente.

Los consulados eran tribunales especiales cuyos miembros, elegidos por los comerciantes, juzgaban los litigios ocasionados en el comercio y proponían al rey los medios más adecuados para el progreso del comercio y de la agricultura.

La inquisición, este célebre tribunal, fundado en España para impedir la introducción de la herejía y reprimir las espantosas devastaciones, incendios y matanzas á que se entregaban los herejes, también existió en América, si bien no hubo en ella necesidad de tantos autos de fe como en España. En Méjico, Lima y Cartagena se estableció este tribunal. Contribuyó no poco á impedir que los malos libros, que tantos destrozos y matanzas causaron en Europa, hicieran mal en América.

Los cabildos, que casi correspondían á las actuales municipalidades, eran el único tribunal á que tenían acceso los criollos y en el cual dominaban: por eso no se extrañe que en la independencia ejerciesen los cabildos una parte muy principal. Componíanse del gobernador de la ciudad ó villa, que los presidía, y de los regidores que elegían á los alcaldes, encargados de administrar justicia. Era de la incumbencia del cabildo ó ayuntamiento impulsar el adelanto de la ciudad respectiva, hacer guardar el orden y la policía.

Hubo además tribunales especiales: para los eclesiásti-

cos y legos en causas eclesiásticas, el tribunal del obispo; para los militares, para los negocios de minas, etc.

Estos tribunales tenían su código especial para regirse y las leyes de Indias, ó sea la recopilación de los decretos de los reyes de España tocante á sus colonias de América. Leyes sabias y minuciosas, que aún rigen en buena parte

en varios países americanos.

Estado de la Iglesia.—La Iglesia ejerció en esa época la influencia bienhechora que desde su fundación ha ejercido en todos los pueblos; protegió cuanto pudo las ciencias y las letras, reprimió los vicios de los conquistadores y procuró introducir la civilización, la verdadera civilización entre los indios, y defenderlos contra la opresión á que los sujetaba la ley del vencido. Los derechos de los indios encontraron en los obispos sus más valientes sostenedores.

En cuanto al gobierno de la Iglesia, hubo casi como hoy varias provincias eclesiásticas que tenían por jefe á un arzobispo, del cual dependían los obispos sufragáneos. Méjico y Lima fueron las sedes metropolitanas más notables. Si bien más tarde se fundaron nuevos arzobispados,

no tuvieron la importancia de aquéllos.

Son dignos de especialísima mención los concilios mejicanos y limenses; venerables asambleas que reunían á los obispos de la respectiva provincia para discutir puntos de moral ó disciplina según las necesidades de los tiempos. Varios de esos concilios merecieron por sus acertadas me-

didas la aprobación del Romano Pontífice.

El rey de España, en virtud de especiales privilegios concedidos por el Papa, proponía las personas que creía dignas para los arzobispados y obispados. Sin embargo, los monarcas españoles exageraron el alcance de esos privilegios, que se conocen con el nombre de el real patronato, é hicieron pesar sobre la Iglesia americana verdaderas cadenas, contra las que se levantó más de una enérgica protesta, así de parte de la Santa Sede, como de algunos

santos obispos.

El clero, aunque relativamente numeroso comparado con el actual, era aún insuficiente para atender á las necesidades espirituales de los habitantes esparcidos en tan vastas comarcas. El sacerdote era en estos tiempos mucho más respetado que lo fué después de la Independencia, cuando las doctrinas impías de la revolución francesa circularon libremente en América. La influencia del clero contribuyó no poco á la conservación de la paz y del orden, y la diminución de esa influencia ha traído también la facilidad con que ahora se ven perturbados los países americanos.

Hubo numerosos conventos de hombres y mujeres, y la autoridad no coartaba la libertad del ciudadano para consagrarse del todo á Dios, como desgraciadamente ha sucedido después. Las ventajas que de esas santas instituciones se seguían para los habitantes, y en especial para el pueblo, eran incalculables, no sólo en cuanto á los bienes eternos, sino aún temporales: allí se albergaba la caridad para con el pobre, el cultivo de las ciencias y de las artes, etc.

Cierto que los conventos en esa época poseían cuantiosas riquezas, lo que no es extraño si se atiende á que ingresaban en ellos frecuentemente los hijos de casas opulentas; pero el uso de esas riquezas fué en beneficio de la

sociedad.

Los misioneros.—De los conventos salían esas falanjes de misioneros que recorrían los bosques y los desiertos para convertir á los infelices salvajes. Es asunto de una obra especial referir-las gloriosas hazañas de estos guerreros de la Cruz. Las penalidades que se veían obligados á soportar pueden deducirse del carácter y ferocidad de los bárbaros. Innumerables misioneros coronaron con el martirio sus tareas apostólicas. Las misiones civilizaron á millones de indios y proporcionaron á la ciencia preciosos datos acerca de las lenguas y costumbres americanas. La principal gloria cabe al clero regular: los jesuítas, franciscanos, dominicos y mercedarios. Fuera de los nombres que figuran en la historia particular de cada nación americana, citaremos, entre muchos otros infatigables misioneros, al gran Santo Toribio Mogrovejo, arzobispo de Lima, que organizó fructuosas misiones y bantizó personalmente á millares de indios; San Francisco Solano, que en el Perú y en Tucumán dejó recuerdos imperecederos de su vida y trabajos apostólicos; San Luis Beltrán en Nueva Granada, también apóstol de los indios, etc.

Los jesuítas sobresalieron entre las órdenes religiosas que trabajaron por la conversión de los indios. Esa orden admirable parece sola en cada pueblo; pero es en el Paraguay y en el Brasil donde principalmente brillan los hijos de San Ignacio. Ya en la historia especial de esas naciones bosquejaremos sus trabajos. Y no fué sólo el tino y acierto con que emprendieron los jesuítas la conversión y divilización de los salvajes lo que los ha hecho célebres en la historia de América; que se dedicaron con no menos tesón á moralizar á los colonos, á la educación de sus hijos, al progreso de las ciencias y de las artes. La tierra

de América está aún sembrada de los monumentos de esa orden, y los nombres de sus miembros figuran en toda ciencia ó arte.

### CAPITULO II

Distinción de clases.—Agricultura, industria y comercio.—Instrucción.—
Reflexiones acerca del sistema colonial.

Distinción de clases.—No todos los habitantes de las colonias americanas eran igualmente considerados. Las costumbres de la época y aun la ley establecían cierta jerarquía social, cuyas consecuencias fueron funestas para

la metrópoli.

Pertenecían á la primera clase, que era la más considerada y monopolizaba casi todos los empleos de alguna importancia, los españoles de nacimiento establecidos en América. Formaban la segunda los criollos, es decir, los que, aunque descendientes de españoles habían nacido en América. Eran mirados por la Corte con cierta desconfianza, v muy rara vez se les daban cargos políticos. Los criollos, para igualarse á los españoles, procuraban hacerse de títulos de nobleza á precio de oro. Había, pues, entre unos y otros un odio y una envidia mal encubiertos que contribuyeron poderosamente á la Independencia. Á la tercera pertenecían los descendientes de india y español, llamados mestizos, y constituyeron la mayoría de los habitantes; pero eran despreciados y considerados como el bajo pueblo de las colonias, aunque las leyes no los deshonraban. Los mulatos, ó sean los hijos de negra y español, formaban otra clase más despreciada y considerada infame por la ley y privada de importantes derechos. La última clase la formaban los negros africanos, que tanto se propagaron en América, y era casi toda esclava.

Los indios, á pesar de las leyes con que procuró ampararlos la Corte, bien pueden contarse entre la clase de mestizos y mulatos y aún de los mismos esclavos, según los tiempos y los países en que se les considere. Ya hemos tratado de la triste suerte que, por lo general, cupo á la raza indígena, no sólo en las colonias hispano-americanas sino en las de las otras naciones europeas. Las clases susodichas existían también más ó menos en las demás colonias; en especial en las inglesas los negros son hasta ahora mirados con odio y desprecio por los blancos.

Los extranjeros no podían residir en las colonias hispano-americanas sin especial permiso de la Corte, permiso que se daba con la condición de que fuesen católicos, y se exigía una remuneración pecuniaria para concederlo. Por lo general eran mal mirados en las colonias, lo que no impidió que, á pesar de todo se distinguiesen algunos al servicio de España y llegaran á ocupar los primeros

puestos en América. AGRICULTURA, INDUSTRIA Y COMERCIO.-La agricultura, que había de ser más tarde la principal riqueza de América, no fué debidamente cultivada por los españoles, franceses y portugueses; pero no sucedió así en las colonias inglesas. Los aventureros españoles y también el gobierno de la metrópoli creyeron que las minas constituían la gran riqueza de las colonias, y sólo muy tarde se desengañaron y protegieron la agricultura. Las principales produc-ciones fueron, sin duda, la caña de azúcar, el algodón, el café, el cacao en los países tropicales; la cascarilla en el Perú; la cochinilla en Méjico y Centro-América; el tabaco, el trigo, el maíz y los ganados en muchas otras partes. Pero los impuestos que gravaban estas producciones, los monopolios, las leyes que prohibían su libre exportación impidieron el inmenso desarrollo que tomaron más tarde. Hubo ramos importantísimos de la agricultura, como la vid y el olivo, que no pudieron explotarse por no hacer competencia á la península.

Casi iguales causas contribuyeron al atraso de la industria. Sólo la minería, considerada como fuente inagotable de riquezas, fué explotada con indecible constancia y sacrificios de todo género. Las minas de Potosí y Zacatecas, en el siglo XVI, produjeron cuantiosas riquezas. Méjico, Perú y Chile fueron las colonias más notables por sus ricas minas de oro, plata y cobre. El Portugal explotó las famosas de diamantes del Brasil. Para que pueda apreciarse la riqueza de las minas en las colonias hispano-americanas, se ha calculado que hasta principios del siglo XIX produjeron 4,851 millones de pesos. Á los

extranjeros se les prohibía explotar las minas.

La industria fabril fué casi nula en América, y si se exceptúa á Méjico y el Ecuador, todos los tejidos venían de España, y aun en aquellos dos países las pocas fábricas que hubo no podían exportar sus tejidos á las otras colonias.

Pero la principal causa del atraso del material de las colonias españolas y de la poca vida de la agricultura é industria, fué la prohibición de comerciar libremente con todas las naciones. No sólo estaba prohibido con otras naciones, pero aun á las colonias entre sí y con la misma España. Cerca de dos siglos el puerto de Sevilla monopolizó el comercio de América, monopolio que pasó después al de Cádiz. Había pena de muerte para los comerciantes americanos que no respetasen el monopolio, y á pesar de todo, el contrabando dió mucho que hacer á las autoridades respectivas. Sólo en el siglo XVIII, bajo el reinado de Carlos III, se concedió mayor libertad al comercio, permitiendo negociar á todo español con buena parte de las colonias, lo que produjo grandes ventajas, pero no lo sacó de su postración.

Fué gravísimo error del gobierno español el coartar la libertad del comercio, temiendo se disminuyesen las entradas que de él sacaba la corona, pues mientras en mayor escala se hubiese desarrollado, habría habido más poderosos estímulos para la agricultura y la industria y, por consiguiente, nuevas ocasiones de pingües impuestos. Los derechos de aduana habían centuplicado su valor, el de armada habría recaído sobre mayor número de ricos comerciantes, lo mismo el de los consulados. Los estancos del tabaco, la sal y algunas otras materias importantes suministraban á la corona una de sus principales entradas.

Instrucción.—Para juzgar con acierto el estado de la instrucción en las colonias hispano-americanas, es necesario tener presente las circunstancias de la época, y no compararlo con los adelantos de las ciencias y su propagación en el siglo actual. Cierto que la instrucción primaria no estuvo muy adelantada, siendo relativamente reducido el número de personas de la clase media y del pueblo que supieran leer y escribir; pero en las naciones europeas de la época no había tomado esta instrucción la importancia y desarrollo que tiene en la actualidad. La España no podía dar lo que no poseía ella misma. No es extraño que las universidades americanas en sus métodos y en sus estudios nos parezcan mezquinas hoy que el progreso científico abre nuevos horizontes á la inteligencia; pero en los siglos de la Colonia las universidades europeas tenían más ó menos los mismos métodos y cultivaban las mismas ciencias que las de América.

Los conventos abrieron escuelas y fundaron aún universidades y colegios, en especial los jesuítas y dominicos, los obispos tenían generalmente seminarios, y el gobierno fundó y dotó universidades en todas las grandes capitales de las colonias. La de Méjico y la de Lima llegaron á ser las más célebres. Es laudable el empeño con que se procuró

evitar el divorcio de la religión y de la ciencia, haciendo que la instrucción religiosa fuese la base de los estudios científicos. La incredulidad de buena parte de la gente ilustrada de nuestros días se debe al desprecio de la instrucción religiosa.

REFLEXIONES ACERCA DEL SISTEMA COLONIAL.-El sistema colonial adoptado en América por la España, adolecía de gravísimos defectos, que hacía más funestos la distancia de la metrópoli. Las colonias no podían progresar materialmente à causa del monopolio del comercio en favor de España. Los americanos, alejados de los primeros empleos y tenidos en menos, habían de anhelar por la independencia de su respectiva patria. Los españoles consideraban á la América como una hacienda destinada á su enriquecimiento, v así muchos de los virreves v capitanes generales compraban sus puestos para hacer un verdadero negocio, sin preocuparse del adelanto de las provincias que estaban á su cargo: venían á enriquecerse para tornar á España á gozar de sus riquezas: el favoritismo, por otra parte, colocaba en los altos cargos públicos á hombres ineptos ó corrompidos, que fácilmente se convertían en verdaderos tiranos. Las sabias leyes dictadas para evitar tamaños males eran burladas con gran facilidad, gracias á la corrupción administrativa y á la distancia de la Corte.

La poca libertad y la ninguna iniciativa individual contribuyeron, pues, al lento progreso de las colonias espa-

nolas, sobre todo comparadas con las inglesas.

### CAPITULO III

Lus Antillas.—Méjico y Centro América.—Perú.—Nueva Granada y Venezuela.—Virreinato del Plata.—El Paraguay y los jesuítas.

La isla de Haití, que tan brillante papel hace al principio de la historia de América, fué decayendo poco á poco, ya por haberse despoblado con el laboreo de las minas, ya sobre todo por el descubrimiento de las ricas regiones del continente. Los franceses se apoderaron de parte de esta isla en el siglo XVII, y la España trasladó á Cuba el centro de su gobierno en las Antillas. Era ésta sin disputa la más hermosa y rica del archipiélago; pero el descubrimiento de Méjico inutilizó los esfuerzos del gobernador Velázquez para hacer de Cuba la principal colonia hispano-americana. Sin embargo, el tabaco y la caña de azúcar no tuvieron rival entre otras producciones de

la isla. En el siglo XVIII los ingleses se apoderaron de Cuba, por haberse aliado la España con los franceses, entonces en guerra con aquéllos, y hecha la paz, Francia dió á España la Luisiana, y España dió a Inglaterra la Florida en cambio de Cuba que hasta hace poco poseyó. Como la España hiciese poco aprecio de las demás Antillas, fueron cayendo unas en pos de otras en poder de las demás naciones europeas, en especial de Inglaterra que se apoderó de Jamaica.

MÉJICO Y CENTRO AMÉRICA.—Méjico fué la colonia más rica de España en América y también la más atendida por la metrópoli, como que anualmente recibía seis millones de pesos de los veinte que producían las entradas de las colonias. La inmigración europea fué allí más numerosa, tanto que la quinta parte de sus 7.000,000 de ha-

bitantes eran españoles.

Aunque los mejicanos intentaron varias veces, y sobre todo los chichimecas, sacudir el yugo español, no hicieron más que reagravarlo, siendo fácilmente vencidos, y casi exterminados los valerosos chichimecas. Durante mucho tiempo no se preocupó la Corte de mantener un ejército respetable en el virreinato, hasta que las invasiones de los corsarios hicieron palpar esta necesidad. Hubo entonces cuerpos de línea y milicias disciplinadas.

Dividióse el territorio mejicano en doce intendencias, cuyos jefes residían en la principal ciudad de su respectiva provincia y estaban sometidos al virrey. Para la administración de justicia se establecieron dos reales audiencias, una en Méjico y otra en Guadalajara. Las demás necesidades públicas eran atendidas por los tribunales de que ya hemos tratado en otra parte: el consulado, el

tribunal de minería, la inquisición, etc.

En lo eclesiástico tuvo Méjico un arzobispado, cuya sede era la capital, y ocho obispados. Las rentas de estos prelados eran proporcionadas á la riqueza del país, y el clero en general fué por lo mismo, el más rico de América.

La universidad de Méjico estuvo á la altura de las mejores de España y produjo hombres notables en la literatura española, digna, en fin, del adelanto de la opulenta colonia. El lujo desplegado en la capital del virreinato competía con las más soberbias ciudades de Europa; la riqueza de sus templos, en especial de su magnífica catedral, excedió á los del viejo mundo. Hubo monumentos y palacios dignos de un grande imperio. Desde un principio se introdujo la imprenta, aunque hasta el siglo XVIII no se publicó el primer periódico. Se atendió, en fin, á todas

las necesidades intelectuales, morales y materiales de los

mejicanos.

Las actuales repúblicas de Centro América, sometidas en un tiempo á los virreyes de Méjico en lo temporal y á los arzobispos de la misma en lo espiritual, se desarrollaron notablemente, sobre todo Guatemala que formó una capitanía independiente y fué el asiento de un arzobispo del que dependian tres obispos sufragáneos. Mucho tuvo que sufrir la capital á causa de las inundaciones y terremotos que la destruyeron dos veces con gran pérdida de vidas. Otro enemigo no menos terrible fueron los corsarios de diversas naciones, que asolaron las costas de Centro América y saquearon sus ciudades.

Guatemala fué, merced á las preciosas producciones tropicales, una de las ricas colonias de España, con población relativamente numerosa. Tuvo universidad, real audiencia, casa de moneda y una imprenta. Por lo demás, su historia durante la época colonial, no ofrece cosa digna

de especial mención.

Peru.—Este virreinato, tan agitado en los primeros tiempos de la Conquista, no dejó de dar que hacer con nuevos disturbios al prudente Mendoza; pero todos fueron sofocados y los cabecillas condenados á muerte. Don Andrés Hurtado de Mendoza, padre del célebre don García, completó la obra de la pacificación del país, en cuanto á los españoles, y emprendió la absoluta sumisión de los peruanos que aún conservaban restos de su antigua independencia. La familia de los Incas se había retirado á las montañas de Vilcabamba, y desde alli pretendia gobernar á los indios. Mendoza se valió de los halagos para atraerse á un hijo de Manco y dividir y someter á los enemigos sin necesidad de matanzas. Pero su sucesor, don Francisco de Toledo, adoptó la guerra sin tregua, y consiguió que don García Oñez de Loyola trajese cautivo al Inca Tupac-Amaru, que fué sentenciado á muerte por el inflexible virrey. Las crueldades de Toledo fueron reprobadas por la Corte: Felipe II lo despojó de su dignidad, lo reprendió acremente y Toledo terminó su vida en una cárcel.

Á fines del siglo XVI fué ascendido al virreinato del Perú don García Hurtado de Mendoza. Ilustró su gobierno con la persecución que hizo á los piratas que amenazaban las costas del Pacífico, si bien no consiguió extinguirlos. En su tiempo gobernó la arquidiócesis de Lima el inmortal Santo Toribio, que tuvo más de una cuestión con el impetuoso virrey, que pretendía atropellar, aunque de buena fe, los derechos de la Iglesia. Durante más de siglo

y medio no hubo nada de notable en el virreinato. Masen la segunda mitad del siglo XVIII (1788), una nueva y terrible sublevación de los indios y mestizos conmovió de nuevo al Perú. La provincia de Charcas (Bolivia) fué el teatro de la guerra, que terminó con la muerte de los jefes insurrectos. Pero alzóse en el mismo Perú José Gabriel Tupac-Amaru, cacique de Tinta, lo llevó todo á sangre y fuego, extendiendo la desolación y la muerte hasta cerca del Cuzco. A pesar de los esfuerzos de don Agustín de Jáuregui, entonces virrey, de Vértiz, virrey del Plata, Tupac-Amaru puso dos veces sitio al Cuzco, que habría caído en su poder, á no valerse el Iltmo. señor Moscoso, obispo de la ciudad y todo el clero, de su influencia, de su autoridad y riquezas para animar á los defensores. Tupac-Amaru, que llegó á contar 60,000 indios á sus ordenes, después de muchas victorias, fué derrotado por el mariscal don José del Valle al mando de 17,000 hombres, hecho prisionero y condenado á un espantoso suplicio en la misma ciudad del Cuzco, que tanto había ambicionado. Con la muerte del jefe no concluyó sino que se exacerbó la insurrección, tanto que desesperaron los españoles de aplacarla con las medidas violentas, y acudieron á la astucia para lograr extinguirla (1781).

Después de Méjico, el Perú fué sin disputa la colonia más rica de España. Sus rentas fiscales llegaron á seis millones de pesos, de los cuales uno ingresaba en las arcas de la metrópoli y lo demás se consumía en los gastos del mismo virreinato, del de Nueva Granada y de Chile. Para la defensa del país se observó el mismo sistema de milicias y tropas regulares que se adoptó en Méjico, tropas que eran indispensables, pues los corsarios ingleses y holandeses amenazaban las costas del Perú, á más de las

sublevaciones del interior.

En cuanto al estado religioso de la colonia, residió en Lima un arzobispo del que eran sufragáneos diez obispos. Estos prelados se reunieron varias veces y formaron los concilios limenses para atender muy especialmente á las necesidades espirituales de los indios. Estas santas asambleas contribuyeron mucho á mejorar la suerte de los naturales.

Lima y el Cuzco tuvieron su universidad, siendo muy célebre la primera, titulada de San Marcos. También hubo desde los primeros tiempos imprenta, y más tarde algunos periódicos.

NUEVA GRANADA Y VENEZUELA.—A principios del siglo XVIII la capitanía general de Nueva Granada, hasta entonces dependiente del Perú, fué constituída en virreinato, el que, suprimido después, fué de nuevo restablecido, comprendiendo la provincia de Quito (Ecuador), y buena parte de Venezuela. Santa Fe de Bogotá, residencia del virrey, lo fué también de un arzobispo que tuvo cuatro obispos sufragáneos. En cuanto al régimen adoptado para el gobierno del nuevo virreinato, fué en todo igual al de los dos va conocidos: su población, como la del Perú, era cerca de dos millones de habitantes de raza española. Las rentas del Estado no alcanzaban á sufragar los gastos y necesitaba del auxilio del Perú. Hubo universidad en Santa Fe, dos en Quito y una en Caracas. Sin embargo, no tuvieron la importancia de la de Lima. El nuevo virreinato fué muy costoso para la metrópoli, por cuanto sus costas se prestaban á las invasiones de los corsarios europeos y fué menester invertir gruesas sumas de dinero en fortificarlas.

Ni fué éste el único cuidado que causó á la península, pues los habitantes de Nueva Granada, quizás por el contacto con los ingleses y franceses, quisieron desde muy temprano salir del régimen colonial y se sublevaron varias veces, y esto sin hacer caudal de la porfiada resistencia de los indios, que causó casi su extinción y fué menester acudir á la inmigración africana, de que tantos vestigios

se ven en Nueva Granada, Ecuador y Venezuela.

Los ingleses (1740), se apoderaron de Puerto Bello, y, mandados por Vernon, intentaron también apoderarse de Cartagena; pero fueron rechazados con gran pérdida. Otra intentona del mismo almirante habría producido igual resultado, pues las fortificaciones se aumentaron y llegaron á ser inexpugnables, por lo que Vernon desistió de su propósito.

Hubo grandes sublevaciones en Quito: en 1760 asesinaron á los colectores, cuyas pesadas contribuciones se hicieron insoportables, y el desorden llegó al extremo de que el populacho saqueó la capital y sólo la influencia del clero

pudo calmarlo.

En el gobierno del virrey Flores nuevas innovaciones en los impuestos causaron también nuevos y más imponentes trastornos en el virreinato (1781). La villa del Socorro fué el foco de la sublevación, á cuya cabeza se puso un hombre intrépido, Juan Francisco Berbeo; los cabildos de los pueblos sublevados tomaron parte directa en favor del movimiento. Los esfuerzos del Gobierno fueron impotentes y la insurrección contó 20,000 hombres sobre las armas. En tal aprieto, el arzobispo de Bogotá, don Antonio Caballero y Góngora, interpuso su sagrada autoridad para

impedir grandes desgracias. Fué personalmente á tratar con Berbeo, reconoció la justicia de algunas reclamaciones del pueblo y convinieron en condiciones equitativas por una y otra parte. Los esfuerzos del ilustre prelado consiguieron calmar la insurrección, si bien la desaprobación del virrey trajo después desgracias y suplicios que hubieran podido excusarse. La Corte, justa apreciadora de los nobles servicios del prelado, lo honró con la dignidad de vi-

rrey, que supo desempeñar con general aplauso.

En 1773 se creó la capitanía general de Venezuela, que hasta entonces había estado gobernada, parte por los capitanes generales y virreyes de Nueva Granada, y parte por la autoridad de Santo Domingo. En pocas colonias hispano-americanas produjo el monopolio peores resultados que en Venezuela. No sólo hizo languidecer al comercio, sino que fué origen de continuos trastornos. Caracas fué la residencia del capitán general, un arzobispo, una universidad y tuvo imprenta que, como en Bogotá y las otras capitales, se destinaba á la publicación de libros piadosos. La población de Venezuela durante esa época se calcula en 900,000 almas. La mala administración económica de la colonia fué causa de que, á pesar de sus ricas producciones,

reportase de ella muy poco la corona.

VIRREINATO DEL PLATA.-El rey Carlos III decretó la fundación del virreinato del Plata en 1776. Charcas (Bolivia), Paraguay, Uruguay y las provincias de San Juan y Mendoza, hasta entonces pertenecientes á Chile, formaron parte del nuevo virreinato, La historia de esta importante colonia antes de constituída en virreinato, sólo ofrece de particular las frecuentes guerras y negociaciones diplomáticas por parte de españoles y portugueses, aquéllos para quedar dueños del Uruguay y estos por extender hasta el Plata los límites de sus posesiones, á lo que se añaden las amenazas de los corsarios ingleses y holandeses. En 1726 el gobernador don Mauricio de Zavala fundó á Montevideo para asegurar á España el Uruguay. Aunque fué Buenos Aires la capital del virreinato, Chuquisaca conservó la casa de moneda, la universidad y la sede del arzobispado de Charcas con seis obispos sufragáneos. Dos reales audiencias, una en cada cual de estas ciudades, estaban encargadas de administrar justicia. La población del virreinato llegó á tres millones de almas y sus rentas á cuatro millones de pesos.

Pero de todas las tentativas hechas por los ingleses para arrebatar á España alguna de sus colonias, es la más famosa la que tuvo lugar á principios de este siglo y preparó la independencia de esa república. Gobernaba en Buenos Aires, la capital, el virrey Sobremonte, cuando inesperadamente penetró en el Plata una escuadra inglesa á las órdenes de sir Home Pophan y del general William Carr Berresford (1806). El virrey, que había llevado antes á Montevideo sus mejores tropas por temor de que fuese sorprendida la ciudad por esa expedición, se halló sin fuerzas para resistir y sólo pensó en internar los tesoros y poner en seguridad su persona, retirándose á Córdoba para organizar la defensa. Berresford con 1,500 hombres se apoderó de la indefensa Buenos Aires, hizo un regular bo-

tín v procuró atraerse á los habitantes.

No gozaron los ingleses por mucho tiempo de su magnífica conquista, porque Santiago Liniers, francés al servicio de España, aprovechándose de la indignación de los argentinos, atacó de improviso á los invasores, á la cabeza de 1,100 hombres en buena parte bisoños. Los ingleses defendieron palmo á palmo su conquista; pero se vieron obligados á rendirse. El resultado de esta hazaña fué la caída de Sobremonte, depuesto por el pueblo, y Liniers asumió el gobierno del virreinato. El cabildo tomó parte principal en este acto de soberanía, casi inaudito en el régimen colonial. Una nueva y más poderosa expedición de los ingleses mandados por Whitelocke y compuesta de 12,600 hombres puso á prueba el valor de Liniers. Apoderáronse de Montevideo, que el infeliz Sobremonte no pudo defender, y cayeron sobre Buenos Aires, dejando antes 2,000 hombres de guarnición en Montevideo. Liniers intentó infructuosamente oponérseles con 7,000 reclutas de que pudo disponer; burlado por Whitelocke, se retiró en desorden

deráronse de Montevideo, que el infeliz Sobremonte no pudo defender, y cayeron sobre Buenos Aires, dejando antes 2,000 hombres de guarnición en Montevideo. Liniers intentó infructuosamente oponérseles con 7,000 reclutas de que pudo disponer; burlado por Whitelocke, se retiró en desorden á Buenos Aires. No aprovechó el inglés esta circunstancia ni el primer desaliento de Liniers, que creyó perdida la ciudad y aprestaba la defensa fuera de ella. Pero el alcalde don Martín de Alzaga no desesperó de la situación é infundió un heroico entusiasmo en los habitantes, y con esfuerzos extraordinarios levantó trincheras y puso la ciudad en estado de defensa. Reanimado Liniers se dispuso á defenderse en ella á todo trance. Los ingleses la atacaron (5 de Julio de 1807), con gran valor; pero encontraron una resistencia inesperada, y en el primer asalto perdieron más de 2,000 hombres entre muertos, heridos y prisioneros; un segundo asalto no tuvo mejor éxito. Whitelocke, obligado á capitular, evacuó á Buenos Aires y Montevideo. Esta victoria inmortalizó á Liniers, y el pueblo bonaerense fué tenido en alta estima en América y en España.

EL PARAGUAY Y LOS JESUITAS.—Hemos dicho que el Pa-

raguay formó parte del virreinato del Plata. Esta provincia ofrece la especialidad de haber sido en buena parte sometida y civilizada por los padres jesuítas. Desde 1639 comenzaron á trabajar por la conversión de los indios guaranies, que ocupaban la parte sur del Paraguay. Para hacerse oir de los salvajes se valieron de la música y el canto, á lo que eran muy aficionados los indios; luego venían los regalos y el cariño de los misioneros y la predicación adaptada á la rudeza de los oyentes. De esta manera se atrajeron á los indios que á millares abrazaron el cristianismo. Como la verdadera religión hace aun la felicidad temporal del hombre, no se contentaron los jesuítas con bautizar á sus neófitos, sino que trataron de civilizarlos, pero de tal modo que no se corrompiesen sus costumbres. Reuniéronlos en pequeños pueblos que llamaban reducciones: se edificaba un templo y á los alrededores se extendía la villa, con anchas calles tiradas á cordel, que desembocaban en la plaza principal, donde estaba la iglesia, la morada de los padres, y los graneros públicos. Las casas eran de un piso, sencillas y limpias; el lujo estaba desterrado absolutamente de las reducciones; hasta la moneda era inútil en ellas.

En la Candelaria, capital de las reducciones, residía el padre superior de los misioneros, y en las demás había dos jesuítas: uno para los asuntos espirituales y otro para los temporales. Esto no impedía que hubiese también jefes indígenas, sobre todo en lo militar, regidores y alcaldes que eran dirigidos por los misioneros. Los jesuítas, para impedir que los guaraníes se contagiasen con las malas costumbres de los europeos, habían conseguido que se prohibiese toda comunicación entre unos y otros, lo que les atraía el odio de los españoles y portugueses que no podían engañar

y explotar á los sencillos indios.

La religión era el alma de aquella sociedad, única en la historia. Ella santificaba los trabajos de la agricultura, que eran los principales de las reducciones. Al amanecer, los cantos sagrados y las fiestas religiosas precedían al trabajo, y al llegar la noche, solemnes procesiones coronaban la obra del día. El culto se ejercía con todo el esplendor posible, porque el bárbaro necesita más aún que el hombre civilizado que la verdad éntre por los sentidos. La escuela y el taller eran otro medio de que se valían los jesuítas para educar á la niñez y ocupar á los jóvenes, que procuraban casar cuanto antes para evitar los peligros de perdición.

Con el trabajo prudentemente repartido y con las prác-

ticas piadosas consiguieron formar una sociedad de costumbres puras y en que todos los asociados eran felices. Las cosechas se depositaban en común, para dividirlas en tres porciones: la primera se repartía proporcionalmente entre las familias de los indios trabajadores, la segunda era para socorrer á los huérfanos y enfermos, y la tercera se destinaba al culto divino y sustento de los misioneros. Como generalmente había sobrantes, por conducto de los mismos jesuítas se vendían en Buenos Aires, y de ese dinero se sacaban los derechos de la corona y se compraban los géneros y demás cosas que se necesitaban en las reducciones.

La policía y el sistema penal estaban fundados más en el honor que en los castigos corporales, y con tal resultado

muy rara vez era menester castigar algún crimen.

Los indios bárbaros y muchos codiciosos europeos turbaron esa paz admirable y obligaron á los guaraníes á armarse y á escarmentarlos muchas veces. Pero la guerra trajo consigo un gran trastorno en las reducciones, á lo que se agrega que los jesuítas, por las intrigas de sus enemigos, fueron expulsados y repuestos de nuevo en su obra civilizadora. No alcanzaron á dominar el tiempo suficiente para dar sólidos cimientos á su obra, y tan interesados estaban los especuladores en destruirla que, después de la expulsión definitiva de los padres, hostilizaron á los guaraníes y los dispersaron, impidiendo así que se completase su civilización.

## CAPITULO IV

# Historia especial de Chile.

### LA COLONIA.

Gobierno de Villagrán.—Creación de una Real Audiencia y del obispado de la Imperial.—Rodrigo de Quiroga y don Alonso Sotomayor.—Los jesuítas en Chile.—Paillamacu y gran sublevación de los araucanos.—Nuevos gobernadores.—El padre Luis de Valdivia.—Continuación de la guerra de Arauco.—Primer parlamento.—El temblor de Mayo.

Gobierno de Villagrán.—Con la ida de don García Hurtado al Perú se envalentonaron los araucanos y comenzó de nuevo la guerra. Francisco de Villagrán, nombrado gobernador propietario, no tuvo la suerte de su antecesor. No pudiendo á causa de sus enfermedades entrar personalmente en campaña, confió á sus subalternos varias expediciones

que fueron desgraciadas. La más notable, al mando de su propio hijo, fracasó completamente, fueron derrotados los españoles y muerto su jefe en la fatal cuesta de Marihueñu.

El poder de los españoles se debilitaba, pues, en Arauco sin que fuese dado á Villagrán tomar venganza de sus descalabros, porque tantas desgracias le apresuraron la muerte en la ciudad de Concepción.

En el gobierno de sus sucesores, Pedro de Villagrán su hermano, y Rodrigo de Quiroga, no mejoró notablemente

la suerte de la guerra.

Quiroga, sin embargo, ilustró su corto gobierno con la conquista de Chiloé y la fundación de Castro, capital de la dicha provincia, todo lo cual fué llevado á cabo por el yerno

de Quiroga, Martín Ruiz de Gamboa.

CREACIÓN DE UNA REAL AUDIENCIA Y DEL OBISPADO DE LA IMPERIAL.—Entre tanto, la fama de la encarnizada guerra de Arauco había llegado á la Corte, que juzgó harto importante la provincia de Chile para establecer en ella una Real Audiencia, si bien añadió á las facultades ordinarias de este tribunal las que competían á los gobernadores; medida poco oportuna en las circunstancias de la colonia. En 1567 el supremo tribunal, con atribuciones administrativas y militares se estableció solemnemente en Concepción, según lo había ordenado la Corte. No tardó en llegar el presidente de la Audiencia y gobernador de Chile don Merchor Bravo de Saravia. Pero no eran togados sino expertos capitanes los que podían tener á rava á los victoriosos araucanos. Y tanto se empeoraron las cosas que la Corte no tardó en convencerse de ello: á los seis años suprimió la Audiencia, nombrando gobernador á Rodrigo de Quiroga.

La vasta extensión de la colonia estaba hasta 1567 sujeta á la jurisdicción del obispo de Santiago, que no podía atender suficientemente á las necesidades espirituales de los habitantes del sur. El Papa San Pío V erigió, pues, allí un nuevo obispado, cuya sede fué la Imperial, extendiendose su jurisdicción hasta el Maule. El franciscano fray Antonio de San Miguel fué el primer obispo de la nueva

diócesis.

Rodrigo de Quiroga y don Alonso de Sotomayor.— Quiroga dió nuevo impulso á la guerra y, aunque penetró personalmente en la Araucanía llevándolo todo á sangre y fuego, los indios quedaron tan sublevados como antes.

La fundación de Chillán, llevada á cabo por Ruiz de Gamboa, según orden de Quiroga, fué lo último que hizo el activo gobernador. Sucedióle don Alonso de Sotomayor, militar que se había distinguido en las guerras de Flandes, y del que sin duda esperaba la Corte pondría muy pronto feliz término á la guerra de Arauco. Recibió de Gamboa el gobierno, que desde la muerte de Quiroga ejercía aquél interinamente, y abrió nueva campaña contra los indios. Nueve años de continuas guerras sin resultado alguno decisivo forman el gobierno de Sotomayor. El guerrero de Flandes vió frustrarse completamente sus proyectos, y cuando menos lo esperaba tuvo que entregar el mando á su sucesor don Martín García Oñez de Lovola.

Los Jesuítas en Chile.—El nuevo gobernador, que era próximo pariente del inmortal San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús, introdujo en 1592 á los jesuítas en Chile. Tanto el bien espiritual de los colonos, como tentar poner fin á la guerra por medio de las misiones, que tan buenos frutos habían producido en otras partes, era el objeto de Loyola en la introducción de los ilustres padres. Si bien esta segunda esperanza no se vió realizada, hubo indicios tan favorables que, á no haber mediado las malas pasiones é intereses de los conquistadores, habría sido muy diversa la historia de Arauco. Los jesuítas, en Chile como en todas partes, se dedicaron con apostólico celo á la educación de la juventud y á las misiones de infieles y cristianos, y al estudio y propagación de las ciencias y de las artes.

En otra ocasión trataremos de sus trabajos en la pacificación de los araucanos. Aunque en el gobierno de Loyola se tentaron medios pacíficos para aquietar á los indios, introduciéndose algunos jesuítas en la Araucanía, los que no fueron mal recibidos por los bárbaros, la imprudente confianza del gobernador fué causa de que ardiera la guerra

con más furor que nunca.

Oñez de Loyola, que por haber vencido y aprisionado al Inca Tupac-Amaru había merecido el gobierno de ('hile y recibir por esposa á la hija del desgraciado Tupac, creyó talvez habérselas con los tímidos perúanos, y cruzó el centro de la Araucanía con sólo un cuerpo de poco más de sesenta hombres. Los araucanos que le seguian la pista, cayeron sobre ellos una noche de Noviembre de 1598, y mataron á Loyola y á sus compañeros que dormían, salvando apenas uno que otro para dar la infausta noticia.

Paillamacu y gran sublevación de los araucanos.— Era entonces toqui de los araucanos y había sido el héroe de la jornada el anciano Paillamacu, dotado de prudencia y valor, y que supo adoptar en parte las armas españolas y en especial introdujo entre los indios la caballería; fué, sin duda, el más victorioso de los jefes araucanos. La muerte de Loyola y sus compañeros, al mismo tiempo que entusiasmó á los indios hasta producir una insurrección general que se cree llegó á poner 30,000 hombres sobre las armas, esparció el espanto entre los españoles. Bien lo aprovechó el terrible Paillamacu, pues eercó extrictamente y entró á saco las ciudades fundadas en el territorio araucano. Una después de otra fueron cayendo en poder de los araucanos que recogieron rico botín y numerosos cautivos. La Imperial, que había desafiado el denuedo de Caupolicán, no se libró de la suerte de Arauco, Villa-Rica, Cañete, Infantes, Valdivia y Osorno. En esta ruina de las siete ciudades, como la llama la tradición, entra también Santa Cruz de Coya, recién fundada por el desgraciado Oñez en honor de su esposa.

Nuevos gobernadores.—Los gobernadores que sucedieron á Loyola no lograron poner coto á la insurrección,

que durante cinco años se mantuvo triunfante.

El anciano Vizcarra, venido del Perú con algunos refuerzos, sólo pudo impedir que se extendiese al centro de Chile la influencia de los triunfos araucanos. Quiñones fué desgraciado en casi todos los combates; García Ramón, á pesar de ser bravo veterano y militar distinguido en las guerras de Flandes, no consiguió domeñar á los bárbaros, y sólo don Alonso de Rivera hizo recobrar algún tanto el lustre á las armas españolas. Pero habiendo casado en Chile sin permiso de la Corte, se le quitó el gobierno y fué reemplazado por García Ramón que interinamente lo había ejercido.

Aunque García Ramón tuvo á sus órdenes 3,000 soldados, el más brillante y numeroso ejército que hasta entonces saliera á campaña contra los araucanos, la guerra continuó sin resultado decisivo. En este tiempo se restableció la Real Audiencia que residió en Santiago (1609).

El Padre Luis de Valdivia (1612).—A pesar de algunas señaladas victorias obtenidas por García Ramón, la guerra araucana se prolongaba sin término posible. La Corte no podía explicarse que una remota provincia, la más pobre de las colonias, exigiese más gastos, más sacrificios de vidas que la conquista de toda la América: así pidió al virrey del Perú que informase acerca de las causas que hacían interminable la campaña. El virrey juzgó que nadie sería más á propósito para estudiarla y evacuar un informe concienzudo que el ilustre jesuíta Luis de Valdivia, que ya había estado en Chile, y que por sus prendas personales era muy apto para tal empresa. Vino, pues, del Perú el padre Valdivia á cumplir tan importante misión. Observó

que la causa de la prolongación de la guerra estaba en el interés mismo de los militares, con frecuencia ricos encomendadores que necesitaban brazos para el cultivo de sus tierras y explotación de las minas. El mal tratamiento dado á los indios en estos trabajos los hacía morir prematuramente y disminuía los trabajadores, que se reemplazaban con los prisioneros araucanos. Estos, viendo por su parte la suerte que les aguardaba en caso de rendirse. preferían morir peleando en defensa de su patria y libertad antes que en dura esclavitud. De donde indujo naturalmente el ilustre Valdivia la necesidad de endulzar la condición de los vencidos, suprimiendo el sistema de las encomiendas, y de evitar el contacto de los soldados españoles con los araucanos, que no cederían á la fuerza, ni admitirían una religión cuyos adeptos eran los primeros en despreciarla en la práctica y que sólo la invocaban para tiranizar á los indios. Asegurando, pues, á éstos su libertad personal, quitando de su vista los perniciosos ejemplos de los soldados españoles, era muy probable que no sólo viniesen á sentimientos pacíficos, sino que abrazasen el cristianismo.

Tal es la sustancia del informe que el padre Valdivia dió al virrey del Perú; y por mandato de éste pasó personalmente á la Corte para ilustrar sobre la materia á

Felipe III á la sazón rey de las Españas.

Oyéronle el rey y sus consejeros, que pronto se convencieron de las justas observaciones de Valdivia, y tanto que se adoptó un plan de pacificación, autorizando al jesuíta para que designase al gobernador más á propósito para llevarlo á cabo. Valdivia propuso á don Alonso de Rivera, entonces gobernador del Tucumán, á donde había pasado

por la causa que va dijimos.

Tornó, pues, Valdivia á Chile con la noble esperanza de aliviar la dura suerte de los indios y evitar los estragos de una guerra destructora. Ya se deja presumir la tenaz oposición que de parte de los encomendadores y militares se hizo á los planes del celoso jesuíta. Pero todo lo venció con infatigable tesón. El Bio-Bio fué señalado como límite de las dos naciones, y tres misioneros jesuítas se internaron en la Araucanía para predicar la fe. Comenzaban á fructificar las misiones y se hacía más y más probable el buen éxito de los trabajos del generoso Valdivia, cuando un hecho, al parecer insignificante, vino á frustrar sus esperanzas.

Algunas mujeres del cacique Ancanamún, que entonces era el de mayor influencia entre los indios, huyeron y se pasaron al campamento español. Exigió el cacique se las devolviesen, negáronse los españoles, so pretexto de conciencia, y de aquí la ruptura de la paz.

Tres jesuítas fueron asesinados y casi toda la Arauca-

nía se levantó de nuevo en són de guerra.

Los encomendadores, más y más irritados contra Valdivia, porque se habían sustituído las enconiendas por un tributo que debían pagar los indios á sus señores, levantaron el grito de voz en cuello, al par de los militares, atribuyendo al jesuíta los males de la guerra y excitando á don Alonso de Rivera para que traspasase las órdenes del rey, so capa de vengar la religión ultrajada y el lustre de las armas españolas vejado por los salvajes. Desoyó el gobernador las reclamaciones de Valdivia, y entró á sangre y fuego en el territorio araucano. Mas la Real Audiencia obligó á Rivera á mantenerse en la guerra defensiva, como lo pedía el nuevo Las Casas.

Valdivia y Rivera se querellaron mútuamente, y el asunto fué elevado á la Corte, que dió la razón al primero, fallo que causó la muerte del pundonoroso gobernador.

Continuó el defensor de los indios su obra de paz, siempre contrariado por los mezquinos intereses de los encomenderos y militares. Era menester un milagro para que no fracasasen los esfuerzos del generoso Valdivia. Los araucanos supieron apreciarlos y no confundieron ya en su odio al misionero y al soldado; vieron en aquél un noble amigo al que concedieron muchas veces salvar la vida de

los prisioneros.

Pero, habiendo autorizado la Corte, que desesperó muy pronto (1615) del buen éxito de los planes de Valdivia, para que se prosiguiese la guerra, el apóstol jesuíta partió para España, como si no quisiera presenciar los horrores é injusticias que no estaba en su mano remediar. Murió en Valladolid, después de haber rehusado los honores con que el rey quiso premiarlo; y hasta en sus filtimos días, consagrado á la oración y al estudio, soñaba con aliviar la suerte de sus queridos indios. El nombre del padre Valdivia simbolizará siempre una de las más puras y nobles figuras de nuestra historia.

Continuación de la guerra de Arauco.—El gobernador Lope de Ulloa y Lemus, que estuvo perplejo sobre si adoptaría ó no el plan de Valdivia, se decidió al fin, á pesar de las instancias de aquél, por la guerra ofensiva, no consiguiendo sino exacerbar á los araucanos. Los sucesores de Lemus, que gobernó poco tiempo, se mantuvieron á la defensiva, tal vez por falta de fuerzas suficientes. En 1626, por orden del monarca, el gobernador don Luis Fernández de Córdoba entró á sangre y fuego en la Araucanía, sin conseguir ni con mucho someterla. El amor de los indios á su libertad los hizo superiores á cualesquiera calamidades. Así es que en vano el nuevo gobernador don Francisco Lazo de la Vega prolongó por nueve años la campaña, y los derrotó varias veces; sobrellevaron todos los horrores de una guerra sangrientísima antes que someterse al yugo español: sin embargo, tantos estragos ya los hacían desear una paz honrosa.

Primer parlamento.—En efecto, propusiéronsela al marqués de Baides, don Francisco López de Zúñiga, sucesor de Lazo de la Vega, uno y otro guerreros distinguidos en Flandes, pero que la aceptó gustoso, pues era

de natural blando y pacífico.

El año de 1641 se reunió en Quillín una solemne asamblea de araucanos y españoles, presididos éstos por el marqués gobernador y aquéllos por los caciques de mayor nombradía. De una y otra parte había numeroso acompañamiento. Los araucanos reconocieron la soberanía de España, aunque de hecho quedarían independientes; los españoles podrían reedificar las ciudades destruídas y no otras; los cautivos serían puestos en libertad, los araucanos recobrarían sus tierras, y unos y otros se aliarían contra el extranjero. Hé aquí las principales condiciones de la paz, acordadas en el parlamento de Quillín. Fué no poca gloria para el marqués de Baides haber puesto término honroso á una guerra de casi un siglo; pero no alcanzó á recibir el premio que le habría dado la Corte, pues, habiéndose embarcado para España, murió peleando contra los ingleses que atacaron su buque al llegar á Cádiz.

EL TEMBLOR DE MAYO.—Don Martín Mujica, sucesor del de Baides, celebró en el mismo lugar otro parlamento en el que se repitieron las mismas condiciones y otras aún más favorables para los españoles (1647). Los indios se comprometieron á ayudar á reconstruir la ciudad de Valdivia, que por su importante situación se atrajo la preferencia del gobierno, sobre todo cuando, en tiempo de Zúñiga, los holandeses desembarcaron en ese sitio y pretendieron sublevar á los indios. El virrey del Perú mandó reedificar la

ciudad, justamente alarmado de tales intentonas.

El gobierno de Mujica es tristemente memorable por el espantoso terremoto conocido tradicionalmente con el nombre de temblor de Mayo. En la noche del 13 de dicho mes se dejó sentir en Santiago el terremoto y arruinó completamente la ciudad. Más de setecientas fueron las vícti-

mas, número considerable si se atiende á la escasísima población que por entonces contaba la capital. El sabio y virtuoso obispo Villarroel, aunque herido, salió de entre las ruinas para consolar á los aterrados habitantes. El pueblo de Santiago conmemora hasta hoy la catástrofe con la fiesta y procesión del Señor de Mayo, solemnísima en tiempos de más fe, que sólo veían en la oración el único medio de precaverse contra tan espantosa calamidad.

El gobernador Mujica estaba en el sur la noche del terremoto, y se apresuró á venir en auxilio de los afligidos habi-

tantes de Santiago.

#### CAPITULO V

Gobierno de Acuña.—Nueva sublevación de los araucanos.—Nuevos gobernadores.—Gobernadores indignos.—Fundación de nuevas poblaciones.—Expulsión de los jesuítas.—Ultimos gobernadores de la época colonial.

Gobierno de Acuña.—Á la súbita muerte de Mujica, tomó el mando interino de Chile don Alonso de Córdoba y Figueroa, el cual celebró en Quillín el tercer parlamento. Un nuevo gobernador, don Antonio Acuña, inauguró su gobierno con la celebración de un cuarto parlamento que se reunió en la plaza de Nacimiento. Sin embargo, las protestas de paz de una y otra parte no tardaron en ser desmenti-

das con una nueva y sangrienta campaña.

El gobierno de Acuña fué época aciaga para la colonia, pues el gobernador se dejó influenciar completamente por los caprichos de su esposa doña Juana Salazar, que sólo quería el engrandecimiento de sus dos hermanos. Obtuvieron los más altos puestos del ejército, de los que abusaron escandalosamente. Ni las justas reclamaciones de los indios, que exigían el cumplimiento de los tratados de paz, ni las quejas de los españoles, fueron parte para que el débil Acuña castigase ó siquiera quitase á sus cuñados el mando de las tropas. Se contentó con salvar las apariencias para acallar así la indignación general.

Nueva sublevación de los araucanos (1655).—Las consecuencias de ese ciego nepotismo se vieron muy pronto.

Los araucanos estaban inquietos y se aprestaban para aprovechar la primera ocasión de vengar la infraccion de los tratados. Don Juan Salazar, por orden de Acuña, se dirigió con un ejército á castigar á los indios cuncos por haber asesinado á algunos náufragos; y aunque la torpeza del general se puso de manifiesto en el fracaso de la expedi-

ción, no escarmentó Acuña y le dió nuevas tropas para la

empresa

Apenas se había alejado Salazar, cuando los araucanos se declararon en insurrección general, aprovechando la división de las fuerzas enemigas. Las posesiones españolas entre el Maule y el Bio-Bío fueron arrasadas, y muertos ó hechos prisioneros los colonos, sin que las correrías de los furiosos salvajes encontraran resistencia, porque Acuña huyó apresuradamente á Concepción, y don Juan Salazar bien se guardó de continuar su marcha contra los cuncos y huyó á guarecerse en Valdivia; menos afortunado don José Salazar, no se alcanzó á salvar con la fuga y murió cobardemente.

Los habitantes de Concepción habrían despedazado á Acuña, que tan enfurecidos estaban por su torpeza y cobardía, á no haberse interpuesto el obispo señor Cimbrón, que calmó los ánimos y no poco trabajó por apaciguar á los indios. A pesar de todo, Acuña fué depuesto, caso inaudito entonces, y reemplazado por don Francisco de la

Fuente y Villalobos.

Nuevos gobernadores.—Cuando supo el virrey del Perú las consecuencias del mal gobierno de Acuña, nombró para reemplazarle al almirante don Pedro Portel Casanate, que con nuevos refuerzos de tropa vino á pacificar á los araucanos. Pero en esa época se había pasado á éstos el mestizo Alejo, que causó grandes desgracias á los españoles, si bien no tardó en morir desesperadamente. Casanate murió sin haber alcanzado á hacer algo digno de especial mención. El virrey nombró por sucesor á don Àngel Pereda, varón piadosísimo, que en un año de gobierno probó que la piedad no está reñida con los más arduos asuntos. Derrotó á los araucanos y les concedió la paz, que ellos solicitaron; hizo reedificar á Chillán, arruinada en la última insurrección; protegió la agricultura; y con todo, le quedaba tiempo para dedicar siete horas á sus prácticas piadosas.

Entretanto, se acercaba el gobernador propietario, don Francisco de Meneses, precedido de tal fama de terrible que venía dispuesto á aprisionar al virtuoso Pereda. Mas, éste justificó en Lima su conducta y pasó al gobierno del Tucumán; mientras que Meneses, á los pocos años, fué conducido prisionero á Lima, sentenciado como criminal, y sólo

merced á los empeños, perdonado.

Cuanto había sido querido Pereda por los indios y los españoles, fué odiado Meneses de unos y otros, pues con su orgullo y crueldades se enajenó la voluntad de todos. Alzáronse los araucanos; pero vencidos en varios combates, fueron tratados con tal inhumanidad los que cayeron en manos del gobernador, que se apresuraron aquéllos á pedir y aún á rogar que se les concediese la paz. Con esto se hinchó más el vanidoso Meneses y se hizo insoportable á sus gobernados. Casóse sin licencia, lo acusaron y, depuesto ignominiosamente por el virrey y la Audiencia de Lima, tuvo por sucesor al marqués de Navamorquende, don Diego Dávila. Este alcanzó á vencer á los indomables araucanos, que de nuevo se habían sublevado; pero, apenas supo que pronto llegaría el gobernador nombrado por el rey, se volvió al Perú más que de paso, pues un hombre de su alcurnia no quería exponerse á las humillaciones de sus dos predecesores.

Entregó el mando interinamente al chileno don Diego González Montero, que ya lo había ejercido del mismo modo á la muerte de Portel Casanate. El y más tarde el conde Toro fueron los únicos chilenos que desempeñaron

tan alta dignidad.

González Montero, cuya ancianidad no le permitía sobrellevar las fatigas de la guerra, hizo la paz con los arau-

canos.

El gobernador propietario fué don Juan Henríquez, militar y jurisconsulto. Comenzó su gobierno ratificando en el parlamento de Malloco (1671) la paz, que, interrumpida luego, se ajustó de nuevo á petición de los mismos indios, hastiados de la guerra. Aprovechó Henríquez esta coyuntura para ver modo de civilizar á los bárbaros, instituyendo los capitanes de amigos y el comisario de naciones. Los primeros eran ciertos españoles que debían velar por el cumplimiento de los tratados e introducir la civilización en la porción de indios de cada cual, y el segundo era un funcionario superior al que estaban sometidos los dichos capitanes.

Si se agrega el saqueo de la Serena por los corsarios ingleses, tendremos lo más notable que acaeció en el gobierno

de Henriquez.

Sucedióle don José de Garro, al que sus gobernados llamaron el santo por su ejemplar conducta pública y privada. Fué gobernador modelo: activo, prudente, enérgico y muy piadoso. Celebró el parlamento de la Imperial y se dedicó con gran tesón á evitar que los ingleses hiciesen desembarcos en las poblaciones de la costa. Aunque no pudo del todo evitarlo, consiguió al menos que no hubiese grandes perjuicios. A los diez años de su bondadoso gobierno fué reemplazado por don Tomás Marín de Poveda. En tiempo de Poveda se reunieron dos parlamentos en

Choquechoque, se fundó la villa de Rere y la ciudad de

Gobernadores indignos.—Chile hasta entonces había tenido la suerte de ser regido por hombres más ó menos dignos, á pesar de que otras colonias españolas habían sido presa de palaciegos intrigantes ó aventureros codiciosos. Durante diecisiete años también le alcanzó esta funesta plaga.

El año 1700 se hizo cargo del gobierno don Francisco Ibáñez y Peralta. Dominado por la codicia, trató de enriquecerse apropiándose las rentas públicas y los sueldos del ejército. Esto produjo una inaudita insurrección de parte de las tropas de la frontera; pero, habiendo abortado por falta de plan bien convenido, el gobernador oprimió con el

peso de la ley á los sublevados.

Apenas llegaron á la Corte tan alarmantes noticias y se supo la causa provocadora del desorden, se trató de ponerle coto; pero, como los asuntos públicos estaban allá mismo en pésimo estado, se aprovechó de él un comerciante de Sevilla, don Andrés Ustáriz, para comprar (según entonces se dijo) el gobierno de la colonia. Hizo someter á su antecesor á un juicio de residencia, cuyo resultado fué que Ibáñez, desengañado del mundo, buscase en la vida religiosa la expiación de sus faltas, ingresando en un convento de jesuítas.

Entretanto, los malos antecedentes del nuevo gobernador lo indispusieron con las autoridades y principales habitantes de la colonia. No tardó en conocerse que nada se había ganado con el cambio, pues los fondos públicos

desaparecieron también en manos de Ustáriz.

Sin embargo, no le faltó actividad y tino para el gobierno. Tomó enérgicas medidas para evitar una insurrección general de los indios del sur y castigó los primeros conatos. Ratificó la paz con los araucanos en el parlamento de Tapihue. Esto no podía salvar la responsabilidad de su poco limpia administración. El virrey del Perú lo depuso, é hizo que el oidor don José de Santiago Concha viniese de Lima á residenciarlo y hacerse cargo del gobierno mientras llegaba el nombrado por la Corte. La culpabilidad de Ustáriz quedó manifiesta y, obligado á pagar una cuantiosa suma de dinero, murió de dolor y vergüenza.

Fundación de nuevas poblaciones.—Lo único que hizo de notable el gobernador interino Concha fué la fundación

de Quillota.

No tardó en llegar el propietario don Gabriel Cano de Aponte, general caballeroso é integro magistrado, aunque de costumbres menos extrictas de lo que fuera razón. Las extorsiones de los capitanes de amigos y la orden dada por Cano de Aponte para que trabajasen los araucanos en ciertos edificios de Concepción, hicieron correr á las armas á los altivos salvajes, aunque poco há se había ratificado la paz con el nuevo gobernador en el parlamento de Tapihue: la nueva insurrección fué formidable, entrando en el complot todos los indios de Chile. Fracasó felizmente por falta de unidad en el movimiento; pero Aponte se vió en grande aprieto al habérselas con tantos enemigos y en tan vasto territorio. Los araucanos, que no sentían ya su antiguo vigor, pidieron la paz y les fué acordada en el parlamento de Negrete (1726). Los fuertes del Bio-Bío, que había sido menester abandonar, fueron reconstruidos; pero se suprimió á los capitanes de amigos, que habían sido causa de varias sublevaciones.

A la muerte de Cano de Aponte, hubo sucesivamente dos gobernadores interinos, hasta la llegada de don José de

Manso, nombrado por el rey.

Aunque Manso era militar y veterano muy distinguido,

celebró parlamento en Tapihue para asegurar la paz.

En ese tiempo los corsarios ingleses, á las ordenes de Jorge Anson, se establecieron en Juan Fernández, desde donde acechaban su presa y daban caza á muchas naves cargadas de mercaderías. Manso procuró por todos los medios de que pudo disponer desalojar á los corsarios; pero

no logró conseguirlo.

El gobierno de don José de Manso es sobre todo notable por el empeño con que procuró fundar nuevas ciudades, abriendo así para la colonia una preciosa fuente de prosperidad. Buena parte de los españoles vivían aislados en los campos; lo mismo sucedía con los naturales. Manso vió en esto un peligro y gran obstáculo para la civilización de los salvajes y para el progreso de la colonia; resolvió, pues, fundar villas que más tarde podrían ser populosas ciudades. En efecto, echó los cimientos de Copiapó, estableció á Talca, fundó á San Felipe. Melipilla, Rancagua, San Fernando, Cauquenes y los Angeles. A todos estos pueblos les dió el nombre de algún santo ó advocación de la Santísima Virgen; pero la costumbre los ha hecho caer en olvido en su mayor parte, lo que no hace desmerecer en nada el piadoso fin que se propuso el fundador.

El acertado gobierno de Manso le mereció ser elevado á

virrey del Perú y el título de conde de Superunda.

El gobernador de Buenos Aires, don Domingo Ortiz de Rozas, fué nombrado sucesor de Manso (1746), cuyo go bierno parece haberse propuesto imitar. Comenzó por celebrar como él un parlamento en Tapihue, y, sin cuidado ya de parte de los indios, se dedicó á fundar nuevas poblaciones. Huasco, Choapa, Petorca, Ligua, Curicó, Quirihue y Coelemu, fueron fundadas por Ortiz de Rozas; y si bien, excepto Curicó, no han progresado como las de su antecesor, no es por eso menos laudable su empeño, que el rey premió dando á Ortiz el título de conde de Poblaciones.

También en esa época se fundó en Santiago la universidad de San Felipe, que vino á funcionar algo más tarde, y comenzaron los trabajos de la Casa de Moneda. El gobierno de Ortiz de Rozas habría sido muy feliz si un gran terremoto no hubiese arruinado á Concepción y Chillán, que

fueron pronto reedificadas.

Sucedióle don Manuel de Amat y Junient, que ni con mucho estaba adornado de la prudencia y bondad de sus predecesores. Aunque activo, fué arbitrario y altanero, y digustó á sus gobernados. Un parlamento celebrado en el Salto de la Laja y la conversión de algunas plazas en villas forman el gobierno de Amat, quien no tardó en ser

elevado á virrey del Perú.

La prolongada paz que, merced á los parlamentos, había reinado entre españoles y araucanos hizo creer á la Corte que ya era llegado el tiempo de someter á éstos por medios pacíficos. Así encargó al nuevo gobernador don Antonio Guill y Gonzaga que procurase plantear en la Araucanía el sistema de poblaciones que tan buen éxito estaba produciendo en las demás provincias de Chile. Guill y Gonzaga propuso á los indios en el parlamento con el que era ya de estilo la inauguración de los gobernadores, que esta vez fué en Nacimiento, que se comprometiesen á vivir en poblaciones. Los araucanos aceptaron gustosos, si bien aparentemente.

Puso manos á la obra el gobernador, comenzando por convertir en villas, entre otras, las plazas de Yumbel, Purén y Tucapel. Mas, cuando ordenó que se fundasen tres pueblos en el territorio araucano, los indios esperaron que se principiaran los trabajos y ayudaban ellos mismos, y de repente cayeron sobre la obra y los obreros, arrasaron la una y mataron ó hicieron huir á los otros. Esto dió margen á una insurrección que, sino fué muy desastrosa, gracias á los esfuerzos del obispo de la Concepción, señor Espiñeira, no se logró completamente refrenar sino al cabo de cinco años.

Expulsión de los jesuitas.—Pero el hecho más memorable acaecido en esa época y el cual aún se conserva en la tradición de los pueblos hispano-americanos, es la expulsión

de los jesuítas, que sucedió en Chile gobernando Guill y Gonzaga. El objeto de esta obra no nos ha permitido detenernos á examinar las consecuencias que en las otras provincias americanas produjo esta gran injusticia de los gobiernos de España, Francia y Portugal. Expondremos aquí la causa y los resultados de la expulsión, haciéndolos

extensivos á las colonias de esas tres naciones. Los ministros que á la sazón dirigían á los reves en esas tres cortes, habían abrazado las ideas irreligiosas de los falsos filósofos del siglo antepasado. Esa turba de impíos se propagaba poco á poco en Europa y, conociendo que uno de los mayores obstáculos que encontraban en todas partes sus esfuerzos para destruir el cristianismo eran las virtudes v ciencias de los jesuítas, les declararon guerra á muerte, insultándolos, calumniándolos y haciéndolos sospechosos á los gobiernos. Una vez que los sectarios de esa escuela abominable escalaron el poder, fué muy fácil la ruina de la orden. Se valieron de los medios más ruines para irritar á los reyes contra los jesuítas, y lo consiguieron. Además, las riquezas de la orden eran un cebo que azuzaba á sus enemigos y facilitaba por parte de los monarcas la expulsión; como sino fuesen legítimamente adquiridas y dedicadas al alivio de la indigencia, esplendor del culto y al progreso de las ciencias y de las artes.

El conde de Aranda, ministro de Carlos III, era de los afiliados en la secta, y con una astuta calumnia alcanzó de Carlos el decreto de expulsión de los jesuítas de España y sus colonias (1767). El principal crimen que se les supuso ante el rey era el de que pretendían hacer independiente la

América.

El real decreto se comunicó con gran sigilo á las autoridades de las colonias españoles, de modo que á la vez fuesen expulsados los jesuítas de todas ellas. Sin embargo, este decreto habría sido ocasionado á graves trastornos

sin la heroica virtud y sumisión de las víctimas.

En Chile tocó ejecutarlo á Guill y Gonzaga, pariente de uno de los más ilustres santos de la orden, y grande admirador de la Compañía. Quedó, pues, como herido de un rayo, cuando abrió los pliegos sellados que contenían el injusto decreto. De acuerdo con el ilustrísimo señor Alday, el muy sabio y digno obispo de Santiago, para quien el golpe no era menos doloroso, procedieron á la ejecución del decreto el 26 de Agosto de 1767. Los jesuítas de Chile eran muy cerca de cuatrocientos (398) y sólo once lograron escaparse, y sesenta murieron en un naufragio; todos los demás fueron conducidos á Italia, según el plan de los minis-

tros impíos, que querían obligar al Papa, con esta medida entre otras, á que suprimiese la orden, como tuvo que hacerlo Clemente XIV para evitar mayores males á la

Iglesia.

La expulsión de los jesuítas fué en Chile una desgracia nacional: casi todas las familias principales lamentaban la separación de un miembro querido, los padres de familia á los sabios maestros de sus hijos, los pobres á sus benefactores, los indios á sus amigos, las ciencias y las artes aún nacientes á sus más abnegados propagadores; la Iglesia, en fin, perdía á los más celosos misioneros, buena parte de sus más virtuosos y sabios sacerdotes. El vacío se dejó sentir por mucho tiempo.

El virtuoso Guill y Gonzaga murió el año siguiente de

este triste acontecimiento.

Ultimos gobernadores de la época colonial.—El virrey del Perú, sabedor de que á la muerte de Gonzaga la insurrección de los araucanos tomaba un carácter más alarmante, sin que el oidor Balmaceda, que regía interinamente el país, lograse tenerlos á raya, nombró para ese cargo al mariscal don Francisco Javier de Morales. Este, no pudiendo con la fuerza de las armas calmar la insurrección, acudió á los medios pacíficos. Celebró dos parlamentos: uno en Quedeco, y un año después otro en Santiago, en el palacio de los gobernadores (1772). Sólo así concluyó la insurrección principiada en tiempo de Guill y Gonzaga.

Don Agustín de Jáuregui, teniente coronel, sucedió à Morales como gobernador propietario. Celebró en Tapihue el parlamento de estilo (1774). En él se convino que los araucanos no se harían la guerra entre sí y que los hijos de los caciques se educarían en Santiago en un colegio que con este fin se fundó. Pero una y otra condición no tuvieron resultado práctico, lo mismo que la medida tomada por Jáuregui para que hubiese en la capital embajadores de los cuatro butalmapus ó partes en que se dividía el territorio

araucano,

Habiéndose entonces fundado el virreinato de Buenos Aires, la provincia de Cuyo fué segregada de Chile (1).

Ascendido Jáuregui á virrey del Perú, fué reemplazado en Chile por el anciano brigadier don Ambrosio Benavides. La edad de Benavides no le permitía gobernar, y puede decirse que hacía sus veces don Ambrosio O'Higgins en los asuntos concernientes á la frontera; así él presidió el par-

<sup>(1)</sup> En el gobierno de Jáuregui hubo un complot de dos franceses y el oven chileno don José Antonio Rojas para hacer independiente la colonia, pero fué descubierto y castigados los dos extranjeros.

lamento de Lonquilmo, en el que fué abolido el nombramiento de embajadores, y el colegio de indios se trasladó á

Chillán,

Sabedora la Corte de los servicios prestados por el irlandés O'Higgins, de su notoria habilidad para gobernar el país, lo nombró gobernador propietario de Chile (1788), á pesar de no ser español, excepción muy rara en la política de la metrópoli; O'Higgins no desmintió la confianza que en él hizo la Corte, fué uno de los más ilustres y activos gobernadores de la colonia. Repobló la ciudad de Osorno, arregló las contribuciones y los gastos públicos, suprimió las encomiendas, mejoró los caminos más importantes, hizo progresar varias villas fundadas por sus predecesores y él mismo fundó las de Vallenar, Combarbalá, Santa Rosa de los Andes, San José de Maipó, Constitución y Parral. Celebró también un parlamento en Negrete.

La Corte premió á O'Higgins, creándolo barón de Vallenar v marqués de Osorno v haciéndolo virrey del Perú.

El teniente general don Gabriel de Avilés sucedió como

gobernador propietario á don Ambrosio O'Higgins.

El señor Avilés hizo recordar los tiempos de Pereda y Garro por su piedad y el laudable celo con que atendió á la construcción de templos y capillas y otras obras de caridad y beneficencia. El contribuyó un poco á llenar el vacío que habían dejado los jesuítas.

Por desgracia, su gobierno fué de corta duración, siendo muy pronto elevado el señor Avilés al virreinato de Buenos Aires. A la misma dignidad no tardó en ser promovido

su sucesor don Joaquín del Pino.

Después de un interregno en que gobernaron sucesivamente los oidores de la Real Audiencia, llegó en 1802 don Luis Muñoz de Guzmán, que puede reputarse el último gobernador que tranquilamente haya regido el país en la época colonial. Gobernó con mucho acierto y prudencia y

fué muy respetado y querido.

Hizo celebrar en la frontera el parlamento de estilo, y el se dedicó á embellecer á Santiago levantando ó concluyendo los mejores edificios que nos legó la colonia: la Casa de Moneda, restauró el Palacio de Gobierno (Intendencia y Casa de Correos), edificó el Consulado (antiguo Palacio del Congreso), la Aduana (Palacio de los Tribunales de Justicia), é impulsó la importante obra del canal de Maipo. Temeroso de que los corsarios hiciesen algún desembarco, hizo ejercitarse en el manejo de las armas á las milicias chilenas, con lo que, sin preverlo, prestó un gran servicio á la causa de la Independencia.

Los edificios citados y el magnífico puente de cal y canto, debido al corregidor don Luis de Zañartu, para impedir el aislamiento de las dos partes de la ciudad, sobre todo en tiempo de creces, los costosos tajamares, una y otra obras terminadas bajo el gobierno de O'Higgins, hacían ya á Santiago digna capital de una colonia de más de ochocientos mil habitantes.

Muñoz de Guzmán murió súbitamente el 10 de Febrero de 1808; sin ello, los síntomas de la revolución chilena se

habrían postergado.

#### CAPITULO VI

### Estado de la Iglesia en Chile.

Los primeros misioneros.—Obispado de Santiago.—Obispado de la Concepción.—Las ordenes religiosas.

Los Primeros misioneros.—Con el título de vicario castrense vino en el pequeño ejército de Valdivia el venerable presbítero don Bartolomé Rodrigo González de Marmolejo, primer cura de la recién fundada villa de Santiago. Con el primer mercedario fray Antonio Rondón atendieron á las necesidades espirituales de los españoles y comenzaron á predicar la fe entre los salvajes del Mapocho. Los nombres de los primeros apóstoles del Evangelio en Chile, por oscuros que parezcan, son dignos de eterna memoria, tanto por la importancia de su misión, cuanto por las relevantes virtudes de que dieron ejemplo. El padre fray Bernardo Agüero, de la orden seráfica, evangelizó á los indios del norte, sobre todo en el valle de Coquimbo; los dominicanos fray Domingo Buirox y fray Juan Salgüero predicaron la fe entre los promaucaes, con tal celo, que aquél la selló con su sangre y éste aprendió el idioma de los salvaies para catequizarlos. Varios franciscanos, entre ellos los padres Hernández y Solís, recorrieron el centro mismo de la Araucanía. El dominicano fray Diego Pezoa dió generosamente la vida por propagar el cristianismo entre los salvajes de la actual provincia de Valdivia. Largo sería enumerar siquiera los nombres de los sacerdotes que, venciendo indecibles obstáculos, procuraron la conversión de los indios. Estos, que no los distinguían al principio de los invasores, opusieron taimada resistencia y odio profundo al misionero. Mástarde pudieron notar la nobleza v santidad de su

carácter, la diferencia de su vida de la del soldado, y se de-

jaron cautivar por los dulces encantos de la verdad.

Obispado de Santiago.—La importancia que luego tomó la colonia, hizo que el rey Felipe II pidiese á Su Santidad Pio IV la creación de un obispado en la provincia de Chile. El Sumo Pontífice expidió el 17 de Junio de 1561 la bula de erección del obispado de Santiago, sufragáneo de Lima. El señor Marmolejo fué nombrado primer obispo de la nueva diócesis; pero murió sin alcanzar á consagrarse. Le sucedió el franciscano fray Fernando de Barrionuevo, cuva santidad hizo que se principiase su proceso de canonización. En su tiempo se fundó la nueva diócesis de la Imperial, siendo reconocido, después de algunas dificultades, el río Maule como límite de los dos obispados. Fray Diego de Medellín, religioso franciscano muy candoroso y humilde, fué digno sucesor del señor Barrionuevo. Asistió al concilio provincial que reunió en Lima el motropolitano Santo Toribio Alfonso de Mogrovejo; convocó el primer sínodo diocesano, fundó un monasterio de monjas agustinas para que educasen á las jóvenes de Santiago, y por último el Seminario conciliar.

Entre los sucesores del señor Medellín se distingue el Ilustrísimo señor fray Juan Pérez de Espinosa, también franciscano, de carácter sostenido; celebró el segundo sínodo. Pero lo que ha hecho más notable al señor Espinosa fueron algunas medidas enérgicas que se vió obligado á usar contra el gobernador Rivera y la Real Audiencia. El asunto fué elevado á la Corte, que favoreció en lo principal al obispo, lo que irritó más a los oidores, que se valieron del primer pretexto para intimar prisión en su palacio al señor Espinosa. Este escándalo inaudito sublevó al religioso pueblo de Santiago, tanto más cuanto que el prelado antes de huir de la ciudad había lanzado sobre ella el entredicho. Tanta era la alarma, que la Audiencia tuvo que cejar y rogar al prelado que volviera á su palacio y aun salir á recibirlo y acompañarlo. Como continuasen siempre los disgustos entre las autoridades, el obispo se embarcó para España con el fin de defenderse personalmentc. El rev desaprobó esta medida, por cuanto no se había tomado con su permiso, y mandó al obispo tornar á su diócesis; pero el señor Espinosa renunció el obispado y se retiró á un convento de su orden.

Sucedióle el señor don Francisco Salcedo, que convocó el tercer sínodo y compuso el arancel eclesiástico, que con las enmiendas hechas por el virrey y el arzobispo de Lima

es el que hasta ahora está vigente.

El agustino fray Gaspar Villarroel, su sucesor, fué otro de los obispos que más se distinguió por su caridad, ciencia y virtudes episcopales. Fué de gran consuelo para Santiago tener tan ilustre pastor en los tristes días que siguieron al temblor de Mayo.

La serie de obispos que gobernó á la iglesia de Santiago en la época colonial se compone de prelados dignísimos, que en buena parte fueron trasladados á otras diócesis de más importancia. Varios de ellos celebraron sínodos y visi-

taron la vasta diócesis.

Pero el que más sobresale es, sin duda, el Ilustrísimo señor don Manuel de Alday, chileno de nacimiento, que fué elevado, no sin admiración, á esta alta dignidad en 1754. Dirigió pacíficamente por más de treinta años la diócesis, hizo dos veces la visita pastoral, obra muy ardua sobre todo en aquellos tiempos, celebró el sexto y último sínodo, fundó ó protegió varias casas religiosas, y asistió, por fin, en 1771 al concilio provincial reunido en Lima por el arzobispo don Diego Antonio de la Parada. El señor Alday fué el oráculo de la augusta asamblea, él predicó el sermón de apertura, la ilustró con sus profundos conocimientos canónicos y teológicos y mereció ser llamado el Ambrosio de las Indias.

Es digno también de especial mención el Ilustrísimo señor don José Santiago Rodríguez y Zorrilla, al que tocó gobernar la diócesis en tiempos de la revolución de la Independencia. Había sido el señor Rodríguez un profesor distinguido de la Universidad de San Felipe, sacerdote muy virtuoso y erudito. Aunque chileno y natural de Santiago, creyó de su deber, como hombre y como obispo, mantenerse fiel á la autoridad real, y fué por consiguiente perseguido y desterrado por el gobierno de los patriotas. Dos veces sufrió las amarguras del destierro y murió en España en

vísperas de tornar á la patria.

El año 1824, siendo obispo de Santiago el señor Rodríguez, vino el Ilustrísimo y Reverendísimo señor don Juan Muzzi, Vicario Apostólico enviado por Su Santidad Pío VII para arreglar los asuntos de la Iglesia en varias repúblicas sud-americanas. Vino entonces de secretario de la nunciatura un joven sacerdote que fué más tarde el inmortal

Las circunstàncias políticas que rodearon al señor Muzzi y las ideas de los hombres que gobernaban entonces á Chile, hicieron casi inútil una misión que habría podido

ser muy fructuosa para la Iglesia y el Estado.

Obispado de la Concepción.—El obispado de la Impe-

rial, que se trasladó más tarde á Concepción, fué erigido por el Pontífice Pío IV, á petición de Felipe II (1563), que conocía la imposibilidad de que un solo obispo atendiese á tan vasta diócesis. El franciscano fray Antonio de San Miguel fué el primer pastor de la nueva diócesis y uno de los más dignos prelados de la Iglesia chilena. Á pesar de peligros sin cuento, emprendió la visita pastoral, defendió la causa de los indios, fundó en Osorno el primer monasterio de monjas que hubo en Chile, y otro en la Imperial, creó un Seminario y asistió al concilio limense celebrado por Santo Toribio. Fué trasladado á la Iglesia de Quito; pero murió antes de hacerse cargo de ella, con gran sentimiento de su nuevo rebaño que ya conocía las prendas del santo pastor.

En tiempo del dominicano fray Reginaldo Lizarraga, tercer prelado de la Imperial, fué destruída esta ciudad por los araucanos y trasladada la sede episcopal á la de Concepción. En 1611 el celoso padre Valdivia rigió la dió-

cesis como gobernador eclesiástico.

El más ilustre de los obispos de la Concepción fué fray Dionisio Cimbrón, aunque la gobernó sólo cinco años. Gracias á su prudencia, pudo impedir que el pueblo despedazase al gobernador Acuña, y consiguió que se restableciese la paz entre los españoles, ya que á pesar de sus evangélicos esfuerzos no alcanzó á calmar la irritación de los araucanos. Dió repetidos informes al monarca acerca de los motivos de la guerra, los medios de apagarla, abogando por la causa de los indios, cuyos derechos eran injustamente vejados por los españoles. Si se agrega la visita de la diócesis, según lo permitían las circunstancias de la guerra, tendremos el compendio del gobierno del señor Cimbrón. El rey lo honró con importantes comisiones, y aun lo nombré gobernador interino de Chile, cargo que el obispo no llegó á desempeñar por haber muerto antes de comunicárselo.

Entre los sucesores del señor Cimbrón figuran don Pedro Felipe Azúa (1743), que reunió el primer sínodo de esa diócesis, y el franciscano fray Pedro Angel Espiñeira, que se distinguió por su celo paternal en favor de los indios y por haber reunido el segundo sínodo de Concepción. El Ilustrísimo señor don Francisco José Marán, trasladado más tarde á la diócesis de Santiago, estuvo en peligro inminente de ser muerto por los araucanos, que lo sorprendieron en la visita pastoral, se apoderaron de los ornamentos y equipaje del obispo y jugaron su vida y la de sus compañeros; felizmente ganó el partido de los que defen-

dían á los prisioneros, que así escaparon de los salvajes. El señor don Diego Antonio Martín de Villodres fué el último obispo de la época colonial que gobernó la diócesis de Concepción, y se creyó en el deber de oponerse á la causa

de la Independencia.

Las ordenes religiosas.—Los dominicos fueron los primeros que fundaron en Santiago un convento de su orden (1552), teniendo por Vicario Nacional á fray Gil González de San Nicolás. Más tarde fué creada en Chile una provincia independiente con el título de San Lorenzo Mártir. En el siglo XVII obtuvieron los dominicos el privilegio de abrir una Universidad Pontificia en la que se graduaban los miembros de las demás ordenes.

Los franciscanos siguieron á los dominicos en la fundación del primer convento de su orden (1553). Las casas de estos religiosos fueron multiplicándose en el país de tal modo que, antes que la de los dominicos, se erigió en Chile la provincia independiente de la Santísima Trinidad. Esta orden se honra con el nombre del Siervo de Dios fray Pedro Bardesi, muerto en 1700 en olor de Santidad. Á ésta siguieron los mercenarios, de la cual fueron fundadores

Rondón y Correa que habían venido con Almagro.

Hemos ya tratado en otra parte de la introducción de los jesuítas. Su primer rector en Chile fué el venerable padre Baltasar Piñas, miembro muy distinguido de la orden en Europa y América. Establecieron un colegio bajo el título de San Miguel. El general Acuaviva fundó en Chile una provincia (1608) á la que sujetó las misiones y colegios del Paraguay y Tucumán, siendo su rector el ilustre padre Diego de Torres. La increible rapidez con que se multiplicaron los colegios fué causa de que la provincia de Chile se subdividiese bien pronto. Casi en todas las ciudades de alguna importancia tuvieron los jesuítas colegios y establecimientos de educación; como en Santiago el convictorio de San Francisco Javier, en Concepción el de San José. Pronto alcanzaron del Papa el privilegio de erigir una Universidad, como el ya concedido á los dominicos.

Con la expulsión de los jesuítas tuvieron que expatriarse hombres muy notables por su ciencia, pero que eran miembros de la orden. El padre Manuel Lacunza, autor de La venida del Mesías en Gloria y Majestad, obra teológica, que si bien algo irrespetuosa y prudentemente prohibida, manifiesta en su autor una lógica de hierro y vastísima erudición, fué un teólogo con que podría enorgullecerse cualquier siglo. El padre Ignacio Molina, historiador y naturalista, que en Europa desempeñó como sabio un

papel distinguido. El padre Olivares, historiador. Ya antes habían figurado en el mismo género los padres Ovalle y Rosales.

Por último, los Hermitaños de San Agustín tuvieron

también en Chile una provincia independiente.

Las comunidades religiosas de mujeres nacieron á la par de las de los hombres. Hé aquí el orden cronológico en que se establecieron. Las Agustinas, las Clarisas, las Carmelitas en dos monasterios, las Capuchinas, las Rosas y las Trinitarias en Concepción. Buena parte de estas santas casas deben su existencia á la piedad de los vecinos de Santiago.

#### CAPITULO VII

#### Brasil.

Los jesuítas en el Brasil.—Invasión de los holandeses.—Invasión de los franceses.—Riqueza del Brasil.—Gobierno del Brasil.—Estado de la Iglesia.

Los Jesuitas en el Brasil.—La historia del Brasil durante la colonia no ofrece de particular sino las sangrientas guerras que hubo entre portugueses v franceses 6 contra los holandeses, á causa de las invaciones hechas para arrebatar al Portugal ese vasto imperio. También, como ya se ha indicado, en ningún otro país americano, excepto el Paraguay, trabajaron más los celosos jesuítas por el bien espiritual y material de los indios, y para impedir su esclavitud y opresión por parte de los portugueses. Los amigos de Dios, como los llamaban los salvajes, fueron el medio más poderoso para evitar muchas guerras sangrientas entre los naturales y los invasores. La provincia de San Paulo fué el principal teatro de los trabajos apostólicos de los jesuítas. A ellos se debió la fundación de varios pueblos hov ciudades florecientes, abrieron escuelas para la enseñanza de los indios, y, no contentos con instruirlos en las ciencias y en las artes, les enseñaron á apreciar la agricultura y explotar esa fuente de riqueza. El padre Antonio Vieira se dedicó especialmente á la defensa de los conculcados derechos de los indios y elevó á la Corte sus justísimas quejas. Los portugueses, que se vieron coartados en sus proyectos ambiciosos, persiguieron á muerte á los jesuítas, despreciaron las órdenes reales en favor de los indios, y obligaron á los buenos padres á buscar entre los salvaies la salvación de sus vidas.

Invasión de los holandeses.—En 1580 el Portugal pasó á formar parte de la monarquía española bajo el cetro de Felipe II. Este rey poderoso se comprometió en guerras terribles con varias naciones europeas, entre otras con la de Holanda. De aquí resultó que los holandeses hostilizaron á los españoles en sus colonias. Bahía y Olinda cayeron sucesivamente en su poder, y, después de una prolongada guerra, el príncipe holandés Juan Mauricio de Nassau, fué nombrado capitán general del Brasil, y desembarcó en Pernambuco. Con numeroso ejército llegó á dominar buena parte del norte del Brasil, y procuró asegurar su conquista fortificando el territorio, fundando ciudades y dictando leyes según las necesidades de la colonia. Después de su regreso á Europa, y habiendo vuelto el Brasil al dominio de Portugal que se separó de España, hubo nueve años de sangrientas guerras entre los portugueses del Brasil y los holandeses. El resultado fué que los holandeses tuvieron que evacuar la colonia, conservando sólo la Guavana holandesa.

Invasión de los franceses.—Después de esta larga lucha, el comercio de la colonia fué monopolizado por una compañía portuguesa que debía evitar el contrabando extranjero. Mas, no bastaron los recursos de la compañía para impedir que el francés Duclerc atacase á Río Janeiro. La empresa costó la vida á Duclerc y á quinientos franceses, quedando los otros quinientos prisioneros. Duclerc había sido asesinado en la prisión, crimen que atrajo sobre el Brasil la venganza de los franceses. En 1711 el almirante Duguai Trouin á la cabeza de 4,500 hombres se apoderó de Río Janeiro, que abandonaron los portugueses, y sólo merced á una cuantiosa suma de dinero, logró ser

recobrado por ellos.

RIQUEZA DEL BRASIL.—Las riquezas de esta magnifica colonia, cuya fama habían esparcido en Europa los holandeses, fueron poco apreciadas al principio. La agricultura y la industria la convirtieron muy pronto en una fuente de riquezas. En el norte se produjo el azúcar, el arroz, el algodón y el tabaco, en el centro las minas y en el sur el café. Desde el siglo diecisiete comenzaron á explotarse las minas de oro y en el dieciocho tomaron grande incremento las de diamante. El extranjero no podía poseer minas en el Brasil, y la corona monopolizó para sí las de diamante. Sin embargo, las entradas que el Portugal sacaba del Brasil no excedían de 4.000,000 de pesos, á pesar de poseer el diezmo eclesiástico y de haber estancado especies de primera necesidad como la sal y el jabón.

GOBIERNO DEL BRASIL.-Muchas variaciones hubo en el gobierno del Brasil. Ya hemos visto algunas deellas. A medida que se fué propagando la población europea, y se fundaron nuevas ciudades, se subdividió también en nuevas provincias, cuyo número llegó á diecisiete, sujetas al virrey de Bahía, que en 1763 se trasladó á Río Janeiro. Las leyes por que debía gobernarse el virrey y los capitanes generales eran semejantes á las españolas; el juicio de residencia, la prohibición decasarse, de adquirir propiedades raíces, admitir presentes, etc. Si moría el virrey ó algún capitán general, tomaba el gobierno una junta compuesta del obispo, el primer juez y el militar de más alta graduación de la respectiva provincia. En Bahía y Río Janeiro residían los tribunales supremos de justicia, á los que se apelaba de las sentencias de los oidores ó jueces de distrito. En cuanto al ejército que llegó á contar 16,000 hombres, se componía de tropas de línea y las milicias.

Estado de la Iglesia.—Las contínuas guerras de los portugueses del Brasil con las invasiones europeas fueron parte para que la Iglesia no floreciese en el Brasil tanto como en las grandes colonias de España. Hubo, sin embargo, un arzobispo, residente en Bahía, y cinco obispos sufragáneos. Estos prelados y los curas eran rentados por el gobierno de Lisboa.

La Iglesia del Brasil tuvo que sujetarse antes que las otras de América á una dura prueba. El impio marqués de Pombal, primer ministro del rey, hizo coro á los falsos filósofos del siglo XVIII que persiguieron de muerte á los jesuítas. Pombal, que debía á ellos su elevado puesto. maquinó indignamente en su contra y consiguió que se les expulsase del Portugal y de sus colonias (1760). Esta orden, que se ejecutó cruelmente, sumergió á la Iglesia brasilera en un verdadero luto y dejó un vacío imposible de llenar. Los bienes de la Compañía fueron confiscados en provecho de la corona.

#### CAPITULO VIII

### Colonias francesas é inglesas.

Frontenac y los iroqueses.—Guerra entre las colonias inglesas y francesas.—Estado de las colonias inglesas.—Desarrollo de la instrucción pública.—Guerra con los indios.—Oposición á las leyes de la metrópoli.

Frontenac y los iroqueses.—Las colonias francesas, en especial el Canadá, puede decirse que fueron formadas por los esfuerzos de los misioneros católicos, principalmente de los jesuítas en el siglo diecisiete. La grande influencia que éstos gozaban en el Canadá los indispuso con los gobernadores, y de ahí surgieron etiquetas y cuestiones eclesiásticas que subieron de punto en el gobierno del conde Frontenac. La Corte hizo justicia á los misioneros y quitó al conde la autoridad casi absoluta de que disfrutaba. Irritado Frontenac, renunció al gobierno de la colonia. Dos nuevos gobernadores que le sucedieron fueron impotentes para triunfar de los iroqueses, la tribu más terrible de los indios, que humillaron más de una vez á los invasores. Llegaron hasta sorprender á Montreal donde cometieron las más espantosas crueldades. Por otra parte, la guerra que comenzaban á hacer los ingleses á la colonia, obligó á la Corte á enviar de nuevo á Frontenac para que resistiese á esos dos enemigos. En efecto, el viejo conde venció á los iroqueses é hizo la paz con ellos, la que aprovecharon los misioneros para atraer y convertir á muchos de los salvajes.

GUERRAS ENTRE LAS COLONIAS INGLESAS Y FRANCESAS (1600).—Frontenac aún prestó á la Francia nuevos servicios, defendiendo á Quebec contra los ataques de los ingleses, que la sitiaron; pero fueron rechazados, merced & los esfuerzos del mismo clero que coadyuvó eficazmente al conde, poco antes su enemigo. Esta larga lucha terminada y recomenzada varias veces, según disponían los tratados de las dos metrópolis, se revistió de un carácter sangriento. En 1713 los ingleses, por el tratado de Utrecht, quedaron dueños de Terranova y de la Arcadia. Los franceses fortificaron á Quebec y la convirtieron en la plaza más formidable de América, y extendieron la línea de fortificaciones de modo que pudiesen defender el territorio del Mississippi para impedir que los ingleses se apoderasen de él. De aquí surgió una nueva guerra, en la que se distingue el célebre Jorge Washington (1752). Los ingleses después de una larga campaña llegaron á sitiar á Quebec,

mandados por Wolfe, mientras que el general francés Moncalm defendía la ciudad. La muerte de uno y otro no terminó la guerra, y Quebec tuvo que rendirse á los ingleses (1579). Aunque la España tomó parte en favor de Francia, no mejoró la condición de ésta y el resultado de su alianza fué que los ingleses le arrebataron la isla de Cuba.

Esta larga y ruda campaña terminó por el tratado de París (1763). El Canadá perteneció á la Inglaterra, que devolvió á España la isla de Cuba, recibiendo en cambio la Florida. Francia para resarcir á España de esta pérdida le cedió la Luisiana, así es que ya no conservó sino

una parte del territorio del Mississippi.

ESTADO DE LAS COLONIAS INGLESAS.—Con las nuevas conquistas la Inglaterra aumentó inmensamente sus colonias americanas. El rápido progreso de estas colonias no fué detenido por la guerra, ni por las leyes de la metrópolicontra la libertad del comercio, pues eran fácilmente burladas.

La población llegó á fines del siglo XVIII á más de dos millones de habitantes, incluyendo los negros esclavos; pero sin contar á los indios, con los cuales no se mezcló la nueva raza.

Las riquezas de las colonias aumentaban en proporción

del número siempre creciente de nuevos colonos.

En cuanto al gobierno de estas colonias, ya en otra parte hemos indicado su régimen especial. Sin embargo, no se vaya á creer que había esa unidad y sumisión que vemos en las colonias hispano-americanas. Las inglesas eran independientes unas de otras, al menos ciertos grupos que podemos reducir á tres. Unas que dependían de las compañías inglesas, como Connectticut, Massachusset y Rhode-Island; otras de algunos señores ingleses á quienes el rey se las había concedido, tales eran: Maryland de lord Baltimore, Pensilvania y Delaware de la familia Penn; por último, otras dependian directamente del rey: Virginia, New-York, New-Hampshire, New-Jersey, las dos Carolinas y Georgía. Algunas de éstas estuvieron al principio sometidas á los señores. El gobierno y las leyes variaban en cada uno de estos grupos. El rey nombraba gobernadores que ejercían en las respectivas colonias una autoridad casi igual á la del monarca, si bien contrapesada por las dos asambleas nombradas una por el rey y otra por los colonos. En las provincias concedidas á los señores hacían éstos las veces del rey. Pero en las colonizadas por las compañías había más libertad, puesto que el gobernador y las que podemos llamar dos cámaras eran elegidas por votaciones de los colonos. Como se ve, la unidad del gobierno estaba en el supremo derecho del rey para revisar las leyes de cada estado y ponerle su veto, y en las costumbres debidas á una misma nacionalidad; así todos los estados procuraban imitar el gobierno de la metrópoli. Hubo, sin embargo, durante algún tiempo, aislamientos y antipatías de colonia á colonia; pero el comercio y el deseo de libertad y tolerancia religiosa, que los había hecho á los ingleses alejarse de la patria, disiparon esos malos síntomas que ya se habían manifestado por luchas religiosas. Los católicos de Maryland se distinguieron por su espíritu de tolerancia con los demás. No es extraño que la libertad de cultos no produjese los males que de suyo puede causar en una nación formada por hombres que ante todo buscaban libertad para

practicar su religión.

DESARROLLO DE LA INSTRUCCIÓN PUBLICA.-Buena parte de los colonos anglo-americanos pertenecían á la nobleza ó la clase ilustrada de Inglaterra, así es que no es de extrañar que tomasen muy á pecho propagar la ilustración en la segunda patria que habían escogido. La provincia de Massachussets fué la que más se distinguió en la noble tarea de propagar la instrucción pública, elemento importantísimo del progreso social. Ya en 1638 se fundó en ella la universidad de Cambridge, se instaló la primera imprenta, y á principios del siglo XVII se publicaron los primeros periódicos y diarios que luego se habían de multiplicar hasta lo infinito. Ocho universidades más dieron nuevo impulso al movimiento literario y científico de las colonias inglesas y formaron sabios como el célebre Benjamin Franklin. Las escuelas se propagaron hasta obligar las autoridades á toda villa de cincuenta casas á tener la suya, donde pudiesen los niños aprender á leer y escribir. La asistencia á estas escuelas se hizo obligatoria, á pesar del amor á la libertad que dominaba entre los colonos.

Guerra con los indios.—Ya hemos dicho, al tratar de las colonias francesas, que una larga campaña fué menester para que se apoderasen de ellas los ingleses; pero no fué este el único obstáculo que tuvieron que vencer en la colonización de aquel vasto territorio. Los indios trataron varias veces de arrojar á los extranjeros que se multiplicaban é invadían poco á poco sus tierras. Ya que al referir la historia de las colonias hispano-americanas hemos lamentado la crueldad con que se trató á los indigenas de las respectivas regiones, no podemos ahora dejar de reprobar la conducta cruel y bárbara de los ingleses con los infelices indios. Siquiera en las posesiones españolas la voz

de la religión y también la del Gobierno se dejó oír en favor de los naturales; pero en las colonias inglesas no hubo, fuera de uno que otro filántropo, quien defendiese eficazmente los derechos de la naturaleza hollados sin com-

pasión.

Los naturales de Virginia, Massachussets y Connetticut, entre otros, se sublevaron contra los ingleses y les causaron grandes daños. Mas, las represalias fueron espantosas é indignas de pueblos civilizados. Incendiaron las poblaciones de los indios, y tribus enteras fueron degolladas sin piedad. Los pecuadas, en el Connectticut, hicieron esfuerzos heroicos por libertarse de los ingleses; pero fueron víctimas de crueldades sin ejemplo. A traición les incendiaron aquellos las chozas y los bosques donde habitaban; á los que huían del incendio los mataban á balazos. La raza indigena no se mezcló con la inglesa, sino que fué inhumana-

mente casi destruída.

Oposición á las leyes de la metrópoli.-Desde el principio las colonias inglesas manifestaron un espíritu de libertad que hizo temer á la metrópoli que se segregasen de su poder. No se extrañará ese espíritu de independencia si se recuerda el carácter de buena parte de los colonos, hombres exaltados en sus ideas religiosas y políticas y que venían á practicarlas en América con toda libertad. Las colonias tomaban parte en los disturbios políticos de la metrópoli. Cuando Carlos I quiso limitar los derechos de los colonos, éstos le desobedecieron y enviaron los de Virginia á su gobernador preso á Inglaterra. Muerto el rey, el parlamento necesitó de mucha prudencia para evitar que diesen las colonias el grito de independencia. La Virginia se sublevó en la restauración de la monarquía y estuvo algunos años independiente. En fin, reinaba en las colonias un verdadero espíritu de oposición á las órdenes de la metrópoli, sus leves se discutian y, cuando se intentaba imponer nuevas contribuciones ó coartar las antiguas franquicias, había tumultos y reclamaciones tan ardientes, que se veía claro que los altivos colonos estaban dispuestos á sostenerlas á todo trance v. si era necesario, á declararse independientes de la madre

# PARTE TERCERA

## La Independencia de América

#### ESTADOS UNIDOS

Idea general de esta época.—Causas que producen la Independencia de los Estados Unidos.—El Congreso de Filadelfia.—Primera campaña.— Washington, general en jefe de los patriotas.—Sitio y toma de Boston—Campaña de Canadá.—Proclamación de la Independencia y primera constitución norte-americana. — Washington y Howe.—La alianza francesa.—Batalla de Trentón, Princetown, Brandy-Whine y capitulación de Burgoyne.—Washington y Clinton.—Campaña de Georgía y las Carolinas.—Reconocimiento de la Independencia de los Estados Unidos.—Gobierno y muerte de Washington.

IDEA GENERAL DE ESTA ÉPOCA.—Á la vida pacífica de las colonias sigue un corto pero sangriento período de guerra y guerra á muerte en casi todo el continente americano.

Las colonias engrandecidas y populosas, y, por otra parte, hastiadas de sus metrópolis, de donde venían leyes más ó menos odiosas, sin que los lazos de la misma sangre pudiesen robustecerse á causa de la distancia y del desprecio con que el europeo miraba al americano; el mal sistema de colonización adoptado por esas mismas metrópolis, habían de producir necesariamente la revolución de la Independencia americana. Hecho único en la historia, las naciones de un vasto continente alzándose como un solo hombre para romper lazos que parecían eternos. La Providencia que

rige los destinos de los pueblos, los castiga á veces con las mismas armas de que se han valido para el crimen. La Europa fué cruel con los indígenas de América y los sacrificó á millones por extender sus dominios y acumular riquezas; y los hijos de esos mismos europeos le quitan esos dominios y explotan para sí esas riquezas tan ambicionadas. Es, pues, la gran revolución de la Independencia la reivindicación de los derechos del americano por tanto tiempo conculcados, la justicia de Dios castigando á pueblos y gobiernos culpados. Ya se deja ver que este período es de sangre. El europeo no tiene que habérselas ya con ignorantes salvajes, que lo creen una divinidad, sino con hombres de su misma raza, educados como él, fuertes con sus propias armas; invenci-bles por el patriotismo y amor á la libertad nacional. Y aunque esta época no puede compararse en duración con la Colonia, la importancia y trascendentales consecuencias de los hechos, las heroicas hazañas, los nombres famosos de mil guerreros, nos obligarán á darle más extensión que á la anterior. Aunque las naciones americanas que aparecen, son los mismos territorios con los límites que tenían durante la Colonia, sin embargo, el cataclismo de la revolución formó naciones nuevas como se verá. El odio á las metrópolis recayó en la monarquía, su forma de gobierno, y de aquí es que las nuevas naciones adoptaron la república, excepto el Brasil por algún tiempo.

Si bien ya hemos indicado la causa general de esta gran revolución, hay sus causas especiales que nos la explican en las colonias inglesas, portuguesas y españolas. Al tratar de cada una de las nacionalidades en América, apun-

taremos también esas causas.

Como las colonias inglesas se anticiparon notablemente á las demás en la declaración de la Independencia, comenzaremos por ellas, tanto más que su ejemplo y su influencia

alentaron á las otras.

Causas que producen la independencia de los Estados Unidos.—Ya se ha visto el carácter hostil de las colonias inglesas respecto de su metrópoli; bastaba una causa cualquiera para que se declarase la revolución. El ministro Granville impuso contribuciones á las colonias y éstas las rechazaron enérgicamente, negando aun el derecho del gobierno para imponerlas contra la voluntad de los colonos, que no estaban representados en el parlamento. Nombraron comisionados para querellarse en la Corte y entre ellos iba el célebre Franklin. No se hizo caso de estas reclamaciones y, á pesar de ellas, se impuso la ley del papel sellado. Esto causó vivas protestas en las colo-

nias y se reunió una gran asamblea en Nueva York para pedir la derogación de la ley. Accedióse por de pronto á la demanda; pero nuevas contribuciones sobre el té, el papel y el cristal vinieron á excitar los mal calmados ánimos.

Hubo nuevas protestas por medio de las asambleas, que fueron disueltas por la autoridad, lo que aumentó la irritación, y comenzaron los altercados entre el pueblo y las tropas, y en Boston corrió la primera sangre. Las asambleas de las colonias negaron los subsidios. En Boston los americanos arrojaron al mar muchos cajones de té, para no tener que pagar los derechos y aun se comprometieron á privarse de esa bebida.

El gobierno trató de castigar con energía estos desórdenes: se suspendieron las garantías constitucionales en Massachussets. Se bloqueó á Boston y se enjuició á los culpables del desorden. Pero la asamblea de Massachussets

llamó abuso del poder tales medidas (1774).

El congreso de Filadelfia.—A propuesta de la asamblea de Virginia, se resolvió que se reuniese en Filadelfia un congreso general para deliberar acerca de los intereses comunes de las colonias en él representadas. El 4 de Septiembre de 1774 se reunieron en Filadelfia cincuenta y cinco representantes de las colonias, y formaron el primer congreso. Su obra más notable fué la declaración de los derechos del hombre, en la que, después de recordar las injusticias de que habían sido víctimas las colonias, se sostiene el derecho á todas las libertades de los ingleses en Europa. Además de esta célebre declaración, enviaron protestas al general Gage, gobernador de Massachussets, mandado por el rey Jorge III para poner coto á la insurrección, en las cuales se le manifestaba que si empleaba la fuerza para ejecutar las leyes del parlamento, los americanos contestarían á la fuerza con la fuerza.

El congreso acordó reunirse para el año siguiente, como se ejecutó y siguió haciéndose hasta asegurar el triunfo

de la revolución.

Primera campaña. — Los americanos comenzaron á aprestarse en todas partes para la guerra; el terreno estaba ya preparado con las campañas contra los franceses: era fácil organizar las milicias y no faltaban militares distinguidos á la causa de la patria. Hubo golpes de mano con los que el pueblo se apoderó de las armas y aun de una fortaleza.

En la ciudad de Concord, no lejos de Boston, habían reunido los americanos buen número de armas, y el general Gage mandó al coronel Smith con ochocientos hombres para destruir esos depósitos, pero de noche y contoda cautela y sigilo. Smith cumplió la orden, mas fué hostilizado por los americanos, y aunque consiguió su objeto principal, fué con pérdidas relativamente numerosas. En su retirada á Boston fué atacado vigorosamente por los patriotas, sobre todo en Lexington, donde sufrió una verdadera derrota que convirtió en fuga la retirada (1775). Cerca de trescientos hombres costó á los americanos, cuyas pérdidas no habían llegado á la tercera parte de las de sus enemigos. Este primer combate, aunque en sí no era notable, se hizo célebre por la influencia que ejerció en los patriotas; fué tal el entusiasmo, que Massachussets armó cerca de 20,000 hombres que, mandados por el general Ward, intentaron

nada menos que sitiar á Boston.

WASHINGTON, GENERAL EN JEFE DE LOS PATRIOTAS (1775). -Para proseguir la campaña con esperanza de buen éxito, era indispensable que los americanos obedeciesen á un general en jefe que inspirase confianza. El segundo congreso de Filadelfia se apresuró á hacer el nombramiento de generalísimo. Recayó en el coronel Jorge Washington, diputado por Virginia, su patria, militar distinguido en la guerra contra las colonias francesas. El nombramiento no pudo ser más acertado; Washington adornado del más puro patriotismo, era valiente, con ese valor sereno que no se desconcierta con las derrotas, sino que sabe aprovecharlas, enérgico, prudente y desinteresado. Cuando se le notificó su nombramiento, lo recibió con gran modestia, manifestando que se creía sin las aptitudes suficientes para tan delicado puesto. Rehusó todo sueldo y se contentó con que se le pagasen los gastos que habían de hacerse. No poseía Washington ninguna de esas dotes extraordinarias que forman á los héroes; pero reunía brillantes cualidades que perfectamente aprovechadas, lo hicieron el héroe de la independencia de su patria.

Fueron nombrados mayores generales Artemio Ward, Carlos Lee, etc., á cuyos nombres si agregamos los de Sullivan, Thomas, Montgommery, Gates, Green, etc., tendremos la brillante pléyade de los más ilustres capitanes

de la independencia de los Estados Unidos.

Sitio y toma de Boston.—Hemos ya indicado que el general Ward con sus numerosas, pero indisciplinadas milicias, había sitiado al ejército real mandado por Gage. Reforzados los ingleses y contando ya 12,000 veteranos, intentaron castigar la audacia de los patriotas que se habían fortificado en las alturas de Bunker's Hill, desde donde podían bombardear la ciudad. El general Howe,

subalterno de Gage, los atacó á la cabeza de 3,000 hombres y, aunque el asalto fué largo y heroica la defensa, logró apoderarse de las fortificaciones; pero sin gran ventaja para los ingleses y perdiendo casi la mitad de los asaltantes. Con ello se envalentonaron los patriotas y continuó el sitio con gran aprieto de los realistas, que sólo resistían esperanzados en los auxilios de Inglaterra.

Washington se hizo cargo (1775) del ejército que llegaba á 14,000 hombres y estableció su cuartel general en Cambridge y se ocupó por de pronto en disciplinar sus tropas muy inferiores á las del enemigo, y hacerse de armas y provisiones. El congreso coadyuvaba por su parte

á los esfuerzos del general.

Casi al mismo tiempo había un cambio de jefe en el ejército realista. William Howe reemplazó á Gage, sin que lograse mejorar la situación de los sitiados. Mas, como se susurraba que la Inglaterra iba á enviar 50,000 hombres para someter á los sublevados, Washington resolvió estrechar el cerco y obligar al enemigo á evacuar la ciudad antes que recibiese nuevos refuerzos. Se apoderó, pues, de las alturas de Dorchester que dominan á Boston y se fortificó en ellas. Después de sangrientos combates, Howe se vió obligado á abandonar la ciudad y se embarcó con su ejército para Halifax (17 de Marzo de 1776) para ejercitar un nuevo plan de campaña. Washington entró triunfante en Boston; pero se apresuró á correr en defensa de Nueva York que temía fuese tomada por el enemigo.

Campaña del Canadá.—Para evitar que las tropas realistas del Canadá reforzaran á los defensores de Boston, fué invadida aquella provincia, durante el sitio, por un ejército americano á las órdenes del valiente y hábil Montgommery. Con sus cuatro mil hombres se apoderó de varias fortalezas, se tomó á Monreal y sitió á Quebec, defendida por Carleton, gobernador del Canadá. Después de luchar contra un rígido invierno y el valor de los ingleses, lograron los americanos apoderarse de parte de la ciudad; pero en lo más reñido del combate fué muerto Montgommery. En vano Thomas se puso á la cabeza de los patriotas; después de inútiles esfuerzos tuvo que emprender la retirada, y fué reemplazado por Sullivan que también fracasó en esta malhadada expedición. Sin embargo, el enemigo había tenido que dividirse.

PROCLAMACIÓN DE LA INDEPENDENCIA Y PRIMERA CONSTITUCIÓN NORTE-AMERICANA.—El congreso de 1776 dió grande impulso moral á la revolución, declarando la independencia de los Estados Unidos. Hasta entonces se

acataba el nombre del rey y se acataba á sus soldados: no era posible que tal estado de cosas continuase, sin debilitar á los patriotas. Thomas Paine había popularizado la idea de una completa independencia; Franklin la sostenía abiertamente. Lee, diputado por Virginia, la propuso con estas elocuentes palabras: "No oigamos ya la voz de la Inglaterra, sus promesas son traiciones. No confiemos en su fe tantas veces violada, esa fe británica que será más vergonzosamente célebre que la fe púnica, confiemos en la libertad, fuente del buen consejo y madre de los grandes hombres. El astro que iluminó á los griegos, á los suizos y á los holandeses, cuando conquistaron su libertad, brilla también sobre nosotros, y no se han de embotar sus espadas por empuñarlas nuestras manos." La asamblea deliberó aún, hasta que los Estados de Maryland y Pensilvania, perplejos al principio, autorizaron á sus representantes para votar por la declaración. El 4 de Julio de 1776 el Congreso, después de oir el dictamen de Thomas, Jefferson, Franklin v John Adams, decretó la independencia, decreto que redactó Jefferson.

Esta declaración fué recibida con gran aplauso del Congreso y de trece estados que éste representaba. Ni se contentó sólo con esto la ilustre asamblea, pues formó la primera constitución de los Estados Unidos, cuya base era la confederación de las trece provincias que se adherían al nuevo orden de cosas. El entusiasmo aumentó las filas de los patriotas, pues ya se vió claramente la causa y ob-

jeto de la guerra.

Washington y Howe (1776).—Howe, que había recibido poderosos refuerzos de Inglaterra, salió de Halifax y se dirigió á Nueva York con intención de apoderarse de ella y, siguiendo el curso del Hudson, juntarse al ejército realista del Canadá y cortar así á los patriotas. Washington, por su parte, intentaba impedir al enemigo la marcha al interior y entretenerlo en la desembocadura del Hudson. Pero Howe contaba más de 30 mil veteranos perfectamente equipados, mientras que el general patriota sólo 27,000 milicianos, buena parte enfermos, con miserable equipo. Howe entró en negociaciones que Washington aprovechó para ganar tiempo. Desengañado aquél comenzó la campaña con Long-Island (isla al frente de Nueva York). Aunque la defensa de los americanos fué heroica, tuvieron que replegarse á Nueva York después de grandes pérdidas, que merced á la actividad de Washington no fueron mayores, y pudo salvarse el ejército. Fué menester evacuar aún esta ciudad en medio del des-

aliento y deserción de las milicias. Pero el Congreso sostuvo al general patriota, y decretó la creación de un ejército de línea.

Howe tentó de nuevo tratar con los americanos; mas inútilmente, porque éstos pedían ante todo el reconoci-

miento de su independencia.

Washington, con indomable constancia, procuraba evitar, como otro Fabio Temporizador, batallas campales con un enemigo superior en sus fuerzas y disciplina. Pasó y repasó el Delaware, ya para impedir que el enemigo cayese sobre Filadelfia, asiento del Congreso, ya para engañarlo, haciéndole creer que iba á tomar la ofensiva. Es admirable cómo pudo engañarlo y con sólo 5,000 hombres tenerlo á raya, sosteniendo con ardides el valor de sus propios soldados. Los generales Gates y Sullivan vinieron en auxilio con todas las tropas disponibles; pero á pesar de eso los patriotas tenían al frente un ejército mucho más poderoso.

El Congreso se vió obligado á trasladarse á Baltimore, v nombró á Washington dictador por seis meses, para

activar más y más la campaña.

La alianza francesa.—Mientras tanto, el Congreso buscaba otra clase de recursos. Nombró (1776) una comisión para que se dirigiese á Francia y procurase que esta poderosa nación reconociese la independencia de los Estados Unidos y se aliase con ellos para asegurarla. Francia iba en la embajada, y, aunque no fué por de pronto recibido oficialmente, se hizo el objeto de las simpatías de los grandes señores franceses y del pueblo, que admiraba en él al sabio y al patriota. La Francia, enemiga de Inglaterra, veía con gusto la sublevación de las colonias; y aun toleraba que se les prestase auxilios. El marqués de Lafayete, noble y valiente militar, ofreció su espada á la causa americana. Se embarcó en compañía de muchos otros, con buen acopio de armas, y fue recibido por los americanos con gran regocijo. El Congreso lo nombró mayor general: vinieron además varios otros ilustres militares á pelear en favor de la Independencia americana.

Franklin, entre tanto, trabajaba porque el rey Luis XVI la reconociese y se hiciese su aliado. En 1778, cuando llegaron á Europa las noticias de las victorias de los patriotas, el gobierno francés firmó el tratado de alianza. Por él se comprometía á reconocer la independencia de los Estados Unidos y que, en caso de romper con Inglaterra, se auxiliarían mútuamente, no pudiendo hacerse la paz, sino á condición de que esa independencia quedase

asegurada. Esa guerra no tardó en declararse, y el rey Luis auxilió con 6,000 hombres á los americanos, nombró á Washington teniente general, y los buques franceses hostilizaron á los ingleses. La España y la Holanda se declararon también en favor de los americanos. La Inglaterra se vió así comprometida en una cuádruple guerra, lo que vino á influir eficacísimamente en provecho de la Independencia.

BATALLAS DE TRENTON, PRINCETOWN, BRANDY-WINE Y CAPITULACIÓN DE BURGOYNE.—Pero volvamos al año 1776. Patriotas y realistas están frente á frente separados por el Delaware. Los últimos, un tanto confiados en la superioridad, tienen buena parte de su ejército en Nueva York, donde está Howe, que ha puesto al general Cornwallis á la cabeza del ejército del Delaware. El vigilante Washington acecha la ocasión de dar un golpe de mano, y al ver la confianza del enemigo, es fama que dijo: "Los ingleses han extendido demasiado las alas, es tiempo ya de recortárselas." Aprovechándose de las tinieblas de una noche tempestuosa, sorprendió el pueblo de Trenton, defendido por los auxiliares alemanes, que con su crueldad habían infundido el terror entre los americanos. Washington obtuvo una completa victoria, hizo numerosos prisioneros y se apoderó de armas y municiones, todo con tanto acierto y rapidez, que cuando Cornwallis vino á socorrer á Trenton, ya el general patriota lo había abandonado llevándose su presa. Sin perder tiempo aprovechó la confusión del enemigo y lo atacó en Princetown, donde obtuvo otra victoria y nuevos prisioneros. Washington abandonó luego la línea del Delaware y se internó en la Nueva Jersey, para alejar de Filadelfia al enemigo y evitar una batalla decisiva.

La campaña continuó en la Nueva Jersey sin cosa notable en los primeros meses de 1777. Mas, Howe resolvió dar un golpe decisivo apoderándose de Filadelfia. Washington corrió á defenderla. Los dos ejércitos se encontraron en Brandy-Wine y se dió una sangrienta batalla en la que fueron derrotados los patriotas (12 de Septiembre de 1777). Washington quiso aún tentar suerte y sufrió un segundo descalabro: Filadelfia cayó en poder de los ingleses; pero el general patriota derrotado, mas no vencido, se apostó no lejos de la ciudad, en alturas inexpugnables,

desde donde tuvo á raya á los ingleses.

Una nueva campaña se abría ese mismo año en el Canadá. El general realista Burgoyne pretendía desalojar al ejército americano mandado por Schuyler. Después de varias escaramuzas, Gates se puso á la cabeza de los patriotas y maniobró con tanta habilidad que, dadas dos san-

grientas batallas, la primera de resultado indeciso y la segunda favorable para los americanos, Burgoyne se vió obligado á rendirse con todo su ejército de más de 5,000 hombres (1777). Esta victoria, que inmortalizó á Gates. fué muy celebrada entre los patriotas y decidió la alianza

del gobierno francés, de que ya hemos hecho mención. Washington y Clinton.—Washington, elegido de nuevo dictador, era objeto de toda la confianza del Congreso v acechaba la ocasión de atacar al enemigo. Clinton había reemplazado, entretanto, á Howe y reconcentrado sus fuerzas, más de 33,000 hombres, á la noticia de la alianza francesa, la cual de tal modo preocupó á los ingleses que resolvieron evacuar á Filadelfia y fortificarse en Nueva York. Esta retirada aprovechó Washington para atacar con sus 11,000 hombres á los ingleses en número de 19,000. Los alcanzó en Montmouth y, ayudado de Lafayette, los derrotó causándoles grandes pérdidas (Junio 28 de 1778). El dictador siguió á los realistas que se replegaban á Nueva York, y se situó en sus cercanías en puntos inex-pugnables. Tuvo ahí de nuevo que acudir á su paciencia y constancia, pues los americanos, confiados en los auxilios de Francia, se adormecieron en los preparativos para la continuación de la guerra.

CAMPAÑA DE JEORGIA Y LAS CAROLINAS (1778-1781). -Sin embargo, la campaña al mismo tiempo se continuaba en las provincias de Jeorgía y las Carolinas. La ciudad de Savannah (capital de Jeorgia) cayó en poder de los ingleses después de un sangriento combate. Alentados con esto, quisieron apoderarse de toda la Georgía y la Carolina del Sur, pero habiendo ido algunos refuerzos de tropas á los patriotas, pusieron sitio á Savannah para arrebatársela á los ingleses. Aunque aquéllos fueron auxiliados por el almirante francés de Estaing, que se había distinguido contra los ingleses en las Antillas con ocasión de la ruptura entre Inglaterra y Francia, no pudieron apoderarse de

ella á pesar de heroicos esfuerzos.

Clinton, después de asolar algunas ciudades del Connecticut, se dirigió á tomarse á Charleston, capital de la Carolina del Sur: la ciudad tuvo que capitular y muchos prisioneros, armas y municiones cayeron en poder de los ingleses (1780). Lord Cornwallis quedó á cargo de la campaña en el sur y Clinton tornó á Nueva York.

Por ese mismo tiempo llegaron los auxiliares franceses (6,000) mandados por el conde de Rochambeau y se pusieron á las ordenes de Washington. Con esto Clinton no podía fácilmente descuidar á Nueva York.

Entretanto, el general Gates hostilizaba á los realistas en la Carolina y hubo varios combates con resultado diverso. El general Green, que reemplazó á Gates, imprimió nuevo vigor á la campaña, que se extendió luego á la Virginia súbitamente invadida por Cornwallis y el traidor Arnold y defendida por Lafayette. Cornwallis se encerró al

fin en York-Town (1781).

RECONOCIMIENTO DE LA INDEPENDENCIA DE LOS ESTApos Unidos.—Washington engañó hábilmente á Clinton:
de acuerdo con los aliados franceses, se dirigió á marcha
forzada sobre York-Town, donde se le unió Lafayette y
logró sitiar á Cornwallis con dobles fuerzas (16,000). No
había esperanzas de auxilios para los ingleses, porque en
Jeorgía y Carolina estaba el ilustre Green para impedirlo,
y Clinton, demasiado lejos, los envió tardíos. La plaza
tuvo, pues, que rendirse á discreción (17 de Octubre de
1781).

Esta victoria, que llenó de júbilo á los americanos, fué

decisiva en la guerra de su Independencia.

La Inglaterra, aunque tenía en América más de 30,000 hombres, y algunas ciudades, estaba cansada de la guerra y agotada con los ingentes gastos que le había ocasionado. Además, algunas victorias contra las potencias europeas le permitían hacer una paz honrosa.

Envió, pues, sus comisionados á la Corte de Francia, donde los Estados Unidos representados por John Adams y Franklin firmaron la paz en Versalles, por la cual se reconoció la Independencia y concluyó la guerra contra la Francia, España y Holanda (3 de Septiembre de 1783).

GOBIERNO Y MUERTE DE WASHINGTON.-La nueva nación no estaba aún sólidamente constituida. El 2 de Mayo de 1787 se reunió en Filadelfia una convención que, después de largas discusiones, presentó la carta constitucional de los Estados Unidos, por la cual se constituyeron en república federal. Washington elegido, á pesar de su modestia, presidente, gobernó con acierto durante dos períodos. Se le quiso elegir para un tercero, mas él temeroso de dar un mal precedente para que en lo futuro algún ambicioso se perpetuase en el poder, renunció generosamente, como había reprobado los proyectos de monarquía que se le insinuaran. El 4 de Marzo de 1797 entregó el mando á John Adams, y él se retiró á la vida privada en su hacienda de Mont-Vernon. Las faenas de la agricultura ocuparon sus últimos años. Murió en 1799. Su muerte cubrió de luto á los Estados Unidos, que han convertido su sepulcro en un santuario nacional adonde van en peregrinación.

#### CAPITULO II.

# Independencia de la América española.

## Ме́лсо.

Causas de la revolución en las colonias hispano-americanas.—Primeros síntomas de la revolución en Méjico.—Hidalgo.—Calleja y Morelos.—Declaración de la Independencia: muerte de Morelos.—El virrey Ruiz de Apodaca: decadencia de la revolución.—Iturbide.—El emperador Agustín I.—Méjico se constituye en república.

CAUSAS DE LA REVOLUCIÓN EN LAS COLONIAS HISPANO-AMERICANAS.-Ya á fines del siglo pasado la Corte de España temió por la fidelidad de sus colonias americanas, en vista de algunas sublevaciones acaecidas en ellas y de las que hemos hecho mención. El conde de Aranda previó que tarde 6 temprano el grito de independencia saldría de aquellas colonias, y propuso medidas que á su juicio asegurarían la fidelidad de los americanos. Ya proponía que se formasen tres reinos, regidos por príncipes de la familia real de España y tributarios de la península; ya ceder el virreinato del Perú á trueque del Portugal, cuya corte, trasladándose á América, poseería con el Brasil v ese virreinato un vasto y poderoso imperio. Planes fueron éstos que se consideraron como utopías. La Corte se contentó con introducir reformas de poco momento para contentar á los americanos y deshacer la influencia moral que la independencia de los Estados Unidos podía ejercer en las colonias españolas.

La España, que había contribuído á esa independencia, tuvo pronto que lamentar su política poco acertada. Los progresos de los Estados Unidos influían naturalmente en los demás países americanos y eran un estímulo y un ejemplo. La revolución francesa con sus exageraciones acerca de la libertad y los derechos del hombre, hizo, á pesar de las medidas del gobierno colonial, muchos prosélitos en la América española. Sólo faltaba, pues, una ocasión favorable para que estas causas, á más del general disgusto que en los americanos producía el mal régimen de la metrópoli, las odiosas distinciones, los monopolios y privilegios que impedían el desarrollo de las colonias, surtiesen

sus efectos.

Esta ocasión se presentó en 1808 á consecuencia de la invasión de España por el emperador Napoleón I. Reinaba á la sazón en ella Carlos IV, que se había dejado dominar

absolutamente por el favorito Manuel Godoy, colmado de honores por el monarca, que en su cariño no había temido disgustarse con el heredero de la corona, su propio hijo, el principe don Fernando VII. De aqui surgieron disgustos. trastornos y aun revoluciones. Napoleón, que aspiraba á tener bajo su cetro toda la Europa, aprovechó esta ocasión para engañar al padre y al hijo, haciendo que la corona de España pasase á las sienes de su hermano, José Bonaparte. Tomó para ello las medidas de su hábil política, v. cuando menos se esperaba, las tropas francesas se adueñaron de Madrid y buena parte de España. El pueblo español se indignó de verse sujeto á un extranjero, que había cautivado á los reyes legítimos. Alzóse, pues, como un solo hombre y declaró guerra á muerte á los franceses. desconoció la autoridad del rey intruso, se formaron juntas que gobernasen durante la cautividad y á nombre de Fernando VII. Esta guerra heroica, que contribuyó eficazmente á la caída del coloso imperial, se llamó la guerra de la independencia española.

Cuando se supo en América la usurpación de Bonaparte y cautividad de los legítimos reyes, se protestó en todas partes contra los franceses, prometiendo obedecer sólo á Fernando VII. Mas el mismo derecho que hizo organizar juntas en España había también para organizarlas en

América: la junta representaba al rey cautivo.

Las autoridades españolas de las colonias vieron el peligro que ocultaban esas elecciones de juntas y se opusieron por lo general en cuanto le fué posible: querían que se obedeciese á la de España. Los americanos, unos de buena fe, otros con ocultos planes de aprovechar esos primeros actos de soberanía para alcanzar la completa emancipación, sostuvieron á todo trance la creación de juntas gubernativas

De aquí surgieron desordenes y represiones violentas de parte de la autoridad y luego de la misma metrópoli; de aquí también la organización y resistencia de los patriotas y la guerra declarada contra los españoles. Así, so pretexto de asegurar para Fernando el gobierno de las colonias, comenzaron estas á ejercer actos de una soberanía que estaba ya en los deseos de muchos y después conquistaron con las armas.

Primeros sintomas de la revolución de Mélico.—Era virrey de Mélico don José de Iturrigaray, malquisto de los españoles residentes en el país y amigo de los mejicanos, cuando se supo en la opulenta colonia lo sucedido en España. La Real Audiencia y el Ayuntamiento procuraron

persuadir al virrey para que tomase las medidas que cada cual creía más conformes al logro de sus propósitos. Aquélla quería asegurar el virreinato en provecho de la madre patria, éste preparar el camino para hacer á Méjico independiente. Iturrigaray asintió á los consejos de los patriotas y resolvió que se formase una junta á imitación de la de España, con la esperanza de ser él su presidente, conservando así la autoridad. Pero el partido español era muy poderoso en el virreinato y, cuando conoció las intenciones de Iturrigaray, por un golpe de mano el virrey fué hecho prisionero en su palacio, depuesto de su dignidad, y luego después embarcado para España y acusado de traidor.

Sucedióle don Pedro Garibay, mariscal de campo, el militar de más alta graduación entonces en Méjico, y que, según las últimas disposiciones de la Corte, debía suceder en cualquier caso imprevisto en que faltase un virrey ó un gobernador. Débil anciano, Garibay fué juguete de los partidos, hasta que la junta central de España nombró para reemplazarle al arzobispo de Méjico don Francisco Javier Lizana (1809). Las agitaciones no se calmaron con el gobierno paternal del arzobispo, y las tendencias revolucionarias se manifestaron claramente. El partido español deseaba una autoridad más enérgica y la tuvo en el general don Francisco Javier Venegas, nombrado virrev por el consejo de regencia de la península (1810).

Hidalgo.—Era Venegas inepto para gobernar acertadamente, sobre todo en las difíciles circunstancias en que

se hallaba el virreinato.

El cura del pueblo de Dolores, don Miguel Hidalgo, resolvió dar el grito de guerra contra los españoles y hacer á Méjico independiente, aunque procediendo con algún disimulo al principio de la empresa. Se había puesto de acuerdo con algunos otros, en especial con don Ignacio Allende. Pero, descubierto el complot antes del día señalado para dar el golpe, Hidalgo en vez de intimidarse y huir, como se lo aconsejaban sus compañeros, se declaró inmediatamente en abierta insurrección, y con unos cuantos hombres apresó á las autoridades españolas del pueblo y quedó dueño del lugar. Al siguiente día, que era Domingo, atrajo á muchos de sus feligreses y enarboló un estandarte en que puso la imagen de la Virgen de Guadalupe, de la que eran devotísimos los indios. Sin embargo, el nombre de Fernando VII era aún aclamado por los revolucionarios de 1810.

El grito de Dolores, que así se ha llamado esta pri-

mera intentona de la revolución mejicana, hizo eco en los pueblos y ciudades vecinas y la noticia llegó á la capital.

donde produjo grande espanto.

Hidalgo, con actividad inesperada en sus años y estado. reunió en poco tiempo un ejército formidable, pues llegó hasta 100,000 hombres, en su mayor parte indios indisciplinados que se entregaban al saqueo y á la matanza, desfogando así su odio contra los españoles. Esto perjudicó á la causa de Hidalgo, porque la guerra de independencia se convirtió en guerra de razas y se unieron en su contra criollos y españoles. Pero, antes que se conociese el carácter sangriento y vandálico de los insurrectos, varias ciudades cayeron en su poder, entre ellas Guanajuato y Valladolid. El virrey Venegas se veía en grande aprieto para poner coto al torrente devastador que desde el norte amenazaba inundar la soberbia capital. Ordenó que el brigadier don Félix María Calleja concentrase las tropas para defenderla; mas, como Hidalgo, nombrado generalísimo de los insurgentes, avanzaba con mucha rapidez, mandó el virrey al coronel Trujillo que con 2,000 hombres se opusiese á su marcha. En las Cruces vinieron á las manos y los realistas fueron completamente derrotados. Hidalgo estuvo pronto á cinco leguas de Méjico. Sin embargo, por un error inexplicable no se atrevió á tomarse la ciudad v emprendió una funesta retirada.

Calleja lo atacó en Acapulco con 6,000 veteranos, y obtuvo completa victoria contra aquellas bandas desorganizadas y ya disminuidas por la desercion. Pocos días después atacó y venció también á Allende, segundo de Hidalgo, tomándose á Guanajato, en donde por una y otra parte se

cometieron grandes crueldades.

Tanto había cundido la revolución, que, á pesar de los anteriores desastres, Hidalgo, dueño entonces de la importante ciudad de Guadalajara, organizó un gobierno regular, trató de atraerse la alianza de los Estados Unidos, aprestaba toda clase de armas, y se halló otra vez á la cabeza de 100,000 hombres. Pero el incansable Calleja fué en su persecución y le dió una batalla decisiva con sus 6,000 veteranos á las orillas de un río llamado de Calderón. La disciplina triunfó del número: Hidalgo fué derrotado con gran pérdida (1811). Esta batalla abrió una serie de victorias á los realistas, que se mancharon con horribles crueldades, que los insurgentes vengaban con represalias no menos espantosas. El 21 de Marzo de 1811 don Ignacio Elizondo entregó á Hidalgo, Allende y otros jefes de la revolución en poder de los realistas que los condenaron á la pena de

muerte. El cura fué antes degradado y murió arrepentido de sus faltas.

Calleja y Morelos.—La revolución no murió con él ni se intimidó con los castigos ó más bien crueldades de los realistas victoriosos. Por el contrario, trató de reorganizarse para atacar con ventaja al enemigo. En el sur apareció otro cura, don José María Morelos, amigo de Hidalgo, menos sanguinario y más prudente que él. Al mismo tiempo don Ignacio Rayón reunió las dispersas tropas de Hidalgo, hostilizó á los realistas y estableció su cuartel general en Zitácuaro. Para proceder de acuerdo con Morelos lo hizo miembro de una junta establecida en dicha ciudad con pretensiones de gobierno regular, que representaba la autoridad de Fernando VII (1811).

Esta junta alarmó mucho al virrey y procuró destruirla á toda costa. El valiente Calleja se dirijió á Zitácuaro y la

tomó; pero la junta se trasladó á Sultepec (1812).

En tanto Morelos, que se había dedicado á disciplinar sus tropas, no queriendo mandar turbas desorganizadas, sino verdaderos ejércitos, se acercaba poco á poco á la capital; Calleja salió á campaña contra él y lo sitió en la ciudad de Cuantla, hoy ciudad Morelos. En ella manifestó Morelos grandes talentos militares, pues defendió por más de dos meses una ciudad abierta contra un sitio en toda forma dirigido por el valiente y hábil general Calleja (1812). Cuando fué imposible prolongar la resistencia, Morelos burló á su enemigo y evacuó de noche la ciudad, llevándose á los habitantes y pertrechos. Continuó la campaña con grande acierto: Orizaba, Oajaca y Acapulco cayeron sucesivamente en su poder, si bien la última resistió seis meses antes de rendirse (1813). La causa de los patriotas se hallaba por entonces en mejor pie que nunca.

El mal estado de las cosas en Méjico hizo que la regencia de España llamase á Venegas, aborrecido de los mismos realistas á causa de sus arbitrariedades, y lo reemplazara por Calleja. El nuevo virrey trató de robustecer su autoridad y dió á la guerra un impulso más enérgico (1811).

Declaración de la independencia, muerte de Morelos.
—Morelos, por su parte, deseando que se pusiese de manifiesto la causa de la guerra y que se organizase un gobierno nacional, ya que la junta estaba completamente desprestigiada, hizo reunir un congreso en Chilpancingo (13 de Septiembre de 1813). El Congreso declaró "rota para siempre jamás la dependencia de Méjico del trono español", reivindicando para sí la autoridad soberana, y nombró á Morelos generalísimo de los ejércitos de la patria.

Mientras tanto los realistas habían recibido nuevos refuerzos de la metrópoli, y la campaña comenzó á ser muy funesta para los patriotas. Morelos fracasó completamente en el asalto de Valladolid, defendida por Iturbide y Llano; intentó sostenerse en Puruarán y perdió toda su artillería, muchas armas y soldados; el cura Matamoros, segundo de Morelos, cayó prisionero y fué condenado á muerte. La estrella de los patriotas se había eclipsado; las ciudades caían unas en pos de otras en poder de los enemigos: la deserción diezmaba los ejércitos de aquéllos. Á pesar de todo, el Congreso dió una constitución republicana. Pero amenazado tuvo que trasladarse de ciudad en ciudad.

Morelos procuró á toda costa escoltar una de estas traslaciones y se puso á retaguardia para impedir una sorpresa. Alcanzado por Concha cerca de Tesmeluca, fué vencido y hecho prisionero con muchos de los suyos. Trasladado á Méjico y sometido á juicio, después de degradarlo, lo fusilaron como á traidor: murió con los auxilios y sentimientos cristianos (1815) sin que nada obtuviesen las amenazas y empeños del Congreso para salvarlo. Tal fué el fin de estos dos célebres sacerdotes, que desempeñaron en la revolución mejicana un importante papel, aunque muy ajeno de su sagrado carácter y condenable en dos ministros de paz y de amor.

EL VIRREY RUIZ DE APODACA: DECADENCIA DE LA REVO-LUCIÓN.—Con la muerte de Morelos la revolución careció de unidad y concierto. El Congreso establecido en Teguacán se desprestigió por las rivalidades de sus miembros, hasta que Terán, uno de los generales de Morelos, lo disolvió, asumiendo él la autoridad y procurando dirigir á los patriotas; pero con tanta desgracia que él mismo tuyo

que rendirse.

El virrey Calleja varió de política después de la muerte de Morelos: creyó con razón que la esperanza del indulto contribuiría más que las crueldades para aquietar á los sublevados, y ofreció el perdón á los que se rindiesen. Comenzaba esta medida á producir sus frutos cuando el virrey fué reemplazado por don Juan Ruiz de Apodaca, nombrado por Fernando VII (1816). Era Apodaca hombre prudente y de natural bondadoso, así es que adoptó una política de conciliación, procurando atraer por bien á los patriotas. El resultado fué casi completo. Los principales jefes insurjentes se rindieron y aprovecharon el indulto. Sólo don Vicente Guerrero se mantuvo en el sur á la cabeza de los insurrectos.

Tanto había decaído la revolución de Méjico que ni

el valor ni los talentos militares del joven español don Francisco Javier Mina fueron parte para excitar el antiguo entusiasmo. Había éste organizado un escogido cuerpo de oficiales extranjeros para invadir á Méjico y separarlo de España. Eugrosó su ejército y se atrincheró en el fuerte de Sombrero; mas, sitiado estrechamente por los realistas, después de varios descalabros, cayó pri-

sionero y fué fusilado como traidor (1817).

ITURBIDE.—Entre los mejicanos que hasta entonces habían defendido la causa del rey hemos hecho mención del coronel don Agustín de Iturbide. Este joven militar amaba á su patria y le era doloroso ver á otras colonias hispano—americanas convertidas ya en naciones independientes, mientras que Méjico continuaba aún siendo simple colonia. Acechaba, pues, una ocasión favorable para proclamar la Independencia. El año de 1820 se publicó y juró en Méjico la Constitución que los liberales españoles habían hecho aceptar al rey Fernando VII, y se supo también que las cortes preparaban medidas contrarias á los derechos de la Iglesia.

El partido realista se dividió en dos bandos, uno por la Constitución y otro por el gobierno absoluto del monarca; el virrey pertenecía al segundo y meditaba los planes conducentes á asegurar á Fernando el pleno ejercicio

de su autoridad en la colonia.

Esta división era una circunstancia favorable para el proyecto de Iturbide. Este, que con 2,000 hombres marchaba contra Guerrero, entró en tratados con el enemigo, que se le unió bajo la condición de que Iturbide se pusiese á la cabeza de los defensores de la independencia de Méjico. En el pueblo de Iguala se convinieron las tres garan-

tías de ésta (24 de Febrero de 1821).

En el que se llamó Plan de Iguala, se declaraba la Independencia, pero de modo que agradase á los grandes partidos que entonces había en el virreinato. La Religión católica sería la única religión del Estado; Méjico se declaraba independiente y se constituía en monarquía constitucional, cuyo cetro se ofrecia á Fernando ó á alguno de los príncipes de su familia, ó, en último caso, de cualquiera de las dinastías reinantes en Europa; no habría distinción entre americanos y españoles. Una regencia presidida por el virrey gobernaría provisionalmente. Como se ve, el plan estaba hábilmente concebido para atraerse á todos los bandos políticos; y en efecto, se atrajo innumerables partidarios, de tal modo que en poco tiempo todo el virreinato, menos Méjico y Veracruz, obedecía á Iturbide.

Apodaca creyó deslealtad el aceptarlo y lo desaprobó abiertamente; pero estaba perplejo acerca de las medidas que adoptaría para evitar las consecuencias del *Plan de Iguala*. Creyendo los realistas que nada de provecho podían hacer contra Iturbide, mientras obedeciesen á. Apodaca, lo depusieron con un golpe de mano (1821). Reemplazado por el general Novella, la causa realista empeoró más y más.

En tan apuradas circunstancias llegó don Juan O'Donojú, nuevo virrey nombrado por la Corte. Iturbide lo invitó á tener una entrevista en la villa de Córdoba. Allí convinieron los dos jefes en lo que se llama el tratado de Córdoba ó sea el mismo Plan de Iguala, menos la necesidad absoluta de ofrecer la corona á un príncipe europeo: una junta de treinta y ocho personas ejercería el poder

legislativo hasta la reunión de un congreso.

Novella y el partido realista no aceptaron el tratado, pero tampoco opusieron resistencia armada. Iturbide entró solemnemente en Méjico el 27 de Septiembre de 1821. Nombró la junta que proclamó la Independencia (28 de Septiembre de 1821). La misma junta eligió cinco miembros como regentes mientras venía el futuro emperador; por de contado, Iturbide presidió la regencia y O'Donojú fué uno de sus miembros; á lo que parece uno y otro abri-

gaban esperanzas de empuñar el cetro.

EL EMPERADOR AGUSTÍN I.—La muerte de O'Donoiú. acaecida poco después, libró á Iturbide de su competidor. La reunión del Congreso (24 de Febrero de 1822) vino á contrapesar la autoridad de Iturbide, al que hizo no poca oposición. Llegó por entonces la noticia de que las cortes españolas habían rechazado el tratado de Córdoba, lo que precipitó los ambiciosos planes de Iturbide. El 18 de Mayo de 1822 un motín militar lo proclamó emperador con el nombre de Agustín I. El pueblo se adhirió con frenético entusiasmo á este nombramiento, y el Congreso tuvo que aprobarlo amenazado por las turbas populares. Muy luego todo el virreinato aceptó al nuevo gobierno. La coronación de Iturbide se hizo en la catedral con extraordinaria magnificencia (21 de Julio de 1822). La monarquía fué declarada hereditaria y se designaron cuantiosas rentas al emperador y los miembros de su familia, que se titularon principes.

Sin embargo, en el Congreso y fuera del Congreso se dejó sentir fuerte oposición al monarca; aun hubo cona-

tos de sublevación.

Los dispendiosos gastos de la corte y el pésimo estado

de la hacienda pública introdujeron el descontento. Iturbide disolvió el Congreso y nombró una junta legislativa, que aunque de su amaño, no le fué del todo sumisa.

Habiéndose disgustado aquél con el coronel don Antonio López de Santa Ana, gobernador de Veracruz, éste dió el grito de rebelión y proclamó la república en la provin-

cia de su gobierno (1822).

El general Guadalupo Victoria, enemigo jurado de Iturbide, se adhirió á Santa Ana. Las tropas enviadas á las ordenes de Echavarri se unieron á los sublevados y varios otros generales se pasaron también al enemigo. La irresolución de Iturbide dió aliento y fuerza á los sublevados. Convocó de nuevo al mismo Congreso disuelto poco antes, con lo que empeoró su situación. Traicionado al fin por sus mismos amigos hizo su abdicación, y se vió obligado á expatriarse á Italia, con una renta de 25,000 pesos anuales (1823).

MÉJICO SE CONSTITUYE EN REPUBLICA.—Nombróse un triunvirato donde estaban representados los principales partidos para que gobernase interinamente la República, y se convocó un Congreso constituyente. Entretanto, dos opiniones acerca de la forma republicana luchaban en todo el país: unos querían la República unitaria, y otros, la mayor parte. la República federal. El ejemplo de los Estados Unidos daba gran fuerza á los federales que, por desgracia, tuvieron mayoría en la Constituyente é hicieron triunfar el federalismo, una de las causas de las perpetuas discordias que han destrozado la República.

La Constituyente se reunió en Méjico el 7 de Noviembre de 1824, proclamó la independencia de las dieciocho provincias (después se agregó la de Chiapas) de los Estados Unidos de Méjico: habria un presidente general, elegido cada cuatro años, siendo el primero don Guadalupo Victoria.

Mientras discutía el Congreso la nueva constitución mejicana, el ex-emperador Iturbide, creyéndose aún con un fuerte partido, volvió á su patria, so pretexto de que estaba amenazada de una invación extranjera. El congreso había, en ausencia de Iturbide y sin que éste lo supiera, lanzado una ley por la cual lo condenaba á muerte, si tornaba á la República. Apenas desembarcó fué hecho prisionero por el general Garza (en Tamaulipas) y sentenciado á muerte, por el congreso de aquel estado, en virtud de la ley á que hemos hecho referencia; ejecutóse la sentencia sin consideración alguna á los servicios del reo ni á la ignorancia de la ley, estéril crueldad que bien pudiera haberse evitado (1824).

## CAPITULO III.

# Independencia de Venezuela.

Expedición de Miranda.—La primera junta gubernativa.—Declaración de la Independencia y primera campaña.—Triunfos de los realistas.—Nuevos esfuerzos de los patriotas: Bolívar.—Reconquista de Venezuela.—Morillo.

Expedición de Miranda.-Aun antes de los hechos que causaron la conflagración general de las colonias hispanoamericanas, se había intentado la Independencia de Venezuela. Don Francisco Miranda, natural de Caracas, que se había distinguido en la guerra de la Independencia de los Estados Unidos y mucho más en la revolución francesa, en la que figuró como general, fué el jefe de una expedición libertadora de su patria. Después de estériles esfuerzos en Inglaterra para procurarse los elementos que eran menester, reunió en Nueva York 200 hombres con los que crevó tener el núcleo de un ejército respetable, si lograba desembarcar en Venezuela. Pero apercibido Vasconcelos, entonces capitán general de la colonia, aprestó la defensa, y antes que bajase Miranda fué derrotado por los buques españoles (1806). No se desconcertó por ello el general insurgente y volvió luego, gracias al auxilio de los ingleses, á la cabeza de 500 voluntarios. Llegó hasta apoderarse de Coro é intentó sublevar el patriotismo de los venezolanos; mas, no tuvo eco su voz y se vió obligado á reembarcarse, antes que lo atacaran las numerosas tropas que el capitán general había reunido contra él. Abandonado Miranda aun de los ingleses, se fué á Inglaterra para esperar ocasión más favorable en que poner por obra sus proyectos.

La primera Junta gubernativa.—Las primeras noticias llegadas á Venezuela (1808) del cambio de gobierno acaecido en la península causaron grande excitación, dividiendo en dos partidos á los venezolanos: unos, los realistas, querían que á toda costa se obedeciese al gobierno instituído en España; otros, los patriotas, pedían una junta que gobernase á nombre de Fernando VII. Don Juan de Casas, capitán general, hizo reconocer la autoridad de la junta de Sevilla. Los patriotas quedaron descontentos, algunos fueron aprisionados. Habiendo venido (1809) un nuevo capitán general, don Vicente Emparán, hombre inepto y arbitrario, exacerbó los ánimos con una persecución tenaz á los patriotas, sin que por eso lograse acobardarlos. Cuando se supo en Caracas que los franceses habían disuelto la

junta de Sevilla, el pueblo se sublevó, obligando á Emparán á que formase una junta gubernativa compuesta de los miembros del ayuntamiento de la capital (19 de Abril de 1810). El canónigo chileno Cortés Madriaga impidió que Emparán fuese presidente de la junta, el cual tuvo que par-

tir para Estados Unidos.

La junta desplegó grande actividad, envió á Inglaterra una embajada para atraerse su protección; Bolívar y el más tarde ilustre Bello, iban con esa comisión; declaró la libertad del comercio, y prohibió la introducción de esclavos; convocó á todas las provincias para que nombrasen sus representantes á un congreso nacional; y puso en fin á don Francisco de Miranda, recién llegado de Europa. A

la cabeza del ejército.

Declaración de la Independencia y primera campaña. —El congreso se reunió en Caracas en Marzo de 1811. Todas las provincias menos Coro y Maracaibo, habían reconocido la autoridad de la junta y nombrado sus representantes. Hubo discusiones agitadísimas, pues los más exaltados de los patriotas querían que desde luego se declarase la Independencia. Triunfó esta opinión, que los hechos manifestaron haber sido prematura: la Independencia de Venezuela fué declarada el 5 de Julio de 1811, por lo que se ha llamado á Venezuela la primogénita de la libertad americana, pues se anticipó á las demás naciones hispano-americanas en segregarse de la metrópoli. A ejemplo de los Estados Unidos, se adoptó una constitución por la que se declaraba

República federal.

Lo extemporáneo de esta audaz declaración sublevó furiosamente á los realistas y aun muchos patriotas se disgustaron profundamente. Ya el gobierno de la península había tomado severas medidas contra la naciente revolución de Venezuela: declaró rebeldes á sus adeptos, bloqueó las costas, y se nombró capitán general á don Fernando Miyares, gobernador de Maracaibo. Este resistió á las tentativas de los patriotas para atraerse de grado ó por fuerza las provincias de su mando, y organizó tropas para tomar á su vez la ofensiva. En estas circunstancias la declaración de la Independencia causó dos grandes sublevaciones realistas, una en Caracas y otra en Valencia. La primera fué reprimida fácilmente y condenados á pena capital los cabecillas del motín; la segunda ofreció más dificultad, pues fué menester que Miranda pusiese sitio á Valencia. La ciudad se rindió y se indultó á los culpados (1811). Miyares, entretanto, había hecho avanzar sus tropas y castigar á los pueblos patriotas que estaban descuidados; la junta

organizó algunos destacamentos y los opuso á los realistas, y comenzó así una serie de escaramuzas sin resultado notable. Sin embargo, muestras de descontento aparecían entre los soldados patriotas y las poblaciones se quejaban de la paralización del comercio. Para mayor desgracia los realistas recibieron refuerzos que les trajo el brigadier Cajigal: uno de sus subalternos, Domingo Monteverde, á la cabeza de un pequeño cuerpo de tropas, avanzó á Caracas.

Triunfo de los realistas.—En estas circustancias un suceso inesperado y espantoso vino á precipitar la ruina de los patriotas. Tal fué el terremoto del 26 de Marzo de 1812, que redujo á escombros la capital y muchas otras ciudades donde los patriotas ejercian precisamente más influencia. La circunstancia de haber acaecido la catástrofe en el aniversario de la creación de la primera junta, y de no haber sufrido nada las provincias realistas, hicieron profunda impresión en el pueblo, que vió en el terremoto un castigo de Dios; el desaliento y la deserción aniquilaron al ejército y partido patriotas. Los realistas multiplicaron sus fuerzas y aprovecharon el pánico de sus enemigos. Valencia cavó en poder de Monteverde, el desgraciado Miranda tuvo que capitular y Caracas volvió al poder de los realistas. Monteverde cometió la indignidad de calumniar á Miranda, haciendo creer á los patriotas que se iba á embarcar aquel jefe con grandes riquezas debidas á la traición; los patriotas se irritaron contra Miranda, y hasta el mismo Bolívar se declaró su enemigo. Fué aprisionado el infeliz general y maldecido por uno y otro bando; pero no paró aguí sólo la perfidia de Monteverde, que hizo apresar, contra lo pactado, á varios jefes patriotas. Miranda, de calabozo en calabozo y protestando inútilmente contra la violación del tratado, murió en las cárceles de Cádiz (1816). Monteverde recibió en premio de sus tristes hazañas el gobierno de Venezuela con el título de pacificador. Él abusó horriblemente de su autoridad, desterrando y aprisionando sólo por sospechas; miles de personas perdieron cuando no la vida, la libertad, v fueron reducidos á la miseria.

Nuevos espuerzos de los patriotas: Bolivar.—La torpe conducta de Monteverde, que pretendía ahogar en sangre el patriotismo de los venezolanos, excitó la indignación de muchos, que habrían permanecido adictos al gobierno de la metrópoli, si á su nombre no se ejerciera tan atroz tiranía.

Cuarenta y cinco jóvenes patriotas, refugiados en el islote de Chacachare, y entre ellos Mariño, Piar, Valdés, los dos Bermúdez, nombres ilustres de la Independencia de Venezuela, comenzaron una guerra á muerte contra los opresores de su patria (1813). Las provincias de Cumaná y Barcelona fueron por de pronto el teatro de sus hazañas; la ciudad fuerte de Maturín cayó en poder de Mariño y Piar, que se aprestaron á defenderla contra las tropas de Monteverde. Sus subalternos la atacaron inútilmente, desfogando su despecho con increibles crueldades contra los patriotas que en otras partes caían en sus manos. Las represalias no se hicieron esperar, y la guerra de Venezuela fué la más atroz de todas las de la Independencia americana. Presentóse Monteverde á sitiar á Maturín; pero fué derrotado comple-

tamente por Piar (1813).

Un nuevo v más terrible enemigo amenazaba en tanto á Monteverde por la parte occidental de Venezuela: era Simón Bolívar, que hasta entonces había desempeñado un papel subalterno; pero que emigrado á Nueva Granada, tanto se había distinguido en aquella provincia, que á la cabeza de un ejército tornaba á Venezuela para libertarla del poder de los realistas. En efecto, menos de seis meses habían bastado para que Bolívar desplegase gran talento militar y tanto valor que alcanzó en Nueva Granada el título de brigadier, y lo veremos figurar en primera línea en la independencia de una y otra República. Á principios de 1813 pisó de nuevo Bolívar el suelo de su patria y con sólo 500 hombres debía habérselas contra 6,000; pero, valiéndose de marchas rápidas y del entusiasmo de sus compatriotas, sin desmayar por los primeros reveses, dividió su pequeño ejército en dos partes, una de las cuales confió al valiente Rivas. y marchó contra Caracas. Á él y á su segundo sonrió la victoria en todos los pequeños combates que fué menester dar antes de la batalla de Tahanes. Aquí lo esperaba el feroz Monteverde con la flor de su ejército: libróse una batalla decisiva v los patriotas obtuvieron tan completa victoria. que Bolívar pudo decir. "No escapó ni un hombre, ni un fusil." Valencia abrió sus puertas al vencedor, y Monteverde fué á ocultarse tras de las murallas de Puerto Cabello.

Don Santiago Mariño derrotaba á la vez en las provincias orientales á las tropas realistas. Así es que Bolívar entró en Caracas como un triunfador romano, entre el entusiasmo frenético de los patriotas (Agosto de 1813). Se le dió el glorioso título de *Libertador*, y se le nombró capitán general y dictador supremo mientras durase la guerra.

RECONQUISTA DE VENEZUELA POR LOS REALISTAS.—Pero los patriotas no obraron con la debida actividad, y la falta de unión entre Bolívar y Mariño ocasionó funestísimos desastres para la causa de la patria. Los últimos

meses de 1813 y principios de 1814, el territorio de Venezuela se convirtió en vasto campo de batalla y de espantosas crueldades. Realistas y patriotas no se daban cuartel, y lo peor es que se habían relajado los lazos de la obediencia y en uno y otro bando había militares que peleaban por su cuenta, curándose muy poco de las ordenes de sus superiores. A duras penas consiguió Bolívar hacer reconocer su autoridad á Mariño, que pretendía el poder supremo; entre los realistas, Monteverde fué depuesto y reconocido Cajigal como capitán general; pero sus ordenes

eran desobedecidas y débil su autoridad.

Aparecieron entonces varios militares realistas que adquirieron triste celebridad por sus crueldades, aunque dotados de valor y talento extraordinarios; tales eran Boves, Morales, Yáñez y otros. Se hicieron principalmente jefes de guerrillas que las circunstancias convertían en ejércitos que causaron grandes males á los patriotas. Tomás Boves sublevó en el sur á los *llaneros*, hombres semi-bárbaros avezados á todo género de trabajos y peligros; se hicieron tan terribles que los llamaban los tártaros. Bolívar dividió su ejército, destinando una parte para atacar á los llaneros y con la otra se dirigió à sitiar á Puerto Cabello. Reforzados los realistas de esta ciudad, se vió obligado á levantar el sitio, no sin vencer antes á los que intentaron picarle la retirada. La guerra se mantenía en el sur y en occidente con terrible vigor. Boves y Yáñez derrotan á los patriotas y se apoderan de varias ciudades amenazando aun á Caracas; pero Urdaneta vence á Yáñez que muere en Ospino, y Rivas hace sufrir un descalabro á Boyes y al cruel Rosete. De repente se levanta Boyes con nueva audacia y se dirige á la capital: opónesele Bolívar en San Mateo (Febrero de 1814). Un mes duró este célebre sitio, en el que sucumbieron coronados de gloria muchos héroes patriotas. Fué entonces cuando el neogranadino Antonio Ricaurte se sacrificó generosamente, haciendo volar los depósitos de pólvora y armas de que se habían apoderado los enemigos. Boves tuvo que levantar el sitio al acercarse Mariño en socorro de Bolívar y, derrotado por aquél en Bocachica, se fué á unir á Ceballos que sitiaba á los patriotas en Valencia. Voló Bolívar en auxillo de aquéllos y logró salvarlos. Cajigal, reforzado con las fuerzas sitiadoras de Valencia, no tardó en hallarse al frente de Bolívar en la llanura de Carabobo (Abril de 1814). El héroe patriota obtuvo aquí una espléndida victoria, muchas armas y prisioneros.

Durante este tiempo á los destrozos de la guerra hay

que añadir crueldades inauditas. Rosete hizo degollar en un templo á gran número de patriotas sin perdonar ni á los ancianos, mujeres y niños; Bolívar en represalia hace pasar á cuchillo á más de ochocientos prisioneros que intentaban sublevarse.

La victoria de Carabobo no puso término á la guerra; á pesar de los triunfos, los patriotas veían empeorar su situación. La vuelta del rey á Madrid permitía á la metrópoli enviar numerosos refuerzos á los realistas, al paso que la deserción diezmaba los ejércitos patriotas, cansados ya de tanta guerra y de la completa paralización de los negocios

El infatigable Boves aparece de nuevo al maudo de 8,000 hombres, resuelto á tomarse la capital. Bolívar y Mariño se unen para oponerle resistencia, aunque sus tropas son muy inferiores en número. El 15 de Junio de 1814 se dió entre ellos la famosa batalla de la Puerta, en que los patriotas fueron completamente derrotados. Valencia tuvo que rendirse asediada por Cajigal, Boves y toda la flor del ejército realista; igual suerte corrió Caracas. El perjuro Boves, faltando á los más sagrados juramentos, mataba á los rendidos sin respetar tratados ni promesas. El noble Cajigal, viendo atropellada su autoridad y horrorizado de tantas crueldades, se retiró á Puerto Cabello.

Bolívar, Mariño y otros ilustres patriotas huían en dirección á Nueva Granada, perseguidos de cerca por los realistas. En vano el corazón indomable de Bolívar intentó organizar varias veces la resistencia; la victoria había huído de sus banderas, y los esfuerzos del héroe no hacían sino exacerbar la furia de los vencedores, que en un solo día degollaron á más de 4,000 prisioneros. El feroz Boves fué muerto por los patriotas en la batalla de Urica en que éstos fueron derrotados. Para colmo de desgracias, Bolívar y Mariño, que se habían embarcado llevando el dinero que era menester para hacerse de gente y pertrechos, fueron salteados por el italiano Bianchi, jefe de la flotilla. Nuevos sinsabores tuvo que sufrir el héroe colombiano: quiso aún hacer un último esfuerzo para salvar á su patria; pero Rivas y Piar desconocieron su autoridad y lo trataron de cobarde y traidor. Se reembarcó de nuevo para Cartagena, resuelto á trabajar en Nueva Granada por la noble causa que parecía perdida en Venezuela.

Morillo. — Mientras tanto Fernando VII preparaba cerca de Cádiz una expedición para someter á las colonias rebeladas. Púsola á las órdenes del teniente general Pablo Morillo, militar valiente, que con sus hazañas en la guerra contra los franceses se había hecho acreedor á la confianza del rev. El ejército era de más de 10,600 hombres v el general estaba facultado para proceder según le aconsejase la prudencia. En Abril de 1815 llegó Morillo á Cumaná. Supo que va no había enemigos en Venezuela y que sólo en la isla Margarita aún flameaba el estandarte de los patriotas. Estos, impotentes para resistirle, se rindieron y fueron tratados con aparente moderación. Y decimos aparente, porque apenas entró Morillo en Caracas comenzó á perseguir cruelmente á los patriotas. Favoreció á Temás Morales, digno émulo de Boves en la audacia v crueldad, desairando á Cajigal, que había observado una

conducta digna.

So pretexto de haberse incendiado el buque donde venía el erario, impuso Morillo á los habitantes de Caracas ruinosas contribuciones, é hizo vender los bienes de los patriotas, estableció consejos de guerra permanentes, llegó á disgustar á los criollos realistas por el desprecio con que los miraban los españoles, á pesar de debérseles la pacificación de Venezuela. Viendo Morillo que esta provincia estaba ya sometida, pues unas cuantas guerrillas patriotas que vagaban por los campos del Orinoco, no eran dignas de llamar su atención, nombró capitán general al brigadier Ceballos, y él se dirigió á Nueva Granada, para someterla a la obediencia. Tenia el título de Pacificador y quería ejercerlo donde fuese menester: la ciudad inexpugnable de Cartagena era un digno campo para su valor y la puso sitio. Ya lo veremos en la historia de Nueva Granada.

### CAPITULO IV

Páez y las guerrillas.—Sublevación de la Margarita.—Desgracias y constancia de Bolívar.—Segunda campaña de Bolívar en Venezuela.—Bo-lívar liberta á Nueva Granada.—Fundación de Colombia.—Armisticio de Trujillo.—Batalla de Carabobo.—Ultimos esfuerzos de los realistas en Venezuela.

Páez y las guerrillas.—Durante el gobierno de Ceballos y Moxó, los patriotas fueron oprimidos con verdadera tiranía, sobre todo el nombre del último llegó á ser execrable. Pero, aunque vencidos é impotentes para resistir en las ciudades, mantuvieron la bandera de la Independencia en las llanuras del Orinoco, donde algunos audaces guerrilleros tenían en continuo sobresalto á los españoles. El más ilustre de los que adoptaron este sistema de defensa en las provincias occidentales de Venezuela, fué el joven general don José Antonio Páez, que después de Bolívar fué el que más se distinguió en la guerra de la Independencia de su patria. Cuando emigraron los patriotas á Nueva Granada, él con 500 ginetes comenzó una nueva campaña de sorpresas en que derrotó muchas veces á los españoles: su audacia y algunas de sus hazañas rayan casi en lo increible.

Sublevación de la Margarita (1815).—La ya nombrada isla de la Margarita vino á ser el centro de donde partió el nuevo impulso de la Independencia de Venezuela. El general Juan Bautista Arizmendi logró burlar la vigilancia de los realistas, pudo juntar 1,500 hombres y su-

blevó la isla contra los realistas.

En lo mejor de la tremenda lucha y cuando los patriotas se enseñoreaban de casi toda la isla, llegó en su auxilio el Libertador con algunos refuerzos para comenzar desde allí nueva campaña contra los realistas de tierra firme (1816).

DESGRACIAS Y CONSTANCIA DE BOLIVAR.—A terribles pruebas había estado en tanto sujeta la constancia de Bolívar, desde su ida á Nueva Granada. Allí tuvo que luchar contra los odios de la guerra civil, hasta que prefirió retirarse á Jamaica para atenuar los desastres de la discordia y hacerse de nuevos recursos con que comenzar la guerra. En Jamaica escapó milagrosamente de ser asesinado por un esclavo cohechado de Moxó. Pasó á Haití, donde Petihon-su presidente, le auxilió para llevar á cabo sus proyectos. Allí trabó intima amistad con el rico armador Luis Brión, que tan importantes servicios prestó á la Independencia de Venezuela. Merced á los auxilios de uno y de otro, pudo desembarcar en la Margarita y más tarde en el continente. Intentólo varias veces, pero con mal éxito, pues en una de ellas (1816) el temor de ser sorprendido por Morales lo hizo reembarcarse tan precipitadamente, que hubo de abandonar buena parte de sus tropas. Logró más tarde desembarcar en Cumaná; pero tanto lo habían desacreditado sus enemigos con ocasión de su fuga anterior, que fué pésimamente recibido por los patriotas, vejado, y aun el general Bermú-dez quiso traspasarlo con su espada. Volvió después á Haití en busca de nuevos recursos, en medio del abandono y desprecio de casi todos sus amigos. Gracias á los buenos oficios del almirante Brión, cuyos buques eran de tanta utilidad á los patriotas, pudo tornar al continente y desembarcar en Barcelona. De esta manera el héroe colombiano tenía que luchar á la vez contra el odio á muerte de los realistas y contra la insubordinación de los patriotas. Sin embargo,

no desmayó un instante, soportando todo género de sufrimientos á trueque de conseguir la libertad de su patria. Aún le esperan nuevos sinsabores; pero se ostenta no menos grande en la adversidad que en el brillo de sus espléndidas victorias.

Segunda campaña de Bolivar en Venezuela.—La tropa abandonada por Bolívar había llevado á cabo, bajo las órdenes del escocés Mac-Gregor, una célebre retirada, comparable á la famosa de los diez mil. Sólo 650 hombres mal equipados atravesaron como 150 leguas, defendidas por enemigos muy superiores y orgullosos de sus victorias, derrotándolos en todos los encuentros; y el feroz Morales que los quiso envolver en Barcelona, fué completamente vencido. Bolívar fué recibido por esos valientes, y, no pudiendo organizar desde aquel punto un plan de campaña ventajoso, se dirigió con sus fuerzas á la provincia de Guayana para reunir allí todas las tropas, y, aprovechando el Orinoco, ser auxiliado por Brión y tomarse á Angostura, que podía servirle de punto céntrico para abrir una nueva campaña. En efecto, Piar sitiaba ya, aunque con mal éxito, esa ciudad, defendida por el general Miguel Latorre (1817). La presencia de Bolívar dió nuevo vigor al sitio, y, coadynvado por el fiel Brión, obligó á Latorre á evacuar la ciudad: con esto la región oriental de Venezuela quedaba en poder de los patriotas. Angostura fué declarada interinamente capital de la República.

Pero no tardaron las discordias de los patriotas en distraer á Bolívar de sus planes. Mariño pretendió ejercer la autoridad suprema: reunióse un congreso de su amaño y varios generales se pasaron al nuevo gobierno, que desconocía la autoridad del Libertador. Bolívar desterró á Mariño é hizo fusilar á Piar, dolorosa medida, pero nece-

saria para consolidar su autoridad.

Mientras tanto, Morillo, que derramaba á torrentes la sangre de los patriotas en Nueva Granada, comenzó à inquietarse por los triunfos de éstos en Venezuela, y resolvió volver á escarmentarlos. Invadió las provincias occidentales, teatro de las hazañas de Páez (1817). Pretendió concluir con las guerillas de éste y sojuzgar á los patriotas de la Margarita, y fracasó en una y otra empresa. Páez, que no podía contrastar con sus veloces jinetes á los 4,000 veteranos de Morillo, se retiró hasta hallar una ocasión favorable. En Mucuritas logró engañar al enemigo, haciendo que la caballería se separase de la infantería para perseguir á los guerrilleros; mas, acertado el lazo, incendió la yerba de la llanura y cargó violentamente sobre la caballería,

que á causa del incendio no pudo ser auxiliada, y así Páez con unos cuantos jinetes derrotó á los realistas, mereciendo elogios del mismo Morillo. Este fracasó también en la Margarita, perdiendo un tiempo precioso en el que pudo impe-

dir la caída de Angostura en poder de los patriotas.

La audacia de estos llegó á tal punto que Bolívar se dirigió con Páez contra Morillo, sorprendiéndole y derrotándolo en su cuartel general de Calabozo (Febrero de 1818). Bolívar que, contra la opinión de los demás generales, quería apoderarse de Caracas, se adelantó imprudentemente, cuando ya Morillo había juntado tropas muy superiores. Quiso retroceder, pero lo alcanzó el enemigo en los desfiladeros de la Puerta, donde fué completamente derrotado, y habría sido muerto ó hecho prisionero en los combates, si Páez que había desaprobado esa campaña y

vuelto atrás, no hubiese corrido en su socorro.

Nuevos obstáculos se presentaron al Libertador, porque éstos y otros desastres lo desprestigiaron entre los patriotas y la discordia asomó otra vez su cabeza. Hubo motines militares para suplantarlo por Páez; pero éste con noble generosidad se plegó á la causa de Bolívar que le confió aun el mando del ejército, para ocuparse en los asuntos políticos y civiles de la República. Reunió al Congreso en la Angostura (15 de Febrero de 1819), habiendo antes publicado un manifiesto para sostener la Independencia de Venezuela á todo trance, sin admitir la mediación de otras potencias que pretendiesen volver á los venezolanos á la antigua dominación española. Para acallar á sus enemigos con su desinterés, renunció Bolívar en manos del Congreso las facultades dictatoriales de que estaba investido, y fué menester insistir para que aceptase el mando del ejército y la presidencia de la República. No por eso descuidaba los preparativos para continuar la campaña. Angostura fué el arsenal de los pertrechos que de las Antillas le trajo el almirante Brión. Se reorganizó el ejército con la llegada de los auxiliares ingleses que, de tiempo atrás y venciendo muchas dificultades, había procurado atraer el Libertador, y que fueron de grande utilidad.

Bolivar liberta a Nueva Granada.—Arreglados un tanto los asuntos interiores y robustecida la autoridad de Bolívar, salió de nuevo á campaña contra Morillo, disponiendo que los ejércitos patriotas fueran estrechando en tres diversas direcciones á los realistas. Morillo, por su parte, se había adelantado con más de 6,000 hombres para atacar á Páez en las llanuras del Apure. Bolívar fué en auxilio del hábil general, que había en tanto burlado á

Morillo sin presentarle batalla, obligándolo á emprender una funesta retirada en la que perdió el español parte de su ejército. Bolívar había querido dar una batalla decisiva, pero disuadióle Páez y siguieron picando la retirada que tenía visos de fuga. En un lugar llamado las Queseras del Medio, atacó Páez á la caballería enemiga y con 150 de sus veloces jinetes la derrotó, matándole 400 hombres

(1819). Morillo se replegó á Calabozo. Era la estación de las lluvias, durante la cual nada serio podía emprender el general realista; fué entonces cuando ideó Bolívar una de sus más audaces empresas. La tiranía del virrey Sámano, que gobernaba en Nueva Granada, había de tal modo irritado á los habitantes, que los patriotas estaban dispuestos á sublevarse, y ya el general Santander, enviado antes por Bolívar, evolucionaba no sin ventaja en la provincia de Casanare. Resolvió, pues, el Libertador trepar los Andes, á pesar de la estación y dar libertad á Nueva Granada. Procedió con toda la prudencia que exigía proyecto tan arriesgado: encargó á Páez que distraiese á Morillo y le ocultase su marcha, se convino con Santander para que coadyuvase á la empresa y partió en Junio de 1819. Ya veremos en la historia de Nueva Granada los pormenores de esta audaz expedición. Basta por ahora saber que Nueva Granada sacudió otra vez el yugo español. v la gloria v autoridad de Bolívar llegaron á lo sumo. En Septiembre de 1819 ya estaba el Libertador de vuelta en Venezuela y daba cuenta de su grande obra al Congreso de Angostura.

Fundación de Colombia.—Uno de los proyectos que de antiguo abrigaba Bolívar era formar de Venezuela, Nueva Granada y Ecuador una poderosa República que desempeñase en Sud-América el brillante papel de los Estados Unidos, Así es que cuando reunió el Congreso de Bogotá. aprovechó el entusiasmo que despertaban sus admirables hazañas para desarrollar su proyecto y atraerse, como se atrajo, los votos de la asamblea. Otro tanto hizo en el Congreso de Angostura y obtuvo éxito feliz. El 17 de Diciembre de 1819 fué proclamada la unión de los dos países con el nombre de la República de Colombia en honor del gran descubridor de América; se resolvió que la futura capital se llamaría Bolívar, que una y otra sección tendrían un vice-presidente para el gobierno interior, y reconocían á Bolívar como el presidente general de Venezuela y Nueva Granada.

ARMISTICIO DE TRUJILLO.—No se durmió el Libertador sobre sus laureles y salió de nuevo á campaña contra los españoles, que aún tenían poderosas fuerzas en Venezuela y Nueva Granada. Bolívar dispuso admirablemente sus planes y aún sometió provincias enteras sin combatir. Morillo se mantenía á la defensiva, esperando nuevos auxilios, que sabía preparaba Fernando VII en las cercanías de Cádiz. Pero, cuando menos lo esperaba, supo que esas mismas tropas se habían sublevado contra el rey proclamando la Constitución liberal del año 1812, y que, por consiguiente, no había esperanza de socorro (1820). Recibió también instrucciones para proponer la paz á los patriotas, concediéndoles los honores y grados y aun las provincias que poseían, con la condición de reconocer la soberanía de España. Estas proposiciones fueron rechazadas por aquéllos, Morillo, contrariado en todos sus proyectos y deseoso de volver con honra á España, pidió su relevo y ofreció á Bolívar una tregua de seis meses, conservando cada cual sus respectivas posiciones. Aceptada la tregua, se acordaron en Truiillo las bases del armisticio (1820). Poco después se convino por una y otra parte en poner término á la guerra bárbara y sin cuartel, debiendo respetarse en adelante á los prisioneros. Morillo y Bolívar tuvieron una entrevista muy cordial con la que se aseguraron las negociaciones.

Poco después partió Morillo para España y dejó el mando de los realistas al mariscal Miguel de Latorre (1820).

Batalla de Carabobo.—La tregua no podía ser durable entre enemigos tan encarnizados y puestos los unos al frente de los otros. El desaliento de los realistas hizo que la causa de los patriotas cundiese más y más en los que hasta entonces habían sido indiferentes á la lucha. La ciudad de Maracaibo se sublevó y se entregó al general patriota Urdaneta. Quejóse Latorre primero á este general y después á Bolívar por la infracción de los tratados; pero no consintiendo los patriotas en devolver la ciudad comenzaron de nuevo las hostilidades.

Latorre concentró sus fuerzas en Carabobo, y Bolívar se reunió con Páez para acometer al enemigo y dar una batalla decisiva. Pero para distraer parte del ejército realista, mandó á Bermudez que se apoderase de Caracas, lo que éste hizo con facilidad, aunque momentáneamente, pues tuvo luego que retroceder ante fuerzas superiores. En Junio de 1821 Latorre con 5,500 veteranos esperaba en las llanuras de Carabobo á Bolívar que con 6,000 hombres tenía que atravesar una montaña para atacar á los realistas. Estos, que apostados en las gargantas habrían podido poner en duro aprieto á los patriotas, descuidaron defender

la altura y los esperaron al pie de los desfiladeros. Tocó á la vanguardia mandada por Páez romper el fuego contra el enemigo, que lo contestó con tanto acierto y vigor que los patriotas hubieron de retroceder, á pesar del denuedo heroico de Páez. En vano éste alanceaba á los que huían: el fuego de los realistas era irresistible. En esas circunstancias los auxiliares ingleses vinieron á dar tiempo á Páez para reorganizar sus batallones y unos y otros, apoyados por todo el ejército patriota, hicieron cejar á la primera división del enemigo, que introdujo el desorden en sus filas. Las terribles cargas á la bayoneta decidieron en una hora la victoria á favor de los patriotas que acuchillaron sin descanso á los fugitivos realistas. Buena parte del ejército de Latorre se rindió, otra fué dispersada y sólo unos cuantos lograron encerrarse con su general en Puerto Cabello. Esta victoria selló para siempre la Independencia de Venezuela y Nueva Granada (24 de Junio de 1821).

Bolívar y Páez entraron triunfantes en Caracas, al paso que Latorre, desesperando del estado de la guerra, renunció el mando del ejército español como un mes después de su derrota, y le sucedió el famoso guerrillero Morales.

ULTIMOS ESFUERZOS DE LOS REALISTAS EN VENEZUELA.-Los asuntos políticos de Colombia y la necesidad de sentar en sólidas bases la República, obligaron á Bolívar á ausentarse de Venezuela, poco después de la batalla de Carabobo, para ir á Nueva Granada y procurar la independencia del Ecuador y del Perú; que tan vastos eran los planes del Libertador. Con su ausencia renacieron en Venezuela pequeñas disensiones entre los patriotas, las que aprovechó Morales para intentar de nuevo la reconquista. Logró apoderarse de Maracaibo, Santa Marta, y romper el bloqueo de Puerto Cabello; mas estas victorias eran pasajeras é inútiles por falta de auxilios de la metrópoli. Viendo derrotadas sus tropas en mar y tierra y teniendo que capitular en Maracaibo, se retiró á Cuba. Y en vano el brigadier Calzada pretendió sostenerse en Puerto Cabello, pues atacado por Páez, después de un renidísimo asalto, tuvo que rendirse, concluyendo con la caída de este baluarte la dominación de España en Venezuela (1823).

#### CAPITULO V

# Nueva Granada (1).

Deposición del virrey Amar; la junta gubernativa.—Disensiones de los patriotas.—Primera campaña contra los realistas.—Guerra civil entre los patriotas.—Nueva campaña contra los realistas.—Morillo en Nueva Granada.—Expedición libertadora de Bolívar.—Ultimos esfuerzos de los realistas.

DEPOSICIÓN DEL VIRREY AMAR; LA JUNTA GUBERNATIVA. -La noticia de los graves acontecimientos sucedidos en España no produjo por de pronto en Bogotá las agitaciones que en las otras capitales de las colonias hispanoamericanas. El virrey don Antonio de Amar hizo que se reconociese el gobierno provisional de la metrópoli y aun procuró auxiliarlo. Pero las agitaciones comenzaron en otras ciudades del virreinato é invadieron la capital. En la presidencia de Quito hubo una revolución sangrienta, y Amar mandó tropas para avudar á reprimirla: Cartagena depuso al gobernador, y otro tanto hicieron en otras provincias. Estos hechos excitaban los ánimos, sin que bastase á calmarlos la prisión que decretó el virrey contra don Antonio Nariño y otros personajes tenidos por sos-pechosos de ideas y planes subversivos. Estas medidas y las noticias de las conmociones de las provincias hicieron su explosión en Bogotá el 21 de Julio de 1813. El pueblo se reunió tumultuosamente pidiendo al virrey que formase una junta. Amar no se atrevió á resistir, y accedió, nombrando una junta de todo el cabildo y algunas otras personas, presidida por el mismo virrey. Pero la junta se disgustó muy pronto de su presidente, lo aprisionó y, so pretexto de libertarlo del furor popular, lo hizo salir del país.

Disensiones de los patriotas.—El ejemplo de la capital fué imitado por las provincias, que se apresuraron á elegir sus respectivas juntas gubernativas sin unión ni concierto. La de Cartagena, ciudad de importancia muy principal por ser plaza inexpugnable, fué la primera en hablar de federación. Luego surgieron las fatales disensiones de federalistas y unitarios, que debilitaron las fuerzas de la nación, preparando la guerra civil. En unas provincias, como Santa Marta, los realistas se apoderaron del poder,

<sup>(1)</sup> Aunque la revolución de Nueva Granada está muy relacionada eon la de Quito, procuraremos, para mayor claridad, narrar separadamente la de esta última provincia.

disolviendo las juntas; otras no se adhirieron al nuevo régimen y las demás se constituyeron en estados, nombrando sus presidentes y congresos. Bogotá se declaró capital de Cundinamarca, y la más imprudente desunión fue la base de la nueva República. Don Jorge Lozano, presidente de Cundinamarca, trató de organizar el gobierno federal; pero tuvo que ceder el puesto á Nariño, hecho dictador y enemigo de los federales.

Primera campaña contra los realistas.—Sin tomar en cuenta la guerra que entre patriotas y realistas se encendió en la provincia de Quito, á consecuencia de los succesos de Bogotá, no tardó también en comenzar en el centro mismo del virreinato. Cartagena se había declarado independiente de España y convocado un congreso

para formar una constitución (1812).

Los realistas reaccionaron en Santa Marta y eran due-

ños de Panamá

El gobernador Acosta de la primera de estas provincias, auxiliado por el virrey Pérez, entonces en Panamá, sostuvo con ventaja la campaña contra los patriotas de Cartagena, derrotándolos completamente (1812). Tomó luego la ofensiva y se apoderó de varios pueblos á las orillas del Magdalena.

Los patriotas eligieron por general al francés Pedro Labatut, que consiguió por de pronto tener á raya á los realistas, quitarles algunas de sus plazas, y luego, ayudado por Bolívar y otros ilustres venezolanos, los desalojó de sus conquistas y se apoderó de Santa Marta (1812).

Guerra civil entre los patriotas.—Pero al mismo tiempo que Cartagena luchaba contra los realistas de Santa Marta y les quitaba esta ciudad, que no tardaron en recuperar, la guerra civil destrozaba á Cundinamarca. El congreso federal presidido por don Camilo Torres, el mismo que autorizó poco después á Bolívar para invadir á Venezuela, no fué reconocido por Nariño, dietador de Bogotá, que declaró á Cundinamarca independiente de la federación. La guerra comenzó por una y otra parte; las tropas de Nariño, derrotadas al principio por los federales, vencieron á su vez á las del Congreso, que tuvo que consentir en la independencia de Cundinamarca (1813). No tardó también en declararse ese mismo año independiente de la metrópoli. La guerra civil renació al año siguiente por las mismas causas, aunque con más fatales resultados.

Nueva campaña contra los realistas.—Los realistas, vencedores en Quito, se apoderaron de Popayán é inten-

taban avanzar contra Bogotá y restablecer la autoridad de la metrópoli. Nariño salió á campaña contra ellos, derrotó á Sámano, general de los realistas, y se apoderó de Popayán (1813) donde se detuvo, cometiendo la misma torpeza que el español, que no se atrevió con tiempo á avanzar contra Bogotá ni Nariño contra Quito. El general Aimerich reemplazó luego á Sámano y esperó en Pasto á los patriotas; Nariño emprendió (1814) la fatal campaña de Pasto, en la que fué completamente derrotado y quedó prisionero.

Alvarez le sucedió como dictador en Bogotá y se opuso tenazmente á la federación y, en circunstancias que era necesario unir todos los recursos de la República, no temió excitar la guerra civil, viéndose sitiado por Bolívar y obli-

gado á rendirse y aceptar la federación.

Bolívar, á la cabeza del ejército patriota y debidamente autorizado por el Congreso neo-granadino, se aprestaba á rechazar de Santa Marta á los realistas; pero Cartagena se negó á auxiliarlo y el Libertador marchó contra ella para hacer lo mismo que en Bogotá. En estas tristes circunstancias se supo el arribo de Morillo, y Bolívar creyó prudente retirarse, ya que por motivos personales no se unían á él los patriotas de Cartagena, para que con su ausencia se facilitase la unión contra un enemigo tan poderoso.

MORILLO EN NUEVA GRANADA.—En Julio de 1815, Morillo, sometida Venezuela, llegaba á Santa Marta para sojuzgar á Nueva Granada. Antes de pasar adelante era menester apoderarse de Cartagena que con sus excelentes fortificaciones habría hecho fracasar los esfuerzos de los realistas, si hubiese estado provista de hombres y pertrechos. Pero no había más que artillería y poco más de 3,000 soldados, en su mayor parte jóvenes reclutas, carecía de víveres y no se había hecho salir á las personas inútiles. Morillo, en compañía del feroz Morales, la sitió por mar y tierra. La defensa fué heroica é impotentes los esfuerzos de los sitiadores; mas, vino en su auxilio el hambre v las enfermedades que en poco tiempo mataron más de 6,000 personas. Cuando se vió que era imposible seguir resistiendo y que rendirse era ir á una muerte cruel, los sitiados se embarcaron para buscar en Haití asilo contra la venganza de los españoles. Muy pocos lograron salvar la vida, pues unos fueron alcanzados y muertos en la fuga, otros de diversas maneras. Los sitiadores perdieron como 3,000 hombres en este famoso sitio. Una vez adueñados de la ciudad cometieron las crueldades más espantosas; baste decir que Morales hizo degollar á más de 400 ancia-

nos, niños y mujeres.

Muy tarde conocieron los patriotas neo-granadinos las fatales consecuencias de sus discordias civiles; cafdo el baluarte de la República, la defensa de Bogotá y demás ciudades fué imposible. En vano se nombró á don Camilo Torres dictador; las últimas esperanzas de los patriotas se desvanecieron en los campos de Cachiri, donde Urdaneta y Santander fueron derrotados por Calzada. El general realista Latorre se apoderó de Bogotá (Mayo de 1817) después de publicar un indulto que no tardo Morillo en anular. Las crueldades de Cartagena se reprodujeron en Bogotá v otras ciudades, cuando el terrible Pacificador entró en la capital. La sangre corrió á torrentes: Camilo Torres, Lozano, el matemático Caldas, en fin, como 125 personas de las más ilustres de los patriotas fueron sacrificados á la venganza del vencedor. No bastaba fusilarlos como traidores, sino que se hacía presenciar á los parientes el suplicio y se discurrían exquisitas crueldades. Se confiscaron los bienes de los patriotas y hubo tribunales de guerra permanentes.

Cuando Morillo tuvo que tornar á Venezuela, Sámano quedó en el gobierno de Nueva Granada, nombrado luego virrey por Fernando VII, y continuó las crueldades de su predecesor. Sólo en la provincia de Casanare se mantuvieron algunas guerrillas patriotas que fomentó Santander

(1816).

Expedición libertadora de Bolívar.—En la Independencia de Venezuela indicamos la famosa expedición de Bolívar para libertar á Nueva Granada. En efecto, habiendo conseguido el general Santander algunas ventajas sobre parte del ejército del joven general español don José María Barreiro, con lo que algo revivió el entusiasmo de los patriotas. Bolívar emprendió su marcha para ver modo de libertarlos (1819). Era la estación de las lluvias, y fué menester que el ejército de Bolívar atravesase con el agua hasta la cintura buena parte del camino, antes de llegar á la cordillera de los Andes. En la provincia de Casanare se unió con Santander, y ascendió el ejército libertador como á 2,500. Son indecibles los padecimientos de las tropas en el paso de los Andes en tan cruda estación: los caballos y bestias de carga, los bagajes y municiones se perdieron; muchos soldados murieron de frío. Cuando el ejército bajó al territorio neo-granadino, más parecía de espectros que de hombres. El enemigo, sin embargo, no se atrevió á oponerle resistencia, dejándolo rehacerse y aumentarse en la villa de Socha, donde tomó tres días de descanso. La presencia de Bolívar sublevó á los patriotas de los pueblos vecinos, que proporcionaron caballos y pertrechos. Barreiro quiso cortar la marcha de los patriotas sobre la capital; pero, burlado por Bolívar, él mismo se encontró imposibilitado de comunicarse con Sámano, pues el enemigo estaba ya al otro lado del río de Bocayá y defendía el puente. Los realistas, que ascendían á tres mil, tuvieron que dar la batalla, sin esperanza de salvación, caso de derrota. El combate fué reñido y sangriento; la victoria se decidió á favor de los patriotas después de cuatro horas de pelea. Como la mitad del ejército realista murió en la acción y lo restante, incluso el general, quedó prisionero (Agosto de 1819).

Apenas se supo en Bogotá la victoria de Bolívar, Sámano y los realistas más comprometidos huyeron sin tener tiempo ni para llevarse el tesoro, del que se apoderaron los patriotas. Bolívar entró, pues, triunfante en la capital (10 de Agosto de 1819) después de una campaña

heroica llevada á cabo en dos meses y medio.

Recibido como un libertador, propuso y fué aceptada por los neo-granadinos la formación de Colombia, y don Francisco de Paula Santander, que tau importantes servicios había prestado á la Independencia de su patria, fué hecho vice-presidente de Nueva Granada. Bolívar partió

luego para Venezuela.

Ultimos esfuerzos de los realistas.—Los realistas aún sostenían su poder en Cartagena y Panamá, y si hubiesen tenido esperanza de socorro no habría sido fácil desalojarlos. La victoria de Carabobo acabó de desanimar completamente á los realistas. El general venezolano Montilla hizo capitular á los defensores de Cartagena, y Panamá se sublevó contra los españoles, adhiriéndose á la nueva República de Colombia (1821). El vice-presidente Santander mandó la mayor parte de sus tropas al Sur, para desalojar a los realistas de los valles del Magdalena y del Cauca; pero las peripecias militares de esta campaña pertenecen más bien á la Independencia del Ecuador.

El mismo año de la victoria de Carabobo (1821) pasó Bolívar á Nueva Granada para activar la guerra contra

oned that is some X the comment of the southern present of the southern of the

la presidencia de Quito.

#### CAPITULO VI.

### Ecuador.

Disturbios y junta gubernativa en Quito.—El presidente Montes: ruina de los patriotas.—Aimerich: revolución de Guayaquil.—Bolívar y San Martín auxilian á los patriotas.—Batalla de Pichincha y sus consecuencias.

DISTURBIOS Y JUNTA GUBERNATIVA EN QUITO,-Gobernaba la provincia de Quito el anciano conde Ruiz de Castilla cuando llegaron las noticias de los sucesos de España. Supo el presidente que se intentaba variar el orden establecido é hizo encarcelar á algunos por sospechas, con lo que se excitaron los ánimos, y los mismos prisioneros, puestos luego en libertad, tramaron un complot por el cual apresaron al conde y nombraron una junta gubernativa, cuyo presidente fué el marqués de Selva Alegre, don Pio Montúfar (10 de Agosto de 1809). El nuevo gobierno levantó tropas v expidió un manifiesto para atraerse á las demás provincias; pero Guayaquil y Cuenca desconocieron su autoridad. Mas, apenas supieron los virreyes de Santa Fe y de Lima el cambio operado en Quito, enviaron tropas para destruir el nuevo gobierno. La junta intentó resistir; pero, vencidas sus milicias en los primeros encuentros, se vió obligada á elevar de nuevo al conde Ruiz con la condición de olvidar todo lo pasado.

Mas, habiendo llegado á Quito los refuerzos del Perú, el conde Ruiz hizo apresar á los principales cabecillas de la revolución, y, cuando se esperaba que el virrey Amar confirmase la sentencia de muerte dada contra muchos, el populacho los atacó en las mismas cárceles, asesinándolos sin piedad, y la soldadesca peruana se desparramó por la ciudad como si ésta hubiese sido entrada á saco. Más de cien patriotas fueron muertos, y entre ellos los miembros de la junta; muchas casas saqueadas y se cometió toda clase de excesos (1810). La indignación que produjeron tales atrocidades en todo el país, que bautizó á las víctimas con el nombre de "los mártires de Quito," obligó al conde á formar una junta gubernativa, perdonar á los implicados en la primera revolución y despedir á los sol-

dados del Perú.

El presidente Montes: Ruina de los patriotas.— Tal estado de cosas disgustó á los patriotas y realistas. Abascal, virrey del Perú, envió nuevos auxilios á don Joaquín Molina, recién llegado á Guayaquil como presidente de Quito; los patriotas pusieron su ejército á las ordenes de don Carlos Montúfar, que con sus 2,000 hombres tuvo á raya á Molina y entró en negociaciones de paz. Mientras tanto grandes tumultos surgieron en Quito. El conde de Ruiz fué apuñaleado, la junta convocó un Congreso y

declaró la Independencia del país (1811).

Los patriotas obtuvieron algunas ventajas en el norte sobre los realistas; pero en el sur empeoró notablemente su condición; don Toribio Montes, nuevo presidente llegado de España, reemplazó á Molina. Consiguió ganarse á los habitantes, lo que aumentó su ejército, y derrotó completamente á los patriotas en Mocha (1812). Marchó contra Quito y se apoderó de ella, condenó á muerte á los principales patriotas que hubo á manos y las reliquias de sus tropas las hizo perseguir hacia el norte por el general Sámano. Así es que en 1812 todo el Ecuador quedó sometido otra vez á los españoles. Sámano trató cruelmente á los vencidos y se estableció en Popayán. El dictador Nariño, como se recordará, vino á atacarlo resuelto á reconquistar á Quito; derrotó á Sámano, pero no aprovechó su victoria, y Montes envió al general don Melchor Aimerich contra Nariño. Nariño fué derrotado y hecho prisionero por Aimerich (1814), con lo que la reconquista del Ecuador quedó asegurada.

AIMERICH: REVOLUCIÓN DE GUAYAQUIL.—Durante el gobierno de Montes y de Aimerich, que fué más tarde elevado á la presidencia, los patriotas ecuatorianos no dieron señales de vida. Pero en 1820 las victorias de Bolívar en Venezuela y Nueva Granada inquietaron vivamente al presidente de Quito. Los patriotas de Colombia invadieron á Pasto y Popayán y desalojaron de ellas á los realistas. Casi al mismo tiempo la ciudad de Guayaquil, alentada por la expedición chilena á las ordenes de San Martín, se sublevó, nombrando por gobernador al célebre poeta don José Joaquín de Olmedo (Octubre de 1820). El valiente Aimerich salió á campaña contra las tropas de Guayaquil que marchaban contra Quito y obtuvo una completa victoria; mas, como los colombianos al mando de Valdés avanzaban por el norte, no perdió tiempo Aimerich y con igual fortuna los atacó y derrotó en Juanambú (1821).

Bolívar y San Martín auxilian á los patriotas.— Prepárabase para someter á Guayaquil, cuando llegaron los enviados de Bolívar exigiendo la paralización de la guerra en virtud del tratado de Trujillo. En este intervalo los guayaquileños recibieron refuerzos de Bolívar y San Martín, pues el Libertador reemplazó á Valdés por el joven general don José Antonio Sucre, que se fué por mar á Guayaquil. Cuando el presidente de Quito declaró que los revolucionarios de Guayaquil no estaban comprendidos en el armisticio, ya éstos habían sido reforzados. Dudaron por algún tiempo si adherirse á Colombia ó al Perú; pero la actividad de Bolívar los atrajo á la primera de

estas repúblicas.

BATALLA DEL PICHINCHA Y SUS CONSECUENCIAS.—Aunque Sucre venció las primeras tropas, en su mayor parte mili-cianos, que le opuso el enemigo, fué luego derrotado por Aimerich en Guachi (1821). Mas, consiguió ganar tiempo para reponerse del descalabro y aumentar su ejército con los auxilios que le envió San Martín. Creyéndose Sucre con fuerzas suficientes declaró de nuevo la guerra y marchó contra Quito. Casi al mismo tiempo Bolívar, sabedor de la derrota de Guachi, invadió la provincia de Pasto para dirigir personalmente la Independencia del Ecuador; pero encontró tenaz resistencia y no consiguió vencer completamente al enemigo sino después de la batalla del Pichincha. Sucre, burlando á Aimerich, con una marcha rápida y audaz, le presentó batalla al pie del Pichincha, logrando cortar las tropas españolas. Dióse el combate decisivo con desesperado valor de una y otra parte; pero una espléndida victoria sonrió á los patriotas, gracias al arrojo de los ingleses y chilenos auxiliares (24 de Mayo de 1822.) Quito abrió sus puertas á los vencedores y todo el Ecuador quedó libre de la dominación española. Sucre se apresuró à enarbolar el pabellón colombiano y Quito formó parte de Colombia. Alguna dificultad presentó el pueblo de Guayaquil, pues sus intereses comerciales lo inclinaban al Perú; mas Bolívar con su inmenso prestigio consiguió hacer triunfar sus planes yendo personalmente á Guayaquil; San Martín vino también al Perú, y los dos grandes capitanes de Sud-América tuvieron allí una misteriosa entrevista, de la que resultó la incorporación de Guayaquil á Colombia y que Bolívar auxiliase á los peruanos para acabar la obra de su Independencia.

the state of the s

and the second of the second o

#### CAPITULO VII.

# Provincias Argentinas.

Liniers y Cisneros: junta gubernativa en Buenos Aires.—Primera campaña.—Disensiones entre los patriotas.—Segunda campaña.—El triunvirato y el Directorio.—Anarquía.—Congreso de Tucumán, declaración de la Independencia.

Liniers y Cisneros: Junta Gubernativa en Buenos Aires.—Gobernaba en Buenos Aires el virrey Liniers, ya conocido por sus hazañas, cuando llegó la noticia de los sucesos de la metrópoli. Aunque se temió que Liniers de origen francés, traicionase á la España, él hizo reconocer los derechos de Fernando VII. Montevideo, gobernado por don Francisco Javier Elío, que envidioso de Liniers, acechaba la ocasión de sacudir su autoridad, aprovechó las noticias llegadas de la Corte para formar una junta gubernativa y regir el Uruguay, dependiendo directamente y sólo

de España (1808).

En Buenos Aires aparecieron los dos partidos de realistas y patriotas; aquéllos, descontentos de la conducta indecisa del virrey, se presentaron tumultuosamente, pidiendo su dimisión; pero, sostenido éste por los patriotas y las milicias, hizo apresar á Alzaga y demás eabecillas y los desterró á Patagones. Elío dió al gobierno español informes apasionados en contra de Liniers, que no tardó en ser reemplazado por don Baltazar Hidalgo de Cisneros. Muy pronto tuvo Cisneros que mandar tropas para sujetar la ciudad de Chuquisaca, pues se supo que la revolución había aparecido en la provincia de Charcas. Aunque esta expedición obtuvo éxito feliz, no se robusteció la autoridad del virrey. Con efecto, habiéndose sabido en Buenos Aires que los franceses triunfaban en España y que había sido disuelta la junta de Sevilla, el pueblo bonaerense, agitado por los patriotas, pidió un cabildo abierto y que se nombrase una junta gubernativa para que rigiese el país en lugar de Cisneros, y lo conservase á Fernando VII. El virrey se vió obligado á renunciar su puesto y fué reemplazado por una junta de seis patriotas (25 de Mayo de 1810).

Primera campaña.—Como ya se fia dicho, la revolución comenzó en la provincia de Charcas: fueron depuestas las autoridades españolas y reemplazadas por juntas gubernativas. Pero los ejércitos enviados por Abascal y Cisneros sofocaron por entonces el movimiento y los cabecillas fueron condenados á muerte. La provincia de Córdoba desconoció también el nuevo régimen. El Paraguay trató de hacerse independiente por su cuenta de España y de Buenos Aires y otro tanto hizo después el Uruguay. Así es que el gobierno de Buenos Aires tuvo que organizar ejércitos para combatir á los realistas poderosos en Charcas, someter á Córdoba é impedir la separación del Paraguay y del Uruguay. Las dos primeras empresas tuvieron buen éxito, de la segunda y tercera nos ocuparemos en la

historia de esas repúblicas.

Un ejército patriota, á las órdenes de don Antonio Ortiz Ocampo y don Antonio González Balcarce, sometió la provincia de Córdoba, logrando apresar á los principales realistas, cinco de los cuales fueron fusilados, y entre ellos el célebre Liniers. Las mismas tropas avanzaron hacia el Alto Perú, donde los patriotas eran tratados con horrible crueldad por los realistas. El primer encuentro fué desfavorable para las tropas de la junta; pero obtuvieron muy pronto la brillante victoria de Suipacha (1810). Los principales jefes realistas fueron fusilados, quedando los patriotas dueños del territorio hasta el Desaguadero, límite de los dos virreinatos. El general realista Goyeneche, que se había hecho odioso por sus persecuciones, propuso una tregua de cuarenta días al brigadier González Balcarce (1811).

DISENSIONES ENTRE LOS PATRIOTAS.—En dos partidos se dividían entre tanto los patriotas de Buenos Aires: uno encabezado por don Cornelio Saavedra, presidente de la iunta, hombre moderado y que quería conservar las apariencias y avanzar poco á poco en los planes de la revolución; y el otro de los exaltados, que encabezaba don Mariano Moreno, hombre impetuoso y que pretendía la declaración inmediata de la Independencia. Mas habiendo llegado algunos miembros del Congreso que debía reunirse en Buenos Aires, partidarios de Saavedra, fueron incorporados en la junta, con lo que los moderados tuvieron mayoría y se echaron las bases del gobierno federal. Aunque Moreno salió para Inglaterra como ministro arjentino, sus partidarios no quedaron satisfechos. Los moderados ó conservadores sublevaron al pueblo, anticipándose á los exaltados, y consolidaron la autoridad de Saavedra é hicieron salir de la junta á los miembros del partido opuesto (1810 y 1811).

Segunda campaña.—Goyeneche, rompiendo la tregua, sorprendió á los patriotas mandados por Balcarce y los derrotó completamente en Guaqui (1811). Los argentinos se retiraron hacia el sur para rehacer sus tropas, y Balcarce

fué reemplazado por don Manuel Belgrano.

Los realistas eran también dueños del mar y bloqueaban á Buenos Aires. El gobierno argentino reconcentró sus fuerzas, renunciando por entonces á la sumisión del Paraguay y del Uruguay, pues se veía amenazado hasta en su propia capital por un complot del partido español, que fracasó, costando la vida á los jefes, y entre ellos al famoso

Las tropas de Goveneche habrían avanzado hasta Buenos Aires, á no haber sido detenidas por las sublevaciones del Alto Perú y en especial de Cochabamba. Pero un ejército de 3,000 hombres, al mando del general realista don Pío Tristán, siguió en persecución de los patriotas, que habían entrado ya en Tucumán. No tardó en presentarse el ene-migo en las inmediaciones de esa ciudad, y aunque los patriotas eran inferiores en número y equipo, aceptaron la batalla. El valor y resolución de los patriotas decidió la victoria en su favor; huveron los españoles, dejando gran número de prisioneros (1812). Pío Tristán se encerró en Salta, y durante varios meses se fortificó, pues Belgrano debía ir precisamente á atacarlo en aquel punto. Con efecto. el ejército patriota, en Febrero de 1813, se presentó delante de Salta. Tristán confiado en la superioridad de sus tropas. las sacó fuera de sus atrincheramientos. Mas fué tal el impetu con que cayeron sobre ellas los escuadrones patriotas, que tuvieron que guarecerse en desorden tras de sus trincheras. La batalla continuó con vigor y los asaltos unos tras otros, hasta que obligaron al enemigo á capitular. Belgrano dejó salir honrosamente á los españoles. con la condición de no hacer armas contra los patriotas en el virreinato del Plata, condición que no cumplieron.

Goveneche renunció su puesto, y le sucedió el brigadier don Joaquín de la Pezuela. Belgrano había avanzado como triunfador hasta Potosí. El nuevo general realista, militar de valor y talento, obtuvo una completa victoria contra los patriotas en la llanura de Vilcapugio (1813), y en el mismo año los atacó de nuevo, derrotándolos también en Ayouma. Con esto, el Alto Perú se perdió otra vez para los patriotas, que tuvieron que retroceder en tristísimo estado á Tucumán. Pero felizmente para la causa de la patria, surgió entonces un gran número de audaces guerrilleros que atajaron á Pezuela y le impidieron concluir completamente al enemigo; aquél se estable-

ció en Salta.

Estos descalabros hicieron que Belgrano fuese reemplazado por don José de San Martín, el más hábil de los ge-

nerales patriotas.

Era ardua empresa la suya, pues con las miserables reliquias de un ejército desalentado debía impedir la marcha del enemigo, perfectamente armado, enorgullecido con sus recientes victorias y á las órdenes de un hábil general. Pero San Martín con su actividad consiguió pronto reorganizar las tropas, aumentándolas á 4,000 hombres, dió nuevo impulso al sistema de guerrillas para desorientar á Pezuela, al que con ardides dió que hacer de tal modo en su propio campo, que no le dejó tiempo de avanzar, y sí, lo puso en peligro de que se le pasase su ejército á los patriotas. Sin embargo San Martín creía que el plan adoptado hasta entonces para asegurar la Independencia del virreinato del Plata y dar el último golpe á la dominación española en Sud-América, no consistía en las estériles campañas del Alto Perú, sino en dirigirse por mar y caer sobre el enemigo en el centro de sus recursos que era el Perú: desembarcar no lejos de Lima y atacar el corazón de ese virreinato. Con ocasión de una enfermedad v viendo que nada de provecho se podía hacer, renunció la dirección de la campaña y pidió el gobierno de la provincia de Cuyo, para acechar allí la ocasión de ejecutar sus provectos.

El general don José Rondeau sucedió á San Martín, y con buena fortuna logró al principio recuperar parte del territorio perdido por las anteriores derrotas. El Perú estaba conmovido y la revolución había estallado en su seno, al mismo tiempo que los triunfos de los patriotas en el Uruguay desconcertaban los planes de Pezuela, que abandonó á Salta, retirándose al norte para estar más en aptitud de acudir á los llamados del virrey Abascal. Rondeau avanzó hasta Jujuy, ocupando después á Potosí (1815). Mas, atacado por Pezuela en Sipe-Sipe, fué completamente derrotado, teniendo que emprender la fugahacia el sur. Otra vez las guerrillas, en especial las de Salta, impidieron á los españoles amenazar seriamente la Inde-

pendencia de la Argentina.

TRIUNVIRATO Y DIRECTORIO.—Â esta reseña de la parte militar agregaremos los cambios políticos del nuevo gobierno independiente. Los patriotas argentinos habían manifestado más valor en los campos de batalla que cabeza para organizar un gobierno estable y enérgico. La derrota de Guaqui causó tumultos en Buenos Aires, acusándose á la junta de ineptitud para dirigir los asuntos de la guerra, de donde resultó que fué reemplazada por un triunvirato (1811). Sólo cerca de un año había trascurrido y nuevas revueltas en la capital hicieron que los

triunviros dejasen su puesto para ser reemplazados por otros, merced á los manejos del doctor Monteagudo. Después de casi igual intervalo de tiempo, y á consecuencia de las derrotas de Belgrano por Pezuela, el triunvirato confió la autoridad suprema á un solo hombre con el título de Director, que fué don Jervasio Antonio Posadas (1814). À él se debe la formación de una escuadrilla que, á las órdenes de don Guillermo Brown, ayudó eficazmente á la toma de Montevideo por los patriotas. No queriendo Posadas ser ocasión de disturbios políticos, renunció el mando al principio del año siguiente y le sucedió en tan alta dignidad don Carlos Alvear. Éste no supo atraerse á sus gobernados y, mal querido de Rondeau y del ejército, fué derrocado del poder á los pocos meses, y reemplazado por Rondeau, que no gobernó personalmente á causa de estar á cargo de las tropas. Balcarce sucede á Alvarez, que había gobernado un año á nombre de Rondeau (1816). Con estos gobiernos efímeros la autoridad suprema se desautorizaba, había gran desconcierto en los asuntos públicos, y un descalabro en la guerra contra los realistas produjo frecuentemente el doble efecto de debilitar á los patriotas y cambiar su gobierno.

Anarquía.—En buena parte la causa de ese mal fueron los grandes partidos que se disputaban la dirección de la naciente república: unitarios y federales. Ellos la pusieron en peligro de su completa ruina y la han desgarrado después con espantosas guerras civiles. En los años de 1815 y principios del 16 la anarquía apareció como síntoma de lo que debía de ser más tarde. Artigas separó el Uruguay de la dependencia de Buenos Aires que lo había arrebatado á los españoles; Salta se declaró estado federal; Santa Fe obligó á rendirse al ejército del gobierno argentino que pretendía someterla; el general Belgrano, encargado de reconquistarla, fué depuesto por un motín militar, y los esfuerzos para declararse estados federales se

extendieron también á otras provincias.

Congreso de Tucumán y declaración de la Independencia.—Para poner coto á tantos males se reunió un Congreso constituyente en la ciudad de Tucumán. Aunque no todas las provincias enviaron representantes, este Congreso famoso en los fastos argentinos abrió sus sesiones en Marzo de 1816. Tres importantísimas cuestiones llamaron su atención: nombrar un Director supremo enérgico y prudente, declarar ó no la Independencia y dar al país una forma estable de gobierno. Para lo primero se eligió á don Juan Martín Puyrredón, general que había pres-

tado importantes servicios y que por su carácter podía impedir el desquiciamiento social. En cuanto á lo segundo. las peticiones de los más ilustres patriotas decidieron al Congreso á proclamar solemnemente la Independencia de las provincias argentinas el 9 de Julio de 1816, acompanándola de un manifiesto en que motivaba esta declaración. Pero el tercer punto fué el más espinoso y ocasionado á largas discusiones, pues muchos patriotas y buena parte de los diputados estaban por la monarquía, temerosos de que los disturbios, que ya asomaban su cabeza, inutilizasen los sacrificios hechos por la Independencia. Se trató aun de traer algún miembro de las familias reales de Europa ó coronar algún descendiente de los Incas; pero al fin triunfó el sistema republicano, por desgracia el federal como en otras repúblicas y con los mismos tristes resultados. Trasladóse más tarde el Congreso á Buenos Aires v se formó una constitución.

El Director Puyrredón auxilió á San Martín para invadir á Chile y nombró á Belgrano generalísimo del ejército del norte. Sin embargo, las luchas de los federales y unitarios trajeron muy pronto la guerra civil sobre la nueva

república.

#### CAPITULO VIII.

## Paraguay y Uruguay.

El gobernador Velasco.—Independencia del Paraguay.—Gobierno del doctor Francia: su tiranía.—Uruguay.—Elío.—Invasiones argentinas.
—Sitio y toma de Montevideo.—El Uruguay se declara nación independiente.—Invasión portuguesa.—Los brasileros arrojados del Uruguay.—El Uruguay recobra su soberanía.

EL GOBERNADOR VELASCO.—Cuando Buenos Aires derrotó al virrey Cisneros y nombró una junta, gobernaba las provincias del Paraguay don Bernardo Velasco, que se había atraído con su prudente administración y bondadoso carácter el amor de sus gobernados. Al saber los cambios políticos acaecidos en la capital del virreinato, resolvió mantenerse fiel al rey, aunque fuera preciso separarse, como se separó, de la obediencia de Buenos Aires. Así fué que cuando la junta mandó á Belgrano para que por la fuerza sometiese al Paraguay, Velasco aprestó cerca de 7,000 milicianos, en buena parte indios, para resistir á los argentinos. Belgrano, cuyo ejército no alcanzaba á mil hombres, atacó á los paraguayos, y Velasco huyó cobar-

demente (1811). Mas en una segunda batalla vencieron éstos á sus enemigos, y en Tacuarí los atacaron con tal vigor que los obligaron á capitular. Pero los vencidos comunicaron á los vencedores el deseo de sacudir el yugo español; fácil empresa á juzgar por la cobardía con que Velasco se había portado en la campaña, que á no ser por el valor de don Fulgencio Yegros y otros ilustres para-

guavos habría sido funesta.

INDEPENDENCIA DEL PARAGUAY.—Los españoles trataron de esquivar el golpe que les amenazaba, obligando á Velasco á formar una junta presidida por él mismo (1811). No tardó en ser reemplazada por una presidida por Yedros, que gobernaría á nombre de Fernando VII; el doctor don Gaspar Rodríguez de Francia fué miembro de esta junta. Este hombre, que llegó á ser el dueño del Paraguay. era el más enérgico é instruído de los miembros y muy pronto ejerció en la junta una influencia irresistible, disponiendo y organizando todo. Dos partidos dividían entonces la opinión: el de los españoles que querían asegurar el dominio de la península en el Paraguay, y el de los argentinos que pretendían se obedeciese á la junta de Buenos Aires. A uno y otro se opuso el doctor Francia, haciendo declarar la completa Independencia del Paraguay tanto de España como de Buenos Aires. Los descontentos fueron castigados con la prisión ó la muerte.

GOBIERNO DEL DOCTOR FRANCIA: SU TIRANIA.-A invitación del mismo Francia se convocó un Congreso general (1813) para dar al país una forma definitiva de gobierno. Influyó Francia en la elección de los diputados, para evitar que fuesen elegidos algunos de los pocos hombres ilustrados del Paraguay y disponer á su antojo de la asamblea. En efecto, no sabiendo ésta qué hacerse, tomó por modelo la república romana, nombrando dos cónsules anuales, que se turnarían cada cuatro meses. Yegros y Francia fueron investidos del consulado; pero el doctor lo ejerció primero y de consiguiente gobernó ocho meses. En las sillas curules, hechas al efecto, se escribieron los nombres de César y Pompeyo, y Francia tomó la de César. Esta forma de gobierno sólo duró un año, pues en 1814. cuando se reunió otra vez el Congreso, Francia se hizo elegir Dictador por tres años, porque también Roma había tenido dictadores.

En este período procuró robustecer más y más su autoridad: aumentó y disciplinó el ejército, dándole militares de su confianza; procuró fondos para el erario, monopolizando algunos artículos de comercio, con lo que se hizo

también de muchos amigos; se apoderó indirectamente del gobierno de la Iglesia, aprovechándose de la demencia del obispo de la Asunción, prohibió las procesiones y flestas nocturnas en los templos, para evitar, según decía, ocasión de que se sublevasen los partidarios de España. Cuando concluyó el plazo asignado á la dictadura, él hizo elegir al nuevo Congreso (1817).

Los miembros de esta asamblea, que eran muy adictos á Francia, lo nombraron Dictador perpetuo del Paraguay.

Dueño ya para siempre de la suprema autoridad, su ti-

ranía no tuvo límites.

Se rodeó de una escolta y nadie podía encontrarse á su paso; hasta las puertas y ventanas debían cerrarse en las

calles por donde pasaba el Dictador.

Oprimió horriblemente á los partidarios de Yegros, que terminó, como otros muchos, su vida en una cárcel. Hubo algunos complots para derrocar al tirano, pero él los ahogó en la sangre de los conjurados.

Se prohibió el comercio con los extranjeros y que éstos viniesen al Paraguay ó que los paraguayos saliesen del país: las relaciones diplomáticas con las otras naciones no tuvieron mejor suerte, y un completo aislamiento fué la vida del Paraguay durante su gobierno.

Artigas, tirano del Uruguay, molestó al Dictador y por algún tiempo se hicieron la guerra, que sirvió para consolidar la tiranía de Francia. Hasta 1840 gimió el Para-

guay bajo esa mano de hierro.

## Uruguay.

Elío.—Ya hemos visto cómo el gobernador del Uruguay ó de la Banda Oriental, envidioso de Liniers, se hizo in-dependiente de Buenos Aires y formó una junta realista para conservar por España esa provincia del virreinato. Más tarde el gobierno español nombró á Elío virrey del Plata; pero tuvo que mantenerse en Montevideo porque lo demás del virreinato había sacudido el yugo español. Elío declaró la guerra al gobierno patriota de Buenos Aires (1811), y los buques españoles bloquearon el puerto.

Invasión Argentina.—La junta de Buenos Aires que conocía la importancia de apoderarse de un punto que podía servir de apoyo á las fuerzas españolas, trató de someter el Uruguay, mandando con un reducido ejército al general Belgrano. Ya un rico propietario del Uruguay, don José Artigas, se había puesto á la cabeza de los patriotas de aquella provincia y hacía el mal posible á los españoles. Belgrano derrotó á éstos en el primer encuentro; pero fué reemplazado por Rondeau que, auxiliado por Artigas, obtuvo la importante victoria de las Piedras (1811), con la que la mayor parte del territorio uruguayo quedó en poder de los patriotas, que pusieron sitio á Montevideo. Mas, Elío, auxiliado por los portugueses del Brasil, pudo conseguir que se retirasen las fuerzas argentinas; las que no tardaron en volver, mandadas por Rondeau y otra parte por Sarratea, retirándose luego éste para evitar divisiones entre los patriotas (1812).

SITIO Y TOMA DE MONTEVIDEO.—Elío fué reemplazado por don Gaspar Vigodet, no menos rresuntuoso que aquél, pues se gloriaba de apoderarse muy pronto de Buenos Aires. Vigodet salió al encuentro de la vanguardia del ejército argentino á las ordenes de Rondeau y fué completamente derrotado en la batalla del Cerrito (1812). Obligado & encerrarse en el puerto, desembarcó después Vigodet con parte de sus tropas en las márgenes del Paraná para buscar víveres; pero fué atacado vigorosamente v derrotado en San Lorenzo por San Martín. Las disensiones entre Rondeau y Artigas, que hicieron á éste abandonar el sitio. y nuevos auxilios llegados de España contribuyeron para que Montevideo se mantuviese firme contra los sitiadores. Él joven general don Carlos Alvear reemplazó á Rondeau en el mando de los patriotas, y á la cabeza de 5,000 hombres estrechó más el sitio. Al mismo tiempo la escuadrilla del irlandés Brown, organizada por el gobierno argentino, obtuvo dos victorias contra los buques españoles que, por mala disposición de Vigodet, se habían separado en dos grupos, que fueron vencidos sucesivamente. Así es que Montevideo se vió sitiado por mar y tierra, sin esperanza de socorro. Vigodet tuvo que capitular y los patriotas se apoderaron de Montevideo, de gran número de prisioneros, magnifica artillería y demás armas, bu-

ques y pertrechos (Junio de 1814).

EL URUGUAY SE DECLARA NACIÓN INDEPENDIENTE.—Artigas pretendió el gobierno de Montevideo; mas, los argentinos se lo negaron; pero inútilmente, porque el terrible guerrillero sublevó muy pronto todo el Uruguay y se apoderó de Montevideo. Lo declaró no sólo independiente de España, sino de Buenos Aires, cuyas provincias invadió, sembrando por todas partes las ideas federalistas. Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes fueron el teatro de sus correrías. Ayudado por su segundo Fructuoso Rivera, derrotó varios ejércitos argentinos enviados contra él y aun pretendió dirigirse contra Buenos Aires. Hombre de instintos

semi-bárbaros, ejerció espantosas crueldades, fué el dignoémulo del doctor Francia en el Uruguay; sus depredaciones, como ya lo hemos dicho, se extendieron al Paraguay, cuyo Dictador no tomó muy á pecho destruír el poder de Artigas por cuanto le servía de salvaguardia contra los argentinos. Las tentativas de éstos para atraer á Artigas á sentimientos pacíficos eran inútiles, y la tiranía y el desorden devastaban el Uruguay.

Invasión portuguesa.—Hacía tiempo que la Corte de Portugal deseaba extender hasta el Plata los límites de sus colonias. El regente don Juan VI, entonces en el Brasil, aprovechó la ocasión que le ofrecía el mal gobierno de Artigas y el descontento de los uruguayos para apoderarse de esa provincia. Puso, pues, 10,000 hombres á las órdenes del general Lecor, que debía conquistar el Uruguay (1816). El gobierno argentino se alarmó con esta expedición y trató de impedirla, aunque inútilmente; Lecor se apoderó de Montevideo después de dos batallas, en las que las tropas de Artigas fueron derrotadas (1817). La tiranía del feroz guerrillero fué causa de que los mismos uruguayos recibiesen como libertadores á los portugueses. Artigas tuvo que confiarse á la generosidad del doctor Francia, después de haber sido completamente derrotado en la batalla de Tacuarembó (1820). Al año siguiente el Uruguay fué incorporado al Brasil; mas, á los cinco años de dominación brasilera, los uruguayos quisieron más bien formar parte de la República Argentina.

EL URUGUAY RECOBRA SU SOBERANÍA.—En 1825, el coronel don Antonio Lavalleja, acompañado de algunos otros uruguayos emigrados en Buenos Aires volvieron á su patria para libertarla de la dominación brasilera. Unióseles el célebre Rivera, que se había rendido á los portugueses, y luego ese encendió la guerra, en la que los brasileros, derrotados en todas partes y en especial en Sarandí, tuvieron que encerrarse en Montevideo. Los argentinos habían auxiliado á los uruguayos, y el Gobierno de Buenos Aires declaró al del Brasil que la Banda Oriental formaba parte de la República Argentina. De aquí surgió una larga guerra entre ésta y el Imperio. Cansados de la lucha, hicieron la paz (1828) con la condición de que á ninguna de las naciones beligerantes perteneciese el Uruguay, el que se constituiría en república independiente. Convocóse el Congreso del Uruguay, formó una constitución que aprobaron el Brasil y la República Argentina, y el general Rivera fué

declarado presidente constitucional.

#### CAPITULO IX.

## Historia especial de Chile.

#### INDEPENDENCIA.

Gobierno y caída de Carrasco.—El conde de la Conquista y la junta gubernativa.—El primer Congreso nacional.—Don José Miguel Carrera.

—Lucha de Rosas y Carrera.—Campaña contra Pareja.—Sitio de Chillán.—Caída de Carrera.

Gobierno y caída de Carrasco.—Según la última real orden, el militar de más alta graduación debía asumir el mando á la súbita muerte de los virreyes y gobernadores de las colonias españolas. Así fué que á la muerte de Muñoz de Guzmán la Real Audiencia de Santiago, muy á su pesar, entregó el mando al brigadier don Francisco García Carrasco. Decimos muy á su pesar, porque conocía la ineptitud de Carrasco para el gobierno, y no tardó en mani-festarse en daño de los intereses de la corona. El nuevo presidente, por su carácter agrio v testarudo, se disgustó con las demás autoridades civiles y eclesiásticas, llegó á hacerse despreciable y ridículo. Entretanto, las noticias llegadas acerca del estado de la metrópoli comenzaron á agitar los ánimos de algunos de los principales habitantes de Santiago. En el cabildo, sobre todo, había muchos miembros que simpatizaban con un cambio gubernativo. El mal aconsejado Carrasco hizo tomar presos por sospechosos de conspiración á don José Antonio Rojas, don Bernardo Vera y don Juan Antonio Ovalle, y los envió á Valparaíso para que se les embarcase con dirección al Perú (1810).

Esta medida inesperada contra caballeros respetables y queridos en la capital, produjo grande agitación, y el cabildo y principales vecinos pidieron á Carrasco la libertad de los tres presos. Prometióla el presidente, pero dió ordenes para que cuanto antes fueran conducidos al Perú. La agitación se convirtió en tumulto cuando se supo la burla del presidente. La Real Audiencia que temía, sobre todo por las noticias llegadas de Buenos Aires, que su ejemplo excitase á los chilenos á pedir una junta, conferenció con Carrasco para calmar la tempestad. Dióse orden de que tornasen á Santiago los tres presos; se dispuso que el presidente no tomaría en adelante medida alguna sin aconsejarse con el oidor Concha, y que perderían sus empleos los que habían tenido parte en el decreto de prisión.

Mas, dos de los prisioneros se habían ya embarcado, y

sólo Vera pudo aprovecharse de la contra-orden.

Este primer ensayo envalentonó al cabildo y á los patriotas, que aún ocultaban sus verdaderos propósitos. Las agitaciones no se calmaron, y la idea de crear una junta iba cundiendo más y más. La Real Audiencia, centro del verdadero partido realista, trató de parar el golpe que se asestaba á la autoridad real, convenciendo á Carrasco de la necesidad de que dejase el poder y reemplazarlo por un chileno que ofreciese garantías de fidelidad y del que pudiera valerse para frustrar los planes del cabildo. Aunque costó acabar con el presidente para que renunciase, al fin se logró y fué nombrado en su lugar el conde de la Conquista don Mateo Toro Zambrano (1810).

EL CONDE DE LA CONQUISTA Y LA JUNTA GUBERNATIVA.-Era el conde un anciano octogenario, cuva débil voluntad se disputaban los dos partidos, obteniendo generalmente el triunfo el último que hablaba. La familia misma del conde estaba dividida, así es que el buen anciano casi no sabía que hacerse entre opuestos empeños y pareceres. El partido rea-lista consiguió que se jurase solamente obedecer al consejo de regencia establecido en España; pero esta ventaja fué efimera en comparación de la que luego alcanzaron el cabildo y los patriotas en el ánimo del conde. A pesar de la oposición de la Real Audiencia, se resolvió reunir una solemnísima asamblea de todas las autoridades y principales vecinos de Santiago, para convenir en el medio de tranquilizar la colonia. El 18 de Septiembre de 1810 fué el día en que tuvo lugar esta asamblea, el primer acto de soberanía nacional. El conde renunció en ella su empleo, y se resolvió por inmensa mayoría la formación de una junta cuyo presidente fué el mismo conde, vice-presidente el ilustrísimo señor don José Antonio Martínez de Aldunate, obispo electo de Santiago, y siete miembros más, inclusos los dos secretarios don José Gaspar Martín y don José Gregorio Argomedo, jóvenes patriotas que con su entusiasmo suplirían la timidez de los otros, en buena parte ancianos ó poco acostumbrados al gobierno. Debemos exceptuar al doctor don Juan Martínez de Rosas, entonces en Concepción, que luego fué recibido en triunfo, y que por su ilustración y carácter audaz llegó á ser el alma de la junta.

Se convino también en esa notable asamblea la convocación de un Congreso nacional que se reuniría el año siguiente y echaría las bases de un gobierno estable, pues la junta era sólo provisional, como elegida en la ciudad

de Santiago.

Aunque el conde murió á los pocos meses, la junta tomó diversas medidas que ilustraron su corto gobierno, debilitando la influencia de los realistas. A principios de 1811 decretó la libertad del comercio en cuatro puertos princi-

pales del país.

EL PRIMER CONGRESO NACIONAL.—Mientras se hacían las elecciones de los diputados al congreso, y el mismo día en que debían efectuarse en Santiago, el teniente coronel don Tomás Figueroa sublevó parte de la guarnición y se presentó en la plaza pidiendo la restauración del antiguo régimen. Rosas con su actividad salvó aquel día la revolución chilena. Hizo que don Juan de Dios Vial, con las milicias recién organizadas, atacase á los amotinados.

Estos no pusieron seria resistencia y á las primeras cargas se dispersaron (1.º de Abril de 1811). Rosas, que conocía las consecuencias de no castigar ejemplarmente este primer motín, apresó á Figueroa y lo hizo condenar á muerte, pena que se ejecutó en la misma noche. La Real Audiencia, á la que se atribuyó parte en el motín, fué disuelta y suplantada por una corte de justicia, adicta al

partido patriota.

El 4 de Julio de 1811 se reunió en las Cajas el Congreso y asumió la suprema autoridad en el lugar de la junta. Luego se dividió en los dos partidos que desde tiempo atrás se disputaban la dirección del país: los moderados, que querían ir paulatinamente asegurando el triunfo de la revolución, y los exaltados, que pretendían se declarase cuanto antes la Independencia y emprender peligrosas reformas; aquéllos estaban encabezados por el cabildo de la capital, éstos obedecían á las inspiraciones de Rosas.

Los moderados tenían inmensa mayoría en el congreso, así que los exaltados, queriendo dirigir las resoluciones de la asamblea, trataron aunque initilmente de anular la elección de algunos diputados. Pidieron que se nombrase una nueva junta, esperando que Rosas formase parte de ella; pero, convencidos de que sólo la compondrían los de ella; pero, convencidos de que sólo la compondrían los de ella; pero, convencidos de que eran nulas las resoluciones del Congreso, y se retiraron de la Asamblea. La nueva junta fué, pues, nombrada entre los moderados. Rosas partió para Concepción con intención hostil.

Don José Miguel Carrera.—Los exaltados maquinaron en Santiago y Concepción para conseguir por medio de las

armas el objeto de sus planes.

Se atrajeron á su partido á don José Miguel Carrera, joven militar recién llegado de España, hijo de una opulenta familia de Santiago, ambicioso de gloria y patriota

de corazón. El 4 de Septiembre (1811) capitaneó un movimiento revolucionario, merced al cual la junta fué reemplazada por otra del partido exaltado, y varios miembros del mismo suplantaron á sus contrarios en el Congreso donde también tuvieron mayoría.

Al día siguiente sucedió cosa igual en Concepción donde se creó otra junta dirigida por Rosas. Valdivia siguió el ejemplo y formó una junta, que no tardó en ser disuelta, segregándose esa provincia y la de Chiloé del gobierno de

Chile para obedecer directamente al del Perú.

Mas, el nuevo gobierno olvidó muy pronto al que lo había elevado, y Carrera hizo como a los dos meses una contra-revolución por la que el ejecutivo se había de componer de tres miembros que representasen á Santiago, Coquimbo y Concepción; Carrera, Marín y Rosas fueron elegidos para la nueva junta; por ausencia del último en-

tró á suplirle don Bernardo O'Higgins.

Lucha de Rosas y Carrera.—Indignóse profundamente el doctor Rosas cuando supo lo ocurrido en la capital. No admitió el puesto que se le asignaba en la junta y excitó á sus partidarios á la resistencia armada. Concepción desconoció, pues, la autoridad de la junta. En balde procuró Carrera atraerse á Rosas y evitar discordias que podían causar la completa ruina de la patria. El Congreso, alentado por Rosas, hostilizó á Carrera y se tramaron conspiraciones para derrocarlo. Don José Miguel Carrera se aseguró de la fidelidad de las tropas y disolvió el Congreso. Este golpe de Estado trajo la renuncia de Marín y O'Higgins, que lo reprobaron, y la guerra con Rosas. Aunque procuró Carrera por medio de O'Higgins evitarla, siendo inútiles sus esfuerzos, se puso en marcha para el sur con el fin de someter de grado ó por fuerza á los insurrectos de Concepción (1812).

Felizmente no llegaron á las manos, conviniéndose en una tregua hasta la reunión del nuevo Congreso que decidiese lo que convenía hacer. La noticia de la sublevación realista de Valdivia, que por entonces se supo, hizo que Carrera admitiese las condiciones del tratado y tornase á la capital. Mas, Rosas no disfrutó por mucho tiempo de su autoridad, porque fué entregado por la guarnición en poder de Carrera, y disuelta la junta de Concepción, Rosas, desterrado á Mendoza, murió al año siguiente (1813).

Campaña contra Pareja.—Durante el gobierno de Carrera se tomaron medidas de trascendentales consecuencias para el progreso de la República, que aunque no se había aún declarado independiente, de hecho procedía como na-

ción soberana. Se procuró que los conventos abriesen escuelas gratuitas, se introdujo la imprenta y salió el primer periódico llamado *La Aurora*, redactado por Camilo Henriquez, padre de la Buena Muerte, hombre patriota, aunque mal religioso. Pero lo más serio que por entonces se hizo fué la constitución del año 12, en la que se insinuaba

claramente la Independencia.

El virrey Abascal había entretanto preparado una expedición contra los patriotas de Chile y puéstola al mando del brigadier don Antonio Pareja, organizándola en buena parte en las provincias de Valdivia y Chiloé. El general realista se apoderó fácilmente de todo el sur allende el Maule (1813). Cuando se supo en Santiago el desembarco de Pareja, la noticia produjo grande ansiedad, y Carrera estableció en Talca su cuartel general, donde se concentraron todas las fuerzas disponibles y comenzaron á organizarse nuevas tropas. Aumentáronse hasta 12,000 hombres, pero no soldados, según era su impericia y falta de equipo; Pareja tenía 4,000, más de un tercio de veteranos y algunos oficiales que podrían dirigir con acierto la guerra

Hallándose los realistas en Yerbas-Buenas, no muy lejos del Maule, fueron sorprendidos por un destacamento patriota que logró entre las sombras de la noche desordenar al enemigo, que ignoraba las fuerzas de los asaltantes (Abril de 1813). Este primero y feliz ensayo envalentonó á los bisoños milicianos de la Patria cuanto desalentó á los realistas, que se amotinaron contra Pareja, obligándole á retroceder á Chillán. Carrera picó la retirada del enemigo, y en San Carlos se dió una batalla en que uno y otro bando se atribuyeron la victoria (15 de Mayo de 1813). Una flebre, entretanto, postró al general realista que no tardó en morir, sucediéndole el capitán don Juan Francisco Sánchez, que se fortificó en Chillán. Los patriotas malograron torpemente su tiempo, apoderándose de los pueblos del sur para aislar al enemigo. Concepción y Talcahuano cayeron otra vez en poder de los patriotas.

Sitio de Chillan,—Cuando Carrera marchó sobre Chillán para dar el último golpe á los realistas antes que fuesen reforzados por el virrey del Perú, ya el activo Sánchez había aprestado la defensa, acopiado vívires y esparcido sus guerrillas para que molestasen á los patriotas y les arrebataran los recursos que habían menester en un sitio formal. Era imprudencia de parte de Carrera pretender sitiar una ciudad defendida por veteranos y bien

aprovisionada, en el corazón de un rigurosísimo invierno y con milicias indisciplinadas. Sin embargo, por una y otra parte se hicieron prodigios de valor, y el soldado chileno, que combatía en los dos bandos, manifestó entonces de cuánto era capaz. En balde Carrera intimó rendición á los sitiados; éstos salían audazmente de sus trincheras para pelear á cielo raso, al par que los sitiadores los obligaban á encerrarse de nuevo y daban asaltos desesperados. Sobresalió entonces por su arrojo don Bernardo O'Higgins.

Por desgracia para los patriotas, todo parecía conspirar contra ellos: el viento y la lluvia no daban tregua á sus fatigas, los víveres escasearon, la caballería se inutilizó completamente: el aire estaba infestado con los cadáveres de hombres y caballos, y hasta la pólvora y las municiones hicieron explosión con espantoso estrago. La continuación del sitio fué imposible y el 10 de Agosto de

1813 fué menester abandonarlo.

Sánchez redobló su audacia, las guerrillas se aumentaron, apoderándose de varios pueblos que facilitaban su comunicación con Valdivia, é interceptando los destacamentos

en que se subdividió el ejército patriota.

CAIDA DE CARRERA.-El descalabro de los patriotas en Chillán desprestigió al general Carrera, que, por otra parte, vió frustrados todos sus esfuerzos para recuperar las ventajas obtenidas antes de aquella fatal jornada. El sistema de guerra adoptado por Sánchez obligó á los patriotas á dividir su ejército, no sin peligro de ser vencidos en detalle por los realistas. Hubo, pues, varios pequeños combates con éxito diverso. Una división de los patriotas fué sorprendida en el Roble y Carrera, que la mandaba, se vió cortado y obligado á huír con peligro inminente de su vida. Pero el coronel O'Higgins sostuvo con su ejemplo el valor de los patriotas y alcanzó una brillante victoria contra los realistas (17 de Octubre de 1813). Esto acabó de desprestigiar á Carrera, cuya autoridad era más y más trabajada por sus enemigos de la capital. La junta creyó conveniente encargar á otro la dirección de la campaña. y se trasladó á Talca para obrar con prudencia en tan peligrosa medida y reanimar á los patriotas. Componíanla entonces don José Miguel Infante, don Agustín Eyzaguirre y el presbítero don José Ignacio Cienfuegos, que tomó parte muy principal para que el cambio se hiciera sin excitar discordias. El coronel don Bernardo O'Higgins, que tan nobles laureles había segado en la campaña, fué elegido en reemplazo de Carrera, que no opuso resistencia y le entregó el mando. Era O'Higgins hijo del presidente don Ambrosio O'Higgins, que lo había hecho educar en Inglaterra. Había abrazado con entusiasmo la causa de la patria, de la que llegó á ser el más firme sostén. Su corazón generoso y su valor á toda prueba le habían granjeado un gran partido en el ejército.

Carrera se dirigió á Santiago con su hermano don Luis, pero fueron sorprendidos por los realistas y encerrados en Chillán. Tan triste fin tuvo por entonces para él esta campaña principiada con tan felices auspicios y con brillan-

tes promesas.

La junta había decretado, durante la guerra, la apertura del Instituto Nacional, y escuelas públicas aun en las pequeñas poblaciones.

#### -CAPITULO X.

Batalla del Membrillar: toma de Talca.—Gaínza y O'Higgins marchan & Santiago.—Batalla de las Quechereguas y tratado de Lircay.—Discordias entre los patriotas.—Defensa heróica de Rancagua.—Reconquista de Chile por los españoles.—Marcó del Pont.

Batalla del Membrillar: toma de Talca.—O'Higgins acometió con grande actividad la reorganización del ejército patriota, procurando sobre todo unir los destacamentos que estaban dispersos aquí y allá. La llegada del general español don Gabino Gaínza, que con nuevos refuerzos venía del Perú a dirigir la campaña, hizo que O'Higgins apurase la reunión de todas las fuerzas patriotas. Pero Gaínza trató de aprovechar con su actividad la mala situación del enemigo, y antes que O'Higgins se uniese á la mitad de su ejército, mandada por don Juan Mackenna, los atacó separadamente; mas fué rechazado con notables pérdidas. El cuerpo de patriotas que estaba en el Membrillar á las ordenes de Mackenna, resistió heroicamente al ataque de fuerzas superiores, casi todo el ejército enemigo, y se cubrió de gloria (20 de Marzo de 1814).

Gainza habia mandado antes á Elorreaga con un fuerte destacamento para apoderarse de Talca, casi desguarnecida desde la vuelta de la junta á Santiago. Un puñado de valientes á las ordenes de don Carlos Spano defendió la ciudad, que tuvo que ceder á las superiores fuerzas enemigas; Spano cayó con la muerte de los héroes, abrazado al pabellón chileno. Con la toma de Talca, Gaínza podía fácilmente cortar á los patriotas y marchar contra San-

tiago.

Gainza y O'Higgins Marchansobre Santiago.—Las alarmantes noticias que del sur llegaban á la capital produjeron la caída de la junta, como poco á propósito para dirigir el gobierno en tales circunstancias, y se nombró director á don Francisco de la Lastra. Lo primero que éste procuró fué, haciendo grandes esfuerzos, improvisar un cuerpo de milicias para que, al mando del joven don Manuel Blanco Encalada, echase de Talca á los españoles. Mas no era fácil empresa vencer soldados bisoños á los veteranos que la defendían, y en Cancha-Rayada, lugar dos veces funesto para los patriotas, fueron vencidas las milicias de Blanco (1814).

Gainza, seguro ya de no encontrar seria resistencia en Santiago, procuró adelantarse al ejército de O'Higgins, y uno y otro se dirigieron á marchas forzadas y paralelas hacia la capital. Aunque Gainza pasó primero el Maule con toda comodidad, O'Higgins, si bien tuvo que burlado de los que le disputaban la orilla opuesta y pasarlo á nado, logró adelantarse á los españoles después de un ligero tiroteo. El plan de Gainza quedó frustrado, y O'Higgins

podía ya recibir nuevos recursos de la capital.

Batalla de las Quechereguas y tratado de Lircay.

—En las casas de la hacienda de las Quechereguas se atrincheró O'Higgins por si lo atacaba el enemigo. Con efecto, despechado Gaínza, cayó furioso sobre los patriotas, haciendo inútiles esfuerzos el 8 y 9 de Abril para vencerlos ó siquiera pasar adelante. Mas el valor y heroica resistencia de éstos hizo impotentes sus asaltos, obligándolo á retroceder y encerrarse en Talca, imposibilitado hasta para emprender la retirada hacia el sur. La deseaba el español, pero la deserción y la muerte habían de tal modo diezmado su ejército, que no se atrevió á salir de la ciudad, aunque corría en ella inminente peligro de caer en manos de los patriotas. Una circunstancia inesperada salvó á los realistas de su completa ruina.

O'Higgins recibió ordenes del director Lastra para tratar con el enemigo, por exigirlo así las noticias recibidas del exterior, y aprovechar la ocasión de hacer las paces con

ventaja

Habíase sabido que la tranquilidad se iba á restablecer en España, que enviaría contra los insurgentes poderosos ejércitos; que los argentinos eran vencidos por Pezuela: se corría, pues, el peligro de quedar aislada la revolución chilena y ahogada por fuerzas irresistibles. El comodoro inglés Mr. James Hillyar acababa de llegar, autorizado por el virrey del Perú, para proponer condiciones de paz al

parecer aceptables. La orden del gobierno fué recibida por los soldados patriotas con profundo disgusto, y O'Higgins necesitó de toda su lealtad para renunciar el brillo de la victoria y calmar á los suyos, que iban á recoger el fruto de tantas fatigas. El general español, por el contrario, vió en Hillyar el único medio de salvación para él y su exte-

nuado ejército.

Se convino, pues, por una y otra parte, que Chile reconocería la autoridad del gobierno español, pero conservándose las cosas en el estado actual hasta nueva disposición de aquél; que el ejército realista evacuaría en el término de treinta días el territorio chileno. El tratado se firmó á las márgenes de Lircay, que le dió su nombre (3 de Mayo de 1814). Uno y otro partido estaban resueltos á quebrantar el tratado tan pronto como las circunstancias lo permitiesen. O'Higgins tuvo que auxiliar á Gaínza para que emprendiese su retirada; pero éste, una vez en Chillán,

no se curó de cumplir el tratado.

Discordias de los patriotas.—En tanto los Carreras se habían escapado de la prisión y, aprovechando don José Miguel el descontento que había producido el tratado de Lircay, sublevó la guarnición de Santiago, depuso al director y eligió una junta presidida por él mismo y compuesta de don Manuel Muñoz Urzúa y el presbítero don Julián Uribe. O'Higgins, instigado por los enemigos de Carrera, no reconoció el nuevo gobierno y salió de Talca para derrocarlo. Carrera se apercibió á la defensa, y los dos ejércitos se encontraron en la llanura de Maipo (26 de Agosto de 1814). El primer ataque fué favorable para Carrera; pero cuando se preparaba el combate decisivo, una circunstancia imprevista hizo cesar el escándalo de aquella guerra civil.

Presentóse á uno y otro jefe un enviado de don Mariano Ossorio, nuevo presidente y general del ejército realista que, con los refuerzos traídos del Perú, se había hecho formidable. Ossorio exigía la completa sumisión de los patriotas, pues el tratado de Lircay no había sido confirmado por el virrey Abascal. El generoso O'Higgins fué el primero en proponer á su adversario el olvido de sus discordias; ofrecerse á pelear, aunque fuera como soldado, por la defensa de la patria. Carrera y la junta fueron obedecidos por el ejército de aquél, y uno y otro jefe hicieron lo posible para calmar los odios que dividían á sus respectivos partidarios, uniendo los esfuerzos de todos para resistir á invasión española. Ni había que perder tiempo, porque Ossorio comandaba un ejército de 5,000 veteranos perfectamente armados, y marchaba ya camino de la capital.

DEFENSA HEROICA DE RANCAGUA.-En poco más de un mes fué preciso organizar un ejército que pudiera oponerse al orgulloso enemigo, que avanzaba sin obstáculos, seguro de la victoria. Carrera y O'Higgins hicieron desesperados esfuerzos para aumentar y aprovisionar sus tropas, enrolando hasta á los sirvientes domésticos que no habían visto jamás una batalla. Consiguieron reunir cerca de cuatro mil hombres, en buena parte reclutas. Por desgracia se perdió un tiempo precioso en discutir el plan de la defensa, y no hubo en ella la suficiente unidad de convicciones ni de acción. Sólo 2,000 hombres se encerraron en Rancagua al mando de O'Higgins, y los restantes, á las ordenes de Carrera, obrarían según las circunstancias. El 1.º y 2 de Octubre de 1814 atacaron los españoles la villa en cuya plaza se habían atrincherado los patriotas. Los primeros asaltos causaron tal destrozo á los realistas, que Ossorio resolvió emprender la retirada, pues había sido llamado urgentemente por el virrey, que le mandaba pactar, por exigirlo así las circunstancias del Perú: un descalabro era para él doblemente funesto. Mas, algunos valientes oficiales sostuvieron al general español. Los patriotas hicieron prodigios de heroísmo: durante treinta y seis horas resistieron á los furiosos asaltos de los sitiadores; la sed, exacerbada por el incendio y las fatigas; los cañones caldeados; agotadas las municiones; muertos ya más de los dos tercios de los defensores, y perdida toda esperanza de socorro, tuvieron que evacuar la plaza en número de trescientos, abriéndose paso, á punta de lanza, por entre el enemigo. O'Higgins, don Juan José Carrera y don Ramón Freire procuraron salvar las reliquias de aquella jornada en que todos fueron héroes. Los españoles entraron en la plaza cometiendo todo género de atrocidades.

RECONQUISTA DE CHILE POR LOS ESPAÑOLES.—Don José M. Carrera, que había intentado socorrer, aunque inútilmente, á los sitiados, proyectaba aún organizar la defensa en otra parte. Pero la desconfianza y el desconcierto se apoderaron de los patriotas, y fué menester pensar sólo en huír á Mendoza para escapar de la vencanza del vencedor y acechar desde allí la ocasión favorable.

Más de mil fugitivos atravesaron la cordillera.

Ossorio entró triunfante en Santiago, y quedó dueño de todo el territorio. Los patriotas ilustres, que no habían podido acompañar á sus desgraciados compañeros, se ocultaban en los campos; pero Ossorio, que procedió con moderación y aun hizo declarar el olvido de lo pasado, les inspiró confianza y tornaron á sus hogares. Mas, habiendo

recibido Ossorio ordenes del virrey, mandó apresar súbitamente á todos los patriotas más ilustres y los derrotó á Juan Fernández. Á esta medida, que vistió de luto á muchas familias, se siguieron pronto las confiscaciones, arbitrariedades y el asesinato de los patriotas. El cuerpo de los Talaveras y su jefe el odioso San Bruno, fueron el terror de la ciudad por sus vejaciones de todo género. Valiéndose de ruines engaños, cometieron á sangre fría una horrible matanza en algunos presos patriotas de la cárcel pública.

Casi todas las reformas introducidas por el gobierno independiente desaparecieron, aun las más útiles é inofensivas. El odio de los españoles recayó igualmente hasta sobre los chilenos fieles al rey, que se indiguaban de verse

despreciados.

Ossorio había pedido el nombramiento real de presidente de Chile y el indulto de los desterrados á Juan Fernández; concedióse la segunda petición; pero la primera fué torpemente denegada con perjuicio de los intereses de la corona.

Marcó del Pont.—Influencias palaciegas hicieron que en vez de confirmar á Ossorio en el gobierno de Chile se nombrase en su lugar á un hombre inepto y vanidoso, don Francisco Casimiro Marcó del Pont (1815). No tenía más mérito que el de imitar en su porte exterior al rey Fernando VII, procurando deslumbrar con la afeminación y un lujo casi ridículo. Mas, lo peor del asunto era que con el nuevo mandatario privó el bárbaro San Bruno y sus satélites. Establecióse el Tribunal de vigilancia y seguridad pública, presidido por aquél, para castigar hasta las conversaciones que indirectamente fuesen sospechosas de infidelidad al rey. De aquí nacieron mil injusticias y actos y disposiciones de insoportable tiranía. Las pesadas contribuciones sumergieron en la miseria á las familias patriotas.

Marcó, para hacer más odioso su gobierno, se negó de propia autoridad á cumplir el indulto concedido en favor de los ilustres desterrados á Juan Fernández, que eran víctimas de horribles penalidades. Tanto despotismo acabó con la paciencia de algunos patriotas que, á las ordenes del abogado don Manuel Rodríguez, se alzaron contra Marcó, en audaces montoneras que preparaban el terreno á los emigrados y mantenían al presidente en completa

zozobra.

Tal fué el estado de Chile en los años de 1815 y 16 durante la reconquista española, que aumentó y propagó en muchos los deseos de la Independencia.

#### CAPITULO XI.

San Martín y la expedición libertadora de Chile.—Batalla de Chacabuco.
—O'Higgins, Director Supremo.—Sitio de Talcahuano.—Nueva invasión española.—Sorpresa de Cancha Rayada y batalla de Maipo.—Vicente Benavides.—Primera escundra chilena.—Expedición libertadora del Perú.—Gobierno y caída de O'Higgins.—Freire Director Supremo: conquista de Chile.

San Martín y la expedición libertadora de Chile.—El ilustre general don José de San Martín gobernaba la provincia de Cuyo, cuando emigraron á ella los patriotas chilenos. Los recibió como á hermanos, y comenzó á activar los preparativos para reconquistar á Chile y poner por obra el proyecto de invadir por mar al Perú. Desgraciadamente, surgieron etiquetas y disgustos entre don José Miguel Carrera y San Martín, de tal modo que aquél tuvo que irse á Buenos Aires y de ahí á Estados Unidos, en busca de los elementos necesarios para la libertad de su patria. O'Higgins y la mayor parte de los emigrados se avinieron perfectamente con el gobernador argentino.

Pero Cuyo era una provincia pobre y el gobierno central no podía auxiliar eficazmente á San Martín. Así tuvo éste que hacerlo todo con su actividad extraordinaria v gran talento organizador. O'Higgins y los principales chilenos emigrados le avudaron y le prestaron utilisimos servicios, así en la formación como en la marcha y desenlace de la expedición. Mas, después de tentar los últimos recursos, sólo reunieron 3,000 hombres; y el enemigo tenía 5,000 veteranos. Era menester obrar de modo que la astucia dividiese al ejército de Marcó. Para esto se valió San Martín de mil ardides, ya apoderándose de todas las cartas que iban de Chile y contestándolas según convenía, ya mandando espías que desorientasen con falsas noticias á Marcó. Engañó á los indios para que éstos engañasen á su turno al presidente realista, que se aprestaba á resistir en el sur, cuando los invasores venían por

Las montoneras de Rodríguez acabaron de confundir á Marcó, que en vano procuraba exterminarlas, teniendo que malgastar parte de su ejército estacionado en algunos

pueblos, ó recorriendo inútilmente los campos.

Desde Mendoza dispuso San Martín su plan de campaña

que se cumplió con admirable exactitud.

Cuando menos lo esperaba Marcó, supo que el ejércitochileno-argentino estaba en Aconcagua y había derrotado á las pequeñas partidas que se le opusieron. Reunió precipitadamente dos mil hombres de su ejército, pues su torpeza lo había dividido en muchos cuerpos que va no era posible juntar, y los puso á las ordenes de don Rafael Maroto, que, nombrado muy tarde general, no tuvo tiempo ni de formarse un plan de campaña.

Batalla de Chacabuco.—Los dos ejércitos estaban separados por la cuesta de este nombre; pero San Martín, que veía la necesidad de no dar tiempo al enemigo, hizo avanzar la vanguardia á las ordenes de O'Higgins.

El ejército realista esperaba al pie de la cuesta á los patriotas; O'Higgins, ansioso de vengar el descalabro de Rancagua, se precipitó furioso sobre el enemigo, que lo recibió con una espantosa lluvia de balas. Como una hora se sostuvo O'Higgins dando personalmente pruebas de un valor heroico, hasta que fué auxiliado por el resto del ejército y, cargando á la bayoneta, obligó á los realistas á huír apresuradamente (12 de Febrero de 1817).

Esta victoria libertó á Chile desde Atacama al Maule. La confusión más espantosa se apoderó de los realistas, pues Marcó era incapaz de tomar medidas acertadas en tamaño aprieto, y no se pensó sino en huír á Valparaíso y embarcarse para el Perú. Marcó, sin embargo, cayó prisionero, como muchos otros jefes y soldados realistas. Los patriatas no mancharon su victoria con inútiles crueldades. El ex-presidente fué desterrado y San Bruno pagó con muerte ignominiosa sus crímenes.

Pero el intendente de Concepción don José Ordóñez, que era todo un valiente, mantuvo la bandera real en el sur

allende el Maule.

O'Higgins, Director Supremo.—El 15 de Febrero se celebró en Santiago un cabildo abierto, nombrándose á San Martín Director Supremo de Chile; mas él no aceptó por no herir la susceptibilidad nacional y fué elegido don Bernardo O'Higgins, que tantos sacrificios había hecho por la libertud de la patria. A dos cosas atendió desde luego el Director: des dojar inmediatamente á los españoles, para lo cual mandó con parte de las tropas á don Juan Gregorio Las Heras, resuelto á seguirle él mismo apenas despachase los asuntos más urgentes; y enviar un buque para repatriar á los ilustres desterrados de Juan Fernández.

Pero la campaña no había aún terminado. Ordóñez tenía en el sur fuerzas respetables que podían aumentarse de un día á otro. Tan lejos estaba de acobardarse, que atacó de sorpresa á Las-Heras en Curapaligüe (5 de Abril de 1817), y aunque fué rechazado, no se desanimó y se fortificaba sériamente en Talcahuano. O'Higgins corrió luego en auxilio de Las-Heras á dirigir personalmente la campaña. Mas, antes de unirse, nuevos refuerzos habían robustecido á Ordóñez; los fugitivos realistas habían sido obligados á volverse á Talcahuano en número de 1,600. De modo que Ordóñez trató de aprovechar la división de las fuerzas patriotas, atacándolas en Gavilán, un mes después que en Curapaligüe y con igual resultado.

O'Higgins reconquistó luego todo el territorio entre el Maule y el Bío-Bío y se estableció en Concepción, y Ordó-

ñez se atrincheraba más y más en Talcahuano.

Mientras tanto, San Martín se dedicaba á procurarse los medios para sus futuros planes y organizar nuevas

tropas para ponerlos por obra.

SITIO DE TALCAHUANO.—La proximidad del invierno impidió á O'Higgins sitiar formalmente á Ordóñez, aunque no faltasen sus escaramuzas, siempre ventajosas para los patriotas. El jefe realista había aprovechado muy bien el tiempo; aseguró con fosos y trincheras la entrada de la península en que está Talcahuano, defendiéndola con setenta cañones. O'Higgins, que no había olvidado el sitio de Chillán, no se creia con los elementos necesarios para asaltar las fortificaciones de Talcahuano; pero el general francés don Miguel Brayer, militar formado á las ordenes de Napoleón y que había no há mucho ofrecido sus servicios. opinó porque se diese el asalto. O'Higgins cedió á su opinión y el 6 de Diciembre de 1817 atacaron los patriotas las formidables trincheras del enemigo. Contra ellas se estrelló el heroísmo de los chilenos, con lamentable pérdida de muchas vidas. Fué aquel un verdadero descalabro para los patriotas en todo Chile: se culpó al francés como causa de la desgracia.

Nueva invasión española.—Muy pronto un hecho gravísimo obligó á los patriotas á abandonar á Concepción y retirarse precipitadamente hacia el norte. Es el caso que los espías de San Martín lo habían informado de los proyectos que el virrey del Perú ejecutaba para reconquistar á Chile. Un poderoso ejército al mando del mismo Ossorio desembarcaría en Talcahuano, y aniquilados los patriotas, se reembarcaría en dirección á un puerto más central para caer luego sobre Santiago. San Martín, temeroso de que el enemigo los atacase separadamente, decía á O'Higgins que se retirase aquende el Maule para unirse con las tropas que él organizaba, si así lo exigían los planes del ene-

migo.

O'Higgins abandonó pues el sitio de Talcahuano, pero

de modo que no hallasen recursos los españoles. Con efecto, Ossorio á la cabeza de 5,000 soldados emprendió su mar-

cha en persecución de O'Higgins.

Sin embargo, tan lejos estaba el miedo del corazón de los patriotas que el 12 de Febrero de 1818 O'Higgins declaró é hizo jurar solemnemente la Independencia de Chile. No había pues esperanza de perdón, la guerra tendría que ser á muerte.

San Martín, en tanto, no desamparaba las vecindades de la capital, temeroso de que Ossorio se reembarcase y cumpliera en parte su plan. Por esto O'Higgins siguió avanzando hacia Curicó, para que el enemigo pasase el Maule y aceptase la batalla según los planes de San Martín. Ossorio cayó en el lazo y avanzó. Uniéronse entonces O'Higgins y San Martín, y á la cabeza de 6,000 hombres marcharon al encuentro del español. Este se creyó perdido

v retrocedió encerrándose en Talca.

Sorpresa de Cancha Rayada y batalla de Maipo.—El 19 de Marzo de 1810 estaba el ejército patriota en la llanura de Cancha Rayada sitiando á Ossorio en la ciudad. Quiso San Martín desorientar á los españoles, si pretendían sorprenderlo en la noche, y ordenó un cambio de línea. Por desgracia, á esa misma hora resolvieron atacar los realistas, después de un acalorado debate acerca de lo que convenía hacer. Una terrible confusión se siguió á las primeras descargas; los patriotas tiraban contra sus compañeros. En vano O'Higgins y demás jefes trataron de introducir algún orden: nadie se oía ni entendía; fué necesario emprender la retirada, que se convirtió en verdadera fuga O'Higgins fué herido cuando trataba de dirigir la resistencia. Felizmente don Juan Gregorio Las—Heras salvó en orden el cuerpo de su mando.

El desaliento y el pavor se apoderaron de los patriotas, sobre todo en Santiago donde se aprestaban ya á emprender de nuevo la fuga á Mendoza; se decía que San Martín y O'Higgins habían muerto en la sorpresa. Alzóse entonces don Manuel Rodríguez y procuró con su entusiasmo hacer revivir las esperanzas de los patriotas, y logró contener á

los que ya querían emigrar.

O'Higgins y San Martín, que habían juntado en San Fernando más de la mitad del ejército, se presentaron en la capital para calmar la zozobra y reorganizar las tropas.

San Martín estableció su campamento en la llanura de Maipo y desplegó toda su actividad y ardides para ganar tiempo y deshacer las impresiones del desastre. O'Higgins, aunque peligrosamente enfermo, no se daba un momento de reposo. Felizmente Ossorio no avanzó con la presteza que debiera, y dió tiempo á los patriotas para apercibirse á la defensa. Los realistas, por otra parte, se veían obligados á marchar con precaución, pues además de las bajas que les costó su victoria, conocían que les esperaba un

poderoso enemigo.

El 5 de Abril de 1818 como á las doce del día los dos ejércitos trabaron la batalla decisiva en la llanura del Maipo. Las fuerzas eran relativamente iguales y después de Dios, sólo el valor de los soldados y el talento de los generales decidiría de la victoria. San Martín dirigió en esta gloriosa batalla á los patriotas. Por una y otra parte se desplegó un valor heroico, y aunque al principio los realistas parecían vencedores, cargaron luego con tanto acierto y coraje los patriotas, que hicieron cejar al enemigo.

Ossorio logró escapar en precipitada fuga; pero el valiente Ordóñez resistió hasta lo último. El, muchos oficiales y gran número de soldados cayeron prisioneros, apoderándose los patriotes de la artillería y armamento del enemigo. Cuando ya se perseguía á éste, O'Higgins llegó al campo de batalla, pues su enfermedad lo había retenido en la capital; pero quiso presenciar siquiera la espléndida victoria que había de sellar la Independencia de Chile y coronar los esfuer-

zos de sus hijos.

Primera escuadra chilena.—A dos cosas atendió el Director O'Higgins inmediatamente después de esta gloriosa victoria: apresurar el equipo de una escuadrilla que ya desde antes se preparaba, y á desalojar del sur á los realistas. Era urgente, muy urgente la primera, porque de un momento á otro llegarían de España nuevos refuerzos que enviaba Fernando VII, y convenía apoderarse de ellos para que el rey de España contribuyese á la expedición que se proyectaba para invadir al Perú. Puso pues cinco naves bajo el mando de don Manuel Blanco Encalada que se hizo á la vela en dirección al sur (Octubre de 1818), aprovechando el tiempo en disciplinar á sus improvisados marineros. Los extraordinarios esfuerzos que fueron menester para organizar esta escuadra son una de las mayores glorias de O'Higgins.

Blanco se apoderó de la María Isabel y cinco trasportes, á los dieciocho días de haber partido de Valparaíso, adonde entró poco después con su magnifica presa. Aumentóse pues la escuadra, que tuvo luego por vice-almirante al célebre Lord Tomás Cochrane, noble inglés que ofreció sus servicios á la República y que se había distinguido por sus hazañas en los mares de Europa. Este audaz y habi-

lísimo marino emprendió en 1819 dos expediciones, con las que el nombre de Chile se hizo formidable en el mar como ya lo era en tierra para los españoles. Los buques de éstos no se atrevieron á presentar batalla y se ocultaron en el Callao, bajo cuyos fuegos los desafió Lord Cochrane. En Febrero de 1820 cayó de sorpresa sobre el puerto inexpugnable de Valdivia y arrebató esa ciudad á los españoles.

Vicente Benavides.—Los fugitivos de Maipo quedaron dueños de la región allende el Maule. Pero Ossorio no se atrevió á hacerse cargo de una nueva campaña y dejó en su lugar al ya conocido don Francisco Sánchez, y él se embarcó para el Perú. O'Higgins mandó al general argentino don Antonio Balcarce para que con don Ramón Freire desalojasen á los realistas de aquella parte del territorio. Ésos, impotentes para oponer seria resistencia, la abandonaron, abriéndose camino por la Araucanía, después de insignificantes escaramuzas contra la división de Balcarce. En 1819 desde el Bío-Bío hasta el desierto se reconocía la

autoridad de la República.

Alzóse de repente en ese año un enemigo inesperado que, débil en sus principios, llegó hasta amenazar seriamente á la Independencia de Chile. Entre los soldados de Freire iba Vicente Benavides que, hecho prisionero en Maipo, había sido condenado á muerte por traidor; mas, dejado por muerto, escapó milagrosamente y consiguió de San Martín que lo indultase y se enroló de nuevo entre los patriotas. Encargóle Freire que recogiese los rezagados que dejaba Sánchez y se atrajera á los indios; mas, de ello se valió para traicionar otra vez á la patria. Con unos cuantos soldados realistas abrió campaña contra los patriotas, si campaña puede llamarse una guerra de latrocinios y de asesinatos. Huyendo de presentar batalla á los enemigos, logró acrecentar su tropa y ser el terror de la frontera. Alcanzóle Freire en Curalí y lo derrotó completamente.

Mas, por desgracia, escapó aquel bandido internándose entre los araucanos y sirvió luego de instrumento al virrey del Perú, que lo nombró capitán y le proporcionó auxilios con que distraer á los patriotas, para evitar así la expedición que debía invadir al virreinato. De esta manera Benavides se encontró á la cabeza de 2,000 hombres é inquietó á don Ramón Freire, que no tenía fuerzas suficientes para

atacarlo.

Expedicion libertadora del Peru.—El virrey no consiguió impedir ni paralizar los aprestos que O'Higgins y San Martín hacían para invadir por mar aquel gran

baluarte de la dominación española. Mientras él subsistiese, Chile corría peligro y por lo menos su comercio se perjudicaba. Los planes de San Martín iban, pues, á ejecutarse. Pero los obstáculos parecían insuperables; el país estaba agotado con tantas guerras, y la expedición era considerada por muchos como una locura. Sin embargo, merced á la actividad extraordinaria de O'Higgins y la generosidad de los patriotas, el 20 de Agosto de 1820 salía de Valparaíso esa gloriosa expedición, compuesta de 4,500 chilenos y argentinos perfectamente armados y aprovisionados, y los once buques de guerra y quince trasportes que la componían, se alejaban, mandada la escuadra por Lord Cochrane y las tropas por San Martín. Llevaba armas para un ejército de 15,000 hombres. La antes pobre colonia de Chile iba á destruír el trono de los orgullosos

virreyes.

GOBIERNO Y CAIDA DE O'HIGGINS.-El Director Supremo tuvo que atender, sin tregua ni descanso, á las necesidades de la guerra contra Benavides y al arreglo y gobierno interior de la República. Mas, el feroz montonero que sabía la escasez de tropas y pertrechos en que se hallaba el gobierno, redobló su audacia y proyectó nada menos que reconquistar á Chile, apoderándose de las ciudades del sur y después marchar contra Santiago. Freire, intendente de Concepción, se vió obligado á abandonar esta ciudad v encerrarse en Talcahuano, pues el enemigo consiguió tres victorias sucesivas en Yumbel, Pangal y Torpellanca (1820). Las crueldades de Benavides y su segundo don José Manuel Pico, aterran á los habitantes del sur, porque se fusila á los prisioneros sin respetar al anciano mariscal don Andrés Alcázar, que en la última batalla fué cobardemente asesinado. Concepción queda en poder de Benavides, que sitia á Freire en Talcahuano. O'Higgins que ve el peligro, auxilia á los sitiados, como lo permiten las circunstancias en que después de la expedición libertadora había quedado el país, y manda á don Joaquín Prieto para que organice en el sur fuerza con que impedir á Benavides que avance á Santiago. El valiente Freire toma entonces la ofensiva y en dos batallas escarmienta al audaz guerrillero y le quita á Concepción; pero aquella horda de bárbaros huye incendiando en su despecho las poblaciones y devastando el territorio.

Al año siguiente (1821) Benavides se alza más formidable: 3,000 hombres siguen sus banderas y emprende su marcha á la capital de la República. Prieto se le opone en las Vegas de Saldías y salva la patria con una espléndida victoria (9 de Octubre de 1821). Distinguióse en esta campaña el joven militar don Manuel Búlnes, que persiguió á los fugitivos impidiendo que se reorganizasen. La división se introdujo entre ellos, y Benavides fué al fin traicionado. cuando huía al Perú, y recibió en Santiago una muerte infame, justo castigo de sus enormes crimenes.

El otro objeto de los conatos del Director era el progreso y buen gobierno de la República. Las reformas destruídas por la reconquista española fueron restablecidas: abrióse el Instituto y la Biblioteca Nacional, protegió la agricultura, dió libertad al comercio, etc. El temor de verdestrozado el país por discordias civiles, le hizo demorar la reunión del Congreso, que había de dar una constitución y regularizar la nueva forma de gobierno. Vuelta la paz con la prisión y muerte de Benavides, ese mismo año de 1822 se convocó el Congreso y se dió y promulgó la constitución (Octubre 30). La mucha autoridad que se dejaba al Director y los manejos de sus enemigos, no tardaron en producir movimientos revolucionarios en todo el país.

El triste fin de los hermanos Carreras aumentó el odio de sus partidarios contra el Director. Don Juan José y don Luis habían sido fusilados en Mendoza, cuando se dirigían á Chile con intención de derrocar á O'Higgins (1818). Don José Miguel, á fuerza de constancia, había conseguido organizar una expedición marítima para desembarcar en Chile; pero el gobierno de Buenos Aires, temeroso de que las discordias se introdujesen entre los patriotas chileno-argentinos, frustró los esfuerzos de Carrera. Por desgracia, tomó parte don José Miguel en las guerras civiles de la República Argentina y, hecho prisionero, fué fusilado en Men-

doza (1821).

Don Ramón Freire se sublevó en Concepción y con todo el sur, al mismo tiempo que otro tanto sucedía en las provincias del norte. Las tropas mandadas por O'Higgins para someter á los rebeldes se pasaron á éstos, y una sangrienta guerra civil amenazó á la reciente República. Mas, el héroe de Rancagua y Chacabuco no quiso deshonrar su espada con la sangre de sus hermanos y renunció solemnemente el mando supremo de la nación (1823). Conociendo que su permanencia en Chile sería un peligro para la paz pública, se desterró voluntariamente al Perú, si bien en Valparaíso. Freire, dueño de la fuerza, cometió la indignidad de arrestar al gran padre de la patria y someterlo a un juicio de residencia. En el Perú vivió hasta el año 1842 en que murió, habiendo dado en sus últimos días ejemplos de tierna piedad cristiana. Las cenizas del grande hombre han sido trasladadas con solemnísima pompa al suelo de su patria,

que le ha erigido estatuas y monumentos.

Freire, director supremo: conquista de Chile.—Freire, militar que se había distinguido en casi todas las batallas de la Independencia, carecía sin embargo de las cualidades de hombre de gobierno. Elegido Director (1823) desempeñó poco más de dos años esta alta dignidad. En su tiempo fué abolida en Chile la esclavitud; mandó refuerzos, aunque infructuosos, á los patriotas peruanos y conquistó el archipiélago de Chiloé. Pero descontentó á sus gobernados y aparecieron los síntomas de las guerras civiles que destrozaron luego á la República. Su gobierno inutilizó la misión del Vicario Apostólico señor Muzzi y desterró injustamente al Ilustrísimo señor Rodríguez, obispo de Santiago, y tomó otras medidas hostiles contra los derechos de la Iglesia.

Gobernaba en Chiloé don Antonio de Quintanilla que opuso á los patriotas porfiada resistencia. Freire se puso á la cabeza del ejército (1824) é invadió el archipiélago. Aunque el coronel Beauchef derrotó en Mocopulii á los realistas, fué menester reembarcarse para tornar en mejores circunstancias á recomenzar la campaña. El año 1826 volvió Freire á la cabeza de 3,000 hombres, resuelto á desalojar al enemigo. La falta de conocimiento del territorio presentó serios obstáculos á los patriotas; pero, después de varias escaramuzas, se dió una batalla decisiva en Bella-Vista á las márgenes del Pudeto. La victoria se decidió por los patriotas, á pesar de las ventajosas posiciones del enemigo (15 de Enero de 1826). Quintanilla capituló á los pocos días, con lo que concluyó por completo el poder de los realistas en Chile.

Freire renunció ese mismo año y le sucedió con el título de presidente don Manuel Blanco Encalada y de vice-pre-

sidente don Agustín Eyzaguirre.

#### CAPITULO XII.

## Perú y Bolivia.

Sublevación del Cuzco.—La expedición chileno-argentina.—Hazañas de Lord Cochrane.—La-Serna y San Martín: toma de Lima.—Protectorado de San Martín.—Renuncia San Martín: se retira á la vida privada.—El triunvirato: continuación de la campaña.—Gobierno y caída de Riva Agüero.—Bolívar en el Perú.—Batallas de Junín y Ayacucho.—Independencia del Perú.—La nueva República de Bolivia.

Sublevación del Cuzco.—La actividad y energía del virrey don Fernando de Abascal y las fuerzas relativamente formidables que los españoles tenían en el Perú, fueron parte para que las ideas de independencia que agitaron todas las colonias americanas no tuvieran eco en el Perú, y aún más, fuera el centro de expediciones realistas para

someter á Quito, Buenos Aires y Chile.

Sin embargo, además de los esfuerzos hechos por los patriotas en el Alto Perú, de los que hemos hablado en la Independencia de la República Argentina, don José Angulo, que había fracasado poco antes en un movimiento revolucionario, logró (Agosto de 1814) sublevar al Cuzco y formar una junta. El poderoso cacique Pumacagua dominó en el nuevo gobierno y se puso á la cabeza de la revolución. Consiguió apoderarse, después de muchas victorias, de varias ciudades importantes; pero cometieron tantas crueldades los revolucionarios, que, como en Méjico, se enajenaron el concurso de muchos patriotas que no querían una guerra de barbarie. Abascal y Pezuela, generalisimos del ejército del Alto Perú, se pusieron de acuerdo para ahogar la revolución. El general don Juan Ramírez fué enviado por Pezuela con un cuerpo de veteranos que, aunque poco numeroso, bastó para arrebatar á Pumacagua todas sus conquistas y derrotarlo completamente en Humachiri. Traicionado el cacique, fué condenado á muerte con los otros corifeos de la revolución. La paz se mantuvo inalterable en el centro del virreinato hasta el año de 1820. en el que fué invadido por San Martín.

La Expedición chileno-argentina.—Mucho se discutió entre San Martín y Cochrane y demás altos jefes del ejército, si convendría dirigirse cuanto antes á Lima ó comenzar por pueblos menos importantes. San Martín, conociendo que el virrey disponía de un ejército poderoso, 23,000 hombres, y que podría oponerle fuerzas muy superiores, adoptó como plan de campaña, desorientar á

Pezuela con rápidos é inesperados movimientos, evitando una batalla decisiva, y sublevar entretanto el interior del Perú para dividir las tropas realistas; plan que ejecutó con admirable habilidad, y á no ser por las disensiones que hubo entre San Martín y Cochrane, habría sido fecundo en más útiles resultados. Desembarcó el ejército expedicionario no lejos de Pisco (8 de Septiembre de 1820), comenzando por apoderarse de esta ciudad. San Martín hizo internarse con 1,000 hombres al general don José Antonio Alvarez de Arenales para que recorriese el territorio y despertase el patriotismo de los peruanos. Pezuela prefirió tratar con San Martín, lo que admitió éste, pues convenía mucho á sus planes. Abriéronse las conferencias de Miraflores que no dieron ningún resultado práctico, si no es

que Pezuela perdiese un tiempo precioso.

Reembarcóse San Martín y fué á acampar pocas leguas al norte de Lima; y cuando el virrey preparaba sus fuerzas para atacarlo, el general argentino se embarcó de nuevo y se apoderaba de Guaura, mucho más al norte de la capital, posición que cortaba las fuerzas realistas y permita sublevar el norte del Perú (1820), como realmente sucedió, pasándose el marqués de Torre-Tagle con toda la provincia de su mando (Trujillo) á la causa de los patriotas. Proponíase San Martín aislar á Lima y obligar á los españoles que la evacuasen, sin necesidad de arriesgar una batalla en condiciones desfavorables. El ejército invasor se aumentó, en tanto, con cuerpos enteros del enemigo. Arenales había, por su parte, cumplido con felicidad su misión: derrotó en varios combates á los realistas; sobre todo en Pasco, donde desbarató las fuerzas de O'Reilly.

Hazañas de Lord Cochrane.—Mientras tanto la escuadra no permanecía ociosa. Bloqueó al Callao y, ya que noera posible apoderarse con tan pocas fuerzas de un puerto inexpugnable, sorprendió entre las sombras de la noche á la fragata Esmeralda y se apoderó de ella, con. grande arrojo y acierto (1820). Al año siguiente se dirigió con el teniente coronel don Guillermo Miller y se apoderaron de Pisco, que había caído otra vez en poder de los realistas. Arenales y Miller, en distintas direcciones, ejecutaron diversas correrías, que cansaban y dividían al enemigo, y

sublevaban á los patriotas peruanos.

La-Serna y San Martín: Toma de Lima.—Los realistas descontentos de la conducta indecisa de Pezuela, lo depusieron, reemplazándolo por el general don José de La-Serna. Este, aunque estaba á la cabeza de 8,000 hombres, entró en tratados de paz con San Martín en Pun-

chauca (1821). Fué entonces cuando el general argentino, que creía la forma monárquica más conveniente para el gobierno de las nuevas naciones americanas, propuso que

se nombrase un rey que gobernase al Perú.

Los principales militares españoles se opusieron á la propuesta de San Martín, con lo que quedaron en nada los tratados. Comenzó de nuevo la guerra; pero los realistas resolvieron dejar á Lima é internarse para continuar la campaña.

Los planes de San Martín se habían cumplido, y sin necesidad de arriesgar una batalla decisiva, entró en Lima, que había abandonado el enemigo, después de reforzar la

guarnición del Callao (12 de Julio de 1821).

Protectorado de San Martín.—Se celebró en Lima un cabildo abierto, presidido por el arzobispo, y se resolvió declarar la Independencia del Perú, como se hizo solemnemente (28 de Julio de 1821). San Martín se encargó del gobierno con el título de Protector. Introdujo algunas reformas notables, en especial aboliendo la esclavitud y mejorando la suerte de los indios. Sus primeras empresas militares tuvieron por objeto el Callao, al que sitió y asaltó inútilmente. Entró en negociaciones con su gobernador, don José de La-Mar, el que le entregó la ciudad y se pasó á los patriotas. Envió á don Andrés de Santa Cruz con un cuerpo de tropas en auxilio de los guayaquileños, y á don Domingo Tristán al sur del Perú. Desgraciadamente, este último fué derrotado por el valiente general realista don José de Canterac. Este descalabro desprestigió á San Martín, hubo disgustos y recriminaciones entre los patriotas y se le acusó de cobarde porque no atacaba á los realistas. Pero las fuerzas de éstos era aún muy poderosas y mandadas por expertos y valientes capitanes. El asunto de la incorporación de Guayaquil á Colombia hizo que San Martín dejase en Lima a Torre Tagle con las riendas del gobierno, y se dirigiese, como ya dijimos, á conferenciar con Bolívar (1822).

El pueblo de Lima se sublevó contra don Bernardo Monteagudo, favorito del Protector, pero que se había atraído el odio universal por su conducta arbitraria y des-

pótica, y lo desterró.

Renuncia de San Martín: se retira á la vida privada.—San Martín á su vuelta abrió el primer Congreso peruano (20 de Septiembre de 1822) y renunció la autoridad suprema. Se le había acusado de ambicioso y que pretendía ser rey del Perú; sus enemigos se aumentaban de día en día, por lo que creyó prudente retirarse con

tiempo á la vida privada. Aunque se le dió el título de Libertador v fué hecho generalisimo de mar v tierra, partió para Chile y luego para Mendoza. Más tarde se embarcó para Europa, residiendo algún tiempo en Bruselas. Volvió á América y no quiso tomar parte en las discordias que destrozaban à su patria y tornó otra vez al viejo mundo, donde murió (1850).

EL TRIUNVIRATO: CONTINUACIÓN DE LA CAMPAÑA-El Congreso peruano confió la autoridad á un triunvirato cuvo presidente fué el general La-Mar. Pero este gobierno fué de corta duración, é hizo falta así en la administración como en el campo de batalla el talento superior de San Martín. De tal modo se reanimaron los realistas con su ida, que luego recobraron el terreno perdido v. á no acudir Bolívar en socorro del Perú, habría caído otra vez bajo la dominación española. El general don Rudecindo Alvarado dirigió en el sur la campaña contra los realistas; al principio con feliz éxito; mas, habiéndose unido los generales don Jerónimo Valdés y Canterac, obtuvieron sobre Alvarado las victorias sucesivas de Torata y Moquegua (1823). La noticia del descalabro produjo en Limala caída del triunvirato y se nombró á don José Riva-

Agüero presidente de la República.

GOBIERNO Y CAÍDA DE RIVA-AGUERO.-El nuevo presidente se había distinguido por su entusiasmo patriótico y había dirigido valerosamente las guerrillas en los principios de la campaña y era el más popular de los patriotas peruanos. Su gobierno se inauguró con las más risueñas esperanzas, merced á la actividad desplegada por el presidente; pero terminó muy pronto con traiciones y divisiones lamentables. Pidió auxilios á Colombia y Chile, puso un brillante ejército á las ordenes de Santa Cruz paraque atacase á los realistas en el sur, centro de su poder. Pero fué desgraciado en las tres partes de este plan: las tropas colombianas, mandadas por el ilustre Sucre, sirvieron a los enemigos de Riva-Agüero para quitarle el mando y suplantarlo por Sucre. Chile auxilió con un cuerpo de tropas á las ordenes del general don Francisco Antonio Pinto, mas llegó á destiempo y hubo de reembarcarse; y por último la empresa de Santa Cruz tuvo mal éxito.

Aprovechándose de la partida de éste para el sur, Canterac cayó sobre Lima y se apoderó de ella, teniendo Riva-Agüero que refugiarse en el Callao con parte del Congreso. La toma de Lima desprestigió á Riva-Agüero, que á duras penas conservó el título de presidente, quedando Sucre de generalisimo de los ejércitos patriotas. Riva-Agüero se trasladó á Trujillo, y Sucre se embarcó para el sur. RivaAgüero entró en negociaciones con los españoles, poniendo
por base el reconocimiento de la Independencia del Perú;
mas, sus enemigos lo trataron de traidor y lo depusieron,
nombrando á Torre-Tagle presidente, así es que hubo dos
presidentes á la vez; aquél en Trujillo y éste en Lima, que
había sido evacuada por Canterac para acudir á la defensa del sur, donde concentraban su fuerza los patriotas.
Santa Cruz y Sucre no se avinieron, y aunque el uno se
apoderó de la Paz y el otro de Arequipa, acudieron rápidamente Valdés y La-Serna, que obligaron á los generales
patriotas á emprender separadamente una desastrosa retirada y embarcarse para Lima.

Bolívar en el Peru.—En tan apuradas circunstancias llegó Bolívar, resuelto á dirigir la campaña: fué recibido con frenético entusiasmo y el Congreso lo nombró Libertador con autoridad suprema, si bien Torre-Tagle conservó su título de presidente. Procuró inmediatamente Bolívar hacer cesar la anarquía administrativa aprisionando, aunque por traición, á Riva-Agüero y desterrándole á Guayaquil; y organizar un ejército respetable, pues los españoles aún tenían más de 20,000 veteranos, para lo cual estableció su campamento en Guaras, y procuró

ganar tiempo.

Pero aparecieron motines y traiciones entre los patriotas, y Bolívar se disgustó con Torre-Tagle. La guarnición del Callao se sublevó y entregó la plaza á los realistas que, al mando del valiente Rodil, se establecieron en ella. Lima volvió á caer en poder de los españoles. Bolívar pidió y obtuvo la deposición de Torre-Tagle, como sospechoso de traición, y á lo que parece no sin fundamento, pues el ex-presidente se entregó á los españoles del Callao. Felizmente, en el campamento realista no estaban mejor las cosas: Olañeta, gobernador del Alto Perú, se sublevó contra La-Serna, que pretendía hacerse rey independiente de España. Valdés tuvo que ir á someterlo y se trabó entre ambos larga y encarnizada guerra. Con estas divisiones las tropas de La-Serna se disminuyeron, y Bolívar pudo hacer llegar las suyas á 10,000 hombres, casi de todas las naciones hispano-americanas de Sud-América.

Batallas de Junin y Avacueno.—Bolívar, creyéndose ya suficientemente poderoso, salió á campaña contra los realistas. Los fué á buscar á su campamento, teniendo que trepar los Andes, en lo que fué admirablemente coadyuvado por Miller que iba á la vanguardia y por Sucre que tomó disposiciones muy acertadas. Canterac, casi sor-

prendido por la marcha de los patriotas, los esperó en la llanura de Junín. La caballería española, superior en número, atacó y venció á la de los patriotas; pero reforzada ésta y aprovechando la imprudente dispersión del enemigo lo obligó á huír (6 de Agosto de 1824). Esta famosa batalla no fué en sí misma sino un tiroteo de pérdidas insignificantes; pero, por sus consecuencias, funestísima para los españoles. La retirada que sobre el Cuzco emprendió Canterac le costó como la mitad de su ejército, á causa de las deserciones debidas al temor que se apoderó del soldado

en aquel encuentro.

Los patriotas siguieron en persecución del enemigo comandados por Sucre, pues Bolívar se volvió á Lima para hacer traer nuevos refuerzos y continuar la campaña, y ordenó que mientras tanto se tomasen cuarteles de invierno. Canterac había pedido auxilios á Valdés que voló en su socorro, logrando unirse con La-Serna, y á la cabeza de 10,000 hombres fueron en busca de Sucre que apenas tenía 6,000. Este quiso retirarse; pero cortado, tuvo que aceptar la batalla en tan desiguales condiciones. El 9 de Diciembre de 1824 se dió esta batalla que concluyó para siempre con la dominación española. El general colombiano don José María Córdoba clavó un puñal en el pecho de su caballo, para indicar á los patriotas que el combate era de vida ó muerte. La-Serna no tuvo tiempo de ordenar bien su división y fué vencido y hecho prisionero. Valdés consiguió ventaja sobre una división de los patriotas; pero se vió envuelto por las otras dos que estaban triunfantes. Sucre, que dirigió admirablemente la acción, Córdoba y Miller fueron los héroes de esta jornada en que todo el ejército realista tuvo que rendirse y capitular honrosamente. La-Serna reconoció la Independencia del Perú.

INDEPENDENCIA DEL PERU.— Aunque en la capitulación de Ayacucho se estipuló la rendición del Callao, el gobernador de esta plaza, don Ramón Rodil, no quiso entregarla, y más de un año resistió heróicamente á los esfuerzos de los patriotas. Pero, viéndose completamente aislado y como el hambre y las enfermedades diezmaban la población, capi-

tuló también con los patriotas (1826).

Bolívar convocó el Congreso, que lo declaró dictador y le dió el título de Libertador y Padre del Perú. Como San Martín, creía el héroe colombiano que la verdadera forma republicana no convenía á las nuevas naciones y quería conservarla sólo en las apariencias. Pero, habiendo tenido que volver á Colombia, el gobierno provisional fué derrocado, suprimida la constitución que daba á Bolívar el poder vi-

talicio y proclamado La-Mar presidente del Perú (1827). LA NUEVA REPUBLICA DE BOLIVIA.—El gobernador general del Alto Perú, Olañeta, no aceptó la capitulación de Avacucho y trató de seguir sosteniendo la bandera real. Pero fué impotente contra la sublevación de los patriotas en las principales ciudades de esa parte del virreinato, contra Sucre que no tardó en invadirla y contra los mismos realistas que se sublevaron. En uno de esos motines fué muerto Olafieta por sus propios soldados. Cuando Sucre entró en la Paz, ya los patriotas, capitaneados por el general Lanza, habían declarado la Independencia del Alto Perú. La opinión general quería que se constituyese en un estado soberano y Sucre convocó el Congreso de Chuquisaca, que interpretó así la voluntad nacional (10 de Agosto de 1825). Bolívar se presentó en la Paz y aprobó la resolución del Congreso, que en honor del héroe dió á la nueva República el nombre de Bolivia y el de Sucre á su capital. Este último fué también elegido presidente vitalicio, según la constitución que hizo adoptar el Libertador Bolívar.

#### CAPITULO XIII.

### Centro-América y Haití.

Revolución de Centro-América.—Guatemala y Méjico.—República federad de Centro-América: Morazán y Carrera.—Guerras civiles.—Haití.—División de la isla.—Guerras sangrientas.—Toussaint Louverture.—República de Santo Domingo.

Revolución de Centro-América.—Las pequeñas repúblicas hoy conocidas con el nombre de Centro-América fueron las últimas en declararse independientes de la metrópoli. Gobernaba en Guatemala (1821) el mismo general español que hemos visto en Chile, don Gabino Gaínza, cuando las noticias del Plan de Iguala vinieron á agitar los ánimos. Celebróse, pues, en la capital una asamblea solemne, en la cual se proclamó la Independencia absoluta de Centro-América no sólo de España sino también de Méjico. Se nombró una junta presidida por Gaínza, el que en nada se opuso á la revolución, porque lo juzgó completamente inútil (1821). Mas, en algunas provincias pidieron la anexión al imperio mejicano, y para evitar discordias se resolvió que se consultase la voluntad general. La idea de la anexión obtuvo mayoría de votos y fué por consiguiente declarada.

Guatemala y Méjico.—El gobierno de Iturbide mandó un ejército para someter la provincia de San Salvador que se había opuesto á la anexión y vencido á las tropas guatemaltecas. El general Filisola, que mandaba á los mejicanos, obligó á los salvadoreños á someterse y quedó de gobernador de todo Centro-América, que formó parte del imperio mejicano. Pero la revolución contra Iturbide obligó á Filisola á reunir un Congreso en Guatemala para que resolviese lo que debía hacerse. Los enemigos de la anexión estuvieron en mayoría y se volvió á declarar la Independencia de Centro-América (1823).

REPUBLICA FEDERAL DE CENTRO-AMÉRICA: MORAZÁN Y Carrera.-El Congreso á imitación de Estados Unidos. fundó una República federal de las cinco provincias, dió una constitución y abolió la esclavitud (1824). Guatemala fué la capital de la federación, y Arce declarado presidente. Mas, luego comenzó la guerra civil entre los Estados, v Arce no pudo reprimirla. Dos hombres aparecieron entonces que desempeñaron el papel más importante de la nueva República: Morazán y Carrera. Uno y otro eran jefes de los dos partidos, el federal y el separatista. Morazán invadió á Guatemala y derrocó á Arce. El nuevo presidente se de-claró perseguidor de la Iglesia, turbando más y más la paz pública; hubo tentativas por parte de Arce ya á favor de Méjico, ya de España. Pero el guerrillero don Rafael Carrera fué el que derrocó no sólo á Morazán, sino que destruyó el federalismo. La guerra de Morazán y Carrera fué larga y encarnizada, pues con mil peripecias duró hasta 1842, en que Morazán cayó prisionero y fué fusilado.

Guerras civiles.—Carrera, libre de su rival, proclamó la Independencia de Guatemala y de los demás estados que se constituyeron en repúblicas soberanas (1847). Pero comenzaron entonces guerras civiles interminables, ya contra Carrera, que llegó á ser el personaje más importante de Centro-América, ya de una República contra otra ó varias contra Guatemala. Agréguense á esto algunas intentonas de los norte-americanos para apoderarse de esas Repúblicas, aunque con mal éxito, y los mil tiranuelos que han creído hacerse célebres con persecuciones contra la Iglesia, y se tendrá una idea del tristísimo estado en que hasta nues-

tros días se encuentran esas pequeñas repúblicas.

En 1885 el presidente de Guatemala, general don Justo Rufino Barrios, pretendió asumir el supremo mando militar de todo Centro-América, para realizar por fuerza la unión de todas esas repúblicas. Opusiéronsele Nicaragua, San Salvador y Costa Rica, y protestaron Estados Unidos y Méjico. Á pesar de todo, el presidente Barrios acometió la empresa; pero fué completamente derrotado y muerto en la batalla de Chalchuapa. El Congreso de Guatemala derogó entonces el decreto de unión forzosa, y la paz se ajustó entre los beligerantes.

# Haiti.

División de la isla.—Habiendo decaído la importancia de esta isla, los franceses se establecieron en la costa occidental, fortificándose en el islote de Tortuga; los españoles los arrojaron en vano, porque volvían de nuevo y se aumentaron considerablemente. Ya á mediados del siglo XVII, Francia nombró gobernador de Tortuga y de la costa de Haití á Beltrán de Ogerón. La población se aumentó y con ella el número de negros esclavos. Hubo guerras sangrientas así de parte de éstos que se sublevaron, como contra los españoles, cuyas colonias saqueaban los franceses. La España reconoció á fines de ese siglo la colonia que los franceses habían fundado, y desde entonces la isla se dividió en dos partes: la occidental, menor que la otra, fué de Francia, y lo demás siguió perteneciendo á España.

Guerras sangrientas.—La colonia prosperó rápidamente, dando á la Francia pingües entradas, pero de más de medio millón de habitantes la décima parte eran negros que abrigaban un odio á muerte contra sus amos. Á fines del siglo XVIII la revolución francesa influyó en la colonia y comenzaron los disturbios, pretendiendo los negros igualarse en todo á los blancos y que cesase la esclavitud. La conducta indecisa de la metrópoli ocasionó la guerra más espantosa en la colonia. Los ricos colonos no quisieron obedecer á la ley que libertaba á los negros y se su-

blevaron contra la metrópoli.

Los negros á su vez se alzaron furiosos contra los colonos, saqueando las ciudades, y matando sin piedad á los blancos, que á su turno no daban cuartel. Las fuerzas venidas de Francia auxiliaban ya á unos, ya á otros. Debilitados los blancos, pidieron auxilio á Inglaterra, cediéndole la isla. Los ingleses al mando del mismo Witelocke, ya conocido, invadieron la colonia; pero los negros nombraron á uno de ellos, Toussaint Louverture, de generalísimo y auxiliados por los franceses, opusieron una resistencia heroica á los invasores. La guerra más encarnizada se trabó de ambas partes, hasta que al fin los ingleses se retiraron, reconociendo la independencia de la isla y dejando el campo

á los negros. Así, después de siete años de una guerra de raza, los negros supeditaron á los blancos y dominaron

en Santo Domingo (1798).

Toussaint Louverture. - Este hombre, ya anciano, poseía gran talento y valor, no menos que una prudencia consumada, y llegó á hacerse, de pobre esclavo, el héroe de la libertad de su raza y el personaje más célebre de Haití. De hecho dueño del poder, con el título de Dictador, convocó una asamblea nacional y dió la constitución, en la que se reconocía Haití dependiente de Francia; pero se gobernaria por leyes especiales. Consiguió extinguir el odio de los negros contra los blancos, restituyendo á la colonia la paz y la prosperidad, dominó por la fuerza de las armas á los mulatos sublevados y envidiosos de su autoridad, restituvó al culto católico su pompa, pues la impiedad de la revolución francesa lo había abolido, y sometió la parte española de la isla, que ya antes había sido cedida á la Francia; por fin, atendió á todas las necesidades materiales y morales de sus gobernados. Mas, habiendo Napoleón I querido volver las cosas al estado que tenían antes, mandó al general Leclerc con 25,000 hombres para ejecutar sus proyectos. Toussaint, que vió en esa expedi-ción la vuelta de la esclavitud de sus hermanos, resistió heroicamente á los invasores. Al fin de una guerra tenaz, se sometió con la promesa de Leclerc de que respetaría la libertad de los negros; mas, traicionado, fué conducido á Francia donde murió (1803). Esta perfidia hizo renacer la guerra con más furor por una y otra parte. Dessalines se puso á la cabeza de los negros. En balde los franceses echaban al mar á los prisioneros ó los hacían devorar por los perros en públicos espectáculos; las represalias eran espantosas. Los negros, auxiliados por los ingleses, echaron á los invasores y proclamaron la Independencia (1804). Juan Jacobo Dessalines adoptó una política contraria á la de Toussaint y no se perdonó la vida á los franceses, siendo peor que nunca la guerra de razas; pero fracasó completamente cuando quiso conquistar la parte española de la isla. Proclamado emperador (Jacobo I), no puso límites á sus crueldades y comenzó la guerra civil en que fué asesinado por los suyos. Continuó la lucha entre negros y mulatos, que se subdividieron en dos estados independientes, optando ya por la república, ya por la monarquía. Pethión llegó á ser uno de los más ilustres presidentes, y después Boyer so-metió la parte española á su gobierno é hizo cesar la división de negros y mulatos. Mas, como tomase algunas medidas opresoras contra los blancos, la parte española se volvió á separar, aprovechándose de la caída de Boyer que fué derrocado por una revolución (1843). La Francia había antes intentado en vano recobrar su colonia y tuvo que re-

conocer la Independencia de Haití.

Republica de Santo Domingo.—La parte española de Haití, conocida con el nombre de Santo Domingo, ya que aquel fué adoptado por los franceses, hizo varios esfuerzos para conseguir su Independencia tanto de Francia como de España; pero fueron frustrados por el poder de los negros, que de grado ó por fuerza la conquistaban. Mas, en 1844 obligaron al gobernador de Haití á retirarse y se proclamó la República de Santo Domingo, cuyo jefe fué don Pedro Santa Ana. Los haitianos invadieron el territorio, mas fueron completamente derrotados en dos sangrientas batallas (1844) y sus propias discordias les impidieron llevar adelante por entonces la guerra. Hubo después nuevas campañas entre los negros de Haití y los blancos de Santo Domingo; pero han sido aquellos impotentes para reconquistar la parte española, que se mantiene hasta ahora independiente.

#### CAPITULO XIV.

#### Brasil.

La Corte de Portugal en el Brasil.—Disturbios interiores.—Independencia del Brasil.—Campaña contra los portugueses.

La Corte de Portugal en el Brasil.—A principios del siglo presente gobernaba el Portugal don Juan VI con el título de regente; pues que hacía las veces de la reina su madre, cuya demencia la imposibilitaba para el gobierno. Irritado Napoleón por la amistad de los portugueses con la Inglaterra, mandó una expedición para agregarlos á su imperio: don Juan VI y toda la Corte y principales señores se embarcaron con sus riquezas para establecerse en el Brasil y esperar los acontecimientos (1807).

La Corte pasó á Bahía, decretó la libertad del comercio y luego se trasladó á Río Janeiro. La vasta colonia recibió un poderoso impulso con la residencia en ella del gobierno soberano, se fundó un banco y se publicaron los primeros periódicos. Don Juan VI, como ya se ha visto, extendió su

poder conquistando el Uruguay.

DISTURBIOS INTERIORES.—Pero en 1817 estalló una revolución en Pernambuco, preparada desde mucho tiempo por

una sociedad secreta; el objeto de la revolución era hacer del Brasil una república independiente. Los revolucionarios se enseñorearon de Pernambuco, Parahiba y Río Grande, y se establecieron juntas gubernativas, siendo el principal jefe de los insurrectos Domingo José Martíns. Mas, como la inmensa mayoría de la nación era adicta á la forma monárquica y al rey don Juan, el movimiento revolucionario fué fácilmente sofocado y Martíns y principales corifeos condenados á muerte.

Ni fué el único temor que agitó á la Corte del Janeiro. El año 1820, los portugueses se sublevaron en Oporto (Portugal), pidiendo que cesase el gobierno absoluto, se convocasen las cortes y se diera una constitución conforme á la cual había de gobernar el rey. Con efecto, las cortes se reunieron para dictar la constitución. Estas novedades hicieron eco en el Brasil, y brasileros y portugueses, que seguían en él, pidieron la adhesión al régimen constitucional.

El rey, que en vano había pretendido contenerlos con promesas, tuvo que ceder á la voluntad de la nación y jurar la carta constituyente que se expediría en las cortes de Lisboa.

INDEPENDENCIA DEL BRASIL.-El rey don Juan, libre ya del peligro que lo había obligado á trasladarse al Brasil, resolvió tornar al Portugal. Los brasileros habían querido impedirlo, mas el príncipe don Pedro, á la cabeza de las tropas portuguesas que guarnecían á Río Janeiro, dispersó á las turbas y dejó expedito el embarque de la Corte (1821). El mismo príncipe heredero quedó en el Brasil gobernando interinamente.

La permanencia por tantos años del rey en el Brasil había acostumbrado á los brasileros á la soberanía y no quisieron volver al simple estado de colonia. La independencia, pues, era el deseo universal de los habitantes de esta vasta región. Las cortes procuraron restablecer el antiguo régimen y que se fuese don Pedro al Portugal. Los brasileros hicieron entonces entusiastas manifestaciones al principe para que no abandonase el territorio; don Pedro resolvió quedarse y satisfacer así los votos de sus súbditos. Las cortes precipitaron torpemente la declaración de la Independencia, hostilizando con medidas vejatorias á los brasileros, hasta declarar traidores á los que reconocían la autoridad del príncipe y á sus propios ministros. Cuando supo don Pedro tan injuriosa resolución, declaró él mismo al Brasil independiente del Portugal. Esta famosa declaración se conoce con el nombre de El grito de Ipiranga, por un río á cuyas margenes se hizo. El entusiasmo frenético de los brasileros dió por resultado que el príncipe fuese reconocido como emperador del Brasil y solemnemente coronado el 1.º de Diciembre de 1822.

CAMPAÑA CONTRA LOS PORTUGUESES.-El partido portugués en el Brasil era poderoso en el norte, y Bahía y otras ciudades no reconocieron al emperador. Don Pedro les declaró la guerra, equipó una escuadrilla y la puso á las ordenes de Lord Cochrane. El hábil marino, que tanto renombre se había conquistado en el Pacífico, emprendió y llevó á cabo una campaña admirable. Con sólo ocho buques en mal estado bloqueó á Bahía y venció á la escuadra portuguesa, que era superior, y obligó á rendirse la ciudad; con la astucia intimidó y sometió á Marañón, y uno de sus subalternos hizo otro tanto en la ciudad y provincia del Pará. En seis meses sometió Cochrane las provincias sublevadas contra el emperador, sin gastos del Erario v sin pérdidas. Tomó más de cien buques mercantes, recogió un inmenso botín y aniquiló el poder de los portugueses, á pesar de que el ejército de tierra no fué feliz en la parte que le cupo en el plan de campaña (1823). Al año siguiente volvió á sublevarse Pernambuco y cundió otra vez la insurrección en las provincias del norte; pero de nuevo don Pedro se valió de Cochrane, que las sometió con igual felicidad, si bien fué necesario mandar un ejército de tierra y dar sangrientos combates. El Portugal reconoció, mediante la intervención de Inglaterra, la Independencia del Brasil (1825).

# PARTE CUARTA

La República.

#### CAPITULO PRIMERO

### Estados Unidos.

Idea general de esta época.—Progresos de los Estados Unidos.—Guerra con la Gran Bretaña.—Aumento del territorio.—Abolición de la esclavitud: guerra civil.—Fin de la guerra: muerte de Lincoln.—Johnson y Grant.

IDEA GENERAL DE ESTA ÉPOCA.—Las nuevas naciones americanas supieron hacerse independientes; pero, con raras excepciones, no han sabido aprovecharse de la libertad con tan heroicos sacrificios conquistada. Desde entonces hasta nuestros días las sangrientas guerras civiles e han desencadenado en casi todas ellas. Su historia, en más de medio siglo de soberanía, se reduce á recordar innumerables batallas, y los nombres de caudillos más ó menos ambiciosos. En los días de tregua, en que el más afortunado escala el poder, lo vuelve contra la Iglesia ó lo convierte en despotismo, sembrando así las semillas de nuevas é interminables discordias. ¿Cuáles serán las causas de esta plaga tan desastrosa? La historia nos enseña que es la condición de naciones recién constituídas ser víctimas de su inexperiencia ó de las malas pasiones de los

hombres. La república federal adoptada en la mayor parte de los países americanos, requiere una preparación de que esos pueblos aún carecen. Pero la principalísima causa es el decaimiento de las ideas religiosas, borrando ó disminuyendo el sentimiento del deber, del respeto y sumisión á la autoridad. Casi todos los gobiernos han adoptado ideas revolucionarias, han fomentado directa ó indirectamente el odio á la religión, coartando en lo posible su influencia bienhechora, y así han abierto ellos mismos el abismo de donde emanan las desgracias que lamentamos. Los falsos liberales, que se han adueñado generalmente de los gobiernos, han querido reformar atolondradamente, dando leyes y constituciones poco maduradas, que han trastornado la sociedad, y, abolidas luego, acaban con el respeto á la ley.

Sin embargo, es innegable que el progreso material y el intelectual se han desarrollado notablemente en la mayor parte de las antiguas colonias; pero no bastan para cons-

tituír su verdadera grandeza y felicidad.

Progreso de los Estados Unidos.—Lo que primero llama la atención al estudiar la historia contemporánea de América es la importancia inmensa que los Estados Unidos han tomado en poco tiempo. Ya hemos apuntado las causas de ese desenvolvimiento nunca visto de las fuerzas que constituyen el poder de una nación. Un sinnúmero de inmigrantes de todos los pueblos de la tierra ha aumentado su población que excede de ochenta millones. Los telégrafos, ferrocarriles y canales asombran á las naciones más adelantadas de Europa. En las artes y la industria, sobre todo en las máquinas de todas clases han sobrepujado á los demás pueblos. La agricultura está perfectamente atendida. Su marina mercante, si no es la primera del mundo, sólo cede á la de Inglaterra.

Las entradas fiscales aumentan cada año prodigiosa-

mente.

Si los progresos materiales colocan á los Estados Unidos entre las naciones de primer orden, con los intelectuales, en especial el desenvolvimiento de la instrucción primaria, sucede otro tanto. Hay más de doscientos entre universidades y colegios de primer orden, en que se estudian todas las ciencias humanas. De estos colegios y universidades han salido sabios notables y hombres célebres por descubrimientos científicos que sería largo enumerar. Sin embargo, tanta opulencia ha engendrado una profunda corrupción de costumbres, y la corrupción administrativa y el cohecho han causado escándalos sin iguales.

El estado del catolicismo es floreciente y goza la Iglesia de una libertad relativa que envidiarían otras naciones católicas. Todas sus instituciones se establecen allí y progresanen grande escala. El número de diócesis aumenta admirablemente de día en día, como el de las conversiones al catolicismo, que hoy ocupa el segundo lugar por el número de creyentes entre las muchas religiones que dividen á los norte-americanos.

GUERRA CON LA GRAN BRETAÑA.-Durante el gobierno de Adams, la Confederación siguió consolidándose pacífica-mente, y aunque estuvo en peligro de romper con la República francesa y alcanzaron a hacerse los preparativos de guerra, se consiguió evitarla. Tres estados se agregaron á la gran República, y en 1800 se trasladó la capital á Washington. Sucedió Tomás Jefferson, que gobernó por dos períodos (1801-1809), y en su tiempo se compró la Luisiana á la Francia y comenzaron ya las hostilidades de los ingleses. Fué en tiempo de su sucesor James Madisson, que con su prudencia consiguió de Napoleón que suavizase en favor de la República el bloqueo continental, cuando se declaró una larga guerra con la antigua metrópoli. La Inglaterra pretendía impedir que los buques americanos comerciasen con Francia é instigó las sublevaciones de los indios. Estas causas ocasionaron el rompimiento (1812). El Congreso autorizó al presidente para levantar un ejército de 150,000 hombres, pues era menester defender la línea del Canadá y atacar por mar á los ingleses. La marina norte-americana tomó con esta ocasión grande incremento y obtuvo señaladas victorias sobre la inglesa, dueña entonces de los mares. Rodgers, comodoro americano, penetró con su escuadra hasta el mar de la Mancha, causando inmensos perjuicios al comercio inglés. Los combates en tierra no fueron al principio favorables para los americanos. Dos campañas del Canadá fueron fatales, haciendo peligrar la unión de las provincias devastadas por los ingleses. Pero las amenazas de reconquista unieron más y más á los americanos, y la guerra, que comenzaba á de-bilitarse, continuó con nuevo vigor. Washington cayó en poder del enemigo; Baltimore resistió heroicamente. El general americano Jackson fué el héroe de esta guerra: 15,000 ingleses desembarcaron en Luisiana queriendo apoderarse de Nueva Orleans. Jackson á la cabeza de 6,000 americanos derrotó completamente al enemigo, obligándolo á reembarcarse (1815). Antes de esta batalla se había firmado la paz de Gante, desistiendo la Inglaterra de sus pretensiones.

Aumento de territorio.—Á Madisson sucedió Monroe: en cuvo gobierno se aumentó notablemente el territorio de la Confederación, agregáronse einco nuevos estados, y luego se apoderaron los norte-americanos de la provincia española de la Florida. La España reclamó; pero al fin las discusiones terminaron por la compra que de ella hizo el gobierno americano. Monroe reconoció la independencia de varias repúblicas hispano-americanas (1821). La España protestó contra este acto, y aún pidió la intervención de sus aliados de Europa; pero el gobierno americano sostuvo enérgicamente que no toleraría que la Europa interviniese en los asuntos de América, y la América para los americanos llegó á ser un principio de derecho internacional. Más tarde la provincia mejicana de Tejas se declaró independiente y se empeñó una larga y desastrosa guerra entre Tejas y Méjico, obteniendo ventajas la pri-mera sobre los ejércitos del gobierno mejicano, mandados por el mismo presidente Santa Ana, que fué vencido y hecho prisionero. La paz no fué durable, y hastiados los habitantes de Tejas, se anexaron á los Estados Unidos (1845). Pero Méjico se opuso á la anexión y el gabinete de Washington la aceptó; y la guerra se declaró entre ambas repúblicas. El general Taylor condujo á los norteamericanos á la victoria, venciendo á los mejicanos mandados por Arista. Dos años de guerra (1846 y 47) desastrosa para Méjico dieron por resultado no sólo la anexión de Tejas, sino de Nuevo Méjico y la Alta California, mediante una indemnización de 15.000,000 de pesos (1848). Taylor fué elegido presidente de la gran Confederación en premio de sus hazañas, como antes lo había sido Jackson, el vencedor de los ingleses.

Abolición de La esclavitud, guerra civil.—Durante el gobierno de Taylor llegaron á treinta y uno los estados de la Confederación. La paz y la prosperidad siguieron desarrollando todos los elementos del progreso de la Unión. Casi todos los presidentes han gobernado por un doble período de ocho años. Á la súbita muerte de Taylor, el vice-presidente Fillmore lo reemplazó y ya comenzó á agitarse la cuestión de la esclavitud, con tanto ardor, que bien se preveía que sólo una guerra espantosa había de resolverla. Consiguióse demorarla cerca de diez años, hasta que en 1861 fué elegido Abraham Lincoln. Durante ese intervalo se preparaban de una y otra parte para la guerra.

Los estados del norte querían la prudente abolición de la esclavitud, los del sur que ésta se mantuviese, y los del centro estaban indecisos entre una y otra opinión: pero había partidarios de las dos opiniones en toda la Confederación. Cuando Lincoln fué proclamado, los estados del sur desesperaron de obtener pacíficamente el triunfo de su cruel política y se separaron eligiendo á Jefferson Davis presidente, un Congreso y haciendo capital de la nueva Confederación la ciudad del Richmond. En balde el partido de Lincoln y el mismo presidente trataron de calmarlos, asegurándoles del modo más solemne que no se les perjudicaría en sus intereses, y la prensa de todos los estados y aun del sur hizo esfuerzos para evitar la separación: los separatistas se juzgaban más poderosos y mejor prepara-

dos para la lucha, y realmente lo estaban.

La toma del fuerte Sumfer, situado á la entrada del puerto de Charleston, fué el principio de las hostilidades: los revolucionarios se apoderaron de él después de una heroica defensa (1861). Durante cuatro años el vasto territorio de la Unión fué un campo de sangrientas batallas, sitios de ciudades, incendios y todo género de muerte y destrucción, al mismo tiempo que los ríos y los mares eran invadidos por las escuadras de uno y otro bando. Más de un millón doscientos mil combatientes hacían armas en esa guerra civil sin igual en la historia. Como el campo era tan vasto, en un mismo día se daban batallas terribles, una sola de las cuales habría aniquilado á un pueblo menos poderoso. El hábil general Lee y Brauregard sobresalieron por parte de los sublevados; Grant, Sheridan, Scott, Mac-Clellan y en mar el almirante Farragut, de parte del gobierno.

Los principios de la guerra fueron fatales para la causa de éste, hasta el punto de quedar en peligro inminente la capital y casi aislada del norte, fuente de sus recursos. El general Scott, que tuvo al principio la dirección de los ejércitos del gobierno, logró, avudado por Butler, salvar

á Washington.

Pero la impaciencia de los soldados, de la opinión y del presidente, lo obligó á dar en malas condiciones la batalla de Bull's Rum contra Beauregard, siendo derrotado aquél, como lo había previsto, aunque más bien fué una dispersión debida al espanto producido entre los suyos, en su mayor parte bisoños, por la explosión de algunos barriles de pólvora. Esta derrota aumentó el entusiasmo de los defensores de la Unión. Mac-Clellan reemplazó á Scott en el ejército del Potomac, muy principal en la campaña, y después en la dirección de la guerra. Mas, en el valle del Mississippi el general Grant vengaba este desastre con una serie de victorias: los rebeldes fueron arrojados de la

Virginia Occidental, al mismo tiempo que las escuadras del gobierno vencían á las enemigas. Una expedición poco feliz del general en jefe contra York-Town fué causa de que lo reemplazase Grant, que había obtenido una espléndida victoria contra un ejército de 80,000 hombres en Pittsbourg, y en consecuencia la toma de Nueva Orleans, punto muy importante, pues privaba á los rebeldes de muchos recursos. La guerra seguía con éxito diverso por una y otra parte, cuando una suprema resolución del presidente Lincoln hizo inclinarse la victoria definitiva á favor de

los abolicionistas, ó sea partidarios de la Unión.

El 1.º de Enero de 1863 se proclamó solemnemente en Washington la emancipación de los esclavos de las provincias rebeldes, y se les admitía en el servicio militar. Este importantísimo decreto, que inmortalizará el nombre de Lincoln, libertó de derecho á más de 3.000,000 de hombres, y fué recibido con espanto por los del sur, que en balde aparentaban despreciarlo. El ejército del gobierno se aumentó con más de 70,000 negros. Desde entonces se temió entre los enemigos una sublevación de los esclavos, y éstos, por su parte, simpatizaban con sus libertadores.

FIN DE LA GUERRA: MUERTE DE LINCOLN.—La campaña de 63 continuó con más y más furor por una y otra parte. Entre las muchas batallas que se dieron es digna de notarse especialmente la de Gettysburh, en la que Lee con 105,000 hombres se las hubo contra Meade á la ca-

beza de 80,000.

Este general fué encargado inesperadamente de dirigir á los defensores de la Unión en la víspera del combate. Duró tres días la acción y, aunque al principio las ventajas fueron para Lee, la victoria se decidió en favor de Meade; hubo más de 8,000 muertos, 20,000 heridos y 10,000 prisioneros.

Merced á la dirección del generalísimo Grant, la inmensa campaña parecía ser favorable á los partidarios del gobierno; pues se iba estrechando poco á poco el enemigo.

Una nueva circunstancia vino á descorazonar á los rebeldes. Llegó la época de reelegir presidente y Lincoln, contra las esperanzas de sus enemigos, obtuvo inmensa mayoría y fué acogido con frenético entusiasmo (1864).

Después de terribles descalabros que hizo sufrir Lee á los unionistas, éstos se repusieron, y la gran batalla de Five-Forks, ganada por Sheridan, y la toma costosísima de Petersburg-Richmond, hecha por Grant contra Lee, fueron la victoria decisiva para el gobierno (1864).

El entusiasmo inmenso que produjo en el norte la noticia del fin de tan encarnizada guerra se expresó noblemente en manifestaciones generosas de perdón á los vencidos. Lincoln abrigaba iguales sentimientos, y cuando iba á

ponerlos en ejecución le sorprendió la muerte.

Despechados los rebeldes, acudieron á un infame asesino para vengarse del grande hombre, que tenía á sus ojos el crimen de oír la voz de la justicia y de la humanidad. Aunque el plan era asesinar también al vice-presidente Johnson; al secretario Sward, hábil político; á Grant y otros, sólo Lincoln fué la víctima. El 14 de Abril de 1865, cuando se hallaba en el teatro, se oyó de repente un tiro y un hombre sale puñal en mano, atropellando á cuantos intentan detenerlo y diciendo: Sic semper tirannis: Lincoln cae sin sentido, herido de muerte en el cerebro, y el asesino logra por de pronto escapar; pero después fué muerto.

Johnson y Grant.—Conforme á la constitución, el vicepresidente Andrés Johnson reemplazó al generoso Lincoln. El nuevo presidente se dedicó á concluír la completa pacificación de la República con medidas prudentes, castigando á los principales culpados. Se restableció el comercio, abriendo los puertos al extranjero, se aŭadió á la constitución la emancipación de los esclavos, concediéndoles

derechos de sufragio.

El gobierno de Johnson protestó contra la invasión europea en Méjico, se negó á reconocer al emperador Maximiliano, y contribuyó á que los franceses evacuasen el territorio. Las relaciones con Inglaterra estuvieron en peligro de romperse por la conducta observada de parte de esa nación en la gran guerra civil. Por último, el gobierno de Johnson aumentó las posesiones norte-americanas con la compra de la América Rusa. Sin embargo, la política de Johnson lo indispuso varias veces con el Congreso; fué acusado y mereció la reprobación del tribunal.

En 1869 le sucedió el general Grant, que gobernó tranquilamente la República por dos períodos sucesivos. El progreso de esa gran nación ha seguido su marcha en todo orden de cosas, sin que guerras ó disturbios notables lo hayan interrumpido. En 1881 el presidente James Gafield, á los pocos meses de su elección fué asesinado por sus enemigos políticos. Felizmente, la paz no se interrumpió, y asumió la presidencia el general Artur, vice-presi-

dente.

En los últimos años del siglo XIX, siendo presidente Mac-Kenley, se declaró la guerra á España para obtener la libertad de Cuba. España, vencida en mar y tierra, hubo de reconocerla y ceder á Estados Unidos Las Filipinas.

Mac-Kenley murió asesinado por un anarquista al inau-

gurar la exposición de Búffalo.

#### CAPITULO II.

## Méjico y Brasil.

Nueva invasión española.—Guerra civil.—Guerra contra los Estados Unidos.—Guerras civiles.—Persecuciones contra la Iglesia.—Invasión francesa: Maximiliano.—Cafda del imperio.—Brasil: Gobierno y abdicación de don Pedro I.—Don Pedro II emperador.

NUEVA INVASIÓN ESPAÑOLA.-Méjico, que durante la dominación española había ocupado el primer lugar entre las colonias americanas, ha decaído notablemente de su primitivo esplendor, desgarrado por las guerras contra otros países, ó discordias intestinas, siendo rarísimo el presidente que haya gobernado en paz sin ser derrocado antes de concluir el período constitucional. Ya en el gobierno del general Guadalupe Victoria, la ambición de varios generales y los intereses de los partidos prepararon las futuras revueltas. Los tres pimeros años no fué interrumpida la paz, sino por complots para restablecer la soberanía de España. Pero á fines del período de Victoria hubo tres sangrientas revoluciones, una de las cuales convirtió en campo de batalla la capital, donde se peleó durante tres días. El gobierno logró, sin embargo, sofocarlas. Victoria dejó legalmente la presidencia (1829), habiendo antes decretado la expulsión de todos los españoles. Sucedióle don Vicente Guerrero.

Durante su gobierno hizo la España una tentativa descabellada para reconquistar á Méjico. El brigadier don Isidoro Barradas, á la cabeza de 4,000 hombres, salió de la Habana y ocupó á Tampico. Esperaba que los partidarios del rey engrosarían sus filas y esparció proclama. Un grito universal de indignación resonó en toda la República al saberse tal novedad. Mientras Guerrero pedía al Congreso facultades extraordinarias para acudir á la defensa de la nación, el general Santa Ana, sin orden alguna, reunió tropas y fué á sitiar á los españoles. Su ejército se aumentó muy pronto, al par que el de Barradas era diezmado por las enfermedades. El español, desengañado de su temeridad, capituló con el enemigo y todo

el ejército invasor se rindió, teniendo los mejicanos que curar á los enfermos y hacerlos trasladar después á la Ha-

bana (1829).

Guerra civil.-La guerra civil se encendió de nuevo. Guerrero se indispuso con los mismos que lo habían elevado y que ahora lo acusaban de cobarde por no haber conducido con actividad la guerra contra los invasores, pretexto con que se encubrió la ambición de algunos generales. Bustamante sublevó las tropas de su mando y Guerrero salió de la capital para someter á los rebeldes; pero Méjico se insurreccionó también y el presidente huyó al sur. Allí fué traicionado y condenado á muerte. No alcanzó á gobernar un año, y había sido uno de los más antiguos defensores de la Independencia. Bustamante, su sucesor, pretendió cambiar la república federal en unitaria, de donde resultó la segregación de Tejas que se declaró independiente. Santa Ana se sublevó contra Bustamante, y después de una guerra destructora pactaron y un tercero ocupó la presidencia (1822). Elegido Santa Ana al año siguiente, intentó poner coto á las peligrosas reformas introducidas por los liberales, aboliendo algunas disposiciones del Congreso y aun clausurándolo con un golpe de estado. Puesto á la cabeza de las tropas para someter á Tejas, abrió una campaña fatal, en la que vencido y hecho prisionero fué desterrado á Estados Unidos, reemplazándole Bustamante en Méjico. Aunque gobernó cerca de dos períodos la paz no se consolidó, pues Yucatán y Tabasco se rebelaron y fué menester impedir aquel nuevo desmembramiento de la República. Pero lo más notable que acaeció en su gobierno fué una guerra contra la Francia, que pedía indemnizaciones por perjuicios hechos á sus súbditos: negóse el gobierno mejicano y declaró la guerra (1838). Las costas de la República fueron bloqueadas y San Juan de Ulúa y Vera Cruz cayeron en poder de los franceses. Santa Ana llegó á tiempo de Estados Unidos y tomó parte activa en la defensa de la patria; pero herido gravemente no pudo impedir que Méjico hiciese la paz, obligándose á pagar 600,000 pesos (1839). Una revolución encabezada por Paredes hizo que Bustamante renunciase, y subió por segunda vez Santa Ana; pero á los tres años el mismo Paredes se sublevó de nuevo, derrotando al presidente que fué preso y desterrado con sus ministros (1844). Paredes elevado pronto á la presidencia, fué también muy pronto derrocado por la revolución de Vera Cruz, que llamó á Santa Ana por tercera vez, quien en esta ocasión restableció el gobierno federal.

Guerra contra los Estados Unidos (1846–1848).— Santa Ana tuvo que encargarse de la dirección de la guerra que por la anexión de Tejas se declaró entre Méjico y los Estados Unidos. El general Taylorála cabeza de los norteamericanos atacó al ejército mejicano comandado por Arista. La batalla se dió en Palo Alto y duró dos días, con grandes pérdidas para las tropas mejicanas que fueron completamente vencidas. Arista se replegó á Matamoros; pero Taylor lo obligó á evacuar esta ciudad, de la que se apoderó asegurando así la posesión de Tejas. La Unión ofreció la paz. Méjico no la aceptó. Las escuadras norteamericanas obtenían nuevos triunfos, tomándose los buques mejicanos, bloqueando los puertos y apoderándose de algunas ciudades.

Santa Ana se puso á la cabeza del ejército cuando ya éste se hallaba vencido y desmoralizado; salió, sinembargo, al encuentro de Taylor, y se dió la batalla de Buena Vista; pero la victoria se declaró otra vez á favor de los norte-

americanos.

Vera Cruz atacada por el general Scott, tuvo que rendirse y los norte-americanos avanzaron contra Puebla. Santa Ana se les opuso en Cerro Gordo; mas, fué de nuevo derrotado por Scott; Puebla se rindió y el general victorioso fué á sitiar la capital. Santa Ana procuró defenderla á todó trance. Méjico opuso heroica resistencia, consiguiendo derrotar al enemigo en los primeros asaltos; pero éste, que había aumentado sus tropas á más de 40,000 hombres, se apoderó á viva fuerza de la ciudad (1847). Las autoridades se refugiaron en Querétaro y Santa Ana con el resto de las tropas, evacuada la capital, sitió inítilmente á Puebla. Habiendo la deserción disminuido su ejército, él no quiso transigir y se retiró á Jamaica. El gobierno de Querétaro tuvo que firmar el tratado que desmembraba de la República los estados que ya dijimos (1848).

Guerras civiles.—No sirvió este escarmiento á los mejicanos que siempre siguieron divididos por discordias intestinas y pronunciamientos militares que, unidos á la sublevación de los indios é invasiones de filibusteros norteamericanos, acababan de trastornar á esa desgraciada República. Así trascurren los gobiernos de Herrera y de Arista. En 1853 es llamado Santa Ana por cuarta vez á la presidencia y nombrado Dictador. Hace grandes esfuerzos por poner algún orden; pero todos son frustrados por el partido liberal que se vale de los indios para aumentar los ejércitos revolucionarios y, después de nuevos destrozos y batallas, consigue atraerse aun á los partidarios del

Dictador y que éste se destierre y huya de Méjico (1855). Los liberales triunfantes elevan al fin á don Ignacio de Comonfort á la presidencia. Mas, tuvo que luchar por largo tiempo contra sus enemigos que hicieron armas contra él

y ahogar en sangre la revolución.

Persecución à la Iglesia.—El partido liberal formó un Congreso de enemigos de la Rèligión, el que se declaró constituyente y atropelló los más santos derechos de la Iglesia. Se decretó la supresión del fuero, la secularización y venta de los bienes eclesiásticos; los obispos protestaron y fueron excomulgados los compradores de tales bienes. Igual pena aplicaron á los que jurasen la nueva constitución del 57; muchos empleados públicos, generales y oficiales de alta graduación oyeron la voz de sus pastores. Esto irritó á los liberales del gobierno y la persecución al clero, el destierro de los obispos, y hasta la prohibición de enseñar la Religión en las escuelas, hicieron de Comonfort un odioso tirano, que no tardó en conculcar los más sagrados derechos.

Las consecuencias de tales medidas no se dejaron esperar; la revolución se alzó más sangrienta que nunca. El Dictador adoptó una política contradictoria, persiguiendo á sus propios partidarios, sin contentar á sus enemigos. Los generales Zuluaga y Miramón, entre otros, se ponen á la cabeza de las tropas y en diversas partes de la República estalla la revolución en defensa de las creencias religiosas y de los intereses del partido conservador. Méjico vió de nuevo correr la sangre á torrentes en sus calles durante tres días. Comonfort fué derrocado y tuvo que huír. Zuluaga se invistió interinamente de la presidencia; las leyes vejatorias de la Religión fueron abolidas. Don Miguel Miramón reemplazó luego á Zuluaga. Los liberales sostuvieron á don Benito Juárez, vice-presidente de Comonfort, y la guerra civil devastó cerca de tres años la desgraciada República. En 1861 Juárez se instaló como presidente en Méjico, volviendo al gobierno el partido liberal, que triunfó del conservador.

Invasión francesa: Maximiliano.—Juárez exacerbó más y más las persecuciones contra la Iglesia, y rompió con los ministros de Francia, Inglaterra y España. Despechado el partido conservador con la tiranía del presidente liberal, resolvió echarse en brazos de la monarquía, y no temió atraer sobre la patria la invasión extranjera. Sus comisionados hallaron fácil acogida en los gobiernos europeos. Aliáronse, pues, las tres potencias susodichas é invadieron á Méjico, pidiendo protección para sus respectivos nacionales

y reparación de los agravios inferidos (1862). Juárez admitió las condiciones que creyó justas; pero los franceses exigieron otras inaceptables, con lo que se retiraron los ingleses y españoles, y aquéllos comenzaron la guerra. auxiliados por algunos generales conservadores. Cinco años duró esta guerra, más destructora y sangrienta que todas las anteriores. Después de las primeras escaramuzas, el general Forey mandó el ejército francés y avanzó contra Puebla. El general anunció á los mejicanos que su intento no era de conquista sino para dejarles libertad de eligir el gobierno que mejor les pareciese. El general Zaragoza se opuso á la marcha del enemigo cerca de Puebla, y en una reñida batalla obligó á retroceder á los franceses. Pero murió pronto el mejicano, y los invasores pusieron sitio á la ciudad, defendida por el valiente general González Ortega. El sitio y defensa de Puebla es el hecho más notable de esta espantosa guerra. Dos meses duró este sitio, en que el impetu de los franceses se opuso al patriotismo de los mejicanos. Comonfort debía auxiliar á Puebla, y evolucionaba con sus tropas entre esta ciudad y la capital. Pero fué completamente derrotado por el general Bazaine en San Lorenzo, y toda esperanza desapareció para los sitiados. Ortega se rindió á Forey con más de 900 entre generales y oficiales y 12,000 soldados (18 de Mayo de 1863). El camino de la capital quedó expedito para el invasor, que entró en ella sin resistencia: habíase retirado Juárez y su gobierno á San Luis de Potosí.

Á instigación de los franceses, se reunió en Méjico una asamblea de notables, que debía decidir la forma de gobierno; triunfó la monárquica, y se eligió una comisión para que, á nombre del pueblo mejicano, ofreciese á Maximiliano de Austria la corona imperial. Confiando aquél en el apoyo de Napoleón III, y tal vez de buena fe, creyendo que tal era la voluntad de la mayoría de los mejicanos.

aceptó y entró solemnemente en Méjico (1864).

Caída del Imperio.—Bazaine sucedió à Forey, y procuró consolidar el trono, atacando con ventaja à los republicanos. Juárez tuvo que huír hacia el norte y adoptar el sistema de guerrilla para sostener sus derechos. Mas, à pesar de todo, Maximiliano no estaba seguro; su autoridad era respetada sólo donde imperaba la fuerza militar. Quiso atraerse à los liberales, y aún ofreció honores à Juárez si desistía de sus pretensiones; pero con esto no hizo más que descontentar al partido que lo había elevado. La guerra, entretanto, tomó un carácter sanguinario y feroz, y por una y otra parte se cometieron inau-

ditas crueldades. El emperador autorizó con un decreto esta guerra sin cuartel, lo que más tarde fué causa de

su muerte.

Los Estados Unidos se negaron á reconocer el imperio y Napoleón tuvo que retirar sus tropas, so pena de verse en guerra con aquella nación, la que por su parte prometió guardar neutralidad. La retirada de los franceses fué la ruina del nuevo imperio. En vano Mejía, Miramón y otros generales conservadores hicieron grandes esfuerzos para sostener á Maximiliano. Los republicanos mandados por el general Escobedo obtienen una y otra victoria hasta encerrar en Querétaro á los imperialistas y á Maximiliano. Este sitio fué una serie de reñidas batallas que terminó por la del Cerro de las Campanas en que Maximiliano se rindió á Escobedo (1867). Sometiosele á juicio y fué sentenciado á muerte con Mejía y Miramón. Juárez se negó á indultar al infeliz archiduque, á pesar de los empeños y súplicas. Maximiliano y sus dos principales defensores fueron fusilados en Junio de 1867.

Juárez, que con su constancia y patriotismo se había hecho el héroe de esta guerra, siguió gobernando por un segundo período. Mas, las luchas civiles continuaron también con el mismo furor que antes, si bien el gobierno consiguió vencer á sus enemigos. Juárez murió repentina-

mente en la presidencia.

Los mejicanos, aunque escaparon de la monarquía, cayeron muy pronto en la dictadura perpetua del general Porfirio Diaz.

### Brasil.

Gobierno y abdicación de don Pedro I.—Don Pedro debía gobernar como monarca constitucional y convocó la asamblea constituyente, recomendándole que no se guiase por las doctrinas de la revolución francesa al formar la Constitución; sino por lo que creyese conveniente á las circunstancias del imperio. Mas hubo disgustos ministros del emperador, y que habían tomado parte muy principal en todos sus actos; el príncipe tuvo, pues, que despedirlos y, como eran miembros de la Constituyente, encabezaron la oposición á los proyectos de don Pedro. Las cosas llegaron á tal punto que el emperador, á la cabeza de las tropas, disolvió la asamblea y desterró á la candradas. Para calmar la opinión prometió convocar un nuevo Congreso, lo que se efectuó, dictándose una Cons-

titución en todo conforme á los deseos del monarca (1824).

Pero apenas tuvo tiempo el emperador para dedicarse á las pacíficas tareas del gobierno. Dos sangrientas guerras, una contra el Uruguay y otra contra la República Argentina, llamaron su atención. De la primera ya hemos hablado y dicho que fué fatal para las armas brasileras. En 1825 el gobierno argentino declaró la guerra al Brasil, que no quería reconocer la anexión del Uruguay á aquella República. El general brasilero Lécor fué desgraciado en la campaña, al paso que el almirante Brown y el general Alvear, ambos ya conocidos, vencieron en mar y tierra á los imperiales. Nuevos refuerzos á las ordenes del marqués de Barbacena, que reemplazó á Lécor, no mejoraron notablemente la suerte de la campaña. Brown destruyó la escuadra brasilera, y Alvear derrotó completamente á Barbacena en Ituzaingó. Después de negociaciones de paz infructuosas, la lucha continuó. Cerca de tres años de guerra habían agotado los recursos de los beligerantes, y la Inglaterra que se perjudicaba en su comercio, medió para que hicieran la paz, quedando independiente el Uruguay (1828).

El mal éxito de estas dos guerra alentó á los enemigos de don Pedro, el que se vió contrariado por el Congreso y por el partido portugués. Al fin, cansado de estas disputas y creyendo que una regencia mejoraría el estado del imperio, abdicó en su hijo, dándole por tutor á don José Bonifacio de Andrada, que, aunque su enemigo, poseía condiciones ventajosas para asegurar el trono y dirigir al

principe (1831). Don Pedro se retiró al Portugal.

Don Pedro II, emperador.—La regencia supo mantener el orden é impulsó prudentemente el progreso del imperio hasta la mayor edad de don Pedro II. El nuevo monarca ha contribuído mucho á consolidar la paz y hacer progresar más y más el imperio, protegiendo la propagación de las letras, amparando la industria y el comercio. La guerra del Paraguay contra el Brasil, Uruguay y República Argentina ha sido ocasión del aumento de las fuerzas brasileras, en especial de una escuadra poderosa. Esta sangrientísima guerra es el hecho de armas más importante del reinado de don Pedro II (1865).

Desgraciadamente, la francmasonería se ha apoderado de los puestos públicos y obligado al emperador á emperador una injusta persecución contra la Iglesia, lo que ha sido ocasión de disturbios interiores. Los obispos de Olinda y del Pará han preferido las prisiones á traicionar sus sagrados deberes. Así la influencia de los sectarios ha

echado una mancha indeleble sobre don Pedro II, convirtiéndolo en tirano de la conciencia de sus súbditos. La debilidad de este monarca y el funesto ascendiente que dió á aquella secta causaron finalmente su destronamiento en 1889, partiendo para Europa don Pedro y su familia, y siendo proclamada la República en el Brasil.

#### CAPITULO III.

Nueva Granada.—Venezuela.—Ecuador.—Perú.—Bolivia.—República Argentina.—Paraguay.

Nueva Granada.—La República de Colombia se desmembró muy pronto, en vida aún de su fundador, Bolívar. Libertado el Perú, hizo Bolívar grandes esfuerzos para formar una confederación sud-americana; pero fueron inútiles, pues en las tres secciones de Colombia y en el Perú v Bolivia dominaba un gran partido que pedía la completa separación de esas repúblicas. Comenzaron con esta ocasión los disturbios de tal modo, que Bolívar fué hecho dictador; mas no consiguió mejorar notablemente la situación política. Renunció entonces la dictadura, y murió poco después (1830), habiendo sido antes el blanco de mil calumnias. Ya en 1829 se había separado Venezuela de Colombia, y en 1831 se separó el Ecuador. El Congreso de Nueva Granada que había, por renuncia de Bolívar, nombrado dos presidentes, que no tardaron en caer por los motines militares, eligió en 1832 al general Santander. Este guerrero de la Índependencia trató de consolidar el orden y hubo paz durante su gobierno, en el cual se re-partió proporcionalmente la deuda de Colombia entre los antiguos estados que la componían. El doctor Márquez, elegido en 1837, era del partido opositor al gobierno y se siguió una revolución sangrienta que duró tres años, causando grandes males á la República. El partido liberal elevó á la presidencia sucesivamente á los generales Herrán, Mosquera y López desde 1842 hasta 1853. Durante esa época la nación fué profundamente perturbada por las persecuciones contra la Iglesia: abolióse el fuero, se expulsó á los jesuítas y otras comunidades aun de mujeres, fueron desterrados los obispos y varios sacerdotes de los más ilustres y hubo otras injusticias incalificables. De esto resultó una nueva revolución que fué ahogada en sangre por el gobierno. Desde el 53 al 61 la historia de este país

es una serie de pronunciamientos y revoluciones de liberales y conservadores, en que las leyes y constituciones son abolidas y reaparecen de nuevo. En el gobierno de Ospina, Nueva Granada se constituye en república federal (1857). Pero no mejoró de condición. El principal elemento de estas perturbaciones políticas ha sido el general Mosquera. revolucionario como ciudadano y déspota como presidente. Desempeñando esta dignidad, pretendió en 1863 restablecer la antigua Colombia, y no se avergonzó de excitar con sus proclamas á los habitantes del Ecuador á que se sublevaran contra su gobierno. De aquí resultó la guerra entre los dos países y Mosquera tuvo que renunciar á sus proyectos. Sucedióle Murillo y continuaron las revoluciones hasta que volvió á subir Mosquera (1866). Negóse á aceptar la alianza con las repúblicas del Pacífico en la guerra contra España, y al poco tiempo se declaró dictador. Fué derrocado por el general Acosta que lo hizo prisionero y lo desterró; pero la guerra civil y las persecu-ciones religiosas siguieron devastando á esa desgraciada República.

VENEZUELA.—Venezuela confió al valiente Páez el poder supremo, al declararse independiente de Colombia, para que con su prestigio evitase la guerra, como en efecto sucedió. Páez renunció el poder, reemplazándolo el general Soublette, también veterano de la Independencia. Estos hombres ilustres mantuvieron en paz la República cerca de quince años, alternándose legalmente el uno con el otro en la presidencia. Sólo á fines del segundo período de Soublette comenzó la guerra civil, pronto sofocada por Páez, y fué elegido don José Tadeo Monagas (1847). Por

desgracia, se rodeó del partido liberal. El orden y respeto á la ley, que habían reinado con los conservadores, fueron reemplazados por los golpes de estado y la guerra civil. El Congreso fué despejado por la soldadesca y, aunque Monagas intentó justificarse, la revolución apareció, si bien se consiguió sofocarla. Páez

que tomó parte en ella tuvo que expatriarse.

En el segundo período de Monagas reapareció la guerra civil encabezada por Páez; pero con igual resultado. Sucedió al anterior presidente su hermano don Gregorio, reemplazándole después don Tadeo; así por diez años se alternaron en el poder, por lo que se les llamó dinastía de los Monagas. Las revoluciones también se sucedieron, hasta que en 1858 el general don Julián Castro los derrocó y se apoderó del mando. Mas, el nuevo gobierno duró breve tiempo, en el que decretó la amnistía y repatrió á Páez y Soublette. La revolución se encendió de nuevo, hasta dar en tierra con el gobierno de Castro, y aunque éste fué hecho prisionero no amainaron sus partidarios, destrozando así la guerra civil á la nación. Para mayor calamidad amenazó por entonces la guerra extranjera, rompiéndose las relaciones con España. La anarquía dominó por muchos años y aún en la presidencia de Falcón y sus sucesores. El general Guzmán Blanco, que se hizo llamar el Ilustre Americano, se ha hecho tristemente célebre por su odio y persecución á la Iglesia, llegando con sus decretos hasta lo ridículo.

Ecuador.—El Ecuador se constituyó en República independiente (1831) y el hábil general don Juan José Flores se alternó en el poder con don Vicente Roca Fuerte, pa-

sando de la presidencia al gobierno de Guayaquil.

El año 1844 estalló una revolución de los liberales que derrocó al presidente Flores, obligándolo á salir del país. El gobierno de don Ramón Roca fué perturbado por esfuerzos y proyectos de Flores para volver á la presidencia. Recorrió éste la Europa y la América organizando fuerzas para invadir el Ecuador, y, según se decía, darle un rey. Pero las reclamaciones de algunas repúblicas y del gobierno obligaron á España á impedir la expedición que en ella preparaba Flores, ni fué más feliz en sus esfuerzos posteriores. La revolución estalló al concluír Roca su período, hasta que una convención nacional eligió á don Diego Novoa, del partido conservador (1850). Dióse una Constitución en que no eran, como de costumbre, vejados los derechos de la Iglesia. Por entonces las persecuciones contra los católicos en Nueva Granada y la expulsión de los jesuítas, que se acogieron en el Ecuador, fueron causa de que se preparasen á la guerra de una y otra parte. El gobierno del Ecuador nombró generalisimo á don José María Urbina y le confió la organización de las tropas. Pero Urbina, de acuerdo con otros jefes del partido liberal, se sublevó contra el gobierno legítimo, abusando ruinmente de la confianza de Novoa, que fué derrocado, abolida la Constitu-ción y todo lo que habría podido tranquilizar al país. Por de contado, Urbina se hizo elegir presidente y se declaró perseguidor de la Iglesia, decretando las absurdas reformas del partido liberal. El general Robles subió al gobierno, como justa recompensa de la traición que con su antecesor Urbina había urdido contra Novoa. La presidencia de Robles fué turbada por discordias civiles y por una guerra con el Perú que ocasionó la caída de aquél (1859). Castilla mandó tropas peruanas por mar y tierra; mas, se redujo al bloqueo de Guayaquil, pues Franco traicionó á Robles, como antes había con él traicionado á Novoa. Castilla, aprovechando estas circunstancias, invadió el Ecuador y obligó á Franco, que se había hecho elegir presidente, á admitir una paz favorable para el Perú. Pero al mismo tiempo del alzamiento de Franco, don Gabriel García Moreno, presidente provisorio de Quito, desconoció al jefe rebelde, y, ayudado del general Flores, lo derrocó subiendo otra vez el partido conservador. Flores fué nombrado gobernador de Guayaquil y García Moreno presidente de la República (1861). Los generales revoltosos invadieron en vano varias veces el Ecuador: Flores los derrotó completamente, y después el mismo García Moreno se apoderó de sus buques é hizo prisioneros á Robles y Franco.

En el gobierno de don Jerónimo Carrión el Ecuador formó parte de la alianza de las cuatro Repúblicas del Pacífico en la guerra contra España. El señor García Moreno, uno de los sabios y políticos más distinguidos de América, fué nombrado varias veces para la presidencia del Ecuador. El mató la anarquía que devastaba el país y se declaró protector celoso de la Iglesia, propagó la ilustración amparando las ciencias y las letras, abrió costosisimos caminos, protegió la industria y la agricultura, impulsó, en fin, inmensamente el progreso del Ecuador. Cierto que ha sido menester una mano enérgica para enfrenar la

demagogia é impedir la ruina del Estado.

Desgraciadamente, no duró mucho tiempo su prosperidad. La francmasonería, que miraba de malos ojos el gobierno y las reformas del señor García Moreno, resolvió su muerte. El gran magistrado cayó repentinamente bajo los golpes de un asesino de la secta (1875), diciendo como última palabra de enseñanza para su patria: "¡Dios no se muere!" Poco tiempo después era también envenenado en la misa del Viernes Santo el arzobispo de Quito, ilustrísimo señor Checa, á lo que se cree, por orden de los francmasones. El inmediato sucesor de García Moreno, doctor don Antonio Borrero, trató en vano de conciliar los partidos y evitar nuevas desgracias al Ecuador. Traicionado por el general don Ignacio Veintemilla fué vencido y derrocado del poder, quedando Veintemilla dueño del Ecuador y convertido por largo tiempo en un tirano de la Religión y de la patria, hasta que lo derrocó la revolución. Pero uno de sus sucesores, el general Alfaro, excedió á los demás en la tiranía y persecución á la Iglesia.

Peru.—El presidente La-Mar, enemigo de Bolívar, trabajó por desbaratar los planes de éste, destruyendo su in-

fluencia en Bolivia y Ecuador. Mandó un ejército á las ordenes del general Gamarra para que derrocase á Sucre en Bolivia, ganándose á los colombianos que lo sostenían (1828). Consiguió en efecto sublevar á Bolivia; pero la guerra se declaró entre Colombia y el Perú. Bolívar, entonces dictador de Colombia, ayudado de Sucre, que se había ido á Guayaquil, derrotó á los peruanos que, no habiendo cumplido las condiciones del tratado de paz, tuvieron que habérselas con el mismo Bolívar. Vencidos por el Libertador, cayó La-Mar y fué reemplazado por Lafuente, presidente provisional, hasta la elección de Gamarra. En este período comenzaron las guerras intestinas que hasta hoy han destrozado al Perú. Orbegoso sucedió á Gamarra (1834). No tardó el revoltoso Gamarra en hacer armas contra él y, unido con otros generales descontentos, pusieron en tal apuro á Orbegoso, que acudió á la intervención de Santa Cruz, presidente de Bolivia. Este, que deseaba formar de una y otra República una confederación poderosa, aceptó inmediatamente é invadió al Perú, venciendo en dos batallas á los rebeldes. La confederación Perú-boliviana quedó, pues, establecida: Orbegoso de presidente en Lima, el general Herrera de Bolivia y don Andrés Santa Cruz de supremo protector de la Confederación. Pero Chile se crevó amenazado y protestó contra este nuevo orden de cosas, declarando la guerra al protector. El valiente general Bulnes, al mando del ejército chileno, echó por tierra los ambiciosos planes de Santa Cruz en la gloriosa batalla de Yungay. El protector salió desterrado y se disolvió la Confederación (1839).

Gamarra, elevado á la presidencia, invadió á Bolivia con feliz éxito al principio, pero después fué derrotado y muerto. Desde entonces una completa anarquía se apodera del Perú hasta la subida del general don Ramón Castilla (1845). En los seis años de su gobierno reinó la paz, que hizo revivir al comercio y la industria. Elegido el general Echeñique, renació la guerra civil, primero con una sangrienta sublevación en Arequipa, y después más formidable, á causa del pésimo estado de la hacienda pública y de las cuestiones con Bolivia, en las que Echeñique manifestaba cierta debilidad. Los generales Castilla, Vivanco, San Román se sublevaron, al mismo tiempo que Belzú invadía con sus bolivianos el Perú para atizar la guerra civil. Echeñique tuvo que hacer á la vez la guerra á Bolivia y resistir á la insurrección. Castilla y Echeñique se encontraron en la Palma, y, derrotado éste, tuvo que huír; y Castilla con el título de Libertador gobernó por seis años hasta 1861. Este segundo

período no iué tan tranquilo, pues además de dos guerras civiles, la última muy encarnizada, hubo guerra con el Ecuador, como ya dijimos. Las innovaciones religiosas que el Congreso introdujo en el Perú, sublevaron á Arequipa y agitaron tanto los ánimos, que Castilla reaccionó prudentemente contra ellas. San Román, nombrado para sucederle, murió al poco tiempo después, y don José Antonio Pezet fué elegido presidente. El hecho más culminante del gobierno de Pezet fueron las reclamaciones hechas por don Eusebio Salazar y Mazarredo á nombre de España. Desoídas por el gobierno peruano, la escuadra española se apoderó de las islas de Chincha. Alarmáronse las Repúblicas del Pacífico y se reunió en Lima el Congreso Americano, 6 sean los enviados de varias Repúblicas para arbitrar los medios de impedir las invaciones de la Europa en América. Pezet, amenazado por el almirante español Pareja, aceptó condiciones de paz deshonrosas para el Perú; se le consideró traidor, fué derrocado y sustituído por don Mariano Ignacio Prado (1865.)

El nuevo presidente declaró la guerra y entró en la alianza de Chile, Bolivia y Ecuador. Se distinguió por su patriotismo, organizando la heroica resistencia del Callao en el bombardeo de la escuadra española mandada por Méndez Núñez. Los peruanos y chilenos manifestaron gran resolución y valor; el enemigo no se atrevió á bajar á tierra, teniendo que retirarse con notables des-

trozos.

Por desgracia las guerras civiles han seguido destrozando al Perú: ellas derrocaron á Prado; el presidente Balta fué asesinado por la traición de los Gutiérrez y éstos despedazados por el populacho de Lima y colgados en la torre de la Catedral; don Manuel Pardo estuvo en peligro de sucumbir por las revoluciones y fué asesinado poco después de haber dejado el poder. Elegido otra vez el general Prado, se dejó arrastrar por el pueblo á la guerra contra Chile y se alió con Bolivia. Torpe y desgraciado en todos sus planes y viéndose vencido, se fugó á Europa con ridículos pretextos, dejando al Perú en el caos. Don Nicolas de Piérola se apoderó del gobierno y se declaró dictador y gobernó con poder absoluto. Desplegó extraordinaria actividad; pero ya era tarde, y, derrotado en Chorrillos y Miraflores, mantuvo fugitivo una sombra de autoridad en los pueblos del interior. Habiéndose retirado después de la política y partido para Europa, la anarquía se apoderó de la parte del Perú no dominada por las armas chilenas hasta que, elegido el general Iglesias, ajustó la paz con Chile. Sucedió luego el período más largo de paz que haya

gozado el Perú.

Bolivia.—Hemos visto al victorioso Sucre elevado á la presidencia de Bolivia. Su gobierno duró poco tiempo; una insurrección lo derrocó cuando Gamarra se dirigía con ese mismo fin: revolucionarios é invasores fraternizaron. Sucre se fué á Guayaquil y figuró aun venciendo á La-Mar; por último, yendo de viaje fué traidoramente asesinado. En 1829 el Congreso de Bolivia eligió al general Santa Cruz presidente de la República. El la gobernó cerca de diez años, en que reinó el orden y la paz; pero, guiado por ambiciosos proyectos, invadió el Perú, como se ha dicho, y formó la confederación que trajo sobre él las armas chilenas. En Bolivia hubo, en consecuencia, varios movimientos revolucionarios hasta que al fin subió á la presidencia el general Ballivián, del partido de Santa Cruz. Gamarra quiso deponerlo; pero fué derrotado y Ballivián invadió el Perú, hasta que hecha la paz volvió á Bolivia, donde se mantuvo en el poder hasta 1848, á pesar de las continuas revoluciones que ensangrentaron su gobierno. Una de ellas elevó al general don M. Isidro Belzú, que luego fué declarado dictador, é hizo condenar á muerte á Ballivián y otros bolivianos notables. Durante seis años sofocó enérgicamente las revoluciones y gobernó casi con poder absoluto. Declaró la guerra al Perú y lo invadió momentáneamente para atizar la rebelión que derrocó á Echeñique. Desde 1855 en que concluyó el período de Belzú hasta 1879, las discordias civiles, como en pocas otras naciones, han dividido á los bolivianos. Apenas el ilustre doctor Linares consiguió sostenerse contra ellas durante el término legal; los demás presidentes han sido derrocados, cuando no muertos por sus sucesores. El general Melgarejo se unió con Chile, Perú y Ecuador contra las pretensiones de España; pero con su despotismo deshonró su gobierno y cayó como sus antecesores. El doctor Frías se vió casi abandonado para resistir á los revolucionarios.

El gobierno de don Hilarión Daza atrajo sobre Bolivia las armas de Chile y fué por su mala fe la causa de la guerra del Pacífico. En vano el general Daza condujo personalmente la flor del ejército boliviano al departamento de Arica, porque las derrotas de los aliados sublevaron contra él á sus propios soldados, y hubo de huír á Europa. Sucedióle el general don Narciso Campero que, ayudado del almirante Montero, dirigió la batalla de Tacna, siendo completamente derrotado por los chilenos. Bolivia, sin embargo, hizo justicia al patriotismo y valor de Cam-

pero, sosteniéndolo, contra su costumbre, en la presidencia, durante la cual se ajustó una tregua con Chile. Felizmente escarmentó Bolivia con la última guerra, y gozó por primera vez de un largo período de paz interior. El gobierno de don Aniceto Arce la consolidó más y más y

fomentó el progreso de la nación.

REPUBLICA ARGENTINA.—El Dictador Puyrredón gobernó en paz la República hasta 1819, habiendo renunciado después de promulgada la Constitución, que no satisfizo ni á los federales ni á los unitarios. La anarquía y la guerra civil devastaron la nación, y el orden se consolidó en 1826 con el gobierno de don Bernardino Rivadavia. Hombre ilustrado, prestó importantes servicios á su patria; pero lleno de preocupaciones contra la Iglesia, cuyos derechos atropelló so pretexto de favorecer la libertad. En su tiempo tuvo lugar la guerra con el Brasil, de que ya hemos hablado. Por renuncia de Rivadavia subió Dorrego, que no tardó en caer por la sublevación de Lavalle, y, hecho pri-

sionero, fué fusilado.

Pero aunque los unitarios triunfaban con Lavalle en la capital, las provincias no reconocieron su autoridad, v á las ordenes de don Juan Manuel Rosas, que se hizo jefe de los federales, obligaron á Lavalle á huir al Uruguay. Rosas fué elegido gobernador de Buenos Aires (1829). Este hombre ignorante y rudo, pero ambicioso y astuto, logró ganarse muchos partidarios y poseer luego un poder absoluto del que abusó horriblemente, siendo uno de los más odiosos tiranos que recuerda la historia. Ocultó en su primer período su futura tiranía, haciendo aún que nombrasen á otros después de él; pero reelegido y creyéndose ya seguro, comenzó en 1835 su terrible gobierno, que hasta 1852 llenó de sangre y luto la República Argentina. En balde se intentó varias veces derrocarlo, porque no se hacía más que aumentar el número de las víctimas. Sus propios amigos fueron sacrificados por el déspota suspicaz. Hizo hasta de la Religión un instrumento de sus crimenes, al mismo tiempo que la oprimía y casi se hacía adorar como un dios; desterró á los jesuítas porque no favorecían su política. Se declaró enemigo de los extranjeros, lo que le atrajo una guerra con la Francia, de la que se aprovechó para consolidar su poder. Invadió el Uruguay dando tropas á Oribe, que por su despotismo había sido derrocado por Rivera, opuesto á los proyectos de Rosas. Oribe sitió á Montevideo, después de haber vencido á los uruguayos y sus confederados. Diez años duró este sitio y, a no ser por la intervención del Brasil y rebelión del gobernador de Entre-Ríos, don Justo José de Urquiza contra Rosas, Montevideo se habría rendido. Formóse una alianza entre el Brasil, Urquiza y el Uruguay para libertar á este último y marchar contra Rosas. Comenzóse por obligar á Oribe que abandonase el sitio y libertar el Uruguay. Urquiza, á la cabeza de 30,000 hombres, invadió el territorio de Buenos Aires. Rosas se le opuso en Monte Caseros con 32,000; uno y otro ejército pésimamente disciplinados. La batalla fué sangrienta y se decidió contra el tirano, que huyó cobardemente (3 de Febrero de 1852). Sin embargo, logró escapar y embarcarse para Inglaterra.

El vencedor, que se invistió luego de la dictadura, descontentó á los habitantes de Buenos Aires y estalló una revolución en su contra. La ciudad fué sitiada; pero la traición inutilizó los esfuerzos de Urquiza, que tuvo que retirarse a

Entre-Ríos (1853).

Los unitarios se establecieron en Buenos Aires y los federales obedecieron á Urquiza residente en Paraná, capital de la confederación de las provincias. Hasta 1861 duró esta división interrumpida por guerras civiles entre unitarios y federales, que no daban resultado decisivo. Pero, cansado Urquiza, dejó que el general don Bartolomé Mitre, jefe de los primeros, reorganizase la unión de la República, siendo elegido presidente. Durante el gobierno de Mitre las tropas argentinas invadieron con los brasileros el Paraguay, sufriendo horribles pérdidas de vidas, haciendo inmensos gastos para destruír la tiranía de López.

El doctor Sarmiento sucedió à Mitre y gobernó pacificamente la República, impulsando todos los elementos de progreso; pero la paz fué turbada en los últimos días de su gobierno y en los primeros del doctor Avellaneda, su sucesor. Una revolución colosal con Mitre á la cabeza se levantó contra el nuevo presidente. Después de algunas batallas en que triunfaron los defensores del gobierno, fué sofocada la rebelión y hechos prisioneros sus principales jefes (1874).

El general Roca subió al poder en medio de grandes disturbios, pero que felizmente duraron poco tiempo. Aumentó la escuadra y firmó el tratado de límites con Chile. En 1884 declaróse Roca perseguidor de la Iglesia, sin causa

alguna y con las más ridículas pretensiones.

Paraguay.—À la muerte del doctor Francia, renació el consulado, ejerciéndolo don Carlos A. López y don Martín Roque Alonso. López, ambicioso y astuto, no tardó en sobreponerse á su colega, fué nombrado presidente y bajo frívolos pretextos hizo fusilar al que podía ser su competidor. Desde entonces hasta 1862 gobernó el Paraguay como un Dictador vitalicio. Más sagaz que Francia, sua-

vizó el aislamiento del país y permitió el comercio con algunas potencias extranjeras, principalmente para aumentar su propio caudal. Estableció la navegación del Paraguay, formó un arseñal y creó una marina de guerra formidable. Pero su gobierno despótico no ha permitido á los paraguayos progresar, teniendo siempre que obedecer á los caprichos de sus Dictadores. En 1862 murió López y recogió la herencia su hijo don Francisco Solano López. Dos sacerdotes que se atrevieron á protestar en el servil Congreso que se reunió, fueron deportados, y el tercer Dictador comenzó á tiranizar al Paraguay. Educado en Europa, aprovechó lo que convenía á sus futuros planes y procuró formarse un ejército poderoso y aumentar la escuadra. En 1865 comenzó la sangrientísima guerra contra el Brasil, República Argentina y Uruguay, que, por el heroísmo de los paraguayos y por la mucha sangre de-rramada, llamó la atención del mundo entero. Más de 100,000 hombres fueron sacrificados por López, que al fin fué vencido y se suicidó cobardemente. Desde entonces el Paraguay, sujeto á la influencia del Brasil, no ha podido sólidamente organizarse (1871).

## CAPITULO IV.

## Historia especial de Chile.

#### LA REPUBLICA.

Disensiones civiles.—Gobierno de Prieto.—Muerte de Portales: la expedición al Perú.—Gobierno de Bulnes.—Don Manuel Montt: guerras civiles.—Gobierno de Pérez.—Gobierno de Errázuriz y de Pinto.—Guerra del Pacífico.—Estado de la Iglesia.

DISENSIONES CIVILES.—Aunque Chile corrió al principio la triste suerte de las otras repúblicas hispano-americanas, sin embargo fué corto el período de las disensiones civiles, y no tuvieron ese carácter sangriento que hemos visto en las demás. El patriotismo y el buen sentido nacional elevaron luego á hombres serios y capaces de hacer la felicidad de la patria. El partido conservador, con la honradez y cordura que lo caracterizan, supo dirigir felizmente la nave del Estado. El respeto á la Religión, por otra parte, ha contribuído á conservar los hábitos de orden y sumisión indispensables para el progreso de los pueblos.

Por renuncia de don Manuel Blanco Encalada, el vicepresidente don Agustín Eyzaguirre gobernó interinamente hasta el 24 de Enero de 1827, poco menos de cinco meses. Hubo entonces una sublevación de las tropas en Santiago, y don Ramón Freire lo reemplazó como presidente provisional v vice don Francisco Antonio Pinto. Habiendo muy pronto renunciado Freire, se encargó el señor Pinto de la presidencia. Reunióse un Congreso constituyente y comenzaron á agitarse las cuestiones de unitarios y federales, amenazando trastornar el país. Dióse entonces la Constitución del año 28, formada después de acalorados debates y que no satisfizo las necesidades de la nación. Aunque Pinto fué nombrado presidente, conforme á la nueva Constitución, los disturbios que amenazaban lo hicieron renunciar en el presidente del Senado don Francisco Ramón Vicuña (1829). Pero estalló de nuevo la revolución y Vicuña tuvo que salir de Santiago. El general Freire fué nombrado por los dos partidos beligerantes para que se pusiese á la cabeza del ejército, debiendo gobernar una junta hasta la reunión del Congreso. Mas, Freire disgustó de tal modo á los partidos, que don Joaquín Prieto marchó contra él y lo obligó á desterrarse al Perú. Entre tanto, el Congreso eligió á don Francisco Ruiz Tagle para presidente v vice á don José Tomás Ovalle. Habiendo el uno renunciado y fallecido el otro, recavó la elección en el general Prieto, primero provisionalmente y después en propiedad con don Diego Portales de vice-presidente (1831).

GOBIERNO DE PRIETO.-El 18 de Septiembre de 1831 comenzó don Joaquín Prieto su gobierno constitucional. uno de los más gloriosos de nuestra historia, gracias á la cooperación del insigne vice-presidente don Diego Portales. Dotado éste de gran talento y de voluntad enérgica, acometió con tezón todos los trabajos que juzgó útiles á la prosperidad de Chile, llegando á ser el nombre de Portales el del mayor político de Sud-América. Asegurada la paz, procuró que el Congreso diese nueva Constitución, como en efecto sucedió en 1833, Constitución llena de sabiduría, y que, con ligeras reformas, hasta hoy está vigente. En ella fué abolido el puesto de vice-presidente,

reemplazándole el ministro del interior.

El ministro Portales atendió á todos los ramos de la administración: él propagó la instrucción primaria y superior, arregló la hacienda pública, estableció en Valparaíso almacenes de depósitos, etc. Concluída su obra, se retiró á la vida privada, aunque siguió influyendo en la

política de Prieto.

En 1836 el general Freire, auxiliado por Santa Cruz, intentó derrocar al gobierno de Chile. Portales subió de nuevo al poder é hizo perseguir sin descanso á los perturbadores de la paz, con tan buen éxito que fueron tomados los buques expedicionarios y Freire hecho prisionero. Esta tentativa vino á dar nuevos motivos á los temores que en Chile produjo la Confederación Perú-Boliviana. Portales declaró la guerra á Santa Cruz, y desplegando su acostumbrada actividad, aprestó el ejército invasor.

MUERTE DE PORTALES: LA EXPEDICIÓN AL PERU.—Cuando el ministro Portales tomaba todo género de medidas para asegurar el orden público y proveer al buen éxito de la expedición, un motín militar le impidió ver el fruto de sus conatos. A pesar de las sospechas de traición que se le habían comunicado, se dirigió á Quillota para pasar revista al ejército. El coronel Vidaurre, muy favorecido del ministro, encabezó la más negra traición; sublevó en su contra las tropas, lo hizo prisionero y con él marchó á Valparaíso. Don Manuel Blanco Encalada salió de esta ciudad para resistir á los sublevados y quitarles su presa. Libróse un combate, y vencidos éstos, fusilaron al ilustre Portales. Chile se cubrió de luto por tan triste noticia, honróse con solemnísima pompa la memoria del ministro, y Vidaurre y demás asesinos pagaron su cri-

men con la vida (1837).

La obra de Portales no murió con él. Blanco Encalada y don Antonio José de Irisarri, distinguido publicista guatemalteco, que había prestado grandes servicios á la Independencia de Chile, fueron á la cabeza de la expedición, el primero como general y el segundo como diplomático. El ejército chileno desembarcó sin resistencia y se apoderó de algunas ciudades; pero el clima y las largas marchas lo habían debilitado de tal modo, que al llegar frente al enemigo, Blanco prefirió tratar y no exponer la batalla. Firmaronse los tratados en Paucarpata. El gobierno de Chile los reprobó y, creyendo deshonroso el éxito de la expedición, organizó un segundo ejército bajo el mando del ge-neral don Manuel Bulnes. Las tropas chilenas se apoderaron del Callao y de Lima, y restablecieron á Gamarra en la presidencia. No tardó en presentarse Santa Cruz con el grueso de sus fuerzas, muy superiores en número á los chilenos, y, después de algunas peripecias, la batalla decisiva se dió en Yungay. Una espléndida victoria coronó las armas de Chile: más de 1,500 confederados quedaron en el campo de batalla y Santa Cruz tuvo que embarcarse precipitadamente. Arregladas las cosas como lo exigía el gobierno de Chile, las tropas se reembarcaron y Bulnes entró triunfante en Santiago, habiendo dado feliz éxito á un hecho de armas muy glorioso en nuestra historia (1839).

Gobierno de Bulnes.—Prieto gobernó por dos períodos, y las elecciones de 1841 no fueron dudosas, pues el héroe de Yungay fué aclamado presidente de la República. La prudencia y talento de Bulnes se pusieron de manifiesto en su pacífico gobierno, en el que durante diez años el país pudo entregarse á las tranquilas faenas de la agricultura é industria, consolidar su crédito, desarrollando á la vez el progreso en todo orden de cosas. Notables contrastes con las demás repúblicas destrozadas por las guerras civiles. En 1846 la España reconoció la Independencia y entonces se restablecieron las buenas relaciones entre los

dos países.

DON MANUEL MONTT: GUERRAS CIVILES.—Las elecciones de 1851 fueron muy agitadas, unos querían elevar á don José María de la Cruz, general distinguido en la Independencia, y en la última expedición al Perú; otros al señor Montt, dedicado á la enseñanza y ministro de Bulnes. Triunfó el segundo, pero no se conformaron los vencidos y estalló la revolución. Bulnes se puso á la cabeza del ejército y en Loncomilla se dió una sangrienta batalla, en que fueron vencidos los defensores de Cruz. Felizmente esta discordia cesó pronto y se calmaron los partidos, pudiendo el señor Montt gobernar tranquilamente la República durante su primer quinquenio. Elegido para el segundo, corrió peligro la paz pública por una cuestión eclesiástica de origen insignificante; pero que llegó hasta el punto de de-cretarse un injusto destierro contra el reverendisimo Arzobispo de Santiago, el que felizmente no llegó á verificarse. De aquí resultó la división del partido conservador que tanto había influído en la prosperidad de Chile.

En 1859 una segunda revolución que, como la primera, tuvo por autor al partido liberal, conmovió á toda la República. Pero la falta de cabeza y unidad la hizo fracasar, valiéndose el gobierno de medidas enérgicas para sofocarla.

y dando golpes de muerte á la demagogia.

Muchos bienes debe Chile á la administración del señor Montt: facilitóse la acción administrativa, se abrieron nuevos caminos, se hicieron ferrocarriles y telégrafos, se difundió muy notablemente la instrucción primaria, se atendió, en fin, á todos los ramos que constituyen la grandeza nacional. Concluído en paz su segundo período, le sucedió el respetable ciudadano don Joaquín Pérez (1861).

GOBIERNO DE PÉREZ.-El gobierno del señor Pérez fué

de una completa paz interior. Procuró calmar los odios de los partidos y aun atraerlos á todos, contentándolos de modo que se evitaran las conmociones revolucionarias. Por lo demás, continuó la obra de su antecesor, dejando que el país progresase por sí mismo y en virtud del impulso que le había sido dado.

Un doloroso acontecimiento turbó los primeros años de su gobierno. El 8 de Diciembre de 1863 un incendio casual abrasó el templo de la Compañía, en circunstancias que estaba henchido de gente, pereciendo así en las llamas sobre dos mil personas, en su mayor parte piadosas mujeres. Esta desgracia llevó el luto á muchos hogares y causó universal

consternación.

Las relaciones exteriores fueron interrumpidas por una guerra con España que gravó notablemente al erario, sin que se pudiese escarmentar seriamente al enemigo, por falta de escuadra que oponer á los buques españoles. Ellos bloquearon nuestros puertos, aunque no impunemente; pues la Covadonga cayó en poder de los chilenos por un atrevido acto de valor, y el almirante español Pareja cometió la cobardía de suicidarse. El desquite que de esta hazaña tomaron los españoles, será siempre un baldón para sus armas y para su jefe Méndez Núñez: bombardearon la ciudad indefensa de Valparaíso, perjudicando inútilmente al comercio. Chile prefirió el incendio bárbaro de una ciudad floreciente, antes que amenguar la honra nacional. La imposibilidad de combatir hizo que la guerra decayese por sí sola y se convirtiese en una tregua de hecho, asegurada después por los tratados de paz.

En 1871 concluyó el señor Pérez su segundo período, y

le sucedió el señor don Federico Errázuriz.

Gobierno de Errázuriz y Pinto.—El señor Errázuriz, elevado al poder, merced en buena parte á los esfuerzos del partido conservador, una vez arriba, volvió las espaldas á sus amigos, promovió inútiles cuestiones políticas y religiosas, hostilizando con diversas leyes á la Iglesia. En su tiempo se quitó á los presidentes el derecho de ser reelegidos, no pudiendo ya gobernar por más de cinco años; se aumentó la armada nacional, se prolongó el ferrocarril del sur hasta Angol, se hicieron otros progresos notables en el orden material. Se abrió en Santiago la primera exposición universal. Sin embargo, los excesivos costos de todas estas obras contribuyeron en buena parte á una espantosa crisis económica, cuyas consecuencias duraron muchos años. También durante su gobierno el activo intendente de Santiago don Benjamín Vicuña Mackenna la

embelleció con nuevas calles y plazas, con monumentos y paseos públicos que, como el de Santa Lucía, son verdaderamente notables. El señor Errázuriz murió repentinamente poco tiempo después de haber bajado de la presidencia.

Había dejado por sucesor al señor don Aníbal Pinto, que prosiguió más ó menos la misma política de aquél, en especial con el alejamiento completo del partido conservador y la hostilidad sistemática á los intereses de la Iglesia. El gobierno del señor Pinto fué de estagnación y de pobreza general, debidas á la crisis comercial y monetaria de que hemos hecho mención. Dos graves cuestiones internacionales ocuparon casi todo su período: la de límites con la República Argentina y el quebrantamiento por parte de Bolivia de los tratados por los cuales Chile le había cedido

parte del desierto de Atacama.

GUERRA DEL PACÍFICO.-La mala fe del gobierno boliviano precipitó á Chile en una espantosa guerra contra Bolivia y el Perú, que con ella y para este objeto se había aliado secretamente: tal fué la guerra del Pacífico. La victoria favoreció felizmente al más débil y que defendía la justicia. El sacrificio del heroico Arturo Prat v sus compañeros de la Esmeralda en las aguas de Iquique (21 de Mayo de 1879) encendió en los marinos y soldados chilenos de tal modo el heroísmo, que fueron irresistibles aquéllos en mar y éstos en tierra. Ya antes había caído en poder de Chile todo el litoral boliviano con la fácil campaña de Antofagasta y Calama. A las ordenes del general don Justo Arteaga allí se preparó y adiestró el ejército chileno, que después, á las del general don Erasmo Escala, invadió por mar el departamento peruano de Tarapacá. Las victorias de Pisagua, Dolores, ó San Francisco y el ataque heroico de los chilenos al pueblo de Tarapacá dejaron en poder de los nuestros toda esa rica región.

No menos feliz que el ejército de tierra, la escuadra chilena se enseñoreó en poco tiempo del Pacífico. Después del largo bloqueo de Iquique y en el mismo día en que la Esmeralda al mando de Prat sucumbía en su puesto, acometida por el monitor Huáscar, la Covadonga, al mando del valiente Carlos Condell, perseguida de cerca por la fragata Independencia, convertía en espléndida victoria una segura derrota, obligando á encallar, rindiendo y destruyendo el buque enemigo. Habiendo sucedido en el mando de la escuadra al señor Williams Rebolledo, que había estado desgraciado, don Galvarino Riveros, la campaña de mar cambió de aspecto. El nuevo jefe cercó en Angamos al ligero Huáscar, de manera que no pudo escapar de caer

en manos de los chilenos, después de un reñido combate en que murió valientemente el almirante peruano Grau. Más tarde se rendía también al mismo marino la *Pilcomayo*, de modo que el resto de la escuadra peruana hubo de ocultarse en el Callao, donde á su turno fué bloqueada y tuvo que destruirse para no caer en poder de los enemigos. Chile, por su parte, perdió cuatro buques de los menos

importantes.

Al general Escala sucedió en el mando del ejército el general don Manuel Baquedano, que ya había obtenido la feliz victoria de los Angeles. El lo dirigió en la batalla de Tacna contra las fuerzas unidas de peruanos y bolivianos y luego en el sangriento asalto de Arica, victorias que dieron á Chile la posesión del departamento de Arica. Á esta campaña siguió, aunque demasiado tarde, la de Lima, después de haberse intentado inútilmente ajustar las paces en las conferencias diplomáticas de Arica, bajo la mediación de Estados Unidos. Las grandes y renidas batallas de Chorrillos y Miraflores (Enero de 1881) en que los chilenos pelearon á las ordenes de Baquedano y los peruanos á las del dictador Piérola, fueron el golpe decisivo de esta guerra: Lima y el Callao abrieron sus puertas á los chilenos vencedores, y todo el litoral del Perú quedó virtualmente en poder de Chile. Los vencidos adoptaron el sistema de guerrillas para arrojar á los invasores; pero con tan mala suerte, que no consiguieron sino perecer á millares, quedando Chile por largo tiempo dueño del corazón y de la mejor parte del Perú.

Los guerrilleros peruanos después de muchas peripecias y mandados por Cáceres fueron completamente derrotados en la batalla de Guamachuco por el coronel chileno don Alejandro Gorostiaga, á pesar de la inferioridad de sus tropas y artillería (1883). En 1884 la paz quedó completamente asegurada entre las dos naciones, con notable

aumento del territorio chileno.

Santa María y Balmaceda.—Habiendo concluído su período el señor Pinto (18 de Septiembre de 1881), dejó por sucesor al señor don Domingo Santa María, que inauguró su gobierno firmando un tratado por el cual se arregló torpe é imprudentemente la cuestión de límites con la República Argentina.

El señor Santa María se declaró perseguidor de la Iglesia: dió la ley inicua del matrimonio civil y la no menos sacrílega de los cementerios laicos. Corrompió la administración pública nombrando empleados indignos con tal de favorecer su política; fué, en fin, uno de los gobiernos más funestos de la República. Dejó por sucesor al señor don José Manuel Balmaceda, su ministro y consejero (1886).

En su tiempo cesó la vacancia de las diócesis y se restablecieron las buenas relaciones con la Santa Sede, rotas por su antecesor, sin que por eso dejase el señor Balmaceda de seguir siendo hostil á los derechos de la Iglesia. Habiendo atropellado la Constitución, casi todos los partidos se unieron en contra del Gobierno, sublevóse la escuadra á las ordenes de don Jorje Montt y comenzó la revolución de 1891, la mayor de las que hasta entonces hava tenido Chile. Los Constitucionales, así llamados porque por la defensa de la Constitución hicieron armas contra el Gobierno, se establecieron en Iquique, y Balmaceda, que se declaró de hecho dictador, procuró desde Santiago sostener su tiranía. Mas irritó con ella de tal modo la opinión, que aumentó el número de sus enemigos, vió derrotado su ejército en casi todos los combates habidos en el norte, y fué impotente para resistir á los Constitucionales cuando caveron en el centro de su poder, en Concón, no lejos de Valparaíso. Diéronse dos sangrientas batallas en Concón y la Placilla, siendo completamente derrotadas las tropas del tirano (Agosto de 1891). Derrocado Balmaceda, hubo de ocultarse en la capital y terminó su existencia con un cobarde suicidio á los pocos días de su caída. Restablecido el régimen legal, fué elegido presidente don Jorge Montt que procuró con un gobierno prudente y conciliador cicatrizar los males de la República y apaciguar los odios y divisiones consiguientes á una gran revolución.

La vuelta al régimen metálico y la libertad de elecciones fueron los hechos que más honran al señor Montt.

Concluyó en paz su período y le sucedió por libre elección el señor don Federico 2.º Errázuriz. Favoreció, como pocos, á la Iglesia, haciendo respetar sus derechos. Desgraciadamente su salud apenas le permitió gobernar: murió al concluír su período, y le sucedió en la presidencia el señor don Germán Riesco.

Estado de la Iglesia en Chile ha sido relativamente envidiable, comparada con otras naciones americanas. Pasados los trastornos que trajo consigo la guerra de la Independencia, no ha tenido que lamentar sino los atropellos de uno que otro gobierno, y las trabas con que coartó su libertad el regalismo de los reyes de España y que aún no han sido destruídas.

En la ausencia del ilustrísimo señor Rodríguez, gobernó el obispado de Santiago como vicario apostólico el ilustrísimo señor don Manuel Vicuña, obispo in partibus de

Serán. Su apostólico celo, dulzura y caridad han dejado una memoria imperecedera de este santo pastor, que fué también el primer arzobispo de Santiago. Á petición del gobierno chileno, el Papa Gregorio XVI instituyó el nuevo arzobispado, del que son sufragáneos los obispos de Concepción, Serena y Ancud. El señor Vicuña recibió el palio en 1841, murió en 1843, siendo muy sentido de su rebaño. El deán de la iglesia metropolitana, don J. Alejo Eyzaguirre, varón eminente en ciencia y virtud, gobernó como arzobispo electo hasta Abril de 1845. Por renuncia del señor Eyzaguirre, fué elegido el señor doctor don Rafael Valentín Valdivieso, consagrado el 2 de Julio de 1848.

El gobierno del ilustrísimo y reverendísimo señor Val-divieso hace de este prelado el más ilustre de los obispos chilenos. Durante más de treinta años dirigió su diócesis con tanta sabiduría y acierto, que á su muerte la dejó en estado muy floreciente: Sus sabias pastorales manifiestan que atendió á todas las necesidades de la grey. Los seminarios, las nuevas órdenes religiosas y casas de caridad y de beneficencia, el aumento de las parroquias y la reforma del clero demuestran su celo apostólico. Valiente defensor de los derechos de la Iglesia, se expuso á ser desterrado por el gobierno del señor Montt (1856) por sostenerlos; rompió en buena parte las cadenas que en Chile la oprimían. Padre del Concilio Ecuménico del Vaticano, fué honrado con los más altos puestos de la augusta asamblea. El afecto del rebaño á su pastor se manifestó elocuentemente en las solemnísimas y populares recepciones, verdaderas entradas triunfales con que fué acogido en Valparaíso y Santiago á la vuelta de sus dos viajes á Europa, no menos que con la inaudita pompa y concurrencia de sus funerales. Murió el señor Valdivieso el 8 de Junio de 1878, siendo su muerte sentida como una desgracia

El ilustrísimo señor Obispo de Martyrópolis, don Joaquín Larraín Gandarillas, entró á gobernar el mismo año la arquidiócesis como vicario capitular. Una lamentable cuestión eclesiástica impidió dar digno sucesor al señor Valdivieso, y la vacante se prolongó por largos años. En 1882 Su Santidad León XIII nombró Delegado Apostólico en Chile al ilustrísimo señor don Celestino Del Frate, obispo in partibus de Himeria, para ver modo de arreglar la cuestión y poner término á las aflicciones de la Iglesia chilena. Á pesar de las excelentes prendas y los esfuerzos del Excmo. Señor Delegado, la tenacidad del señor Santa María en que había de nombrarse de arzobispo al

prebendado señor Taforó, rechazado por la Santa Sede, hizo imposible todo avenimiento. Una orden ilegal y despótica del dicho presidente obligó al Excmo. señor Del Frate á pedir sus pasaportes. Salió de Chile en medio de las manifestaciones populares de simpatía y adhesión á su persona y á la Santa Sede. Al fin cedió el gobierno de Chile y fué elegido arzobispo de Santiago el que actualmente rige la arquidiócesis, ilustrísimo y reverendísimo señor don Mariano Casanova.

En Concepción sucedió al ilustrísimo señor Villodres, don José Ignacio Cienfuegos, que tan importantes servicios prestó á la causa de la Independencia; pero á los seis años renunció la diócesis (1838), siendo reemplazado por don

Diego A. Elizondo.

Sucedióle el ilustrísimo señor doctor don José Hipólito Salas, que llegó á ser por sus virtudes, elocuencia y apostólico celo, no sólo el más ilustre obispo de Concepción, sino una de las glorias más puras de la Iglesia americana. Fué para Concepción, lo que el señor Valdivieso para Santiago: el seminario, las órdenes religiosas, el clero, el culto, la caridad, todo floreció en la diócesis merced á su pastoral

solicitud. El ilustrísimo señor Salas murió en 1883.

Dos nuevos obispados se erigieron después de la Independencia: el de la Serena que se extiende hasta el río Choapa (1840), y el de Ancud hasta el Imperial (1840). El primer obispo consagrado de Ancud fué el señor don Justo Donoso, sacerdote muy erudito y autor de algunas obras teológicas y canónicas; mas, trasladado después á la Serena, le sucedió en Ancud el ilustrísimo señor fray Francisco de Paula Solar. Fué el primer obispo de la Serena Don José Agustín de Sierra. Al señor Donoso sucedió el ilustrísimo señor don José Manuel Orrego, quien después de gobernar largos años la diócesis renunció el puesto por motivos de salud.

Nuevas congregaciones religiosas de uno y otro sexo se han establecido en Chile á más de las ya enunciadas. Las religiosas y religiosos de los Sagrados Corazones de Jesús y María que prestan á la enseñanza de la juventud utilísimos servicios; las hermanas de Caridad, que es excusado encomiar: las religiosas del Sagrado Corazón de Jesús, también dedicadas á la enseñanza; las Hermanas de la Providencia, madres de miles de huérfanos; las del Buen Pastor, las de la Buena Enseñanza, etc. Entre las de hombres deben citarse además de las ya dichas, los Capuchinos, Jesuítas, los religiosos del Corazón de María, los Redentoristas, etc.

Los seminarios de Santiago, Concepción, Serena y Ancud, mejorados por sus respectivos obispos, dan á los jóvenes una educación completa, y sobre todo católica; deben agregarse á los anteriores, los de Valparaíso, Talca y Copiapó, fundaciones que manifiestan el anhelo de la Iglesia por la propagación de las luces, pues han sido menester grandes sacrificios para organizar esos establecimientos, algunos de los cuales son verdaderamente magnificos.

FIN.

# INDICE

## PARTE PRIMERA.

# Descubrimiento y Conquista.

Pága

CAPITULO PRIMERO.—Nociones preliminares.—Di-	1
visión de esta Historia.—Cristóbal Colón.—Su pro-	
yecto.—Dificultades que vence.—Aceptación del go-	
bierno español, y preparativos para el primer	
viajeviaje	
CAPITULO II.—Primer viaje de Colón.—Su vuelta.—	3
Segundo viaje. — Tercer viaje. — Cuarto viaje. —	
Muerte de Colón	
UAPITULO III.—El nombre de América.—La América	8
conocida antes de Colón.—De cómo se pobló la	
América.—Idea histórica de los pueblos america-	
nos, su civilización y costumbres	17
CAPITULO IV.—Nuevos viajes y descubrimientos en	17
América.—Los Cabot.—Ojeda y Juan de la Cosa.	
-Alvarez Cabral y Américo Vespucio.—Niño y Pin-	
zón.—Lepe y Bastidas.—Nicuesa y Enciso	21
CAPITULO V.—Gobierno de Obando en la Española.	21
-Don Diego Colón.—Colonización de Cuba y	
Puerto Rico.—Estado de la colonia del Daríen.—	
Descubrimiento del Mar del Sur.—Pedrarias Dá-	
vila.—Muerte de Balboa	25
CAPITULO VI.—Triste condición de los indios.—La	20
Iglesia los protege.—Las Casas y los Jerónimos.	
-Los esclavos africanos en AméricaLas Casas	
fundador de colonias	30
CAPITULO VII Nuevos descubrimientos Juan	00
documentos. — o dan	

	Págs.
Ponce de León.—Juan Díaz de Solís.—Francisco	rags,
Hernández de Córdova y Juan de Grijalva.—Don Fernando de Magallanes.—Primer viaje al rededor	
del mundo	33
CAPITULO VIII.—Don Diego Velásquez prepara una	
expedición para la conquista de Méjico.—Sale al mando de Hernán Cortés.—Cortés en el imperio	
mejicano.—Alianzas y primeras hazañas de Cortés.	
Avanza á la capital, y obstáculos que vence Se establece en Méjico	35
CAPITULO IX.—Descripción de Méjico.—Prisión de	0.0
Motezuma.—Nuevas humillaciones de Motezuma.	
—Apurada situación de Cortés.—Pánfilo de Nar- váez.—Sale Cortés de Méjico y vuelve con nuevos	
refuerzos.—Primeras batallas con los mejicanos.—	
Muerte de Motezuma.—Sangrientos combates en	
las calles y bajo el mando del emperador Quetla- vaca.—Noche triste	43
CAPITULO X.—Batalla de Otumba.—Cortés en Tlas-	
cala.—Sitio de Méjico.—Derrota de los españoles.  Toma de Méjico.—Conquista de todo el imperio.	
-Constitúyese en virreinato.—Fin de Cortés	56
CAPITULO XI.—CIVILIZACIÓN MEJICANA.—Antigüedad	
de la civilización mejicana.—Religión.—Gobierno y estado social.—Industria, ciencias y artes.—Cos-	
tumbros	63
CAPITULO XII.—Nicaragua.—Guatemala.—Hondu-	67
ras y Costa Rica	01
Luque.—Descubrimiento del Perú.—Intérnase Pi-	
zarro en el Perú.—Atahualpa y Huáscar.—Captura de Atahualpa.—El rescate del Inca.—Muerte de	
Atahualpa	69
CAPITULO XIV.—Marcha de los españoles al Cuzco.—	
El Inca Manco.—Benalcázar en Quito.—Don Pedro de Alvarado y Diego de Almagro.—Fundación de	
Lima.—La nueva Toledo y la Nueva Castilla	80
CAPITULO XV.—Viaje de Almagro á Chile.—Sublevación general de los peruanos.—Vuelta de Alma-	
gro.—Guerra civil entre los españoles del Perú.—	
Muerte de Almagro.—Gonzalo Pizarro y Pedro	04
Valdivia.—Gobierno y muerte de Francisco Pizarro. CAPITULO XVI.—El joven Almagro y Vaca de Cas-	84
tro: segunda guerra civil.—Gobierno de Vaca de	
Castro y muerte del Inca MancoGobierno de	

	Págs.
Blasco Núñez Vela, primer virrey del PerúGon-	1640 50
zalo Pizarro, tercera guerra civil — Don Pedro de	
La Gasca.—Batalla de Jaquijaguana: muerto do	
Gonzalo Pizarro. — Gobierno de La-Gasca: su	
vuelta a España.	92
CAPITULO XVII.—Origen de la civilización peruana.	
ReligiónGobierno y estado social Industria,	
ciencias y artes.—Costumbres.	99
CAPITULO XVIII.—CONQUISTA DE NUEVA GRANADA	
y Venezuela.—Fundación de Santa Marta.—Fer-	
nández de Lugo.—Fundación de Cartagena.—Ji-	
ménez de Quezada: su expedición y fundación de Santa Fe de Bogotá.—Capitanía general de Nueva	
Granada.—Venezuela: los Welser.—Spira y Ferde-	
mán. — El Dorado.—Colonización de Venezuela y	
fundación de Caracas	103
CAPITULO XIX.—CONQUISTA DEL BRASIL.—Martín Al-	100
fonso de Souza.—Tomás de Souza.—Los franceses	
en el Brasil.—Men de Saa: fundación de Río Janeiro	106
CAPITULO XXLAS PROVINCIAS ARGENTINAS V EL	
PARAGUAY.—Don Pedro de Mendoza funda á Rua-	
nos Aires.—Alvar Núñez Cabeza de Vaca y Do-	
mingo Martinez de Irala.—Juan Ortiz de Zároto	
-Juan Garay: reconstrucción de Buenos Aires	108
CAPITULO XXIHISTORIA ESPECIAL DE CHILE	
Conquista.—Viaje de Valdivia á Chile y fundación	
de Santiago.—Guerra con los indios.—Monroy y Pastene.—Viaje de Valdivia al Perú.—Fundación	
de proves sindades Muerte de Valli	
de nuevas ciudades.—Muerte de Valdivia	111
triunfos de los araucanos.—Disensiones de los es-	
pañoles.—Muerte de Lautaro.—Don García Hur-	
tado de Mendoza.—Hazañas militares de don Gar-	
cía en la guerra de Arauco.—Prisión y muerte de	
Caupolican.—Expedición de don García & Chilos	
-Ultimas hazañas de don García	117
-Ultimas hazañas de don García CAPITULO XXIIIColonias FrancesasLa Flo-	-
rida.—El Canada.—Los jesuitas en el Canada.—	
La Luisiana	122
CAPITULO XXIV.—Colonias inglesas.—La Virginia	
y la Nueva Inglaterra. — Juan Smith — Progresos de	
la Virginia.—Sublevación de los indios: disolución	
de la Compañía de Londres.—La Nueva Inglate-	
rra y los puritanos.—Influencia de la revolución	
inglesa en las colonias.—Nuevas colonias	124

## PARTE SEGUNDA.

# La Colonia.

CAPITULO PRIMERO.—Idea general de esta época.	
-Gobierno de las coloniasOtros tribunales	199
Estado de la Iglesia.—Las misiones, los jesuítas CAPITULO II.—Distinción de clases.—Agricultura, in-	120
dustria y comercio.—Instrucción.—Reflexiones acer-	
ca del sistema colonial	134
CAPITULO III.—Las Antillas.—Méjico y Centro Amé-	
rica.—Perú.—Nueva Granada y Venezuela.—Virrei-	107
nato del Plata.—El Paraguay y los jesuítas	137
CAPITULO IV.—HISTORIA ESPECIAL DE CHILE.—La	
Colonia.—Gobierno de Villagrán.—Creación de una Real Audiencia y del Obispado de la Imperial.—Ro-	
drigo de Quiroga y don Alonso Sotomayor.—Los	116
iesuitas en Chile.—Paillamacu y gran sublevacion	
de los araucanos.—Nuevos gobernadores.—El pa-	
dre Luis de Valdivia.—Continuación de la guerra	
de Arauco.—Primer parlamento.—El temblor de	145
Mayo	140
ción de los araucanos.—Nuevos gobernadores.—	
Gobernadores indignos.—Fundación de nuevas po-	
blaciones.—Expulsión de los jesuítas.—Ultimos go-	
bernadores de la época colonial	152
CAPITULO VI.—ESTADO DE LA IGLESIA EN CHILE.	
-Los primeros misionerosObispado de San-	
tiago.—Obispado de la Concepción.—Las órdenes	161
religiosas	
Invasión de los holandeses.—Invasión de los fran-	
ceses.—Riqueza del Brasil.—Gobierno del Brasil.—	
Estado de la Iglesia	166
CAPITULO VIII.—COLONIAS FRANCESAS É INGLESAS.	
- Frontenac y los iroqueses.—Guerra entre las co- lonias inglesas y francesas.—Estado de las colonias	
inglesas.—Desarrollo de la instrucción pública.—	
Guerra con los indios.—Oposición á las leyes de la	
metrópoli	169

### PARTE TERCERA.

## La Independencia de América.

CAPITULO PRIMERO.—Estados Unidos.—Idea general de esta época.—Causas que producen la Independencia de los Estados Unidos.—El Congreso de Filadelfia.—Primera campaña.—Washington, general en jefe de los patriotas.—Sitio y toma de Boston.—Campaña del Canadá.—Proclamación de la Independencia y primera Constitución norte-americana.—Washington y Howe.—La alianza francesa.—Batalla de Trenton, Princetown, Brandy-Whine y capitulación de Burgoyne.—Washington y Clinton.—Campaña de Georgía y las Carolinas.—Reconocimiento de la Independencia de los Estados Unidos.—Gobierno y muerte de Washington	173
CAPITULO II.—INDEPENDENCIA DE LA AMÉRICA ES-	150
PAÑOLA.—Méjico.—Causas de la revolución en las colonias hispano-americanas.—Primeros síntomas de la revolución en Méjico.—Hidalgo.—Calleja y Morelos.—Declaración de la Independencia: muerte de Morelos.—El virrey Ruiz de Apodaca: decadencia de la revolución.—Iturbide.—El Emperador	
Agustin I.—Méjico se constituye en república	183
CAPITULO III.—Independencia de Venezuela.—Ex-	100
pedición de Miranda.—La primera junta guber- nativa.—Declaración de la Independencia y pri- mera campaña.—Triunfos de los realistas.—Nuevos esfuerzos de los patriotas.—Bolívar.—Reconquista	
de Venezuela.—Morillo	192
CAPITULO IV.—Páez y las guerrillas.—Sublevación	102
de la Margarita.—Desgracias y constancia de Bolívar.—Segunda campaña de Bolívar en Vene-	
zuela.—Bolívar liberta á Nueva Granada.—Fundación de Colombia.—Armisticio de Trujillo.—Batalle de Corola de Colombia.	
della de Caraboho — Hitimos ostuarzos de los reg.	
nsuas en veneznela	198
THE TANADA DEPOSICION DEL VI-	100
Trey Amar; la junta ouhernativa -Disensiones de	
Publication of Filmers campans contra los ros	
della civil entre los natriotas — Nieva	
compand contra los regustas - Morillo en Nueva	
diana. Expedición libertadora de Rolivar —	
Ultimos esfuerzos de los realistas	205

CAPITULO XII.—Peru y Bolivia.—Sublevación del Cuzco.—La expedición chileno argentina.—Hazañas de Lord Cochrane.—La Serna y San Martín: toma de Lima.—Protectorado de San Martín.—

	Págs.
Renuncia de San Martín: se retira á la vida privada.—El triunvirato: continuación de la campaña.—Gobierno y caída de Riva-Agüero.—Bolívar en el Perú.—Batallas de Junín y Ayacucho.—Independencia del Perú.—La nueva República de Bolivia	248 249 253
PARTE CUARTA.	
La República.	
CAPITULO PRIMERO.—Estados Unidos.—Idea general de esta época.—Progreso de los Estados Unidos.—Guerra con la Gran Bretaña.—Aumento del territorio.—Abolición de la esclavitud.—Guerra civil.—Fin de la guerra: muerte de Lincoln.—Jhonson y Grant  CAPITULO II.—Mélico y Brasil.—Nueva invasión española.—Guerra civil.—Guerra contra los Estados Unidos.—Guerras civiles.—Persecuciones contra la Iglesia.—Invasión francesa: Maximiliano.—Caída del Imperio.—Brasil: Gobierno y abdicación de don Pedro I.—Don Pedro II Emperador CAPITULO III.—Nueva Granada.—Venezuela.—Ecuador.—Perú.—Bolivia.—República Argentina.—Paraguay  CAPITULO IV.—Historia Especial de Chile.—La República.—Disensiones civiles.—Gobierno de Pricto.—Muerte de Portales: la expedición al Perú.—Gobierno de Búlnes.—Don Manuel Montt: guerras civiles.—Gobierno de Pérez.—Gobierno de Errázuriz y de Pinto.—Guerra del Pacífico.—Estado de la Iglesia.	263 270

